

NOVELA HISTORICA

---

---

AMELIA DE FLORIANI

Ó EL

CASTILLO DEL DIABLO

POR

**JOSÉ VICTORIANO CABRAL**

( Ilustrada por Rodolfo Soucup )

---

---

TOMO SEGUNDO

---

BUENOS AIRES

---

Imp. de M. BIEDMA, Belgrano 135 á 139

---

1887



## ERRATAS NOTABLES

---

<u>Página</u>	<u>línea</u>	<u>dice</u>	<u>debe decir</u>
25	17	desolados	desalados
25	26	no saben	no deben
83	15	subió á la	subió la
96	6	serenidad	seriedad
187	8	cuando el tenía	cuando tenía
296	20	Legri	Leyvi
391	12	Quedó, pues, así	Quedó así

---





## CAPÍTULO XIV

---

### Las pesquisas de Alberto

Alberto, que como hemos dicho, era un jóven de carácter y de resoluciones firmes, iba á cumplir con el compromiso que contrajo, de no abandonar á su hermana Amelia, y se puso en campaña, sabiendo las fatigas, riesgos y penalidades que tendría que sufrir.

En efecto, aquel jóven se impuso un verdadero sacrificio al emprender esa persecusion, que le obligaba viajar algunas veces disfrazado, con un traje vulgar y nombre supuesto para alejar toda clase de sospechas.

Penetraba en los pueblos, las aldeas, los bodegones, las casas de juego, buscaba la gente viciosa y mal entretenida, con el fin de ver si podía ponerse en contacto con ladrones, y salteadores, pues estaba dispuesto Alberto hasta hacerse bandolero, con asen-

timiento de la policía, á fin de conocer los secretos de esa gente, averiguar el paradero de su infortunada hermana, y poder con el auxilio de la fuerza pública castigar ejemplarmente á los perpetradores del rapto, del robo y de la muerte de su padre, á quien habia jurado vengar, derramando la sangre de aquellos miserables bandidos.

El infatigable viagero habia recorrido los más apartados puntos y guaridas de diversos países, cruzando luego hasta Nápoles, donde lo conducían ciertas averiguaciones que debía hacer de acuerdo con datos tomados, sobre los bandoleros de la Calabria. Llegó á dicha ciudad cuando declinaba el día y se esparcían las sombras de la noche. Alberto no conocía la capital del Reyno de Nápoles, de la cual tenía formada una gran idea por lo mucho que de ella se hablaba respecto de su gran poblacion, de la belleza de su sonriente campaña, sus monumentos, templos y otras maravillas; de modo que estaba deseoso de recorrerla para formar juicio y así se propuso descansar de las fatigas de sus penosos viages y al dia siguiente temprano empezó su visita.

Era una de esas mañanas encantadoras que se observan en los países meridionales, el sol se elevaba magestuoso entre un gran cortejo de nubes de grana, que á medida que se ensanchaban se debilitaban sus purpúreos reflejos, asumiendo un

color amarillento, hasta que el fulgor solar fué despejando todo, y el azul del firmamento quedó límpido y reluciente. Los rayos del sol caían sobre el lecho salobre del espléndido Golfo, y Alberto contemplaba aquel ancho é insondable mar, meditando sobre las grandezas visibles del arquitecto de los mundos. Giró su vista y tropezó con ese promontorio cubierto de verdor y de caprichosas formas, Posilippo, más distante aun se divisa el anfiteatro base y asiento de rústicos y diseminados pueblecillos: al lado opuesto se contempla con respeto la vasta y sombría mole del Vesubio con su hollinoso penacho, viajando ufano á favor del viento y describiendo su aterciopelada franja una inmensa distancia que cubre como diadema de azabache las islas de Ischia, de Prócida y de Capri.

Nápoles es una de las ciudades de Italia que ofrece más comodidades al viajero para su movilidad, pues es donde hay más abundancia, relativamente, de volantas de alquiler y por precios muy moderados.

La nobleza napolitana nada en la opulencia, en el lujo asiático y en el esplendor más completo; en tanto que el bajo pueblo presenta la fisonomía más repugnante de la miseria, el desaseo y la desnudez.

Por la mayor parte de las calles y alrededores de la ciudad, se ven hombres, mujeres y niños, rotosos

hasta vérselos las carnes, descalzos unos, sin gorra otros, y no pocos con miembros mutilados. A este respecto se ha dicho con generalidad (lo que no es creíble) que llega á tal extremo la miseria, la explotación ó la perversidad de algunas gentes que mutilan á sus tiernos hijos, para sacarlos despues por las calles á pedir limosna y enternecer así el corazon del viandante, sobre todo del extranjero que es el que más prodiga la limosna.

En la costa del mar y estrechas calles adyacentes se vén hombres que duermen en las rinconadas; se lavan, peinan, y enjuagan sus mugrientas ropas, tendiéndolas en la vía pública, es decir, en ciertas calles suburbiales.

Esta populosa ciudad es algo sucia, pues la hijiene no ha hecho gran camino y las autoridades se cuidan poco del aseo, cosa que podían conseguir fácilmente, dada la escesiva abundancia de brazos que tienen. Las plebes son en general haraganas y pedigüeñas, al extremo que los muchachos siguen al viajero cuadras y cuadras pidiendo limosna; las criaturas pordioseras son insoportables, y cuando uno se aleja á los alrededores de la ciudad, le salen al encuentro muchachonas ya formadas, descalzas, con esos ojos rasgados, de pestañas pobladas, pelo negro abundante, cútis bruno y llenas de interés, aun en medio de su poco aseo y desnudez. No obstante lo dicho,

debe espresarse que en estos últimos tiempos Nápoles ha cambiado notablemente y van desapareciendo esos signos repugnantes del atraso, de la incuria y de la falta de hijiene; en fin, el Nápoles de nuestros tiempos no es por cierto el Nápoles del pasado, y se vé que la accion del pueblo, de la Municipalidad y del Gobierno tiende al mejoramiento social, y pronto harán de ese gran centro, una bellísima ciudad con todos los progresos modernos que ostentan los principales pueblos de Europa.

Sus calles en general son estrechas, no obstante la de Toledo es acaso de las mejores por su anchura, sus edificios y la magnificencia de las tiendas y demás negocios allí existentes; pues sin aventurar mucho puede decirse que Nápoles encierra monumentos, palacios, Iglesias y tesoros dignos de mencionarse; una naturaleza variada, fértil y espléndida, pues con sobrada razon se le ha llamado «el Jardin de Italia.»

Son notables las tres grutas que se encuentran á poca distancia una de otra en el paraje denominado «Baños de San German», las cuales son maravillosas por las propiedades que las distinguen y que aún no han sido detenidamente estudiadas por los hombres de ciencia que tanto abundan en aquel país, pero un dia esos sabios analizarán los fenómenos que ellas encierran.

Tambien es interesante, por sus recuerdos histó-

ricos, la visita del Lago Averno y sus alrededores, donde el viajero tiene muchas cosas que se ofrecen á su estudio y admiracion, como la singular gruta de la Sibila, donde se encuentra allá en lo interior la caverna y vertiente natural de agua purísima en que se bañaba Neron y la Sibila, y más sorprendente aún que todo esto, son los volcanes sulfurosos llamados de Neron que se comunican con el Vesubio, y donde hay un lago ó fuente de agua tan caliente, que se saca de ella un jarro ó balde, se introduce en él un huevo de gallina y se cuece en el instante.

Alberto estaba entusiasmado de las cosas que veía: le llamó la atencion la *Montaña Nueva* que en 1565 fué producida en una noche por un horrible movimiento de tierra, quedando allí para siempre ocupando el terreno que antes era llano y fértil; pero todo esto era pálido comparado con lo raro y maravilloso de Herculano, Pompeya y el Vesubio, para cuya descripcion se necesitaría una imaginacion inspirada y analítica, ocupando un volúmen no pequeño, á fin de dar una idea de esos monumentos; pero no siendo esto pertinente ni necesario al asunto que nos ocupa, dejamos semejante tarea.

La ciudad de Nápoles cuenta muchas Basílicas, Iglesias menores, capillas, oratorios, y aun cuando diversos templos causaron la admiracion de Alberto, el que le produjo verdadera sorpresa fué la capilla

particular denominada *Nuestra Señora de la Piedad*, donde todos los altares y bustos son de mármol. Existe allí un Cristo de tamaño natural, colocado en el sepulcro y cubierto con un manto trasparente que deja ver todo el cuerpo desde la cabeza hasta los piés, tal como si realmente fuese una tela levísima, cuando todo es de mármol. Luego se detuvo á examinar dos obras maestras que son de extraordinario mérito y están en dos nichos murales, el de la derecha es un pescador, de tamaño natural, que se ha envuelto el cuerpo en su red de pescar, hecha de hilo torcido, pero todo es de mármol, y un ángel descende sobre aquel hombre, toma una punta de la red en actitud de descubrirlo. La otra estátua de la izquierda representa el pudor mujeril, pues allí está de manifiesto esa pureza que arrebatá, esa inocencia que enamora, esa gracia que seduce.

Figuraos una mujer de aspecto casi divino, cubierta desde la cabeza á los piés, con un gran velo de gasa que ella oprime con sus manos, encojiendo lijeramente su cuerpo en actitud de ocultar su desnudez; aquella leve tela que realmente parece un tul que deja transparentar las formas redondas y perfectas de aquella bellísima diva que está en una posición púdica y recatada, es también de mármol blanquísimos; sin embargo, fué aún mayor la admiración de Alberto al examinar el altar mayor.

Aparece en éste, una importante escena de la crucifixion, viéndose en primer término el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo recién bajado de la Cruz, y la parte superior de su desfallecido cuerpo y cabeza está recostado sobre las rodillas de una interesante mujer de Jerusalem, que mira el rostro del Señor y se desprenden de sus hermosos ojos lágrimas patentes de dolor, que se vén rodar sobre sus mejillas; despues aparece la Magdalena que está arrodillada delante del Señor, tomando la mano inerte de éste y llorando amargamente, con su cabello desparramado y su rostro aflijido.

Mas allá está María Santísima con su cabeza echada hácia atrás, sus ojos elevados al cielo, su cuerpo desfallecido y en momentos de caer desmayada; pero San Juan la recibe sosteniéndola en sus brazos.

Alberto exclamó en medio de su entusiasmo ¡oh! no es posible creer que el frio y duro mármol, modelado por el cincel y por el genio del artista, pueda adquirir una vida y espresion como esta. Cerca de la virgen se destaca otra muger del pueblo de aspecto y formas varoniles con los brazos desnudos, el cuerpo inclinado hacia adelante contemplando á Jesus muerto y en una actitud la boca que parece escaparse de ella un grito de dolor.

Cuéntase que el reverendo Fray Luis Tomás Gastaldoni de la órden de domínicos de Roma que murió



en opinion de santo por sus virtudes y caridad cristiana, cuando vió aquel célebre altar en su viaje ó mision que le confió Su Santidad cerca de Nápoles, le dijo á su secretario:

—Alcanzais á oir lo que dice esa muger.

—¿Que si alcanzo á oir decís monseñor?

—Sí.

—El Secretario lo miró como asombrado de que le preguntara si oía lo que decía aquella muger, que aun cuando estaba con la boca abierta y en actitud de hablar era de mármol; así pues le contestó:

¿Qué quereis monseñor que oiga de esa muger de piedra mármol?

—¡Qué importa el mármol!—que no veis que está hablando al Señor? y hasta me parece que oigo sus palabras.

—El Secretario se quedó atónito.

Esta escena del altar está coronada por ángeles que vienen bajando del cielo entre nubes y contemplan al hijo de Dios, muerto por el error, la impiedad y el extravío de la razon humana; siendo de notar que todos los personajes son de tamaño natural y ese gran grupo está ejecutado en un solo pedazo de mármol.

En fin Nápoles encierra multitud de museos, paseos, templos y otras muchas preciosidades que Alberto fué visitando sucesivamente.

Ahora en cuanto á las napolitanas es preciso declarar, que son en general mugeres muy interesantes pues sus ojos negros y rasgados, favorecidos por largas y tupidas pestañas les imprimen un poder atraente; su color es algo morenito pero despercudido, pelo abundante y negro, mirada de fuego; y aun cuando algunos viajeros han clasificado á la napolitana de fácil y dada á los amores, pienso que tales opiniones no son exactas y que todo puede depender de hechos aislados, pues en todas partes *se cuecen habas*.

Siempre se habló de la hermosura napolitana, de su gracia andaluzada, de su voluptuosidad asiática y de su todo picante y provocativo, pues parece que por sus venas corre el fuego del Vesubio que les presta el mágico poder de inspirar pasiones ardientes y volcánicas.

Esas hijas de la madre Eva tienen la chispa erótica en el cráter de su sér y sienten el amor con el apasionamiento de los países tropicales, aun cuando asegúrase, que por lo general no rinden gran culto á la constancia.

Allí se nos ofrecen tipos, cuya sonrisa modelada por sus lábios de carmin es encantadora; sus dientes son correctos y sus formas artísticas. Las mugeres y muchachas del pueblo cuando bailan sus preciosas tarantelas son tan simpáticas como sus movi-

mientos, el manejo de sus brazos y manos y el revolotear de sus fornidas piernas; así se ha asegurado alguna vez que los propósitos de fidelidad de los buenos maridos y de los amantes mueren ante el fuego Vesubiano de la morocha napolitana.

Alberto se estasiaba contemplando aquella humanidad, el gran golfo de Nápoles rodeado de sus verdes colinas, surcado siempre por los pescadores de Posilippo que recorren las riberas de Capri, Prócida, Ischia y demás pueblos ribereños.

Veía con pena por varios puntos á los repelentes «*lazzaroni*» tendidos aquí y allí, dormidos los unos sobre los puentes y los otros en las encrucijadas; más allá á los mocetones bailando con alegres muchachas que llevan poca ropa pero bastante carne tersa y fresca que dá placer y estimula la atención.

Empezaba á declinar el día y Alberto se dirigió al camino Pozzuoli, pasando por la histórica tumba de Virgilio que está al pié de la elevada montaña que le sirve de espaldar. En seguida entró en el gran túnel ó galería Posilippo, llamada también Grotta de Pozzuoli practicada en la piedra viva de aquella corpulenta montaña. La forma de dicha gruta ó túnel es perfectamente semejante á la bóveda de una gran Basílica y en ella trabajaron cien mil esclavos que se ocupaban en horadar la piedra; sus dimensiones son de sesenta varas de ancho, quince de altura y cerca

de mil de largo. Esta obra gigantesca se atribuye á los Romanos, y permanece iluminada de dia y de noche, pues por ella cruzan todo género de vehículos, gente á caballo y á pié.

Despues de varios rodeos que dió esprofesamente Alberto entró en una lóbrega y estrecha callejuela, siendo ya de noche, dobló á la derecha continuando ese camino hasta que llegó á la Taberna del Vesuvio donde debía esperarlo Antonio uno de sus sirvientes, con quien iba á emprender ciertas averiguaciones.

Aquellos apartados sitios eran tristes y solitarios, y de noche tenebrosos, pues en aquella época Nápoles no tenía los progresos que posee al presente, en razon de que eran menos poblados de gentes laboriosas y honradas, en tanto que estaban más frecuentados ó plagados de salteadores que tenían asolado el país, á lo cual se agregaba lo mala y escasa que era la iluminacion, como en la mayor parte de los pueblos de Europa.

La referida taberna del Vesubio parecía cueva de bandidos, tal era el aspecto exterior de aquella ruin mansion.

Alberto empujó la puerta con arrogancia y descendió tres escalones, pues el piso de aquel establecimiento estaba más bajo que el nivel de la puerta de calle y al entrar lo recibió un bofeton de ajos, cho-

rizos, guisos ó cosas por el estilo, mezclado todo con un olor á tabaco, pucho y pito, tan repugnante como nauseabundo; pero como nuestro viajero ya se iba familiarizando con esta clase de perfumerías pasada la primera impresion de desagrado fué congeniando con aquel elavoratorio de miasmas y siguió su camino.

Con una rápida mirada abrazó el conjunto de aquel cuadro detestable, imágen de la suciez, del vicio y acaso del crimen; pues los hombres nacidos en la buena sociedad no tienen ni idea de lo que son estas tabernas ó antros infernales.

La habitacion del despacho de aquel bodegon era cuadrilonga y de grandes dimensiones: en el medio habia un quinqué colgante al parecer de bronce á tres luces, servido con aceite, y en las paredes cuatro lámparas pequeñas de una luz cada una, pero todas sucias de moscas, tierra, etc. La pieza tenía cielo raso, que había sido blanqueado allá en sus buenos tiempos, pero á la sazón no se conocía, pues la gran abundancia de moscas y el humo de los quinqués se habían encargado de ponerlo más sucio y oscuro que el suelo; y los muros que tenían color amarillo de ócle estaban tan descascarados por los clavos y los respaldos de las sillas, como sucios por las escupidas de invierno y verano, humo, moscas y otras inmundicias por el estilo.

A la derecha entrando había un mostrador y de la parte de adentro estaba sentada una muger como de unos cuarenta años, muy gorda sin corset y con una pechera tal que puede calcularse habrá familias de tres ó cuatro mugeres que desearían tener entre todas ellas un equivalente al capital en carne delantera que poseía la tia Bola, pues así la llamaban: de sus grandes, largas y carnudas orejas pendían unas caravanas de plata con una piedra turbia como nube de ojo enfermo, y eran tan grandes y pesadas que le alargaban los ojales donde estaban enganchadas; tenía en las manos unas largas agujas de acero con las que hacía un tejido de hilo torcido, al parecer para medias cortas de hombre, cuyo trabajo ejecutaba con bastante destreza, no obstante que miraba cuanto pasaba á su alrededor, sin interrumpir su labor.

De cuando en cuando aquella muger bostezaba largamente echando la cabeza hacia atrás y abriendo una boca inmensa con un prolongado aaaa!! donde se veía que faltaban algunos dientes y los que habían quedado de centinelas eran color papel secante inglés; al mismo tiempo que bostezaba se rascaba con la mano izquierda bastante más abajo de la cadera de ese costado y un poco á retaguardia descendiendo á veces á recóndito punto como si las pulgas se hubiesen apoderado de aquel cuarto trasero para dispensarse abundante cena.

Hasta cierto punto la tia Bola aun cuando era una muger ordinaria poco aseada y jamona, no era del todo despreciable, y si mucho nos apuramos, el aspecto de sus pedazos podían muy bien despertar el apetito á cualquier necesitado ó hambriento.

A espaldas de aquella muger había un armazon de pino pintado, con botellas de bebidas, cajas de sardinas y otros artículos por el estilo.

Sobre el mostrador y á la izquierda dormía tranquilamente un gato blanco inofensivo y á la derecha se veían varios fiambres como una pierna de carnero asada, dos pedazos de grueso salchichon de Milan y de Génova, patos, fiambres y pescado frito; en un plato carne de membrillo y en otro queso, etc; pero si bien podía encontrarse entre aquellos artículos algunas cosas en estado de ser comidas, habían muchas de ellas viejas, secas y cruelmente favorecidas por los desperdicios de las moscas.

Las mesas estaban rodeadas de algunos parroquianos, sucios y de mal aspecto, de los que unos comían, otros bebían y aquellos jugaban á la murra ó á las cartas, formando todo una algarabía de gritos, risotadas y palabrotas obscenas: aquí se disputaba, allí se apostrofaba y por fin aquello era un mare-magnun.

Alberto recorrió tranquilamente el campo; pero en el acto todos aquellos bribones volvieron sus miradas

hacia él, puesto que aquel personaje no sólo era extraño para ellos sino que jamás se le había visto por allí; además, á juzgar por su traje, porte y continente tampoco parecía pertenecer á la clase de ellos, de modo que hubo un pequeño momento de silencio ó suspension de aquella repugnante expansion.

Alberto hombre vivo y perspicaz lo notó al instante, pero se hizo el desentendido tal como si nada hubiese notado y con paso franco y cara desenfadada siguió su camino impertérito, para ver si encontraba á su hombre; y muy luego lo distinguió que jugaba con otros dos de mala traza, desgrefñados y sucios.

El simulado plebeyo se acercó con aire familiar y con voz algo fuerte como para que fuera oido por todos, le dijo:

—¡Hola! buen Antonio ¡qué diablos estais ahi con esos caballeros jugando á boca secal! ¿os habeis vuelto ahora económico? ó haceis ahorros para casaros con alguna princesa?

—Antonio dió vuelta rapidamente al reconocer aquella voz, se paró, sacó el sombrero, y ya iba á decirle señor conde, por el imperio de la costumbre; pero una mirada furtiva de Alberto que fué comprendida por aquel, apercibiéndose de la situacion, lo hizo volver en sí y calándose otra vez el sombrero, exclamó como admirado.



—¡Diablo! vos por aquí?

—En cuerpo y alma, repuso el recién entrado.

—Señores, dijo Antonio, dirigiéndose á sus amigos, os presento á mi compañero de armas Juan Testoni alias el Pinchador, el más enamorado y afortunado con las mugeres y el mejor espadachin que he conocido.

Los dos hombres á quienes Alberto había designado con el título de caballeros, por lo que estaban altamente complacidos, se pararon y lo saludaron sacándose tambien los sombreros y todos se estrecharon las manos como si fuesen antiguos camaradas.

Antonio acercó una silla al recién venido y le preguntó ¿cuando habeis llegado?

—Hoy entré en esta hermosa y populosa ciudad.

—Todo era mentira, pues hacían dos dias que estaba en Nápoles, pero así debía proceder segun sus planes.

—¿Por la mañana? interrogó Antonio.

—No, despues de medio dia.

—¿Traes buenas noticias, Testoni?

—Poca cosa ¿y por acá, que tenemos de nuevo? preguntó Alberto con cierta reticencia, á fin de que pudiera alcanzar Antonio el objeto de su pregunta.

—Hasta el presente no he encontrado ninguna mina de oro, ni de carne buena---humana, se entiende.

— ¡Hombre! tan escasa anda la carne por estos barrios?

—No, al contrario señor Testoni, repuso uno de los otros dos compañeros, hay abundancia, pero no de la buena, de esa que comen los de paladar delicado.

—En efecto terció Antonio, pues por más que he buscado no he podido hallar el bocado *consabido*.

—Alberto comprendió perfectamente la alusion y siguió diciendo:

—En cuanto al oro, mis queridos amigos, no viene con tanta facilidad como se desea, pero buscándolo con maña y habilidad se suele encontrar.

—Ya lo creo respondieron los tres alternativamente.

— ¡Ah! me olvidaba de lo principal dijo Antonio.

—Os presento á mis amigos Juan Lacoste alias el Tuno y á Carlin Bertelli el Jesuita.

Ambos hicieron una reverencia.

Alberto hizo otro tanto, les alargó otra vez la mano diciendo, tengo mucho gusto de hacer este nuevo conocimiento é invito á ustedes á tomar una copa.

—Gracias respondieron los otros.

—¡Hola patron, gritó Alberto con voz firme, dadnos vino del mejor, que está haciendo mucha sed.

—En el acto señor, ¿os agradecería un Marsala soberbio que tengo?

—Venga el Marsala.

—El posadero salió corriendo y regresó con cuatro vasos que trajo sujetos con sus inmundos dedos que había metido en ellos, los puso sobre la mesa y luego destapó las botellas con gran estrépito, llenando uno tras otro los cuatro vasos.

—Antonio tomó el suyo, lo levantó bien alto y dijo:

—A la salud de mi amigo el valiente Pinchador.

—Al Pinchador agregaron los otros.

—Alberto á su vez dijo, señores, yo brindo á la muger más hermosa que se encuentre en Nápoles.

Todos bebieron con hurras y más hurras.

Los otros parroquianos se volvian ojos con el rumboso personaje.

Alberto sacó cigarros, convidó á sus camaradas y dirigiéndose al Tuno y al Jesuita les dijo:

—Y bien queridos amigos ¿donde habeis visto la muger más linda por estos mundos?

—Antonio no comprendió donde iba á parar esta pregunta.

—¡Oh! respondieron los interrogados, en Nápoles no faltan mugeres guapas, y pasado mañana que es Domingo podeis venir á la feria y allí vereis mucho de bueno, y tanto que os harán chupar los dedos.

—Sí, replicó Alberto con insistencia, allí habrá de todo, no lo dudo, pero lo que yo preguntaba era donde habiais visto alguna hermosa y bella criatura.

Todos quedaron un momento callados como en actitud de recapacitar.

—Muy luego Carlin ó sea el Jesuita con aire de triunfo, dándose con la mano derecha una palmada en la frente, exclamó, pronunciando una palabrota detestable, sí, sí.

— ¡La más hermosa! ¡la más bella y la más angelical criatura eh!

—¿Dónde la hemos visto Tuno del diablo?

—¿Dónde?

—Sí hombre, donde, donde la hemos visto; vaya, me parece que tú no tienes memoria.

—Y esa es la verdad.

—Trabaja hombre, trabaja, recapacita á ver si atinas.

El Tuno quedó un breve momento pensativo, cerrando un poco los ojos como sí evocara sus recuerdos, pero al fin declaró que no recordaba en aquel momento donde habían visto la tal belleza.

—No te digo, que no vales un comino?

—Bueno, hombre, así será; pero vamos á ver, habla tú que tienes el mate listo como el de un barbero.

—¿Te acuerdas de la tarde del cuatro de Diciembre?

Al oír Alberto esta fecha que era la del dia siguiente al en que tuvo lugar el asesinato de su padre y el rapto de su hermana, tembló y se puso pálido; pero aquellos hombres no remarcaron tal circunstancia ni menos Antonio, para quien aquella conversacion hubiera pasado como la cosa más insignificante del mundo, si no fuese que Alberto le dió un pisoton, al mismo tiempo que lo miró de un modo tal, que aquel paró la oreja, como suele decirse, y empezó á prestar atencion, frunciendo el entresejo por el dolor que le produjo el pisoton que le dió su señor, precisamente en el callo del dedo chico.

—¡Ah!, si, es cierto, ya recuerdo, replicó el Tunno con cara alegre.

—Aquella no era una muger, continuó Carlin con entusiasmo, era una deidad, un ángel del cielo, pero caída en el infierno ó al ménos entre los diablos.

—¿Es posible? terció Alberto recobrando su serenidad, y dando otro pisoton á Antonio, casualmente en el mismo callo del dedo chico, no en los otros.

Antonio, hizo; uff! y poco faltó para que lanzara

un grito, tal fué el dolor que sintió en este segundo aviso trasmitido por el telégrafo pedestre.

—Veamos, continuó Alberto, desearía que me describieseis esa tal beldad, es decir, cómo vestía, que edad tendría, donde la visteis, con quién y por fin cómo era la dama de que hablais.

—Canario, dijo el Tuno, mucho os interesais por la prenda.

—Hombre, repuso Alberto con tono de superioridad y al mismo tiempo de aparcerismo, no seais *pelele*, no veis que yo no sé de quien se trata, ni la conozco, ni me importa un bledo de ella, sino que deseo todos esos datos porque si la encuentro en mi camino, desearía desplegar mis banderas y trabajar por su conquista, pues como os he dicho, amo las bellas y me haría arañar la piel por ellas; pero viendo Alberto que el título de Pelele lo había herido al Tuno y que iba á estallar su furia echando mano á su tisona, sin darle tiempo para ello salió al encuentro de la dificultad, y continuó: Qué quereis mi querido don Juan, es mi pasion las mugeres, y siempre vivo tras de esas golosinas, como probablemente lo hareis vos, pues en vuestros ojos pretendo ver los signos del hombre que rinde culto el amor y que desembainaría con hidalguía su espada por su dama, ó su querida que tanto vale.

El Tuno medio se calmó con estas últimas palabras

tan amigables y dulces, y aun cuando iba á responderle con bastante acritud, Carlin terció como hombre práctico y tomó la palabra para satisfacer los deseos de aquel, aprovechando esta oportunidad para lucirse ante el nuevo camarada.

—Señor Testoni, con sumo gusto voy á complacerme y echando al pecho un buen trago para entonarse empezó su relacion en la forma siguiente :

—Pues señor, es el caso, que en la tarde del referido cuatro de Diciembre nos aproximábamos á la jurisdiccion de Milan ya de regreso de una arriesgada comision, el Tuno, yo y otros camaradas, y por razones del asunto que teníamos entre manos, tuvimos que separarnos de nuestra ruta á fin de tomar caminos escusados y desconocidos, pues nosotros veniamos de la Basilicata. Nuestros caballos estaban fatigados, pues habían corrido desolados, y sobre todo, nos convenía esquivar los parages y caminos más frecuentados: Despues de un largo rodeo que dimos, nos engolfamos en unas laderas escabrosas, áridas y rodeadas de punteagudas y desparejas sierras, dirigiéndonos á una antigua cueva ó boqueron con ínfulas de bodegon ó taberna de mal aspecto á donde sólo concurría gente del bronce con el objeto de descansar y tomar un trago.

—Vaya otro sorbo señores, dijo Alberto, pues la relacion es tan interesante y bien espuesta que ha promovido mi curiosidad.

El Tuno que estaba algo taimado desde el calificativo de pelele, no bebió, pero habiéndolo notado Alberto, le dijo:

—Vamos, querido don Juan, bebed con vuestros amigos, y tomó la botella echando un poco más de vino en los vasos.

—Es que los peleles no saben beber con los *sabios*, caballero, dijo el Tuno con tono y seño airado, esperando la menor palabra fuerte de Alberto para pelar el latón.

—Señores, dijo Alberto con voz magistral y solemne, yo protesto que no he tenido la idea de ofender al señor, y que sólo he usado de ese calificativo como un acto de francachela ó chanza en mérito de la confianza que me habeis acordado, y siento que un hombre, que debo suponer, de mundo y de buena corriente como el señor, (señalando al Tuno) haya cogido mal esa palabra; espero pues, que esta franca y amistosa esplicacion evitará la necesidad de poner las manos sobre nuestras espadas.

Perfectamente repitieron en coro Antonio y el Jesuita, agregando este último—y no se hable más del asunto.

—Estoy satisfecho, dijo el Tuno, dulcificando un poco su cara.

—Siga el señor con su interesante narracion, agregó Alberto.



El novel orador lanzó una enorme escupida color topacio, se limpió el bigote y la boca con el reverso de la mano izquierda, y continuó:

—En efecto, llegamos allí, hicimos colocar nuestros caballos, ordenando que les dieran un buen pienso — En cuanto á nosotros descansamos y dormimos como unos padres.

—No yó, saltó el Tuno, que no sólo dormí poco y mal, sinó que estuve con fiebre; pues en mi cama había una multitud horrible de moradores ó moradoras que con toda desfachatez se permitían pasearse descaradamente sobre diversos puntos de mi persona sin respetar parage; llegando hasta atacarme sin piedad, y por cierto que debían de estar bajo la impresion del hambre porque sus tarascones me hacían saltar.

—Bien, bien mi querido Juan, dejame seguir mi relacion.

—Sí, adelante, terció Alberto con cierta impaciencia; pero sin poder detener la risa que le causó las referencias del Tuno.

—Al dia siguiente, continuó el pretencioso orador, nos pusimos en marcha casi al aclarar y siempre por los senderos más escusados y escabrosos, acelerando en lo posible nuestro viaje porque debiamos estar en un punto retirado de Milan en determinado dia y hora—Recien habíamos hecho un poco de camino,

cuando de repente tropezamos con un antiguo camarada que había sido en otro tiempo buen hombre, trabajador y honrado, pero después se extravió, dándose al juego y á toda clase de vicios, concluyendo por asociarse á una compañía de bandoleros, arrojando á su buena y trabajadora esposa y á dos hijos pequeños.

Entramos en conversacion con Silvino, que así se llamaba, y nos dijo que venía de una excursion enmarañada y se dirigía á cierto punto de la Calabria.

—Preguntele por los compañeros y me dijo que él iba de vanguardia ó explorador de los caminos como hombre práctico, y que sus camaradas quedaban reposando un poco y dando de comer á sus fatigados caballos en el montecillo que había en la falda de la montaña que se veía á la derecha. Después de una breve conversacion nos despedimos cordialmente, tomando nosotros por el lado opuesto, es decir, por el costado izquierdo, pero como yo soy algo curioso, y lo es mucho más el Tuno. . . .

—¡Un demonio! interrumpió bruscañente Lacoste; ahora me quieres poner á mí como el más curioso; ¡vaya, vaya! con razon tienes el merecido título de Jesuita.

—Bueno hombre, no serás tú el más curioso, seré yo.

—Es que esa es la verdad.

—Adelante, amigo Bertelli, dijo Antonio; dejemos esas nimiedades á un lado y vamos al grano.

—Sí señores, agregó Alberto, y yo os pido que no lo interrumpamos hasta que termine su relato, salvo que hubiese algo que aclarar ó aplaudir al orador.

—Corriente, dijeron todos, y el Jesuita continuó.

—Muy luego cambiamos de ruta y nos dirijimos hácia el punto que nos indicó Silvino, con el fin de ver, al descuido y con cuidado, lo que había por aquellos pagos, pues se nos puso que algo sério debía ocurrir.

—Bien, muy bien señor Bertelli, repuso Alberto, veo que sois hombre prevenido y que entendeis á las mil maravillas estos intrincados asuntos, en los cuales me reconozco el más inepto é inhábil de los mortales.

—Gracias, dijo el presuntuoso orador con una cara satisfecha, pues supuso que estaba produciendo un gran efecto entre aquellos hombres y continuó: Cruzamos derechamente el montecillo, á gran galope, y al sentir el fuerte pisar de nuestros bridones, salieron los bandidos de entre el monte con sus armas cargadas y en actitud de batirse, ó como defendiendo algo oculto é interesante, pues sin duda aquellos hombres se creyeron sorprendidos; mas al acercar-

nos en actitud pacífica, muy luego nos reconocimos con algunos de ellos y entonces se tranquilizaron y retiraron sus armas.

—Hola, hola! dijo para sí Alberto, con que muy luego nos reconocimos con algunos de ellos; pues quiere decir que estos eran amigos ó conocidos de aquellos, y aquellos de éstos, bueno es saberlo para estar sobre aviso.

—Bertelli el Jesuita continuó con su peroracion—Yo con el propósito de rastrear algo, les pedí fuego, y al atravesar por entre la comitiva, cata aquí que divisamos una jóven de una belleza sin igual que estaba como anonadada, rendida ó desfallecida, sus ojos llorosos y su hermoso cabello medio envuelto hácia atrás; parecía aquella jóven la imagen del dolor y de la resignacion, pero había en ella algo de noble, elevado y digno: me interesó tanto aquella niña que estuve tentado de acercármele y ofrecerle mis servicios, pero como no tenía título ni pretesto para hacerlo, me contenté con mirarla dulcemente y compadecerla; en fin, señores, puedo aseguraros con verdad que jamás ví una perfeccion como aquella.

Alberto temblaba al oír aquella minuciosa relacion, y entre sí decía: ¡oh mi pobre hermana! ¡oh desgraciada Amelia!, tú la niña mimada, la hija de los regalos en poder de esa canalla, de esos asesinos, sin tener quien te proteja y haga respetar;—

pero vamos á ver en qué pára esta relacion, pues estoy esperando de un momento á otro confirmar mis sospechas; pero tenía que moderar mi impaciencia para no despertar alarmas entre aquellos hombres, que si no eran bandidos como los otros, poco les faltaba, pero al fin aventuro á preguntarle: ¿Qué edad tendría, señor de Bertelli, esa beldad?

—Allá entre diez y siete ó diez y ocho años, ¿no te parece, querido Lacoste?, preguntó al Tuno.

—Sí, á lo más, pues parecía muy jóven.

—¿Os fijasteis en el color del pelo? interrogó el Conde de Floriani, pues lo que es yo, me muero por las rubias: Alberto designó ese color exprofesamente para no dar indicio alguno, pues en su interior suponía que había de ser de pelo negro.

—Pues mi amigo, respondió Bertelli, lo que es esta tenía un cabello negro como el azabache.

—Vamos, ya veo que soy un torpe é incapaz de adivinar nada de lo que se relaciona con las bellas, ¿y los ojos?

—¡Oh! negros tambien y tiernos como los de una imagen, pues me pareció que suplicaban ó solicitaban algo que yo no comprendí.

—Alberto volvió á hacer otra seña con el pié á Antonio, y fué más que fatalidad, pues volvió casualmente á darle en el callo del dedo chico, que como estaba ya dolorido, lanzó un ¡ay!!! agudo, llevando las manos á la cabeza.

—¿Qué es eso, Antonio? preguntó Bertelli.

—Nada Carlin, con esa interjeccion he querido decir—¡ay!! quién pudiera encontrarse en el lugar de los bandidos, frente á frente de una tal beldad como la que pintais.

- -Tú, Antonio, dijo Alberto, eres un militar que tienes una táctica especial, pues nunca vais por los flancos, sinó por los frentes, tratándose de damas.

—Já, já, já, exclamaron todos y siguieron riéndose á carcajadas del calambur de Testoni.

—Garzon, gritó Alberto con vigoroso pulmon, dadnos á beber que el orador tiene la garganta seca y nosotros tambien.

—El marsala no se hizo esperar. Todos bebieron alegres, pero Alberto tomaba poco, pues necesitaba conservar su cabeza fresca, y reanudando el asunto, preguntó al Jesuita: ¿Y qué traje llevaba la diosa que tanto os cautivó?

—Hola, señor Testoni, parece que os preocupa mucho esa jóven ó quereis reconocerla?

Alberto comprendió que había andado demasiado á prisa, guiado por su impaciencia, y que estaba espuesto á hacerse sospechoso para con aquella gente que aún no conocía á fondo, y trató de neutralizar el mal efecto producido, contestándole:

—Nada de eso, amigo mío, ignoro absolutamente de quién hablais, y me es de todo punto indife-

rente cuanto se relaciona con ese asunto; pero la verdad es, que vuestra relacion es tan interesante y está hecha con tanta naturalidad y correccion que me parece estar leyendo una de esas lindas novelas amorosas, pues hablais como un libro, y por otra parte, tratándose de una mujer linda cual la pintais vos, y siendo yo soltero, jóven y goloso hasta el extremo, desearía ver esa extraordinaria beldad para recrear mi vista en tan portentoso tesoro: he ahí todo.

—Antonio que ya había comprendido la intencion de su señor, gracias á las horribles puntadas que estaba sufriendo en su dedo chico, soltó una carcajada y exclamó; ¡oh señores! el Pinchador siempre es el mismo tratándose de mujeres, y es capaz de seguirle la pista y arrebatársela á los bandidos si se descuidan.

—Cáspita, dijeron los otros dos.

—¡Oh! eso no sería nuevo, al contrario, tendríamos una de tantas otras escenas mujeriales que le valiéron el renombre de Pinchador.

—Distingo, agregó Alberto—de mujeres hermosas, pues las feas y flacas no sirven ni para los tachos, puesto que no tienen sustancia que dar.

—Eso se sub-entiende, repuso el Tuno, que estaba callado y no hacía otra cosa que echar un trago de cuando en cuando; las flacas y feas á la costura ó

á la cocina, las bellas al amor, á los goces y á formar las delicias del hombre calavera.

Bravo, Tuno, dijo Bertelli; sabes chico que hablas como un Sénera.

—¡ Soberbio ! terció Alberto.

Pero Carlin se había quedado orgulloso con la clasificación que Alberto hiciera, de que hablaba como un libro, etc.. y así deseaba seguir luciendo sus dotes oratorios, y en consecuencia, continuó todavía impertérito su relato.

—Pues la jóven, señor de Testoni, llevaba un traje, si mal no recuerdo, (pues no soy fuerte en asuntos de trapos) de rica tela, con un saco de viaje como una reina ó una condesa, un medallon de oro, pendiente de una cadenita que rodeaba su blanca y torneada garganta, anillos en los dedos de ambas manos y otras cosas ricas, pues parecía una señorita aristocrática por la finura de sus manos y sus delicados contornos.

Alberto, ya no tenía duda de que había dado con la pista de su hermana y entre el dolor y la alegría propuso un brindis; parándose y sacándose el sombrero, levantó alto su brazo y con entonación solemne, dijo ;

—Señores, bebamos por la patria, la muger y la amistad.

Todos bebieron y saludaron á Alberto con entusiasmo y hurras repetidos.



El Pinchador pidió la cuenta de todo el gasto hecho en la mesa, la pagó, y dió al mozo la acostumbrada propina.

En seguida se levantaron para retirarse y salieron de la taberna, dando Alberto á Antonio, su direccion para que fuese á verlo, y se encaminó á la ciudad, en tanto que los otros se dirigieron á rumbo opuesto.

\*  
\* \*

Al día siguiente, bien temprano, ya estaba Antonio en casa de Alberto, y aun cuando éste se hallaba aun en cama, se levantó y lo hizo entrar á su cuarto.

—Vaya, hombre; veo que eres de los que no se duermen en las pajas cuando hay que trabajar, dijo el Alberto, con buen humor.

—Ese es mi deber, señor conde, y vengo á ponerme á sus órdenes.

—¿Qué juicio has formado, Antonio, de la entrevista de la taberna del Vesubio? interrogó aquel.

—Lo que es yo, señor, al principio no había parado la consideracion respecto del relato de Carlin, y sólo empecé á comprender la intencion del señor conde, merced á las indicaciones que me hizo por repetidas veces con el pié.

Alberto prorrumpió en una estrepitosa carcajada,

al considerar los pisotones que le había dado, acaso en algun callo, y recordó los aspavientos y quejidos que Antonio había exhalado cada vez que le daba un pisoton, y le dijo :

—Es verdad, mi buen Antonio, y acaso os hice mal con mi telegrafía pedestre ¿ no es verdad ?

—A qué voy á negarlo, señor conde, padezco un poco de los callos, y cada vez que me llamó la atención, quiso la casualidad que diera siempre con el del dedo chico que me hace sufrir bastante, hasta ver estrellas á medio dia.

—Lo siento, pero eso ya pasó afortunadamente; ahora siéntate, Antonio, y hablaremos un poco á fin de ver el estado en que se encuentra nuestra cruzada.

—Resultan, continuó el conde, segun las referencias espontáneas de Carlin Bertelli, los hechos siguientes—

- 1 ° Que se encontró con Silvino el día 4 de Diciembre.
- 2 ° Que el tal Silvino, le dijo, que venía de una comision tan arriesgada como importante.
- 3 ° Que él y sus camaradas, se dirigían á la Calabria por escusados caminos.
- 4 ° Que el hecho de la muerte de mi padre y rapto de mi hermana, fué el día 3, es decir, el anterior á aquel.

—¡Oh! Sí, sí, todo eso es exacto, repuso Antonio, cediendo á la fuerza de las observaciones del conde.

—Pues bien, continuó Alberto, la jóven hermosa, de pelo y ojos negros, de medallon de oro, con piedras preciosas, de saco de viage, de ricos vestidos, anillos de brillantes en las manos y porte aristocrático que nos ha pintado Bertelli, es mi pobre hermana; y me confirмо en esto por la circunstancia de que su semblante lloroso parecía pedir proteccion, y estoy cierto que si no la demandó á aquellos hombres, fué porque su aspecto le reveló que eran tan bandidos y miserables como los que la conducían, ¿no te parece?

—Sí, sí, señor Alberto, ahora lo veo todo claro, no hay la menor duda, y es preciso que no abandonemos la pista y tratemos de dar con ellos.

—Sí, amigo, agregó el conde, de eso me preocupó, pero ellos son muchos, y debemos proceder con cautela para sorprenderlos en su guarida ayudados, se entiende, de las autoridades para lo cual, ya sabes, traigo las más amplias recomendaciones de la Policía secreta.

Alberto, bajó un poco sus miradas al suelo, agachó la cabeza y quedó pensativo por un momento, tal como si conversara consigo mismo, y luego agregó :

—Lo que me causa suma estrañeza, es que habiendo sido arrebatada Amelia, por salteadores de camino, llevase aun anillos de brillantes en sus dedos, relicario y demás alhajas valiosas que de diario usaba, ¿cómo es que no le habían quitado todo? ¿qué circunstancia tan rara ha podido intervenir que conservaba aun esos objetos tan valiosos, en medio de una cuadrilla de bandoleros? ¡Oh! Antonio, aquí debe haber algun misterio que hasta ahora es impenetrable para nosotros.

—Eso no debe maravillarlo á su señoría, pues mejor colocadas y más seguras van esas prendas en el cuerpo de la condesa que en los bolsillos de los ladrones, donde pueden romperse ó por lo menos estropearse, y desde que la tienen á ella en su poder tienen el todo y bien seguro.

—Es exacta la observacion, pero no obstante, el ladron lo primero que hace es apoderarse de las cosas de valor, ese es el instinto de esos hombres, pues no están tranquilos ni satisfechos sino cuando palpan y agarran con su rastrera mano el fruto de su salteamiento.

—Su señoría dice bien, porque saquear el caruaje del señor general, que Dios guarde, durante la refriega, robar cuanto en él había, y que la señorita llevase aun sobre su cuerpo joyas tan valiosas en medio de los ladrones, no es lógico, por cierto, ese modo de proceder.

—Así pienso yo, agregó el conde; y aun me parece que hay algo más, pues, si se medita con calma, se vé que mi pobre hermana, vá como respetada por todos y defendida por alguna voluntad poderosa y que al parecer no han profanado los respetos debidos á su sexo y á su elevada alcurnia, pues de lo contrario habrían atropellado por todo, le habrían arrancado cuanto objeto de valor lleva su persona y hasta sus ricas telas se las habrían quitado en tanto que todo lo conserva y nadie ha osado arrebatárselos.

Si, amigo, á cada momento me ratifico más y más, sobre que en todo esto hay misterio, y que alguna mano que no es la de un bandido ha intervenido en nuestra desgracia; pero ya veremos si el tiempo y nuestros esfuerzos nos proporcionan los medios de aclarar este tenebroso misterio, para vengar con sangre la de mi padre bárbaramente derramada.

—Así debemos esperarlo, señor conde; pero si su señoría me permite, debo observar, que esas circunstancias que tanto le llaman la atención, las explico yo de este modo. Como la señorita Amelia es hermosa y digna de un príncipe, es probable que el comandante de los bandidos, se apropie la prenda para sí, ó al menos así lo haya pensado, y no habrá consentido en que se le toque en lo más mí-

nimo; por aquel adagio (que cito con permiso de V. S.) de que la carne de los Reyes no la comen los vasallos, y eso es frecuente; los salteadores se apoderan de una muger y todos se la respetan, so pena de la vida.

—¡ Oh! pobre Amelia mía, exclamó con amargura el jóven Floriani, qué horrible suerte te ha cabido! ¡ Quién pudiera estar á tu lado y morir en tu defensa! Cada una de tus palabras, Antonio, destrozan mi corazon y arrancan lágrimas de mis ojos. En fin, no perdamos nuestro tiempo en fútiles consideraciones; mañana se reunen á nosotros Michelino y Andrés, que como sabeis, andan ejecutando mis órdenes, pues este es el punto de reunion, é inmediatamente nos pondremos en campaña para seguir la pista de los bandidos.

—Pienso que debemos ir por distintos caminos, los más escusados, y así nos dividiremos en dos fracciones; pero antes es preciso combinar bien nuestro plan, y muniros á todos vosotros de instrucciones y dinero, puesto que armas las tenemos y de las mejores.

—¡ Oh! si señor conde, es verdad, el dinero debe andar junto con las armas para acudir á los lances apurados.

—Hoy mis investigaciones han tomado otro carácter, pues ya sé, y á no dudarlo, que esos bandidos

son los que se llevaron á Amelia, que viajan alejándose de todo centro ó poblacion, que se dirijen á la Calabria, punto donde probablemente tienen sus guaridas esos miserables.

—Para mi modo de ver, continuó Alberto, no es posible se escapen de caer en nuestras manos, y dentro de poco tiempo, espero que habremos salvado á Amelia de las garras de esos aventureros, para restituirla á mi inconsolable madre; además habremos aclarado el misterio que parece encerrar este lamentable y trágico suceso.

—Y cómo hará el señor conde para caerles y que no vaya á fracasar el golpe?

—Pierde cuidado; así que se nos reunan Michelino y Andres, les revelaré mi plan; pero de antemano puedo decirte que mi intencion es que tomemos el disfraz de bandidos ó cosa parecida, y que lleguemos, si es necesario, hasta asociarnos á ellos, para que una vez descubierta su guarida nos pongamos de acuerdo con la policia ó con la fuerza de línea, y éntonces cairemos sobre ellos y no quedará uno con vida, pues quiero saciarme en la sangre de los asesinos de mi padre.

—Así, así señor conde, es preciso obrar sin cuartel ni piedad.

—Mis esperanzas las tengo puestas en todos vosotros y en el astuto Michelino, pues es audaz y en-

tendido en estos achaques, como que en un tiempo perteneció á la policía, así es que lo espero con impaciencia para conferenciar con él.

—¿Y no le parece al señor conde, más competente para el caso, Andres, por su decision y valor reconocido?

—No Antonio, Andres es hombre indudablemente de gran valor, capaz de hacerse matar, matando, pero Michelino es más hábil, sagaz, astuto, precavido y no carece de valor, y tú sabes que muchas veces más se hace con la astucia que con el sable.

—Eso tambien es verdad, señor conde.

—Ahora voy á escribir largamente á mi pobre madre; con que, será hasta mañana que nos volveremos á ver y acordaremos nuestro plan de batalla en congreso general.

—Bien señor conde, estaré siempre en mi cuarto á sus órdenes. Saludó y salió en seguida.

Alberto despues de terminar su larga correspondencia á su señora madre, pasó algunas horas combinando sus ideas y arreglando lo que él llamaba su plan de batalla, pues en estas materias tenía el tino y la sagacidad de su padre, como si fuese un esperto militar.



Empezaban á difundirse las sombras de la noche



del siguiente día y la actividad de la vida comercial cesaba para dar lugar á los espectáculos teatrales, diversiones de cafés y tantos encantos como ostentaba la gran ciudad de Nápoles, notable ya por su inmensa poblacion y por las distracciones que ofrecía.

Dos hombres á caballo penetraban por la ancha calle que sirve de límite al mar y forma la ribera de esa hermosa y renombrada bahía de Nápoles, donde se veían aquí y allí los repetidos establecimientos de baños que eran y son hoy mismo tan frecuentados. En aquella época esos sitios eran de noche algo solitarios y sobre todo muy mal alumbrados, pues los progresos de la iluminacion no habían llegado á la perfeccion que hoy tienen.

Aquellos dos hombres marchaban callados, con sus cigarros encendidos, y fijándose bien en el estado de los corceles se veía palpablemente que habían sudado mucho, como si hubieran recorrido larga distancia, pues aun cuando en aquel momento iban al tranco, llevaban el pescuezo agachado, se notaba el pelo duro y parado como si se hubiese secado despues de estar empapado en sudor á causa de la fatiga.

Ginetes y cabalgaduras estaban cubiertos de ese blanco polvo que tanto abunda en los caminos carreteros de Nápoles, pues el gran tráfico y el vien-

to que allí suele reinar lo levanta y viene á incomodar mucho al viajero. Llevaban sombreros negros de fieltro de grandes y gachonas álas, terminando la copa en forma algo piramidal y con una cinta negra ancha al rededor, formando un lazo en la parte posterior, y sujetos por su respectivo barboquejo.

Al flanco izquierdo de cada ginete se veian relucir sus largas tisonas enganchadas al cinto: en el arzon y sobre el fuste de las sillas llevaban sus estuches de cuero provistos de pistolas de primer órden, y fijándose un poco, se echaba de ver en la parte posterior de la cintura bajo sus largas mantas de paño, el cabo de sus puñales terciados en las fajas; sus botas granaderas de becerro con espolines, estaban estropeadas y sucias, y por fin todo indicaba que aquellos hombres venían de un largo viaje.

—Sabeis, dijo uno de ellos, que traigo la caparazon un poco molida.

—Vaya una gracia, respondió el otro, pues y la mía, viene acaso en mejor estado?

—Así dormiremos bien, dijo el primero.

—Eso será lo que trace un sastre, es decir, si nuestro patron y señor no nos envía á otra parte.

—No lo creas, amigo, pues tú sabes que él es muy considerado y jamás abusa de sus buenos servidores.

— Y mucho más, repuso el segundo, de los que se

sacrifican en su servicio y que se harán matar, si el caso lo requiere, en su defensa.

—Como que todo lo merece, agregó el primero, pues es galante y generoso cual ningun otro hombre.

—Y agrega, si quieres, dijo el segundo, que mantiene bien repletos nuestros bolsillos, pudiendo así nosotros atender con comodidad al presupuesto de nuestros amores y demás extras ; pero mira nos vamos aproximando al punto consabido y creo sería bueno que antes echáramos algo al pecho, pues estoy seco por dentro como un corcho de botica.

—Así yo, dijo el primero, pues no tengo ni saliva, pero ya está encima la hora designada y no podemos perder ni un momento.

—Hombre no seas exagerado, que no somos ingleses ni está la patria en peligro.

—Quien sabe, amigo mio, y sobre todo, despues que nos despachen tendremos tiempo para regalar-nos, es decir, para comer bien, beber mejor y dar una vuelta por el barrio del Hospicio donde hay buenos gallineros.

—¿Qué dices? condenado, vueltitas cuando no podemos movernos?, lo que es yo las daré, pero en mi cama, como un padre cura.

—Bien, bien hombre, ya arreglaremos esas cosas con calma.

Acababan de dar las siete de la noche y nuestros dos viajeros, que no eran otros que Michelino y Andres descendian de sus fatigadas bestias, en casa de Alberto, de acuerdo con la consigna y órdenes recibidas.

En el acto fueron introducidos á la presencia del conde, y despues del saludo de costumbre y de aquellas preguntas de ¿qué tal?, cómo ha ido? ¿cuándo llegasteis? etc., Michelino instruyó á su señor de los resultados de su espedicion, de las peripecias experimentadas y de las investigaciones hechas al traves de los pueblos recorridos, suministrándole todos los datos obtenidos; los cuales venían á confirmar perfectamente las ideas y juicio formado de antemano por Alberto.

Comunicóle tambien Michelino que se había hecho aparcerero y buen amigo de uno de los bandidos que concurrieron al salteo, y que habían convenido en reunirse dentro de algunos dias en Nápoles—Esplicó el astuto Michelino menudamente todos los incidentes del caso, la manera como por una antigua conocida ó amante de otros tiempos, había hecho tal amistad, y por fin dió cuenta de todo cuanto ocurrió desde el dia en que se separó de su señor, hasta el momento de su regreso.

Alberto escuchó con suma atencion la esposicion de Michelino y de Andres, y despues de un mo-

mento de meditacion, le preguntó—¿y cómo se llama el bandido de que tú hablas?

—No lo sé, señor á punto fijo contestó Michelino.

—Pero le llaman, agregó Andres, Diosito.

—Sí, repuso Michelino, pero ese es un apodo ó título de pelea, el verdadero nombre lo ignoramos.

—¿Y dices tú que debías verte con él en esta semana en Nápoles?

—Sí señor, en el apiadero del Fuego cerca del Lago Averno.

-- Ese hombre debe servirnos de mucho, dijo Alberto, y sacaremos de él el partido necesario si obramos con juicio y habilidad.

—Sí, señor conde, terció Andres, nosotros le seguiremos la pista y es más que probable que demos con la guarida de sus aliados dentro de poco.

—Así lo espero, agregó Michelino; pero es preciso, señor conde, una gran cautela, pues Diosito es hombre listo, perspicaz, astuto, desconfiado y valiente; de modo que debemos proceder de una manera que no pueda apercibirse de nuestro propósito, ni siquiera tener la más leve sospecha.

—Sí, ya cambiaremos ideas, dijo Alberto, al daros mis instrucciones y os revelaré mi plan de operaciones; por ahora id á descansar de vuestras fatigas, que pronto tendremos que mover las piernas.

—Los dos viajeros se despidieron del conde con el respeto de costumbre, y Alberto quedó en su cuarto revisando sus papeles y reanudando sus proyectos.

Al día siguiente se reunieron todos, es decir, el conde de Floriani, Antonio, Michelino y Andres, entraron en conferencia y Alberto les comunicó sus propósitos, los pasos que iba á dar ante la autoridad ó sea ante la Policía secreta, y por fin, les explicó por estenso su plan, para en seguida ponerlo en ejecucion.

---

## CAPÍTULO XV

---

### La cueva

---

Los bandidos que habían atacado la comitiva del conde de Floriani, y muy especialmente los que se apoderaron de Amelia, se dirijieron con la mayor precipitacion, y puede decirse, á todo escape, tomando, en ejecucion de sus instrucciones, por los más desiertos y escusados caminos conocidos tan sólo de ellos—Despues de un breve é indispensable reposo, reabrieron sus marchas con las mismas precauciones, pues su principal objeto era alejarse todo lo más posible de la jurisdiccion de Milan en el menor tiempo imaginable para evitar una muy posible persecucion, con cuyo intento habían salido con mucha anticipacion del campo del combate, y para burlar á sus perseguidores no se acercaban á poblacion alguna, marchando por puntos tan escusados que eran desconocidos de todos menos de aquellos salteadores.

Tomaron luego el camino de Piacenza, en seguida el de Parma y continuaron sus penosas marchas di-

rijiéndose á la jurisdiccion de Florencia, cuya ciudad dejaron un poco á la izquierda, así como á Siena, Montepolsiano, Spoleto y otras poblaciones, á fin de irse acercando á los estados Romanos, pero siempre por los caminos más desconocidos que hay entre Tivoli y Tagliacozzo.

Luego dejando á un lado á Roma, se recostaron hácia la ribera del Golfo de Gaeta para encaminarse á Nápoles, centro de su madriguera y elavoratorio de sus atrocidades, pues una vez allí, ya se consideraban salvos, en razon de que era casi imposible dar con ellos, y mucho menos quedando como quedaban á una distancia tan enorme como la que media entre Milan y Nápoles, es decir de un extremo á otro de Italia—Por último la comitiva agarró el rumbo de Benevento, Avellino y otros pueblos que los conducía á la Calabria, Reyno de Nápoles.

Apesar de las consideraciones con que había sido tratada Amelia en esa cruel y desesperada travesía, sufrió todo género de penurias y mortificaciones, puesto que siendo una niña acostumbrada á una vida regalada, como la que disfrutaba en el seno de su ilustre familia, no podía de ninguna manera soportar las condiciones penosas de un viaje semejante, desde que se caminaba siempre, en malos caballos, sin tener una montura adecuada á la delicadeza de su persona, se comía mal, se dormía peor, y sobre



todo estaba siempre llena de zozobras sobre su suerte, temiendo ser ultrajada por alguno de aquellos bandidos.

Su reposo era intranquilo y con dificultad podía conciliar el sueño; todo ruido á su alrededor la sobrecogía, y cada hombre de aquellos que la miraba ó se le acercaba con un pretesto cualquiera era un motivo de inquietud, desde que se encontraba entre una horda de foragidos, sin tener á quien volver sus ojos, ni divisar una persona amiga que en cualesquier lance pudiera darle proteccion, en fin, su situacion no podía ser peor ni más desamparada.

Sus días y sus noches las pasaba llorando y echando de menos á su cariñosa madre y á su familia entera; ¿será posible, Dios mio, exclamaba, que me dejéis en este abandono?, ¿no tendré derecho á esperar que los míos corran en mi auxilio y me favorezcan, salvándome de las garras de estos buitres?, ¿qué pudo suceder aquel día terrible en que salimos del castillo del Diablo y fuimos acometidos por estos miserables? mi padre hombre valiente, intrépido, arrojado y amoroso, ¿cómo es que ha dejado robar á su hija sin perseguir á los raptores, sin mover cincuenta, cien, doscientos hombres á fin de salvar á su hija?, ¿qué suceso horrible ha podido tener lugar que nadie se presenta en mi auxilio? ¡oh! Dios mio, no quisiera figurármelo, pero es

fuera de duda que mi padre ó ha sido gravemente herido ó muerto, y sólo así puedo esplicarme que yo, hija de una familia poderosa y capaz de armar y disponer de centenares de hombres y de armas, me encuentre prisionera entre una horda de ladrones y espuesta de un momento á otro á ser el ludibrio de estos miserables que pueden apoderarse de mí y hacerme objeto de sus violencias y de sus brutales instintos.

Amelia cayó de rodillas llorando amargamente, juntó sus manos, miró al cielo y exclamó con fervor:

— ¡Oh! señor misericordioso, ¡oh! padre nuestro que estás en los cielos, ¡oh! Dios clemente, no abandoneis á esta desgraciada, dirigid una mirada compasiva hácia mí, apiadaos de mi inesperienza y de mis tiernos años; no consintais señor que se consuma una bárbara profanacion con mi persona: vos señor que imperais en los mundos, que todo lo podeis y á quien jamás tus criaturas ocurren suplicantes sin que sean escuchadas, te pido, que por uno de aquellos caminos providenciales é ignorados de los humanos, hagais que sea respetada y que pueda volver algun día al seno de los míos.

Amelia estaba en aquel momento sorprendentemente bella, mística y radiante, sus ojos arrasados en lágrimas, sus miradas dirigidas al cielo, sus manos

entrelazadas y en actitud suplicante, ¡oh! realmente era una imájen celestial y si el Tizziano ó Miguel Angel la hubieran observado un momento, habrían llevado al lienzo la más peregrina de las imágenes para aumentar los quilates de su corona artística.

Despues de aquella espresiva oracion Amelia dejó caer con abandono su doliente cabeza entre sus manos, y sus lágrimas corrieron abundantes, como signo de aprendizaje de sus futuros padecimientos.

Aquellas lágrimas y ferviente plegaria habían hecho mucho bien en su corazon, la habían llenado de consuelo y hasta cierto punto retemplado su valor y sus esperanzas; entonces recién empezó con más tranquilidad á recapacitar sobre algunas circunstancias de su amarga situacion; apercibiéndose de que aun conservaba sus anillos, su reloj, sus alhajas y cuanto adorno tenía en su cuerpo el malhadado día del combate, y que había sido respetada hasta cierto punto por todos.

Estas consideraciones la preocuparon un poco, y se propuso esta cuestion: ¿Cómo es que siendo estos miserables unos salteadores de camino, ladrones de profesion, que van á esponer su vida para apropiarse lo ageno, no han tomado mis brillantes y adornos que son valiosos? además, yo estaba desmayada cuando se apoderaron de mí, y he seguido como prisionera ó esclava, sin haber tocado ni un simple

pañuelo mio—¿qué mano invisible me protege? pero no nos halaguemos demasiado con ideas inciertas, pues esto puede suceder, porque el que comanda estos salteadores acaso ha dispuesto que sea respetada y considerada porque él me reserva para su regalo y para hacerme objeto de sus pretensiones, de su amor, ó de sus violencias; ¡oh! Dios mio qué horror, qué suerte aciaga me espera, que martirios y vejámenes voy á sufrir, sola, sin un protector y sin tener á quien volver mis ojos!

Lo que yo debo hacer es buscar un puñal ó arma cualquiera y reservármela escondida, para quitarme la vida ántes que sufrir el deshonor, el ultraje y la violacion. Sí, una hija del general Floriani debe tener bastante resolucion y firmeza de carácter para morir mártir ántes que deshonrada—Así dejó fijada su resolucion definitiva, exclamando por último: Esperemos todo de Dios y de su gran Providencia que provee de una manera incomprensible para nosotros, al destino de cada criatura.

\*  
\* \*

Recordará el lector, que cuando la familia de Floriani fué asaltada el día 3 de Diciembre, por los bandidos, Amelia fué robada del carruaje del general, donde había quedado desmayada, y colocada sobre el caballo de un hombre enmascarado, el cual

con varios de los suyos emprendió una fuga veloz, como el rayo, á fin de evitar que pudieran darle alcance, y sin detenerse ni para comer, marcharon incesantemente á fin de llegar á un punto dado en que recién hicieron alto. Allí, cambiaron caballos, desapareció el mudo conductor de la máscara, y otro nuevo personage tomó á su cargo la direccion de la marcha.

Despues de un conveniente reposo, y de tomar algunos alimentos, continuaron el viaje con igual precipitacion, y en la forma que ya se ha narrado.

El nuevo conductor, era un hombre de unos treinta y ocho años más ó menos, conocido entre los suyos con el sobrenombre de *Cuchillada*, pues tenía un enorme hachazo en el costado derecho de la cara, aun cuando casi no se le veía por estar tapado con su abundante barba; era natural de Austria, y de buena familia, pero había desertado de las galeras donde hacían años que estaba preso á consecuencia de haber muerto á su muger, por celos con un pariente suyo; tenía una fisonomía áspera, pero más bien interesante, mirada viva y dulce á la vez. En medio de su funesta carrera de bandolero, conservaba un resto de su buena cuna, modales correctos y en ciertas ocasiones demostraba cultura y elegancia.

Este es el hombre que se encargó de atender y

cuidar á Amelia, y la verdad sea dicha, con voluntad y firmeza, salía al encuentro de sus necesidades, sin descuidar ni las cosas más íntimas de la vida, y esto de una manera tan discreta, reservada y prudente que no tenía Amelia ni razon para sonrojarse. Aquel hombre no olvidaba nada, era como su aya ó mucama, siempre respetuoso, fino, comedido y complaciente.

Alguna vez, Amelia, al llamarlo para algo con el nombre de *Cuchillada*, este le dijo:

—Señorita Amelia, tened la bondad, os lo suplico, de no darme ese nombre.

—Os doy el mismo con que os designan vuestros compañeros.

—No obstante, estos hombres me dan ese nombre por costumbre, pero desearía que de vuestros lábios no saliera tan grotesco y detestable apodo.

Amelia quedó un poco meditabunda, y pensó en sus adentros,—¿quién será este hombre que así habla y que me trata con tanta galantería y miramientos? ¿Será acaso uno de los gefes de los salteadores? No lo parece, pues, no lo demuestra su traje, ni se le vé ejercer aütoridad ó mando; sobre todo, más me aterran sus atenciones que si me tratase con la brutalidad que los otros; es preciso abrir los ojos y estar sobre aviso.

Al fin, Amelia repuso:

—¿Y cuál nombre debo daros?

—El mío, que es Juan Scarniche, señorita.

—Bien, en lo sucesivo os llamaré así.

Aquel hombre parecía, en vez de un miserable bandido, un padre, un amante ó un hermano, pues cualesquiera de estos roles podía asumir á juzgar por las atenciones y cuidados que prodigaba á Amelia.

¿Obraba así Juan por su propia cuenta? ¿Era galante y cuidadoso con ella por su voluntad, ó servía intereses ajenos?

Nada de esto podía esplicarse Amelia, siendo mayores sus dudas, desde que el enmascarado y mudo personage, que parecía ser su raptor y gefe de los bandidos había desaparecido.

Una noche de esas que lucen bajo el cielo azulado de la Italia, favorecida por una luna clara en creciente, habían hecho una parada para reposar de su siempre presuroso viajar y tomar algun alimento; recién acababa su miserable cena, cuando se le acercó Cuchillada para presentarle un vaso de vino que Amelia aceptó, no precisamente con la idea de beber, sino para retener el vaso y poder entretanto hablar con él, aprovechando aquella circunstancia que tan pocas veces se presentaba, de no haber por allí cerca otros de sus compañeros, pues los que estaban á cierta distancia no podrían oír lo que ellos trataban.

Procuró Amelia de sondear al bandido, y después de algunos rodeos, al fin entró en materia y le recordó lo rica que era, que podía hacer su felicidad si le proporcionaba los medios de recuperar su libertad y volver al seno de su familia, que le daría tanto oro que podría abandonar aquella vida de agitaciones y peligros; pero el Cuchillada sin dejarla ir más adelante, le dijo :

—Señorita, debo advertiros que aquí todos somos vigilados unos por otros, y tened la bondad de escuchar bien mis palabras.—Si se conoce, ó se sospecha, que tratáis de evadiros, sobornando á alguno de la cuadrilla, sereis doblemente mortificada, no os guardarán las consideraciones que hasta el presente, y recordad, señorita de Floriani, que sois jóven, muy bella, y que esa fatal belleza, estimula las pasiones del hombre y podríais, muy bien, ser víctima de un engaño halagándoseos con la libertad para que cuando os encontréis sola, en medio de un profundo y desierto valle ó precipicio, se abusase por vuestro falso libertador de los tesoros de vuestra codiciable juventud y hermosura, sin que hubiese entonces poder humano que os salvase; en fin, señorita Amelia, no tenteis al Diablo, no espongaís vuestro decoro y os aventureis á perder las condiciones ventajosas en que os encontrais.

Amelia, comprendió que aquel hombre tenía ra-



zon en cuanto acababa de esponer con verdad y lealtad, pero tambien le demostró con su juicioso razonamiento que él no era capaz de hacer lo mismo que deseaba prevenir, así pues, Scarniche era un hombre que tenía un buen fondo y que por consiguiente debía tratar de sacar partido de su bondad, y volvió á replicar :

—Mirad, D. Juan, mi familia es poderosa, tiene influencia y riquezas, así pues, yo puedo. . . .

Pero Cuchillada que todo lo comprendió y que no quería hacerse sospechoso bajo ningun respecto, no la dejó seguir su réplica, y tomando un aire de dignidad magistral, le dijo :

—Señorita de Floriani, permitidme que os repita por última vez, que aquí somos espías los unos de los otros, y si se tiene, no más que la sospecha, de que entre vos y yo pasa una conversacion semejante, peligra nuestra vida, y vos caereis en manos indignas, que no os respetarán como lo habeis sido hasta el presente ; más aun, si volveis á dirigirme palabras de soborno, me alejo, y os juro que no las oiré dos veces.

—Por vuestro propio interés, continuó Cuchillada, os suplico abandoneis esas ideas, que esperéis el desenvolvimiento de vuestra situacion y que no os alarmeis, puesto que nadie ha osado faltaros en lo más mínimo, no obstante, que estais entre gente que poca confianza debe inspiraros.

Amelia comprendió que todo era inútil, y que aquel hombre tenía razon en los consejos que le daba; pero no obstante, ella pensó que no debía abandonar la idea de sacar partido de su fortuna y de su belleza; así es,—que, aparentando estar convencida y resignada, repuso:

—No insisto más, y menos con un hombre incorruptible como vos, y creed D. Juan, que lejos de producirme enfado vuestro proceder, lo admiro y estimo.

—Gracias, señorita.

La condesa mentía en lo que decía, pero en ello llevaba su plan preconcebido y creía poder darle ejecucion más adelante con maña y habilidad.

Alguna vez, Amelia, creyó que aquel hombre podía estar enamorado de ella, pero no se animó á seguir esa senda, pues, ¿quién podía garantizarle de que si se confiaba á él y huían ambos, aquel individuo que no era otra cosa que un bandido sin moral ni conciencia, no abusaría de su credulidad, arrastrado por su belleza y juventud cuando se viese solo en medio de los campos y en posesion de ella? Todas estas reflexiones la asustaron y se detuvo en sus proyectos por el momento.

Así siguieron aquel penoso viage, sin presentarse oportunidad para volver á tocar ese asunto.

Veamos ahora cómo fué la llegada de la comitiva y la entrada de nuestra pobre Amelia á la cueva de los bandidos.

El día de la llegada se había mantenido siempre encapotado y triste, caminando el sol hacia el ocaso con paso lento cual si estuviera de mala gana. Las sombreadas tintas de aquella tarde de aspecto lluvioso, empezaban á difundirse, dejando ver aquí y allí esa acumulacion de nubes que van cambiando de formas caprichosamente y que dan al conjunto de la naturaleza una fisonomía capaz de entristecer el alma.

Aquella comitiva de salteadores marchaba en el mayor silencio, lo que no era general; los lugares que cruzaban, estaban completamente abandonados de todo sér viviente.

Hacía mucho que no había visto Amelia, casa ni poblacion alguna, ni oído siquiera otros ruidos que los que producía su misma comitiva, así pues, con frecuencia ponía su oído atento, á ver si percibía el ladrido de un perro ó el balido de algun animal á fin de cerciorarse si pasaba cerca de alguna poblacion para tentar algun medio desesperado de salvacion, pero nada absolutamente pudo oír, lo cual probaba que sus precabidos raptos siempre viajaban por caminos escusados, distantes de todo pueblo ó habitacion; pues ya había notado que alguno de

los salteadores iba á los pueblos cercanos por donde pasaban para proveerse de todo género de alimentos y demás efectos necesarios; salvo cuando podían llegar á alguna de esas tabernas ó bodegones escusados, á donde sólo penetran los bandoleros, asesinos y salteadores de estrada; pues ni una sola vez se acercaron á un restaurant, café, fonda ó meson de clientela decente.

De repente notó que el camino se hacía más escabroso, puesto que los caballos subían y bajaban con extrema dificultad; luego siguieron descendiendo como si atravesasen un largo y profundo valle, torcieron á la derecha, pero siempre bajando, despues volvieron á trepar por sobre peñascos, entrando en un sendero estrecho que tenía á la izquierda un derumbadero que iba á dar á un arroyuelo formado por una vertiente que salía de una roca ó catarata lejana y corría culebreando con la brillantez de un hilo de plata—En otras circunstancias Amelia habría admirado aquella espléndida naturaleza y disertado veinte minutos sobre los enormes peñascos, promontorios, colinas, praderas y sobre aquel hondo y engalanado precipicio; pero su torturado espíritu no se daba cuenta de las bellezas que la rodeaban, pues iba agobiada bajo el peso de sus múltiples padecimientos é infortunios—De la tarde se pasó á la oracion y de esta á la noche que iba ascantuándose, y los objetos

desapareciendo en sus formas tangibles, lo cual hacía más difícil y penosa su marcha, pero la comitiva llegó á un punto en que tuvo que echar pié á tierra, puesto que se trataba de entrar por un boqueron ó abertura practicada en una roca, la que estaba perfectamente cubierta de zarzas y enredaderas, y por donde únicamente podía penetrarse de á una sólo persona, y eso con el cuerpo casi de punta y de medio lado, tal era su estrechez—Por la parte de adentro estaba cubierta la entrada con una enorme piedra, la cual fué separada con esfuerzo por aquellos hombres; así es que el mismo Satanás en persona no habría podido imaginar que allí existía la entrada á una morada humana.

Todos se fueron colando uno á uno, pero luego de haber pasado la mitad de la gente, le tocó á Amelia su turno, más como esta se hallaba tan estenuada por los galopes constantes, el estropeamiento de sus carnes y de su caparazon, y sobre todo por la falta de sueño, se vió en dificultades para entrar, así es que aquellos hombres tuvieron forzosamente que ayudarla y empujarla de varias partes, sin poder evitar Amelia que aquellos miserables pusieran sus criminales manos sobre sus carnes y la toqueteasen sin reparo y sin mirar de que parte del cuerpo se trataba, es decir que la consideraron como un atado ó un bulto cualquiera.

En el primer momento la pobre Amelia sintió sublevarse su sangre, al sentirse toqueteada ó empujada por aquella gente, y en medio de su ira é indignacion, les gritó con altivez y decision :

—Eh! miserables, guardaos bien de poner vuestras manos sobre mi persona y . . . .

—Vamos, vamos, muchacha, replicó uno de ellos con la mayor indiferencia, déjate de melindres y pavadas, aquí no hay tiempo que perder—adelante.

Amelia iba á oponer toda clase de resistencia, pero no estando allí su especie de protector Cuchillada que había pasado al otro lado, y en el estado de abatimiento y de cansancio en que se encontraba, se echó, como quien dice, á los brazos de la muerte, dejando que la estrujasen ó que la empujasen de cualquier parte por escusada que fuese y es así que se encontró dentro de la caverna; quedando por consiguiente algunos otros con los caballos afuera, desde que no tenían por donde penetrar, al menos por aquella parte, y sin duda alguna se los llevaron á otro punto los que quedaron custodiándolos.

Cuando Amelia se dió cuenta del lugar en que se encontraba, cuando se vió dentro de aquella caverna, cueva ó cosa por el estilo puesto que la oscuridad y la ausencia de luz artificial no le permitía conocer donde estaba, exclamó: ¡ qué es esto Dios mio! ¿ dónde me conducirán estos hombres? que vá á ser de

mí, Virgen Santísima! y lloraba sin cesar, queriendo gritar y pedir socorro unas veces, y otras negarse á caminar; pero luego comprendía que era perfectamente inútil la resistencia y se abandonaba á su mísero destino.

La mayor parte de aquellos hombres habían hablado con ella en diversas ocasiones y con distintos motivos que se habían presentado en un viaje tan largo como penoso, pero sólo uno de ellos jamás se le acercó; habiendo remarcado Amelia que en todo el viaje únicamente tres veces lo había divisado á lo léjos y eso un solo momento, desapareciendo en seguida; el cuál no podía ser otro que el comandante de los bandidos.

Después de pasar la garganta ó boqueron de entrada y de serenar su espíritu para dar lugar á la reflexion le pareció que habían penetrado á un corral ó patio estenso, á juzgar por el fresco y aire que allí reinaba, no obstante que no podía discernir el cuadro que tenía á la vista—Amelia trató de ver si podía sustraerse de sus raptores y emprender la fuga á favor de la oscuridad, desde que todos estaban á pié; pero no se separaban de ella ni media vara y después de todo ¿dónde podría dirigir sus pasos en medio de aquella lóbreguez, ignorando los caminos de salida y rodeada de tanto bandido? ¿quién podía favorecer tal pensamiento y ayudarla en tan pe-

ligrosa empresa? no quedaba á la pobre niña más remedio que someterse á tan aciago destino y en medio de su terror y de sus lágrimas confiar en la Providencia, madre de los desventurados.

Probablemente alguno de la comitiva se había adelantado, pues á poco rato sintió ciertos golpes, como si llamasen á un porton, cuyos golpes aun cuando eran dados con mesura y suavidad, resonaron en el espacio y en medio del silencio absoluto que allí reinaba: en seguida, y como siempre seguían caminando, en direccion á los golpes, se oyó claramente el ruido de una maciza puerta que se abría, y en el acto se vió una luz, lo cual no dejó de producir algun consuelo en el ánimo de la condesa de Floriani, pues aquella morada podía ser el término de su penoso viaje.

Todos fueron entrando y confundiéndose con otras gentes que iban saliendo por distintos rumbos y los unos hablaban con los otros aquí y allí, notándose gran agitacion y movimientos entre ellos —Amelia estaba aterrada con el aspecto de aquellos foragidos, cuyas caras patibularias imponían, y sobre todo con esa pavorosa mansion, pues jamás hubiera creído que en el mundo existiera un lugar tan repugnante como aquél; sus lágrimas corrían con abundancia, y comparaba su pasado, los regalos de su casa y el esplendor de su familia con las humillaciones y dolores



que sufría al presente. La verdad es que Amelia estaba, como hemos dicho, sin descanso, fébril y desesperada, llegando otra vez hasta desear y pedir la muerte como un bien supremo, tal era su constante martirio.

Había tenido aquella niña, mal su grado, que ver acciones infames, oír palabras las más soeces, y sobre todo, sus privadas exigencias habían tenido que pasar en medio de aquella horda de foragidos, pues como ya lo hemos indicado, no tuvo á su disposición los elementos ni los medios propios para atender convenientemente á sus íntimas y mugeriles necesidades; en fin, soportó y cruzó por un purgatorio horrible, por los actos más vejatorios para el pudor y delicadeza de una mujer, aun cuando por otra parte puede decirse que había sido respetada materialmente, sin saber hasta entonces de parte de quien emanaban las disposiciones que obligaban á aquellos bárbaros á guardarle siquiera el respeto debido á su clase y sexo, todo lo cual era un misterio impenetrable para ella.

Dos de los que conducían á Amelia, y Cuchillada que acababa de incorporarse, se separaron con ella de los demás y dieron un gran rodeo, pasando por patios y corredores, hasta que entraron en una habitación de techo bajo que parecía practicada en la roca viva; recibiendo al entrar un bofetón de ese olor

nauseabundo que exhala la suciez ó los sótanos sin ventilacion donde está impregnada la humedad: sus muros estaban oscuros como que eran de piedra, lo cual le daba un aspecto de cárcel ó cueva que oprimía el corazon y más el de Amelia que jámas había visto tales habitaciones, ni tenía idea de que pudiera existir cosa semejante: frente á la puerta de entrada veíase una mesa china de pino arrimada á la pared, encima de la cuál se hallaba un candelero de laton sucio, con la arandela lleno de sebo, del que había corrido de otras velas, puesto que aquella recien se usaba, lo que demostraba que cuando se consumía una, se ponía otra sin limpiar el candelero; un calentador de lata con sus accesorios, dos platos de loza, un tenedor ordinario de cabo negro, dos cucharas y un papel de estraza con azúcar; en el costado derecho un catre de lona con un colchon doblado, teniendo dentro una almohada, cobijas y sábanas; en el otro costado una especie de armario tambien de pino, pero tan sucio que no se conocía si había sido pintado ó no, y junto á este un par de botas largas, de cuero, gruesas, y tres sillas de madera, que era todo el menaje de esta lóbrega habitacion.

Uno de esos hombres acercó una silla á la mesa y le dijo á Amelia que tomase asiento, y en aquel momento se abrió la misma puerta por donde entraron y se presentó una mujer gorda, con su vestido

de zaraza, fondo blanco y rayas á bastones morados, que á fuerza de lavarlos, habían perdido estos su color, quedando todo casi blanco, pero debajo de los brazos derecho é izquierdo se veían dos grandes remiendos cuadrados que formaban un contraste chocante, puesto que los remiendos tenían poco tiempo y se veían las listas moradas bien perceptibles: el vestido era corton, lo que contribuía á dar mayor volúmen á las prominentes caderas de aquella mujer, que siendo muy gorda y no usando corsé, podía observarse su enorme pechera tan baja y colgante que sólo por respetos al cinturón no descendían más; las mangas del vestido las tenía arremangadas y llevaba un pañuelo grande de listado al cuello, cruzado sobre el pecho, cuyas puntas sujetaba bajo sus carnes, y cuando por razón de uno de sus bruscos movimientos se salían, ella con ambas manos se las metía debajo, quedando aseguradas con el peso de sus alargadas y abatidas formas: la frente de aquella mujer era angostísima, pues su duro pelo avanzaba tenazmente en todas direcciones, y sus ojos pequeños y hundidos tenían un ribete colorado casi sanguinolento como si siempre hubiesen estado sometidos á la acción del humo; así es que todo esto le daba un aspecto repelente y de perversidad.

Al presentarse en el cuarto, el hombre que había puesto la silla para que se sentara Amelia le dijo á

aquella con aire de confianza—¡oh! tía Marta, aquí tiene vd. esta señora que queda bajo su custodia y viene recomendada para que sea tratada con toda consideración, y después recibirá vd. las órdenes convenientes.

Aquella muger se encogió de hombros y respondió :

—Déjate de recomendaciones y de historias, Guapetón. Este era el nombre con que se distinguía ese sugeto entre los bandidos, pues era una de las primeras espadas, de un valor proverbial y de una alma atravesada.

En aquel momento entró otro individuo que ya el lector conoció, era el Gato que vimos con Blangue en la taberna del Zorro en Arona, y con voz tronante le dijo :

—Guapetón, despacha que te están esperando.

—Vengo, vengo súbito—y cuando se disponía á salir, la Tía Marta le dijo :

—Díme ¿á quién pertenece esta muchacha, al Comandante ó á el. . . .

—No sé nada, le interrumpió Guapetón, sin dejarle concluir la pregunta, y se dirigió á la puerta en actitud de salir del cuarto con el Gato, y los demás.

—Pero díme hombre, replicó Marta, ¿todas estas sarandajas, (señalando á las joyas y atavíos de Amelia), dónde se remiten?

Guapetón nada contestó y siguió su camino.

—¡Dios mío! dijo para sí la atribulada Amelia, ¡qué muger es esta! ¡qué va á ser de mí, en poder de esta tigre!

Guapetón volvió á entrar, se acercó á Marta y le habló un rato al oído, pero tan bajo que nada pudo oír Amelia á pesar de haber puesto oído atento.

—Bien, vete, que yo la arreglaré á ordenanza. Amelia había quedado parada, sin querer sentarse en aquella sucia y ennegrecida silla, esperando á ver lo que se trataba de hacer con ella.

Luego que salió Guapetón, la tía Marta cerró la puerta, y dirigiéndose á Amelia le dijo :

—Siéntate.

—Gracias, contestó Amelia, con voz baja, temblorosa y casi llorosa.

—¿Que tienes á menos sentarte en la silla de los pobres?

—Nada de eso, respondió la condesa, y se sentó ó más bien dicho se dejó caer sobre la silla con abatimiento extremo, causándole estrañeza é inquietud aquel trato familiar del tú, que le daba aquella rústica muger, siendo así que recién la veía y que debía juzgar que era una jóven distinguida y noble al ver su porte, su vestir y su continente.

—¿Cómo te llamas? interrogó la tía Marta.

—Amelia.

—¿A secas?

—De Floriani.

—Uffff. . . hizo la estúpida Marta con un resoplido y un gesto despreciativo: alguna princesa destronada ¡eh! ó alguna buena presa hecha en los mercados de amor.—Marta se quedó mirando á Amelia con suma atencion y exclamó ¡oh! yo tambien fuí como tú jóven y hermosa, mi pelo hoy sucio y duro era tan tupido, suave y brillante como el tuyo, mis ojos que hoy ves irritados, sin pestañas y fruncidos, supieron hechizar á jóvenes elegantes y bien nacidos—¡vaya, vaya! pues que ¿crees que mis carnes siempre fueron flojas y abultadas como hoy? Te engañas, puesto que tuve un cuerpo capaz de enredarle la madeja á mandinga, una garganta blanca como la leche, mis dientes no eran inferiores á los tuyos, aun cuando hoy están deteriorados, y mi boca fué codiciada de muchos; ahora, en cuanto á mis piernas, quisieras tú, ña melindres, tenerlas tan bien formadas, derechas y gordas como las mías, y aun ahora mismo ¡mira! y se levantó el vestido mostrándole como vara y terciá de pierna; descargando sobre el costado derecho del muslo dos tremendas palmadas que sonaron á las mil maravillas.

En efecto, aquellas piernas eran blancas y aun gordas, sólo que no respiraban higiene, y los trapos interiores estaban sucios y manchados, oliendo el todo más bien á cloaca que á carne humana.

—Pues, has de saber, continuó la muger siempre impertérrita, que cuando llovía salía con mi vestido arremangado, cuanto, cuánto, se pudiera ver mi pierna, y con sólo esto ya tenía cubierta mi retaguardia, hechas mis conquistas y adquirido clientes á patadas.

—Pero observad, señora Marta, que yo nada os he preguntado, ni deseo saber de todas esas cosas que estais refiriendo, le dijo Amelia, al ver el rumbo que tomaba la peroracion inmundada de aquella muger.

—¿Cómo? ¿qué dice la vanidosa señora? repuso Marta, poniéndose en jarras, con las manos cerradas y apoyadas sobre las caderas, meneando la cabeza.

—Lo que os he espresado, señora, es solamente de que podeis suprimir vuestros recuerdos del pasado, puesto que á mí no me atañen.

—¡Hola! ¿Con qué no puedes sufrir ó te desagrada que traiga á la memoria recuerdos de mis pasados triunfos? ¿con qué te incomodan mis conquistas y mi felicidad de otro tiempo? pues, sabe chuchumeco, que cuando fuí jóven y bella, tuve bajo

mis plantas Sres. Comisarios, militares, capitanes, lancheros, cómicos y multitud de personajes que se desvivian por mis pedazos y que he usado buenas ropas y joyas como tú, pues mis adoradores todo me prodigaban.

La pobre Amelia, decía entre sí ¡ y tengo yo que escuchar á esta ruda y atrevida muger, todas sus sandeces y miserias ! pero no me queda otro remedio sino someterme á todo, y así, oiré, sufriré y callaré.

—En mi casa, continuó la tía Marta, no faltó jamás la música, los bailes, comilonas, y sobre todo amigos que me obsequiaban y se postraban á mis pies, á los mismos que yo despotizaba como soberana absoluta y manejaba á mi antojo, imponiéndoles leyes que cumplían sin resistencia alguna ; pero el diablo se encargó de dar al traste con mis dotes y me empujó de amor en amor, de orgía en orgía, de hombre en hombre. de abismo en abismo, y . . . pero, á qué diablos vienen estos tristes recuerdos que tú no comprendes ; dejemos de charlar y adelante. Pero de rato en rato, la tía Marta levantaba sus hombros y metía las puntas de su pañuelo de listado á cuadros de bajo de sus carnes donde quedaban bien apretadas, luego dió media vuelta, salió y cerró la puerta por fuerza.

La infortunada prisionera apoyó ambos codos



sobre la sucia mesa y posó la cara entre sus delicadas manos, dejando correr abundantes lágrimas, al recordar el nombre querido de su madre. Trató de serenarse, y empezó á recorrer aquel detestable cuarto y á considerar todos los incidentes que habían tenido lugar, sin atinar á darse cuenta ni poder encontrar la esplicacion de los acontecimientos producidos.—Amelia, era, puede decirse, una niña inesperta, tímida é incapaz de tomar por sí sola una resolucion heróica en las circunstancias en que se encontraba.

Del exámen que había hecho del cuarto que se le destinaba, lo que más la conturbó y llenó de agitacion fué aquel par de botas, y entró en algunas consideraciones que eran hasta cierto punto lógicas—¿Qué significa este calabozo ó cuarto con una cama y un par de botas? ¿vive por ventura aquí algun hombre? ¿me van á dar por compañero algun bandido que será el Comandante de la gavilla? Pero señor, esto será bárbaro, atroz, inhumano.

Desde que están ahí esas botas, es claro, que aquí vive el dueño y pretenden encerrarme con él dentro de esta jaula de piedra para que luche con la fiera como los antiguos cristianos del Coliseo Romano, con la diferencia de que aquellos héroes del cristianismo luchaban y morían al aire libre y en presencia de un pueblo obsecado y ciego, y aquí no se

oirá mi llanto ni mis gritos, puesto que estos muros son de dura y espesa piedra ; pero no importa tendré fuerzas para la lucha y para morir si es preciso.

¡ Oh ! Virgen santísima, yo soy una infeliz criatura abandonada, sin amparo, sin proteccion, sin un sér amigo que pueda salvarme ; ayer vivía en la cumbre de la felicidad, noble y rica, con un porvenir brillante en perspectiva, y derrepente naufragaron mis ilusiones, y hoy me encuentro sin padre, sin madre, sin familia ni amigos, encerrada en una caberna de bandidos, donde nadie podrá penetrar y donde estos bárbaros me ofenderán, me humillarán y al fin moriré ignorada del mundo y de los míos. ¡ Dios misericordioso, dadme al menos valor y fuerzas para luchar contra mis brutales carceleros ! Sí, lo juro, me matarán pero no abusarán de mí ; moriré mártir pero glorificada por la virtud.

La puerta se abrió y penetró la tía Marta, que traía en la mano una taza de café con leche con pan, y acercándose á Amelia, le dijo :

—Vamos, chica, toma un poco de café para que te se calienten las tripas y te acuestes ; yo volveré dentro de un rato á ver si lo has tomado ; y salió cerrando la puerta como ántes.

Amelia tenía necesidad de algun alimento ; pero la suciez de aquella cena le impedía hasta el probar lo que se le ofrecía, y vió si tenía donde vaciar la taza,

pero en aquel cuarto no había humanamente donde. Lo estuvo contemplando y al fin se resolvió á probarlo, y bien fuese el hambre que tenía ó que en realidad estuviese bien hecho, el resultado fué que no le pareció tan mal y tomó una buena parte del café y del pan.

Un momento despues empezó á sentir un gran malestar y dolores en el estómago y en el vientre que fueron aumentándose por grados, y le asaltó el temor de que aquel café pudiera tener veneno, y que sin duda la iban á dejar morir encerrada en aquel cuarto. ¡Oh! Madre adorada, si pudieras ver por un momento las condiciones en que se encuentra tu hija Amelia, si pudieras verme aquí encerrada en esta caverna de salteadores de camino, tratada cruelmente por gente soez y bárbara que me han envenenado, y dentro de pocos momentos moriré agitándome entre horribles convulsiones, desesperada, sin auxilios religiosos, sin vos madre querida á mi lado y sin que me sea dado ver tu mirada dulce y amorosa! Sí madre de mi alma! mi muerte sería más llevadera si pudiera recibir tu bendicion y exhalar mi postrer suspiro en tu amoroso regazo, ¡oh! Dios de bondad ¿qué signo fatal traje á la vida?, apenas pisé en el umbral florido de la existencia, y ya la desgracia clavó su aguda garra para despedazar mi alma y al fin vengo á morir en esta inmunda pocilga.

Amelia sintió otra vez agudos dolores en el estómago y ya no dudó que estaba envenenada; entonces como fuera de sí, ó como si se encontrase con el delirio de la fiebre, se levantó, estendió sus brazos, y empezó á gritar:—¡Madre mía!, madre del alma! ¿que no me ois, ni venís en mi socorro? ¿que me dejais morir, ó acaso ya no me amais? . . .

Un ruido que se aproximó á la puerta vino á fijar sus ideas y á interrumpirla en sus lamentaciones, Amelia puso el oído atento y se oyeron gritos, ruidos de armas y diversas voces que se alejaban; en seguida alguien vino en direccion á su cuarto, teniendo Amelia que alejarse de la puerta y tomar la silla para sentarse, pues estaba como desvanecida, aturdida ó loca, creyendo que iba á morir.

La puerta se abrió nuevamente y apareció la tia Marta con un pequeño y sucio farol en la mano.

—Y bien, niña, le dijo, ¿has tomado tu cena?

Amelia con la creencia que tenía, de que estaba envenenada, supuso, como era natural, que aquel monstruo venía á cerciorarse si su víctima había apurado el diabólico líquido, y en la certeza de que iba á morir, y sublevándose la sangre de los Floriani, se enderezó tomó la silla y envolvió á aquella mujer en una mirada profunda y escudriñadora como queriendo leer en lo interior de su alma; pero el

semblante de la tía Marta lejos de revelar malicia alguna lo encontró completamente sereno é ingenuo, lo cual vino á neutralizar un tanto sus temores y así le contestó volviendo á sentarse:

—Sí, Doña Marta, he tomado el café que vd. ha tenido la bondad de traerme y le doy las gracias; pero sin separar sus miradas de aquella mujer, que recibió la contestacion sin hacer manifestacion alguna, como si se tratase de la cosa más inocente del mundo.

—Bueno, ahora ven á tu cuarto para que te acuestes.

Pasada la primera impresion, Amelia se dijo ¿ me habré equivocado y formado un juicio temerario de esta mujer? Esperemos todo de la divina Providencia, y se levantó para seguirla, diciendo para sí—vamos, esto ya es otra cosa, me llevan á dormir sin duda á algun cuarto especial, lo que quiere decir, que aquel gran temor que me produjeron esas malditas botas y la cama, desaparece por el momento, puesto que no me encierran con un hombre; y al llevarme á otra parte á dormir parece tambien que aleja la idea del envenenamiento; en fin esperémoslo todo de la infinita bondad de Dios, y veamos en que paran estas cosas.

Marta salió adelante con su farol en la mano y Amelia iba á su retaguardía; atravesaron un lóbrego

patio, alumbrado tan sólo por un farol fijo en la pared con una vela, entraron en un corredor donde no había luz alguna, sino la muy escasa que daba el farol que llevaba Marta, doblaron á la izquierda y á poco andar se pararon delante de una puerta vieja y bajita, y la tia Marta sacó de entre otras, una llave grande y abrió, entrando ambas á un cuarto de tamaño regular, blanqueado, techo muy bajo, con una ventana de reja de fierro, cuyos barrotes eran bien fornidos y daba á un huerto, la cual cerró la carcelera, encendió una vela de sebo que había en un candelero de bronce y le dijo :

—Ahí tienes tu cama, puedes acostarte tranquila y si algo ocurre tiras esa cuerda que yo vendré en el acto ó la que esté de guardia, aquí tienes agua y cuanto puedes necesitar. Este cuarto, continuó la tia Marta, no será tan hermoso como otros que usan los ricos, pero aquí se puede dormir y descansar muy bien.

—Gracias, Doña Marta, dijo Amelia con desaliento.

—Ya te he dicho que si se ofrece algo tirarás de la cuerda.

—¿Qué querrá decir esta mujer con esa frase, si algo ocurre? se dijo Amelia, siempre con la idea de que el café tendría veneno, pero la verdad era que en aquel momento no sentía nada y se encontraba

bien, ¿será acaso algun veneno lento el que me han dado? pero, ¿con qué objeto? desde que, si hubiesen querido matarme ya lo hubieran hecho, puesto que aquí estoy sólo, é ignorada del mundo entero ¡qué misterios habrá en todo esto! veremos lo que resulta.

—Ahora quítate todas esas zarandajas de joyas, adornos y ropas, y ponte las que estan aquí sobre esta silla, señalando un monton de trapos usados, desteñidos y hediondos, que quien sabe en cuantos cuerpos habían estado y qué carnes cubrieron.

—¿Cómo, exclamó la pobre Amelia sorprendida, yo voy á tener que ponerme esas ropas que no son mías, que no están arregladas, para mi cuerpo, que me serán largas, anchas y....

—Calla!, calla!, exclamó la tia Marta con una voz estruendosa sin dejarle concluir su argumento, ¿habéis creído sin duda que, aquí vais á estar vestida de *Regina di Chipre* con piochas, coronas, mantos y encajes, que vais á tener pages, camareras y carruages? ¡oh! pues está bonito! mande su magestad la Reina, que nosotras somos sus siervas y obedeceremos de rodillas, decía aquella mujer furiosa, con los puños cerrados y apoyados sobre las profundas zanjas de las caderas; y como de repente abría sus brazos bruscamente, salían las puntas del pañuelo de á cuadros que se zafaban apesar del peso que las

oprimía, de modo que la tía Marta volvía á tomarlas y se las metía debajo de su pechera con fuerza como si aquella carne blanduja no tuviera sensibilidad, y continuaba ¡esto sí que es lindo! vamos, vamos muchacha, suelta esos efectos antes que yo te los arranque, y ponte lo que aquí nos ponemos todos, que al fin y al cabo somos tan buenos como tú.

Amelia se veía perdida, y empezaron á correr sus lágrimas mezcladas con rabia, amargura é indignación; pero como no tenía medios de defensa alguna, ni á quien volver sus miradas, le dijo sollozando y con un semblante tan bello y afligido que hubiera podido conmover al mismo demonio:

—Bien, señora Marta, ya que no puede Vd. dejarme conservar lo que me pertenece, le daré las alhajas y todo lo que tenga algún valor, pero déjeme Vd. conservar mis ropas.

—Tú no tienes nada que darnos, pues todo es nuestro aquí, y no se pueden alterar las reglas de la casa, sinó cuando lo ordena nuestro superior, con que así date prisa y concluyamos.

—Entonces permítame Vd. que yo hable con la persona á quien Vd. llama su superior.

—No se puede, respondió secamente aquella mujer.

—En ese caso, replicó Amelia, postergue Vd. esto hasta mañana.



—No se puede.

—Pero qué perjuicio hay en esperar un poco ?

—No se puede, volvió á repetir con rábia meneando la cabeza de derecha á izquierda.

Entonces vió Amelia que la tempestad iba á desencadenar sus furias, y sometiéndose le dijo :

—Haré lo que Vd. me ordena, puesto que no hay otro remedio.

Como Amelia se había quedado medio aturdida sin moverse, la ruda Marta le dió un empujon, diciéndole :

—Anda, pesadota, antes que yo te arranque esos chismes y te deje empelota.

Cuando aquella mujer le puso las manos, se le subió á la lombarda sangre al rostro, y ciega de ira corre precipitadamente y toma una silla con la fuerza de la indignacion para estrellársela en la cabeza ; pero al ir á levantarla con la virilidad de un hombre, se contuvo y reflexionó un poco.

—Olá, olá!, con que tambien tenemos copete eh!, pues ya vas á ver, tigresito disfrazado de pécora, como te hago cortar las uñas y te amanso.

—Dispense Vd. Doña Marta, mi arretrato, ya me pongo á su disposicion—Amelia media atolondrada dió una vuelta por el cuarto y despues dirigiéndose á Marta, le dijo:

—Pero cómo quiere Vd. que me desnude en su presencia!

—Pues qué ¿tienes miedo ó vergüenza de que te vea cambiar de ropa? ¿ó has creído que soy hombre?— mírame á ver que tengo de macho, y tomó sus ropas haciendo un ademán tan bárbaro como obsceno poniendo una cara como si fuese á tragarla, luego bajó sus ropas; metió como de costumbre las puntas del pañuelo que habían zafado, debajo de su enorme pulpa, y continuó:

—Sabes que esto se va haciendo insoportable y que sería peor para tí que tenga que llevarte á la cuadra donde se procede de otro modo, eh!

¡Qué humillacion! se dijo Amelia para sí, pero también reflexionó de que todo esto venía á probarle y darle la seguridad de que no la habían envenenado pues al presente nada sentía, y con la idea de conservar la vida se sometió á todo y empezó calladita á quitarse sus aros, pulseras, anillos, ropas exteriores y cuanto tenía encima de su persona, quedando en ropas menores.

Marta echó una mirada sobre aquella ropa interior llena de festones y ricos encages, y aun cuando estuvo tentada de quitárselas también, hizo como dicen la vista gorda, pues había sido como fascinada ó arrebatada por la hermosura y belleza de aquella criatura, y concluyó por dejárselas, ó al menos se distrajo con la admiracion que le produjo el ver las formas, la blancura y redondez de las carnes de dicha niña.

Amelia tomó el vestido de zaraza que estaba sobre la silla junto con un pañuelo ordinario y otras ropas por el estílo, y se puso aquel. El tal vestido no sólo le estaba largo de mangas, sino estremadamente grande de cintura y de pechera, tal que en otra ocasion se habría reído á carcajadas al verse en aquel traje, pero su espíritu estaba bajo la impresion del más acerbo dolor y todo pasó para ella inapercibido.

La tia Marta abriendo tamaños ojos recogió cuanto aquella pobre jóven se había quitado, ató todo en el consabido pañuelo de á cuadros, y salió del cuarto, cerrando la puerta por fuera, sin decir una palabra á su prisionera.

La afligida hija del conde de Floriani tomó una silla, la acercó á su cama y se dejó caer en ella para dar rienda libre á su dolor y á sus lágrimas, entrando á considerar sériamente su actualidad.



### La niña María

Los tiempos pasaron para Amelia en el mayor abandono y desamparo; pero entre los habitantes de la caverna había una chica como de diez años

más ó menos, bastante bonita é inteligente, aunque de una educacion y modales tan ordinarios como brutales, lo cual era natural dada la gente entre la cual se había criado y vivía: sus ojos eran hermosos, su boca graciosa, y cuando reía dejaba ver unos dientes de un blanco particular; solo que el abandono en que vivía le daba un aspecto repugnante por la suciez de sus ropas y de su persona; el pelo era una masa dura y cerdosa donde jamás entraba el peine, y si alguna vez hacía uso de el, sería muy de tarde en tarde puesto que en aquella cabeza la vida estaba representada por un cardumen de séres que allí estaban alojados; sus orejas se hallaban sombreadas por la tierra y la grasitud, las manos eran asperas, las uñas ribeteadas de un negro inmundo; en fin aquella cara, pescuezo, cuerpo y piés estaban tomados y percutidos por la roña permanente en que vivía.

El cuerpo de aquella criatura se veía plagado de cicatrices más ó menos antiguas; unas eran producidas por golpes, otras por quemaduras y muchas por azotes, pues era obligada á hacer trabajos superiores á su edad y fuerzas, teniendo que levantarse al venir el dia; y cuando por razon de la falta de sueño ó por el cansancio se quedaba dormida, la pinchaban con un fierro y alguna vez con un tison de fuego, es decir, que vivía en la tortura y en un con-

tínuo martirio, peor que los que se aplicaban en la terrible Inquisicion.

Esa chica trabajaba en la cocina, en el lavadero y en otras faenas, bajo las órdenes de la Lechuza que era una mujer terrible, una arpía, un monstruo que se complacía en hacer sufrir á sus subordinados.

La Lechuza bebía mucho y cuando estaba bajo la accion del alcohol se ponía terrible y martirizaba á los que podía.

Era el antítesis de Marta, puesto que no tenía carnes en el cuerpo, sino el pellejo pegado á los huesos: la caparazon era grande, angulosa y los huesos punteagudos, morena, amorcillada, una boquita chica de labios muy delgaditos y morados. Tocornal decía «Dios me libre de mujer de labios delgados», y debe haber algo, pues en general las mujeres de labios delgados son concentradas, astutas, vengativas é hipócritas; en tanto que es comun opinion, que la mujer de lábios gruesos, es franca, abierta, leal y verídica; sin que por esto desconozcamos que á veces se presentan casos que desmienten esas opiniones; pero, en cuanto á la Lechuza, estaba bien caracterizado el axioma porque dificilmente podía haber un ser más perverso que aquel. Se hallaba provista de una nariz filosa pero larga y en forma de gancho que daba sombra á su bozo que tenía unas flechillas

duras y ralas; los carrillos hundidos ó chupados, el hueso de la barba un poco saliente que le daba á la boca la forma de una cuchara; dos ojillos chicos y sumamente juntos que á veces se le iban dándole el aspecto de bizca con una mirada de basilisco; el pelo era negro y grueso, pues cada hebra parecía hilo de sastre, el pescuezo muy delgado, y su pechera estaba lamentablemente desprovista de adornos naturales que parecía cuero de balija por lo grietado y duro. Aquellos dos ojillos eran como los de la vívora centellantes, inquietos y perversos.

Tal era la mujer que hacía trabajar á esa muchacha á fuerza de golpes y crueldades.

Amelia le cobró cariño á aquella criatura y desde el primer momento en que la vió, se compadeció de su situación y comprendió que era susceptible de embellecerla con solo someterla á un discreto aseo y cuidado. Consiguió del padre que se le permitiera tomar á su cargo esta maternal tarea y poco á poco fué puliendo aquella sucia y rústica corteza. El pelo de María empezó á docilizarse, tomando su genuino color y suavidad, su rostro recuperó la blancura que le era congénita, y por fin, la chica vino á ser una niña que llamaba la atención á todos los moradores de la caverna, es decir, el jabon, la toalla, el peine y el agua se encargaron de realizar aquel saludable cambio, bajo la dirección de la bondadosa Amelia.

Esa muchacha era hija del que entre ellos hacía de curandero ó boticario, puesto que constantemente había enfermos y heridos entre aquellos miserables, resultado lógico de sus aventuras y atrocidades. El tal boticario le había dado á Amelia hilo, agujas, tijeras y cuanto era necesario para coser, pues allí nadie pasaba la vida en el ocio, y tenía que remendar, hacer hilas, cabezales y por fin cuanto se le daba á trabajar. Aquellos útiles le sirvieron, en primer lugar, para arreglarse del mejor modo posible las ropas de otros cuerpos que se le habían dado, y pudo poner un poco de orden á sus ridículos vestidos; quedando en cuanto á traje, por dentro condesa y por fuera bandida, desde que había conservado sus ropas interiores, según se ha explicado.

El boticario separó á su hija de la Lechuza para ponerla más en contacto con Amelia, á cuyo lado iba ganando mucho aquella.—La chica venía con frecuencia á traerle sus alimentos, y otras veces á dejarle ciertas piezas de ropa para coser ó remendar, ayudándole por lo general en las fatigas que se le habían asignado; de modo que Amelia tuvo, en medio de su infortunio, la felicidad de dar con un sér inocente y de su propio sexo, así pues llegó hasta amarla como á una hermana; mucho más cuando aquella correspondía á su afecto y se manifestaba muy contenta á su lado, al extremo de no abandonar su cuarto á toda hora.

Amelia guiada por la bondad de su carácter y de su corazón, aprovechó las buenas disposiciones de la niña para enseñarle, como le enseñó, á rezar, á leer, escribir, cuentas, coser y sobre todo, le inculcó sábias y saludables máximas de moral; disertaba con ella sobre la idea de Dios, del bien, de la justicia y de la religion, le esplicaba las grandes ventajas de la virtud y de la caridad, incitándola á practicar las buenas acciones y al ejercicio de las obras de misericordia.

Le pintaba lo repugnante que era el vicio, y las fatales consecuencias que de él emanaban; otras veces sus lecciones recaían sobre lo que era la sociedad, la familia y las grandes ciudades que aquella niña jamás había visto y no tenía idea de tales cosas-- María, que así se llamaba, poseía un fondo bueno, dócil y era susceptible de entrar en el sendero recto del bien. Observando los ojos de aquella chica se veía en ellos, que no obstante su habitual vivacidad y travesura, había un no sé qué de dulce tranquilo y tierno que interesaba mucho y predisponía á su favor, llegando hasta encontrarle algo de su familia ó de personas conocidas, particularmente cuando la arreglaba y peinaba bien.

El curandero, padre de María estaba encantado de los progresos de su hija y muchas veces se quedó confundido de las reflexiones é ideas que desenvol-



vía aquella niña, así es que ese hombre, en medio de su natural rusticidad, llegó á tener una especie de adoración y respeto por Amelia; pues cuantas veces llegaba á conversar con ella, salía más prendado y agradecido de todo lo que hacía por su hija, de modo que con la idea de que pudiesen continuar sus estudios, las proveyó de ciertos libros, papel, plumas y cuanto podían necesitar.

Tal proceder de parte de aquel hombre vino á comprobar una vez más, que aun en medio de la depravación de las costumbres, de los vicios arraigados y aun del crimen, el corazón de padre es siempre susceptible de apreciar el bienestar, la instrucción y mejora de sus hijos; puesto que el más estúpido y desheredado de los seres gusta y aspira á que sus hijos adelanten y mejoren, haciendo con frecuencia sacrificios para conseguirlo.

Uno de aquellos días se encontraba casualmente en el cuarto de Amelia el consabido boticario con su hija; y se detuvo con el fin de presenciar las lecciones que la señorita de Floriani daba á María.

Aquel hombre duro, obsecado en el vicio y en el crimen, estuvo un momento perplejo y tentado de explicarle á Amelia el verdadero origen de María pero se arrepintió de revelar su secreto, pues le pareció que haciéndolo podía perderla, mucho más hoy que la veía embellecida, educada é instruida:

No, no, esto sería una bestialidad de mi parte, se dijo para si el bandido, y se levantó precipitadamente para salir del cuarto.

—¿Qué es eso? dijo Amelia, ¿porqué se retira Vd?

—Es que me he acordado que tenía que hacer, y se me ha pasado la hora.

—Bueno, no se olvide de mandarme los lápices de dibujo que le pedí por conducto de María.

—Está bien señorita, mañana los tendrá Vd. aquí.

—El Boticario salió en seguida, y despues de un rato se fué tambien su hija.

La vida de Amelia se deslizaba triste y sombría encerrada en la diabólica cueva, sin vislumbrar esperanza alguna y llena de privaciones, molestias y maltrato constante, sin tener otro solaz ó goce que el que le podía proporcionar el trato con la niña María, que era, puede decirse, el único eslabon que la ligaba á la resignacion.

La Lechuza estaba rabiosa de ver que se le había separado á Maria; y aun cuando tenía bajo su fé-rula otras infelices sobre las cuales ejercía su crueldad y su mal génio, no podía conformarse con que á aquella chica se la hubiesen sustraído; así es que había cobrado á la pobre Amelia un odio implacable, y solo esperaba un momento propicio para

vengarse y hacerle todo el mal que le fuera posible. Reclamó del comandante á María por ser necesaria para el servicio y quehaceres de la casa, pero como el comandante sabía cuanto amaba Amelia á la chica, no consintió en lo que se le pedía, de modo que todo esto aumentó el odio de la Lechuza.

Hacia tiempo notaba Amelia que la tía Marta y todos los de la caverna la trataban mejor ó con más respeto, y hasta sus alimentos y ropas eran de buena calidad, habiendo sido provisto su cuarto de lo necesario.

Un día se presentó la tía Marta con un atado y le entregó todos los efectos y ropas que antes le quitó: esto causó gran admiracion á Amelia, como era natural, y le dijo :

—¿Por qué me devuelve Vd. todo eso, Doña Marta ?

—Aquí se procede como lo manda quien puede mandar y debe ser obedecido, pero no se pregunta nada, al menos no se dan esplicaciones ni entramos en detalles con persona alguna.

—Si eso es así, haga Vd. de cuenta que no he dicho nada y dispense mi indiscrecion.

—Bien, señorita, estoy conforme, quede Vd. con Dios.

Amelia se fijó en el acto que ya no la trataba de tú y que antes bien le decía señorita.

—¿Qué habrá en todo esto, y qué misterios cruzan aquí que no puedo explicarme?—esperemos siempre todo de la bondad de Dios que no olvida á sus criaturas; y entrando en un órden de reflexiones sobre las circunstancias que la rodeaban, comprendió que aquel cambio tan favorable no podía emanar sino del comandante de la gavilla que tan atencioso rendido y galante se le mostraba. Evidentemente conocía Amelia que dicho bandido estaba enamorado de ella, lo cual era natural, dadas las condiciones de su edad, educacion y sobre todo su hermosura que reflejaba en aquel antro tenebroso como una reluciente estrella, pues si había brillado y deslumbrado en la mejor sociedad de Milan, ¿qué no sería en aquella detestable mansion!—Amelia pues, estaba alarmada, y con razon, del amor de aquel hombre, dada su influencia, posicion y omnímodas facultades de que disponía entre los suyos; todo conspiraba contra ella y tenía que ser forzosamente ese amor un serio y grave peligro para su persona; así pues, se propuso, para lo sucesivo, mostrarse lo más circunspecta posible y hasta sustraerse de su presencia, sin dárselo á entender, con el fin de cruzar las immoderadas pretensiones de aquel hombre—Amelia comprendía que en medio de su abandono, sin amigos, sin proteccion de ningun género, no podía desafiar el poder del comandante, imperioso, atrevido,





audaz y altanero como era, y le convenía mantenerlo en el cielo dorado de la indecision, de las ilusiones y de las esperanzas, únicas armas de que la noble hija del general Floriani podía disponer, hasta que la Providencia le abriera un camino de salvacion. El comandante era una persona casi agradable, de unos cuarenta años, ó poco más, su semblante no era tan bruno como tostado por el aire y el sol; bajo sus arqueadas y pobladas cejas, brillaban unos ojos negros vivos é insinuantes, pues había en su mirada activa y viril, algo atrayente y simpático; pero su pupila solía dilatarse bajo un aspecto dulce á la vez que traidor, muy semejante á la mirada del tigre que infunde pavor; su pelo era negro y abundante, aun cuando empezaba á surgir una que otra cana, cerrando aquel cuadro unos bigotes largos y una pera más larga aun. Vestía un traje algo raro pero que no carecía de elegancia y sobre todo le iba muy bien.

Llevaba una especie de dorman ó chaqueta, abrochada, de paño verde oscuro, cuello parado y botones amarillos, cordones de seda con muletillas de lo mismo que servían de adorno á su ancho pecho, el pantalon tambien de paño del mismo color, metido dentro de sus botas granaderas de cuero con espolines un poco grandes; usaba un sombrero de castor negro, copa alta y anchas alas, calado hasta las ce-

jas y algo ladeado á la izquierda, una larga espada llevaba prendida al cinto, y por fin aquel hombre tenía un continente arrogante y agradable, como uno de esos héroes de novela, con la firmeza de la estatua de bronce modelada por el génio Florentino.

Apesar de su habitual serenidad y ceño imponente, cuando alguna vez llegaba á sonreirse ganaba mucho, pues tomaba una gracia su fisonomía, dejando ver unos dientes sanos, correctos y estremadamente blancos; su eco era grave, un poco ronco pero armonioso, viril y simpático; sobre todo colocado sobre el caballo era un busto verdaderamente interesante.

No siempre se le veía allí, pero cuando él estaba muy luego se notaba en todos una actividad, subordinación, órden y disciplina como la del soldado respecto de su gefe, porque no había uno que no le tuviese miedo, pues sabían que el Comandante no entendía de chicas y que era hombre de hacer uso de sus pistolas y levantar la tapa de los sesos al más pintado.

\*  
\* \*

Un Sábado por la mañana, antes de la hora en que Amelia tomaba su triste almuerzo, se le presentó furtivamente la tia Marta, y le entregó con aire de misterio una carta, y se alejó en el acto, sin darle



tiempo, en medio de su natural sorpresa, á preguntarle quién la mandaba, cómo la había recibido, y lo que es más, sin esperar á que la leyera.

Amelia se quedó sola, temblando de emocion al ver que venía una carta á sus manos, la miró y remiró, ántes de abrirla y le pareció que aquella letra era conocida, al menos que no era la primer vez que la veía.

—¿Será del Comandante que viene á hacer me una nueva declaracion de amor ofensiva ó por lo menos grosera ? pero no, puesto que yo jamás tuve motivo ni razon para ver la letra de semejante personage, y estos caracteres yo los he visto; además el Comandante no tiene necesidad de escribirme puesto que se acerca á mí, me galantea, y me habla cuando le place. Al fin y al caso se resolvió á abrirla, rompió el envelop y antes de empezar á leerla, fué movida por la curiosidad, á ver la firma y se encontró con el nombre de «Eduardo Ferri».

—¡ Oh Dios mío, que es lo que veo ! ¡ Eduardo ! Caro Eduardo ! has dado con mi guarida, y tomó una silla, pues sus piernas flaquearon y creyó que iba á caer al suelo, tal fué su emocion y sorpresa, sacó su pañuelo y enjugó el sudor que brotó de su rostro y las lágrimas que corrian abundantes por sus mejillas.

Necesitó un buen rato para serenarse y empezar la lectura de aquella inesperada y dichosa carta que venía de nuevo á hacer palpitár su apasionado corazón. Era preciso considerar la amarga situación en que se encontraba Amelia, para calcular el efecto que le hizo tan fausta nueva y los quilates de agradecimiento y de amor que se aumentaron en su alma hacia aquel hombre por tantos títulos querido, y mirando de nuevo la carta la besó tres ó cuatro veces.

Eduardo le comunicaba, que después de los tristes acontecimientos acaecidos, á su familia, en su viaje del Castillo Arona á Milan, había recorrido cuanto punto, guarida y escondite podía imaginar un sér viviente, consagrando el día, la noche y todos los momentos de su vida en busca de la muger amada por quien sacrificaría gustoso su existencia, llegando hasta asociarse á diversos bandidos, consiguiendo al fin dar con su paradero: que con el fin de salvarla había tenido que afiliarse en aquella cuadrilla de bandoleros, y que supiese que estaba á su alcance, pero que tenía que proceder con suma cautela, pues si llegaba á ser descubierto corría peligro su vida, y sobre todo, arriesgaba á hacer fracazar su ardua empresa: que tuviera ánimo y fé en él, pero que era preciso no cometiera ninguna imprudencia y sobre todo que no se diera por su cono-

cida ante nadie: que en cuanto á la tía Marta no obstante su brutal modo de ser, podía tener confianza en ella, pues la tenía por suya en cuerpo y alma, no obstante evitara entrar en ningun género de esplicaciones, es decir, que siempre que tuviera algo que darle ó mandarle lo hiciera con pocas palabras y sin detalles, en la certeza de que lo ejecutaría todo: que no lo mentase por su nombre sino con el título de « el Capitan »—Agregaba, que esperaba con ánsia su contestacion y que pronto llegaría el momento deseado de verla y hablarla.

Amelia quedó confundida y maravillada de que Eduardo, guiado por su amor hubiera descubierto su paradero, mientras que ningun miembro de su familia, rica y poderosa como era, lo hubiera conseguido ¡oh amor! potencia magnética y poderosa que haces del hombre un héroe, que centuplicas sus fuerzas y le imprimes la facultad sobrehumana de obrar lo difícil y hasta lo imposible.

Tres veces leyó aquella amante carta, cuyas palabras se infiltraban en su alma como un bálsamo precioso y consolador, pero esperó á que fuese la noche y quedase encerrada en su cuarto para preparar tranquilamente su contestacion.

Cuando llegó ese momento se sentó en su pobre mesita la noble hija del ilustre conde de Floriani, y usando del papel y demás elementos de escribir

que le había proporcionado el padre de María, empezó á escribir su carta llena de emocion y de gratitud hacia aquel hombre providencial, y lo hizo en estos términos :

Eduardo —

«La primera palabra que vino á mis lábios al leer vuestra carta fué ¡Dios! por que él es grande, omnipotente y misericordioso, y los caminos que elije para favorecernos son tan ocultos como maravillosos.

«Desde los primeros dias de mi infancia, vos, Eduardo, aparecisteis en mi camino como un genio amigo y protector, ó como uno de esos séres venidos al mundo para proteger mis dias y salvarme de inminentes peligros. Lo recuerdo perfectamente—un nido de inocentes pajarillos puso en peligro mi vida casi infantil y vos estuvisteis á mi lado, me salvasteis y luego desaparecisteis como una sombra; pero quedó en mi alma de niña el recuerdo de vuestra noble accion, y os juro que siempre mantuve con placer la imágen del gentil jóven que me recibió en sus brazos,—¿lo habeis olvidado, Eduardo?— pienso que nó!—

«Los años pasaron, y os presentasteis de nuevo, cuando ya erais un hombre y yo una señorita que se aproximaba al feliz cuarto creciente de la vida, y aquel primer vínculo ó eslabon de recíproca simpatía entre nosotros, vino buscando otro más fuerte

y duradero, y cual visible Providencia salvasteis mi vida y la de mi querido hermano Alberto, con grave riesgo de la vuestra, cara y generosa, regresando á palacio el salvador y los salvados en estrecha é íntima union—¿ lo recordais Eduardo?—pienso tambien que sí.

«Hoy, que un fatal suceso tan cruel como bárbaro me ha conducido á esta ignorada caverna, donde ninguna persona humana habrfa podido llegar en mi auxilio, vos hombre generoso y heroico, os presentais de una manera providencial, esponiendo vuestra vida para salvar la mía de la ignominia y de la muerte acaso ¡ oh! sí, Eduardo, yo no puedo menos que inclinarme con respeto, gratitud y profundo aprecio ante vuestra alma generosa, para reconocer cuanto os debo y hasta qué punto teneis derecho á mi gratitud y cariño.

«Nuestra posicion social, nuestro origen y nuestras familias describen círculos y líneas diferentes y acaso opuestas, que alejaban al uno de la otra, de una manera insuperable, pero la voluntad manifiesta del destino se ha encargado de haceros mi amigo y mi angel salvador ¡ oh! padre de mi alma, madre querida, vosotros que veis las lágrimas que abundantes corren por mi rostro, me permitireis y autorizareis los sentimientos de gratitud y de reconocimiento que con fervor tributo al más noble y vale-

roso de los hombres, al más digno y meritorio de los mortales.

«Eduardo, yo no puedo pintaros, ni soy capaz de trasladar al papel lo que pasa por mi corazón, pero vos podeis traducirlo ó interpretarlo.

«Quiero y debo deciros, que el Comandante de estos miserables bandidos está, al parecer, con miras sobre mí, y temo que abusando de su omnipotencia y poder, lleve adelante algun plan siniestro que pueda comprometer mi tranquilidad y mi vida, pues debeis creer que de Amelia de Floriani, de la hija del Conde Luis Roberto de Floriani, ninguno de estos bandidos podrá obtener otra cosa que su mutilado cadáver, y no más.

«Venid, pues, en mi auxilio, amigo generoso, vos sois la única luz que en este momento tengo de mi tenebroso destino, sólo vos podeis salvarme, poniéndoos de acuerdo con mi poderosa familia; escribid á mi padre, á mi madre y á mi hermano que ellos moverán el mundo entero, para ayudaros en vuestra difícil y peligrosa empresa, pero no os alejéis de mí, no me abandoneis, Eduardo, en esta terrible caverna de tigres; que sepa yo al menos que cerca de mí hay un sér amigo que puede protegerme contra la infamia y la violencia.

«Inmediatamente que pongais en conocimiento de mi familia donde me encuentro, vendrán en mi

ro pútrido, deleznable y descende al abismo infinito del *no ser!*

En aquel momento el génio le mostró la insondable eternidad sin fin ni límite, sin luz ni claridad, sin aire ni eco, sin forma ni dimension, sin espacio ni horizonte, sin ahora ni despues, y sin hoy, ayer ni mañana!

—¡Oh! Dios de bondad! ¿qué profundidad es esa? ¡qué antro infernal se presenta á mi vista! ¡qué horrible mansion descubro! No, no, tengo miedo, caminaré, si, caminaré.

—Bien pues, sigue con tu pesada carga, y recuerda que Dios autor de lo creado é increado, dictó leyes que no empezaron ni terminarán, y que no pueden ser modificadas ni variadas, como no se altera ni cambia su poder y esencia—sigue, sigue!! y el espacio repitió con eco lúgubre y fatídico—sigue, sigue!....

---

mida en una cárcel ó habitacion infame: que su cuerpo había estado cubierto de ridículas telas, comiendo como una miserable obrera y lo que era peor, tratada como una muger despreciable aun cuando estas condiciones en algo se habían modificado y mejorado. Además, consideraba que de su familia y de sus adoradores nadie se había acercado á ella, y que sólo un hombre sin títulos, modesto y del pueblo, había arriesgado su vida por venir á salvar la suya.

Al día siguiente muy temprano estaba ya en pié cuando se presentó la tía Marta en el cuarto con aire muy respetuoso; distinto por cierto del que usaba antes, y le dijo:

—Señorita, estoy á sus órdenes ¿tiene Vd. algo que mandar?

Amelia la recibió con su acostumbrada afabilidad, y le contestó:

—Buenos días, Marta ¿cómo está Vd?

—Muy bien señorita, gracias.

—Aquí tiene Vd. esta carta que es la contestacion de la que me entregó ayer.

—Bien, bien, ya sé lo que tengo que hacer con ella, descuide Vd. que la recibirá el señor Capitan en propia mano ¿quiere Vd. señorita mandarle decir algo más?

—No, Marta, por ahora no tengo nada que agregar.



Dió media vuelta Marta, hizo una reverencia respetuosa y salió.

Le pareció imposible á Amelia el cambio que se había operado en aquella muger, que se le había presentado la primera vez como una arpía, soez, brutal, y como una envenenadora, pues aquella fatal taza de café con leche creyó Amelia que tenía veneno; pero afortunadamente el tiempo se encargó de desvanecer tal sospecha—¿Cómo era que aquella misma muger de maneras torpes, de eco rudo y de language villano, se presentaba ahora respetuosa, con eco moderado, frases comedidas y acciones casi correctas? ¿Cómo se había producido tan favorable cambio de un momento á otro? no lo comprendía la desolada prisionera, y á tal extremo llegó su sorpresa que ya no le pareció tan repelente y fea como al principio.

Todo esto no puede ser sino el resultado de la influencia de Eduardo ó de órdenes emanadas de éste.

Pasaron tres dias, que fueron para Amelia tres años, sin que supiese cosa alguna de Eduardo, ni recibiese carta de él, pero el cuarto día estando con la niña María en lo que llamaban el Huerto, sentadas en un banco, bajo un árbol umbrío dándole leccion de lectura, como tenía por costumbre, vió cruzar á su Eduardo con el Comandante, seguidos

de una cantidad de hombres de diabólica traza, y al verlo Amelia, cayó el libro de sus manos y todo su sér se conmovió poniéndose pálida como una muerta, sin hablar palabra ni hacer caso de su libro.

María, admirada de esto, levantó la vista, miró á Amelia y al ver su mortal palidez exclamó atribulada :

— Señorita ¿ qué ocurre, está Vd. acaso mala ?

— No, mi María, es un vahido que me ha dado, pero eso no es nada, ya pasó.

— Quiere Vd. que le traiga un poco de agua de Colonia.

— No, hija mía, es inútil, te doy las gracias por tu cuidado; siéntate.

A la vez que se habían producido esas impresiones en Amelia, Eduardo sintió un vuelco en su corazón para él desconocido, y le costó mucho tener que reprimirse en presencia del sagaz Comandante, pues habría deseado correr al encuentro de aquella y echarse á sus piés, para esplicarle su conducta, pero era indispensable continuar su plan para llevarlo á su debido término.

Eduardo dejó al Comandante y entró á su cuarto con el objeto de meditar sobre su posicion y darse cuenta de lo que debía hacer para llevar á cabo sus propósitos, pues la verdad es que amaba apasionadamente á Amelia, y al presente formaba la base

de sus esperanzas la posesion de aquella bella criatura. Nunca creyó aquel estraviado jóven que pudiera tener sobre él un poder tan grande el amor hacia una muger, y recien ahora sentía sobre su alma el peso de su desarreglada vida, de sus locuras, de sus vicios y faltas : recien ahora se horripilaba de su sombrío pasado, y de su presente saturado con tanto acto vergonzoso : recien al presente despertaba su conciencia acusadora y se encontraba indigno de alzar sus ojos y sus pretenciones hasta la más hermosa, noble y virtuosa de las criaturas— ¡ oh Dios mío ! exclamó en el silencio de su cuarto ; porqué mi senda se encuentra manchada con el vicio y la perfidia ?—hoy que un ángel puro como la idea, delicado y tierno, se mezcla con mi existencia, ¿ podría aspirar á su amor, á su amistad siquiera ? Yo que he sido, puede decirse, el causante de la muerte de su padre, de las penas y martirios de su madre ; yo que he sido actor principal de su cobardę y despiadado rapto, yo que he enlutado su noble estirpe, yo que he despedazado para siempre su espléndido destino ¿ tengo derecho para esperar algo de ella ? ¡ Oh ! Amelia del alma ! ¡ oh muger angelical ! no, no puedo engañarte más, no quiero, no debo, es preciso que yo mismo me imponga el más horrible de los castigos, haciéndote conocer lo despreciable y bárbaro que he sido, para que me

aborrezcas, para que me mires con horror y me maldigas una, cien y mil veces; pero ¿cómo haré para condenarme á vivir sin tí y renunciar á tanta felicidad ?

Eduardo por la primera vez de su vida sintió que brotaban lágrimas ardientes de sus ojos, que quemaban su rostro; por la primera vez sentía en su corazon los efectos del arrepentimiento; por la primera vez pensó seriamente en Dios; y por la primera vez llegó á pedirle perdon de sus extravíos, cayendo de rodillas humillado, avergonzado y doliente.

—¡Oh! padre mío, exclamó, quisiera que estuvieras aquí para correr á tu encuentro, echarme á tus piés, confesarte mis culpas, pedirte perdon y recibir tu bendicion para entrar de nuevo en la senda de la moral, de la virtud, de la obediencia y de la subordinacion.

Tú, padre mio me perdonarías, abrazándome con cariño, y al fin tus paternas labios se posarían sobre mi frente, y tu cariñoso beso sería el bálsamo consolador que purificaría mi alma y me alentaría en el nuevo camino del bien ¿y por qué no? ¿por qué no habría de reconquistar tu efecto paterno? ¿no hubo por ventura un hijo pródigo que despues de sus extravíos y de haber dado á su padre mil y mil disgustos, fué tocado por la gracia de Dios y volvió al hogar de la familia con las lágrimas en los ojos?

¿y su padre no le abrió los brazos y le otorgó su perdón volviendo el extraviado hijo al redil y al camino del bien?

Sí padre mio, perdóname, ya no volveré á ofenderte, pues una vírgen del cielo ha purificado mi alma, vertiendo sobre mi cabeza el rocío saludable de la oracion, con el cual han desaparecido las tinieblas del vicio y surgido para mí la aurora radiante del bien.

Un momento despues se levantó Eduardo como regenerado por las lágrimas, el arrepentimiento y la idea de Dios, y se dijo :

Sí, Amelia mía, tu virtud y tus hechizos han penetrado en el tenebroso fondo de mi pecho con la luz diamantina de tu ser.

¡Oh! no hay duda, no puedo desconocerlo, tu eres el ángel redentor, tu el dulce mensagero de Dios que viene á ofrecerme la salvacion y acaso la felicidad, acepto pues la regeneracion de tu mano, y acometo la obra con esperanza y con fé.

Era preciso Amelia que tu te presentaras en mi camino para purificarme, y como la Laura del Petrarca ó la Beatriz del Dante, serás mi faro clareante, mi estrella portentosa, mi fantástico Eden, y mi Reyna tutelar:

Contigo caminaré en la ruta sinuosa de la vida fugitiva: contigo amaré á ese Dios sin fin ni principio:

contigo tendré fé en los arcanos divinos, esperanza en la inmortalidad, caridad con el sufriente. Yo no pretendo las riquezas, los honores, la grandeza, quiero sólo que mi Amelia me consagre sus recuerdos, su albedrío y sus amores: que me dé su espíritu, su sér, su alma y corazon, su presente, su futuro, y que sea mi dicha ó mi infierno, y por fin que me quiera tan pobre como estoy, tan plebeyo como soy, tan estraviado como fuí, tan arrepentido como me hallo.

Eduardo era ya otra personalidad, había desaparecido el jóven estraviado y surgido el hombre nuevo.

Dejemos ahora á los moradores de la caverna, para ocuparnos de los sucesos que tienen lugar en otra parte.

---

## CAPITULO XVI

---

### La muerte del Conserge

---

Despues de la última conferencia tenida entre Alberto, Bautista, Michelino y Andrés, aquel empezó á dar los pasos necesarios ante la autoridad á fin de coordinar su plan de persecucion en conformidad con los datos obtenidos; pero Alberto estaba muy distante de sospechar que era vigilado, seguido y observado por los emisarios de los bandidos; pues en aquella época se encontraba aquel pais plagado de salteadores que se cruzaban por todas partes bajo distintos disfraces y cometían atrocidades con la mayor impunidad, desde que hasta imponían á las autoridades.

Los trabajos de Alberto fueron interrumpidos á consecuencia de un espreso que recibió, por el cual se le llamaba con la mayor urgencia, pues su señora madre se encontraba grave y clamaba por él. Esta fatal noticia lo puso á Alberto en los mayores apu-

ros, pues temió que su madre hubiese muerto ó al menos que se encontrase sumamente grave; así es que en el acto dió sus órdenes á Michelino, Bautista y Andrés á fin de que continuasen sus operaciones de acuerdo con la autoridad y con sujecion á las instrucciones que les había dado, y si llegaban á descubrir algo sobre el paradero de Amelia, se lo comunicasen por los medios y de la manera que les indicó. Tomó á su buen Antonio, preparó su ballesta y acto continuo se puso en marcha, galopando á toda hora, reventando sus caballos para ver si llegaba á tiempo, pues la idea de que podía morir su madre sin abrazarla, sin conocer sus últimas disposiciones y sin recibir su postrer adiós, lo aterraba tanto que deseaba tener alas para volar á su lado.

La llegada de Alberto á su casa fué bien dolorosa, pues le pareció que entraba á una mansion fatídica, donde reinaba una inquietud y agitacion imponentes. Su primer cuidado fué hacer prevenir á la condesa su arribo para evitar una sorpresa que en su actual estado podría bien serle fatal, mucho más cuando los médicos habían prohibido que hablase con persona alguna que pudiera traerle á la memoria el recuerdo de su hija Amelia causa principal de su grave enfermedad.

La primera entrevista entre la madre y el hijo fué conmovedora, pues al contemplar Doña Blanca á



Alberto; creyó ver á su desgraciado esposo y á su infortunada hija; asi pues la primera palabra que salió de sus labios fué:

—¿Y mi hija, vive? habla, habla Alberto ¿por qué no viene contigo? ¡la han muerto! Oh hija del alma! y la condesa cayó sobre sus almohadas como desmayada, sin poder por consiguiente oír lo que su hijo iba á decirle, no obstante que este ni tenía noticia cierta que darle, lo cual había presumido ó leído doña Blanca en el semblante de Alberto, pues si alguna noticia buena hubiera tenido ya la hubiera indicado á su madre al tiempo de entrar.

Por muchos dias estuvo nuevamente en peligro la vida de la condesa á consecuencia de estas últimas emociones que le hicieron perder cuanto había ganado, y sólo despues de algun tiempo fué recuperando otra vez su salud y entró en una convalecencia penosa y larga; pero los médicos, particularmente el de palacio Doctor Verini, dijeron á Alberto que su señora madre tenía su vida en gran peligro y que una circunstancia cualquiera, una emocion fuerte ó un desarreglo, bastaría para determinar su fin.

Alberto á fuerza de cuidado y desvelos fué sosteniendo las esperanzas de su madre y conservándole la vida, pero en este estado de cosas le fué preciso pasar al funesto palacio de Lago Maggiore, alias *Castillo del Diablo*, pues acababa de llegar un chasque dándole

cuenta del repentino fallecimiento del Corserge don Luis Ferri, así es que en el acto arregló todo lo necesario y partió con su sirviente Antonio que, como hemos dicho, merecía toda su confianza.

Inmediatamente que llegó Alberto al Castillo, tomó á su cargo la dirección de la administración, y dió cuenta á la autoridad local del fallecimiento de D. Luis, á fin de que inmediatamente levantara el inventario de los bienes del finado, pues sabía que tenía un hijo llamado Eduardo, cuyo paradero ignoraba.

Después de llenar las diligencias de entierro y demás ceremonias fúnebres, el Juez Pedáneo, procedió á la facción del inventario de los efectos, documentos y papeles del finado, y fué grande la admiración de todos al ver el caudal que tenía el tal D. Luis Ferri, en títulos, letras y depósitos en los Bancos, lo cual hizo abrir los ojos á Alberto; pero este sabía perfectamente por referencias y conversaciones tenidas al respecto con su señor padre, que D. Luis había hecho una administración honrada y que sus cuentas jamás habían recibido observación alguna; de modo que debía suponer fuese aquella una fortuna propia y antigua, sólo que (se dijo para sí Alberto) hay ciertos hombres avaros que van acumulando tesoros en medio de una vida asaz económica y miserable, llegando á reunir verdaderos

caudales sin que sean conocidos de su familia ni de otras personas, es decir, que viven pobres para morir ricos.

El Juez de la Pedania nombró por depositario al mismo conde Alberto, pero éste no quiso aceptar por delicadeza y porque demasiado tenía que hacer con los asuntos de su familia y las atenciones que demandaba la busca de su hermana Amelia á que se había consagrado, así es que recayó ese nombramiento en el acaudalado vecino Erode Torttorino, quien recibió todo, bajo inventario y á ley de depósito, hasta que se presentase el heredero de que se hacía mencion, mandando fuese llamado por edictos, desde que se ignoraba su paradero.

Alberto hizo presente al Juez que D. Luis tenía un hermano llamado Antonio que estaba establecido con casa de negocio en el barrio de la Sorbone, cuartel latino de Paris, segun le había oído decir á su papá y que dirigiéndose á él podría éste dar noticias ciertas, puesto que el jóven Eduardo se había educado al lado de ese tío.

El Juez dió gracias al conde por las noticias que le suministraba y de las cuales iba á usar; manifestando, no obstante, que su deber era llamarlo por edictos. Así quedaron las cosas en manos de la autoridad, terminando toda ingerencia por parte de Alberto.

Deseando este último regresar inmediatamente á Milan por el estado de su señora madre, se ocupó con teson en revisar los libros, contratos y cuentas de la administracion de las tierras y productos generales del establecimiento, todo lo cual hizo con el auxilio del dependiente que llevaba los libros y hacía de Secretario de D. Luis, cuyo empleado que era hombre formal y circunspecto estaba perfectamente al corriente del movimiento y asuntos de la casa. En muy pocos dias dió el balance, arregló y cerró los libros, recogió los saldos, recorrió las tierras, maestranzas, depósitos y sobre todo, examinó con prolijidad el estado y sistema de los trabajos, á los cuales dió una forma más moderna, sencilla, rápida y productiva, y por último reunió á todos los empleados del establecimiento y dió á reconocer como intendente provisorio de todo el castillo y sus adyacencias al dicho tenedor de libros D. Aquiles Bertalotti que quedaba con sus poderes é instrucciones.

Arreglados todos estos asuntos satisfactoriamente, regresó Alberto á la capital, para ocuparse de su señora madre y también de los asuntos de familia que estaban casi abandonados desde la muerte de su padre, puesto que él había estado fuera en busca de su pobre hermana, y durante tal ausencia, su señora madre de nada había podido ocuparse, ya por su justo dolor, cuanto por el estado de su salud.

La condesa Da. Blanca Teresa Bosconiche de Floriani, que poco há había admirado la sociedad Milanesa, por su belleza, elegancia y carácter, era al presente una triste reliquia de su espléndido pasado, pues las desgracias y dolores que se habían desplomado sobre ella con una crueldad inaudita, le arrebataron su salud, su hermosura y su alegría, envejeciendo su rostro como si el zodiaco de su vida hubiese girado con una celeridad vertiginosa. No era más la espléndida Austriaca, la erguida generala, la elegante condesa de Floriani, que atraía á su alrededor miradas, voluntades y obsequios de lo más notable de su país.

Alberto esperaba á que la salud de su madre se consolidase, para continuar las pesquisas sobre su hermana Amelia, pues estaba resuelto á sacrificarlo todo hasta dar con ella en algun rincón del mundo. Recibía con frecuencia noticias de sus emisarios Bautista, Michelino y Andrés, aun cuando estos poco ó nada adelantaban, como que ellos por sí sòlos no eran capaces de llevar á cabo una empresa tan seria y difícil, sin su direccion y consejo.

---

## CAPITULO XVII

—

## El Gato y Juanita

Empezaba á declinar el sol del dia Jueves, y un hombre alto, flaco, de mirada penetrante, vestido con algun arreglo, llegaba á la Taberna del Zorro, que ya conoció el lector en otra ocasion, así como al individuo de que vamos á ocuparnos, que era el que seguía como una sombra los pasos de Alberto; se acercó á una mesa que estaba al lado de la ventana, golpeó y se presentó el patron á quien pidió café y cogñac, pero aquel no reconoció al personaje, pues se presentaba hoy en un traje muy distinto de aquel que llevaba cuando estuvo otra vez en la Taberna, de modo que se limitó á servirlo y darle un periódico para que se entretuviese, sin saber si era ó no hombre de letras.

Aquel individuo no era otro que Cárlos Raffo (a) el Gato que fué el que recibió á Eduardo Ferri en otra época, cuando éste vino á ver á su padre en el

Castillo de Floriani, y de cuyos incidentes hará memoria nuestro lector.

Estaba leyendo el periódico y apurando sorbo á sorbo su café, como un gran señor, cuando en esto atinó á entrar la gordinflona y hermosa Juanita, hija del tabernero, y al verla no pudo remediar el Gato la tentacion de hablarla, y así le dijo :

—¡Hola ! buena moza ¿ya no reparais en los antiguos conocidos ?

Juanita dirijió la vista á su interpelante, pero como la luz estaba en contra, describió un círculo para poderlo ver bien. En efecto, la rúbia miró detenidamente á aquel hombre y despues de examinarlo, lo saludó con una graciosa cortesía y le dijo :

—Sabeis, señor, que si os he visto, ya no recuerdo dónde, ni cuándo, no obstante que no me parece cara desconocida la vuestra.

—Vosotras las mugeres, repuso el Gato, teneis mala memoria á veces; pero no sucede lo mismo cuando se trata de vuestras simpatías, es decir, de vuestros amores.

—No os entiendo, señor.

—¿ No ?

—Absolutamente, y si no os esplicais, os aseguro que me quedaré en ayunas.

—Sabeis, Juanita, que os conservais buena moza y frescachona.

—Sois muy galante Don. . . . ¿ cómo era vuestro nombre ?

—Cárlos Raffo, para serviros.

—¿ Raffo ?

—Sí, Raffo.

—Pues no recuerdo tal nombre.

—¿ No ?

—Absolutamente, á no ser que hubieseis usado algun otro, ó que yo no hubiese oído nombrar el que llevais.

—Diablos, no me conviene por ahora recordarle mi apodo ó nombre de pelea, puesto que al presente estoy disfrazado de caballero andante.

—¿ Otro nombre decís ?

—Sí.

—Pues no tuve ni tengo otro, mi fresca y hermosa Juanita.

—Gracias, repuso aquella, haciendo una reverencia.

—Vamos á nuestro asunto, continuó el Gato, hace ya bastante tiempo que en esta misma mesa tomaban café y cognac tres hombres, entre los cuales había un jóven más buen mozo que el sol, galante, valiente, generoso como pocos, el que, como suele decirse, arrastraba rendido el ala á una rubiecita guapa y hermosa de esta casa.

Juana se puso colorada hasta el carmin, pues



cruzó por su mente un recuerdo fugaz de una época dulce y feliz.

El Gato comprendió lo que pasaba por aquella mujer, pero hizo como que no se apercibía de su rubor y agregó:

—Parece que vais recordando, mi bella posadera, algo del asunto de que os hablo.

—Tal vez, dijo Juana; reponiéndose un poco de su natural turbacion, y ahora que me fijo veo que esos ojos verdosos los he visto y acaso en esta misma taberna.

—Acabad, pues, sed franca, con Edua. . . . diablos, dijo para sí el Gato, casi se me ha escapado el secreto, y continuó, con Conrado eh!, con el Capitan, ¿no es verdad?

—Sí, si, ahora acabo de fijar mis ideas, con el señor Capitan y otro individuo más, estuvisteis en este propio lugar, hace ya bastante tiempo, ¿y qué es del señor Capitan?

—¡Oh! en cuanto á él, pronto tendrá el placer de que yo estoy disfrutando ahora, es decir, podrá veros, hablaros y reanudar antiguas relaciones de aprecio y buena inteligencia.

La Juanita volvió á ponerse encarnada, pero esta vez con la idea de que tornaría á sus brazos Conrado, su precioso capitan á quien no había podido olvidar y cuya ausencia tantos sufrimientos le

ocasionó, que solo el tiempo con su lenta influencia pudo devolverle su pérdida quietud.

—Con que deciais, repuso al fin la posadera, que vuelve el capitán?

—Ya lo creo que vuelve, y dentro de poco.

Aun cuando esto era mentira, el Gato lo decía para que Juana no se fuera, y tener tiempo de hacer las averiguaciones que deseaba.

La rubia sin querer, puso la mano izquierda sobre su corazón al oír ratificada la dulce nueva de la vuelta del capitán.

—Muchos cambios parece que han habido por acá, preguntó el sagaz Gato con aire de indiferencia.

—¿Cambios? poca cosa, al menos que yo sepa—y decidme señor, Raffo. ¿don Conrado viene á establecerse acá?

—Probablemente, aun cuando no lo sé de cierto.

—¿Cómo, vos no lo sabeis?

—Es decir, no lo sé á punto fijo, y como soy un hombre sério y circunspecto, no me agrada ni tengo costumbre de asegurar lo que no sé evidentemente.

—¡Ah! pensé que siendo vos uno de sus íntimos amigos podiais estar al cabo de sus asuntos.

—De ciertos asuntos si, pero de otros no; por ejemplo, sé que su corazón palpita por una mujer....

—¿Por una mujer? interrogó ella sobresaltada, sin tener bastante habilidad para disimular las impresiones de su corazón.

— Si, replicó el Gato, por una mujer, y quiero hacer su retrato :

Tiene la dama una boca cuyos labios son de rosa y respiran placer—unos cabellos rubios como los de los angeles—una garganta como para comérsela cruda—una . . . .

—Vamos, vamos señor Raffo, lo interrumpió Juanita comprendiendo por las miradas de aquel que estaba haciendo su retrato, vos lo que quereis es hacer burla de las pobres mujeres y divertirlos con ellas.

—Ay, Juanita! qué distante estoy de cometer tal torpeza ; pero dejemos esto á un lado por el momento, pues ahora hablaremos de Conrado.

—No dijeron los periódicos de Milan que al regresar la ilustre familia del conde de Floriani á la Capital, había sido asaltada por unos bandidos y que los saquearon é hirieron al general, y qué sé yo que otras cosas?

—¡Ah! hablais de ese terrible suceso! pues aconteció algo más de lo que decís.

—¿Es posible? replicó el Gato tomando su último trago de cognac, á ver, contadme, Juanita lo que ocurrió, si no os molesta mi sociedad, y despues hablaremos del viajero.

—Nada de molestarme, al contrario, lo haré con mucho gusto; pues en lo minucioso, me haceis acordar al capitán, que siempre tenía que pedir y que preguntar y . . .

—Bien, bien, dijo el Gato un tanto impaciente, ya se qué siempre pedía, pero ahora hablaremos de Edu . . . otra vez casi largo la prenda, de Conrado, pero veamos lo que aconteció.

—Fué un suceso horrible, dijo Juana, que consternó toda la comarca; pues el general fué muerto de un balazo en el corazón, sus efectos saqueados, y lo que es más, su hermosa hija doña Amelia, robada, sin que hasta el presente se sepa de ella cosa alguna, lo cual casi causó la muerte de su madre la condesa, que hasta hoy está entre la vida y la muerte.

—¡Oh Dios! dijo el Gato, poniendo una cara tan compungida, que parecía que hubiese sufrido un gran dolor, y siguió; pues no conocía esos lamentables sucesos, ¿no tenía el general un hijo?

—Sí ¿y qué hay con eso?

—¿Qué hay? ¿y qué no ha tratado de buscar á su hermana? Pero qué diablos, esa gente tan rica é influyente ya habrá dado con su paradero!

—Al contrario, desde aquella época dicen que don Alberto anda recorriendo todos los países y guaridas, bajo diversos disfraces en busca de ella,

con gente que lleva al intento, y esperan que un día ú otro la encontrarán; no obstante que ahora ha regresado á Milan porque la condesa estaba malísima, y dicen que la buena señora no quería morir sin ver á su hijo y comunicarle sus disposiciones.

—De modo que el jóven conde se ha vuelto con sus hombres sin conseguir dar con la prenda, abandonando así la empresa?

—Don Alberto ha regresado, pero no sus acompañantes que siguen en sus pesquizas, según dicen.

—¡Pobre familia, qué desgracia! ¡eh!—así es el mundo!

—Teneis razon, ¡ así es la vida ! pues ellos con tantos tesoros nobleza y esplendor, son más desgraciados que nosotros los pobres que vivimos felices en medio de nuestra reducida situacion y miseria.

—¡ Ay ! Juanita, dijo el Gato suspirando, no habéis vos de miserias, cuando teneis tantos tesoros, que yo me contentaría con una pequeña parte de ellos, y el Gato fijó sus miradas sobre el fronton de la rubia.

—Ja, ja, ja, prorrumpió la posadera en risotadas, y dió vuelta para irse.

—Esperad, amiguita, esperad.

—Que hay ! repuso aquella deteniéndose.

—Dícidme, el Castillo del Diablo como se le dice por acá al palacio cerca de Arona, está siempre á cargo de Don Luis Ferri?

—Don Luis ha muerto hace poco tiempo.

—¿Es posible? ¡pobre hombre!

—¿Pobre? nada de eso, si se le ha encontrado una fortuna colosal, que todo el mundo se ha quedado estupefacto, pues nadie sabía que fuera tan rico.

—¿Y de dónde sacó tantas riquezas el tal Conserge?

—Es un misterio ese por ahora; unos dicen que debe haber encontrado en el castillo algun entierro, otros agregan que habrá explotado las riquezas del conde, y por fin se hacen otras mil suposiciones por el estilo; no obstante que los señores de Floriani dicen que don Luis era un hombre honrado y que sus cuentas siempre fueron claras, justas y comprobadas.

—¿Y tenía herederos ese hombre?

—Sí, dicen que tenía un hijo llamado Eduardo que mandó educar á Paris, pero que se ignoraba su paradero, pues el mozo parece que había salido travieso, segun dicen.

Si supieras tú, pensó el Gato, que ese Eduardo, ese travieso, es el mismo Conrado, el capitan y tu amante, no hablarías de él con tanta indiferencia; pero vamos á completar nuestros datos y terminar este asunto; así pues le preguntó:

—¿Sabeis quién ha tomado posesion de esos cuantiosos bienes?

--A punto fijo no lo sé, pero aquí han dicho que

el conde don Alberto no quiso ser depositario por delicadeza, y que el Juez de la Pedania nombró otro depositario; pero decidme señor Raffo sois pariente del finado que tanto interés tomáis sobre sus bienes?

—¿Qué decís, Juanita? ¡yo pariente del finado! vaya á la gloria eterna el tal Conserge con sus riquezas bien ó mal habidas, ni siquiera lo conocía; pero seré franco con vos, he estado haciendo estas preguntas y repreguntas como un medio de reteneros á mi lado para veros y hablaros, pues es muy agradable pasar un rato en tan buena compañía, y si yo fuese capitán ó tuviera un grado cualquiera ya os ofrecía mi flaca mano.

—Gracias, señor Raffo, se conoce que sois hombre muy decidido, pero me llaman mis ocupaciones adentro, con que así, hasta otra vista: dió media vuelta y salió casi corriendo y haciendo temblar sus frescas carnes, que el Gato devoró con sus ambrientos ojos; pues el flaco principal de aquel personaje era el amor y hasta cierto punto la compostura: se moría por comprar corbatas de colores muy llamantes y fuertes, se hacía con ellas una rosa artística y sacaba afuera las puntas para lucirlas bien; además alguien le había dicho ó hecho creer que tenía un pie bonito y chico, así pues usaba siempre unas botas muy ajustadas que á veces lo ponían en bárbaros apuros, pero él sufría todo por lucir su pié, y

siempre que se le presentaba la oportunidad de exhibirlo estiraba bien su patita para que fuese vista, aun cuando generalmente salía chasqueado puesto que no se fijaban en tal preciosidad.

Raffo en posesion de todos los datos que necesitaba y que habian sido objeto de su viaje, pagó su cuenta y abandonó la taberna, para ir á dar una vuelta por los alrededores del Castillo y por el muelle, pero con el propósito principal de hablar con algunos camaradas á fin de ratificar todos los datos recogidos sobre el finado conserge para trasmitirlos en seguida al Capitan.

El Gato sabía, ó por lo menos calculaba, el origen que debía tener la cuantiosa fortuna de Don Luis, por los antecedentes de una antigua y criminal historia en que había intervenido, pero que no le convenía mencionarla, al menos por ahora, puesto que abrigaba siempre la esperanza de que se presentase alguna vez ocasion favorable para sacar partido de ella.

En efecto, corroboró sus datos, indagó lo conveniente sobre los pasos y marcha que llevaban las persecuciones y diligencias que hacia el conde de Floriani para encontrar á su hermana; y luego abandonó á Milan y se puso en camino para la Calabria.

---



## CAPITULO XVIII

---

### El Comandante de los Bandidos

---

Cárlos Procella no perdió oportunidad para agradecer á Amelia enviándole flores y haciéndole personalmente obsequios que ella pocas veces recibía bajo diversos pretextos; pero estas repetidas repulsas no hacían más que excitar su tenaz pasión, estimular su afecto y despertar con mayor actividad sus innobles apetitos.

La verdad es que nadie conocía á punto fijo el nombre del comandante, ni se sabía de que familia descendía, pues sólo se hacía nombrar Cárlos Procella, cuyo apellido traducido al español es «Tormenta», y se le daba por su carácter atrevido, pendenciero y tempestuoso, que constituía realmente un personaje apasionado imponente y temible; no obstante, su continente era gallardo y simpático. Aquel hombre estaba acostumbrado á ser obedecido y hasta cierto punto á satisfacer sus gustos y caprichos á despecho

de todo, y como suele decirse contra viento y marea. Amelia era en aquella caverna una deidad codiciada, si se atiende á sus condiciones personales, pues como ya hemos dicho era hermosa y dotada de cuanto atractivo humano puede rodear á una muger, y sobre todo, si había brillado en la sociedad Milanese, cuánto no sería en medio de aquellos miserables bandidos y de las mugeres soéces, tórpes y degradadas que allí solía haber; así, pues, el tal comandante estaba verdaderamente entusiasmado con aquella preciosa muger y se agitaba en torno de ella por obtener sus favores; pero este estado de cosas fué creciendo como voraz incendio, y al fin aquel bandido se hizo este razonamiento:

¿Seré tan estúpido que teniéndola en mis manos, deje el campo libre á mi rival para que aproveche y goce?

No, y mil veces no, yo la amo y me es necesaria para mi felicidad, mas, ¿de donde nacen en mi estos escrúpulos, estos respetos, estas consideraciones? ¿no soy aquí dueño y señor? ¿no me pertenece cuanto aquí existe y se mueve? Si, si, Amelia será mia irremisiblemente, sin que haya poder humano que á ello se oponga.

Cárlos se quedó un momento meditando, y luego continuó:

¡Oh! mi bella Amelia, ya saboreo tus amores,

ya me contemplo dichoso, ya te veo rendida á mis halagos prestándome tus encantos para colmar el fuego de mis amores.

Haciendo un movimiento brusco dijo:

—Fuera escrúpulos y hesitaciones: Amelia de Floriani, serás mia por el amor, por la persuacion, por las súplicas y por la violencia en fin.

El brutal bandido con aquella resolucion ya formada, se dirigió en busca de su víctima para poner en práctica sus siniestros fines, burlando asi las pretensiones de Eduardo.

Era ya la tarde, Amelia estaba leyendo en su cuarto aunque con poca luz, pues el sol había declinado bastante, cuando sintió pasos que venían aproximándose en direccjon á su cuarto, y por el carácter de las pisadas conoció que eran de bota fuerte: su corazon se sobrecogió de gozo, pues creyó que debía ser Eduardo que vendría á traerle buenas noticias, y su rostro tomó los tintes de la alegría.

Los pasos llegaron hasta su misma puerta, allí se detuvieron; y un momento despues sintió que introducían una llave en la cerradura, que giró suavemente y la puerta se abrió; pero mientras aquello tenía lugar sintió Amelia sin saber porque, un secreto terror que la heló, produciéndole una zozobra letal; pero cuál no fué su espanto al ver que la persona que entraba era nada menos que el comandante

de los bandidos, que nunca se presentaba á esas horas, ni menos sin previo aviso.

Amelia, apesar de su valor habitual y de la serenidad que iba adquiriendo á fuerza de sufrimientos y sustos, dió una especie de grito ténue y quedó pálida como una muerta, temblando sus piernas de tal modo que faltó poco para que flaquearan por completo.

Aquel audaz bandolero, aquel matador sin corazon ni piedad, aquel tigre feroz, cuando se encontró en presencia de la condesa de Floriani, cuando vió aquel aire digno y altivo de la hija del ilustre general, se sintió, á su pesar confundido y perplejo, bien fuese que su conciencia lo acusase en aquel momento de ser el asesino de su padre y causante en gran parte de las desgracias de aquella jóven, ó bien fuese el natural encogimiento que siempre experimenta esta clase de gente cuando se encuentra delante de una persona de alta alcurnia; el resultado fué que Cárlos se inclinó ante la magestad de aquella jóven, y todas sus ideas y propósitos huyeron de su mente, la palabra murió en sus lábios y quedó como confundido ante la augusta serenidad de la condesa.

Cárlos comprendió que su posicion era embarazosa y que algo tenía que decir para justificar su repentina visita, pero no encontraba la frase adecuada que lo sacara de su apuro; quería hablar y una fuerza desconocida y prepotente se lo impedía.

Amelia comprendió la turbacion de aquel hombre, pero no pronunció una palabra esperando ver el camino que tomaban las cosas.

El Comandante guiado por su astucia natural había dejado la puerta entre abierta, sin duda para inspirar mayor confianza á Amelia; y para salir del aprieto avanzó al centro del cuarto, saludó con una elegante cortesía, diciendo al fin:

—Señorita, os ruego no os sobresalteis por esta mi visita que supongo no esperabais.

Amelia no contestó ni le ofreció una silla, continuando ella misma de pié.

—Recien en este momento, señorita, continuó el comandante, me apercibo que he procedido torpemente, es decir, que he hecho mal, puesto que debí preveniros con anticipacion de esta mi visita como lo he hecho otras veces y sobre todo solicitar vuestro consentimiento, así os pido perdon de una falta cometida sin intencion, ¿quereis otorgarme ese perdon, Amelia?

Ésta recapacitó un momento y respondió:

—¿Es por ventura la prisionera la que debe perdonar á.....

—Acabad Amelia, á su carcelero ¿no es verdad?

Amelia bajó la cabeza y guardó silencio como confirmando el calificativo.

Carlos continuó:

—No hay cosa ni accion en este mundo que no tenga su esplicacion; y espero señorita que cuando pueda daros esas esplicaciones, vuestro espíritu no estará animado de repulsion hacia mí.

Amelia habría deseado en aquel momento dar rienda libre á su justa indignacion llamándole bandido, miserable, raptor, asesino y cuanto hay de malo, pero ¿quien guardaba sus espaldas? ¿quien la defendía contra aquel mandon que la tenía en su poder? en fin, todas esas consideraciones le aconsejaron reprimir su enojo y mostrarse simplemente circunspecta con aquel atrevido, y así le contestó:

—Señor Comandante yo no os he hablado de cómo está mi espíritu animado hacia vos, es vuestra conciencia lo que os arguye y hace suponer lo que acabais de decir, y tomando el aire digno, noble é imponente de los Condes de Floriani que resplandeció sobre el rostro encantador de aquella jóven, le interrogó á aquel hombre:

—¿Con qué derecho y á qué fines me reteneis cruelmente en esta cárcel? ¿porqué habeis sustraído una hija á la más buena de las madres, causando la desgracia de una familia? ¿porqué no sois bueno, generoso y benigno restituyéndome á los míos? ¡Oh comandante, otorgadme la libertad, y si ella tiene algun precio, ponedle el más elevado que la ambicion humana haya podido concebir y ese precio, yo

os juro será pagado cuando y del modo que vos mismo determineis.

El comandante había quedado de pié meditando como si una lucha hubiere en su interior que no se animaba á resolverla.

Amelia creyó que debía aprovechar aquel momento de hesitacion del comandante y volvió á la carga diciéndole:

—Yo olvido y perdono todo, volvedme mi libertad y creeré que en vos existe aun un corazon noble y generoso capaz de ejercer el bien, sí comandante, vos sois aquí el arbitro y señor, vos todo lo podeis queriendo, y si de algo pudiera serviros mi gratitud, yo os deberé el más grande de los bienes de mi vida, resolveos pues, seguid los dictados de vuestra conciencia esta vez y fijad segun os he dicho el precio del rescate, y el lugar ó manera como deseais recibirlo, ya sabeis que mi familia es poderosa y yo garanto el cumplimiento de lo ofrecido; más aun, el rescate podrá ser entregado á vos ó á otra persona antes de hacerse efectiva mi libertad si no fiais en la palabra de una Floriani, y ese caudal vendrá aquí de la manera que lo indiqueis.

Carlos estaba callado sin decir una palabra, miraba á Amelia, se estasiaba de oirla y habría deseado en aquel momento ser un principe poderoso, digno, puro y gentil para poner á sus pies, cetro, corona y corazon.

Amelia continuó, yo me dirigiré á mi madre para que inmediatamente remita el precio que se fije, al punto que os convenga, pero sin decir ni revelar donde me encuentro, hasta que llegue la oportunidad que vos mismo indicareis.

Amelia procuraba alcanzar su libertad por medio del dinero á fin de no deberla al comandante ni aun á Eduardo de quien la esperaba, pero con sacrificios de parte de él y de ella tambien.

—¡Y bien D. Carlos! ¿que decis? suscribis mi pedido? ¿me otorgais la libertad?

—Amelia, dijo al fin Carlos, antes no me hubiera sido difícil ni costado un gran esfuerzo vuestra libertad; pero hoy Amelia no se si puedo imponerme este tremendo sacrificio, que por otra parte no se relaciona con el interes pecuniario sino con el corazon, porque es fuerza que sepais que yo os amo, pero con ese amor vehemente, apasionado y profundo que solo se siente una vez en la vida y que yo pruebo por la primera vez; si Amelia, os lo juro, y sabed tambien que pienso en vos en todos los momentos, y que veo delante de mis ojos un abismo en el cual puedo precipitarme de un momento á otro.

¡Oh! Amelia, tened tambien piedad de este pobre loco, de este enamorado, que aun cuando desea mantenerse dentro de los límites del respeto y de



las debidas consideraciones, una voluntad dinámica, poderosa y tiránica me impele y precipita á ese abismo.

Sí Amelia, tened compasion de esta alma perdida, de este ser enamorado, próximo á sucumbir ante vuestros encantos que apetezco, reclamo y ancío, pero....

—Señor Procella, exclamó Amelia levantando erguida la cabeza, es decir, buscando fuerzas en su propia debilidad y pavor, voy á pedirlos, porque creo tener derecho á esperarlo, que vuestro lenguaje se armonice con las reglas del decoro y con los respetos que deben tributarse á una dama de mi clase.

Aquel hombre impúdico, atrevido, lascivo, audaz y descreído, que nada respetó en la vida y que ninguna virtud reconoció, se encontró en aquel momento dominado por el esplendor y dignidad de aquella jóven, y así moderó el ardor de su pasión, declinó de su exaltacion y volvió á la senda del respeto y cortesia, diciéndole:

—Señorita de Floriani vedme ya sumiso, obediente y rendido al fin; dentro de poco reanudaremos esta conversacion y así tendré, si me lo permitis, el placer de saborear vuestra grata sociedad y comunicaros mis ideas y resolucion definitiva.

El comandante tomaba así la senda de los ardides

dilatorios para desenvolver mejor sus proyectos y planes particulares.

—¡Cómo exclamó Amelia sobresaltada, ¿es posible que siendo vos el que podeis resolver este asunto por el imperio de vuestra sola y única voluntad vais á postergarlo para despues. ¡Oh! señor comandante, yo os pido en nombre del cielo, en nombre de vuestra madre, ó de su recuerdo que debe ser grato para un hijo, que no seais duro y que suscribais ahora mismo mi libertad en los términos que os he dicho, yo os lo pido de rodillas y con las lágrimas en los ojos, no me condeneis á un suplicio inmerecido, no aumenteis mi martirio, respetad mi juventud, mi sexo, mi inesperienza, si comandante, escuchad por esta vez la voz de vuestra conciencia.

Cárlos al ver aquella hermosa muger de rodillas con sus hechiceros ojos arrasados en lágrimas, faltó poco para que la agarrara y la estrechara entre sus brazos con pasion, y tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para reprimirse; así pues se moderó y dió un paso hacia Amelia, le tomó la mano con cierto respeto y la levantó, reteniéndola cerca de si; pero comprendiendo Amelia que aquel tigre venía abriendo sus uñas, se retiró un poco con cierta maña mugeril, para que no se ofendiera.

—Amelia, exclamó el bandido, yo tambien en nombre del cielo os pido que esperéis, pues no pue-

do por mi solo hacer lo que me pedis, esperad, esperad, y no vais á perder todo lo que habeis ganado.

—¡Ganado decis!

—Si señorita, ganado; pues ¿quien os ha faltado al respeto? ¿quien os ha ultrajado? ¿quien ha osado poner las manos sobre vuestra persona? decidlo.

Amelia no se animó á replicar y se limitó á decir:

—Bien Comandante, si no hay otro remedio esperaré.

La pobre prisionera se había impresionado un poco con aquella especie de advertencia ó amenaza, de «no vais á perder cuanto habeis ganado», y comprendió que era preciso llevarlo todo con paciencia y resignacion, sin enagenarse la poca buena voluntad y los respetos que aquel hombre podía tener hacia ella.

Cárlos se acercó á Amelia para despedirse y darle la mano, lo cual no pudo rehusar aquella, y al tomársela, la besó reteniéndola un poco más de lo que era lícito, y luego salió dejando la puerta abierta.

Cárlos iba irritado consigo mismo por la debilidad con que se había manejado en aquella entrevista, cuando venía decidido á apoderarse de aquel tesoro.

—¿Es posible, se dijo, que yo con mi carácter, fir-

me y ejecutivo, acostumbrado á no mirar ni reparar en consideracion alguna para hacer aquí mi voluntad despótica y soberana, me detenga tímido ante esta jóven y guarde tantos miramientos y respetos?

¡Oh! esto es una vergüenza, yo no debo retroceder en mis propósitos ni andar con rodeos; pues estos retardos pueden dar lugar á que Eduardo me deje burlado. No, de ninguna manera, Amelia será mía aunque se hunda el mundo entero.

Yo la amo, continuó Cárlos, y por ella daría gustoso mi vida; por consiguiente, sería una cobardía de mi parte si llevado de pueriles consideraciones me detengo en el borde de la felicidad y la pierdo; no, vive Dios, de ningun modo.

Procedamos con decision y á Roma por todo.

Fué bajo estas impresiones que el bandido dejó la habitacion de Amelia, y pasó á preparar cuanto necesitaba para la realizacion de sus deseos.

Cuando el Lobo salió del cuarto, Amelia exclamó:

-- ¡Estoy perdida! dejándose caer sobre su silla.

¿Quién puede salvarme del amor de este hombre?

¿Quién me defenderá cuando el capricho ó sus brutales deseos salven los límites de cierto respeto y consideracion que por ahora parece guardarme? Veo que viene avanzando este enemigo, que empezó por galanterías, despues por visitas, hoy por apode-

rarse de mi mano besándola y, mañana ¿dónde irán sus pretensiones? Oh Eduardo! sólo vos podeis ser mi salvador, sólo vos podeis librarme del ultrage y del deshonor? mas, dónde puedo verlo? dónde se encuentra al presente! no lo sé, pero probemos de escribirle y de dar la carta á la tia Marta para que se la envíe ó entregue como la otra.

En el acto tomó la pluma y le escribió narrándole prolijamente cuanto ocurría y los justos temores que tenía de que el comandante trataba de apoderarse de ella. Le pintaba lo horrible de su situacion, pidiéndole que no la abandonase y que tratara de salvarla pronto, pues que estaba resuelta á correr todos los riesgos á su lado, y concluía rogándole que acudiera en su auxilio.

La tia Marta se encargó de darle la carta al capitán al dia siguiente y en caso de no poder verlo la reservaría para hacerlo en primera oportunidad.

—Es que esta carta, Marta, es de suma urgencia, dijo Amelia y así le ruego trate Vd. de dársela en el acto.

—Pero señorita, ya sabe Vd. que yo no salgo de la casa y además ignoro donde vá y donde pueda encontrarse ahora, así pues no tenemos otro remedio sino esperar su regreso. Todo lo que puedo hacer es ver si ha venido su ordenanza é informarme sobre cuando regresará.

Pero en los ademanes que Marta hacía se le safaban las puntas del consabido pañuelo de cuadros, y se las volvía á meter haciendo un movimiento de hombros para suspender sus carnes y despues las dejaba descender para que sirvieran de apretadores ó apretadoras, y continuó:

—Inmediatamente que tenga cualquier noticia volveré á informar á Vd.

—¿Y no sería posible, Marta, comisionar á una persona de su confianza para que tome la carta y vuele en busca del capitán?

—Sí, señorita, eso se puede hacer, pero si la carta es de interés ó encierra algun asunto de importancia, pudiera ser interceptada, pues aquí todos somos espías unos de otros, y esto podría acaso comprometer los *asuntos secretos de Vd. con el Capitán*; mas si Vd. quiere que se proceda como acaba de indicarlo, no hay dificultad por mi parte.

Amelia se sintió herida, y ofendida en su dignidad con aquella frase de Marta de «podría acaso comprometer los asuntos secretos de Vd. con el Capitán»; pero pasada la primera impresion de desagrado, y dadas las circunstancias escepcionales en que se encontraba, contuvo su justo enojo, y reflexionó que aquella muger vulgar é ignorante no conocía el valor de las palabras pronunciadas, y sobre todo no quería abrir polémicas con ella ni ena-

genarse su buena y decidida voluntad; así, pues, dejó pasar el chubasco y le contestó :

—No, doña Marta, guarde Vd. la carta y proceda como lo indicó al principio, pues, lo que es yo no tengo bien mi cabeza ni soy capaz de coordinar un asunto.

—Esa no será la causa, señorita, sinó el deseo vehemente de que llegue pronto á su destino, le habrá hecho olvidar las precauciones convenientes.

—Eso es precisamente lo que me acontece, y así, dejo todo en sus manos y no agrego una palabra más.

—Fíe Vd. señorita, en mi lealtad, que yo sé perfectamente mi deber, y crea Vd. que soy lista en estos asuntos; pues allá en mis buenos tiempos cuando era jóven y hermosa como Vd., manejaba las intrigas amorosas á las mil maravillas y así tenía á mi alrededor tres y cuatro amantes á quienes desplumaba sin que ellos se apercibiesen, y de ese modo es que gastaba seda, terciopelo, anillos, pulceras y otras joyas.

—Deje Vd. Da. Marta, esas referencias del pasado que ahora no tienen objeto.

—Así es, señorita, tiene Vd. razon; pero como los años, la vejez, las desgracias, y por fin los vicios y estravíos me han desmantelado, estropeado y reducido á este miserable y repugnante estado,

le decía á Vd. eso por que no fuese á creer que yo hubiese sido antes una muger cualquiera, no, al contrario me llovían los adoradores ¡oh! si yo le refiriera lo que me sucedió con un buen mozo corista, y no de los peores, no, de los principales, que tenía una voz preciosa y. . . .

—Doña Marta, le suplico que no pierda Vd. tiempo y que vaya Vd. á ver si puede llenar mi encargo.

—Bien, señorita, así lo haré, y en otro momento le referiré el asunto de Carlitos, pues, así se llamaba el consabido corista; y eso que no le he contado que hube de casarme con un Comisario, pero murió la chiquita que teníamos llamada Ninetta y ya se enfrió mi hombre y se fué con otra.

—Le suplico otra vez, mi apreciable Marta, que suspenda sus recuerdos y se ocupe del encargo que le he confiado.

—Tiene Vd. razon, voy allá, pero le pido me disculpe, pues cuando empiezo á recordar mis buenos tiempos, mis triunfos y amores, se me vá la cholla, me hormigüea la colmena y me olvido de todo.

Amelia recordó la recomendacion que Eduardo le hiciera en su carta, de que sólo conversara con Marta lo estrictamente necesario; de modo que no la dejó seguir en su preroracion, diciéndole:

—Sí, sí, Marta, vaya Vd. pronto, pero le reco-



miendo el mayor sigilo, es decir, que no hable con persona alguna de este asunto, y sobre todo, cuidado con la carta que podría comprometernos á todos.

—Descuide Vd. señorita, conozco mi deber y estoy de antemano bien instruida por el señor Capitan: puedo asegurar á Vd. que primero me trago esta carta que dejarla ver de persona alguna.

—Bueno, no se demore Vd. ni un instante, y Dios la ayude.

Marta salió.

Un gran ruido se produjo en el patio contiguo al huerto, por lo que Amelia corrió y abrió el postigo de su ventana para informarse de lo que ocurría, pero en el acto recapacitó y lo volvió á cerrar, dejando sólo una rendija para observar sin ser vista, y así pudo cerciorarse de lo que allí pasaba.

Muchos hombres de diabólica facha y caras repugnantes arreglaban correages y monturas, ensillaban caballos, lo cual llamó mucho la atención de Amelia, puesto que cuando la condujeron á esa caverna, segun lo recordará el lector, entraron todos por aquel oculto boquero tapado con una enorme piedra y cubierto por tupidas zarzas, por donde sólo podía penetrar una persona y con dificultad, lo cual le hizo presumir, fundada y lójicamente que aquella era la única entrada y que los caballos los llevarían á otra parte, pero aquello era un ardid de los bando-

leros para que yo no pensara en evadirme ; mas ahora veo claramente que esta ratonera debe tener otras comunicaciones y entradas por donde pueden penetrar cómodamente las bestias, lo que no ofrece duda alguna, puesto que allí están.

Veamos qué más ocurre, se dijo Amelia, y volvió á poner la cara en la rendija del postigo : aquellos hombres preparaban sus mosquetes, trabucos y otras armas, y el Comandante estaba vestido con un traje bastante elegante como de viage y llamaba á uno, mandaba á otro, iba, venía, gritaba y al fin montaron todos á caballo con excepcion de dos que estaban sin armas ni caballos y que se veía que iban á quedar ; uno de aquellos bandidos tenía de la brida el caballo del Comandante perfectamente ensillado y con sus respectivas pistoleras en el arzon ; cuando éste se acercó el ordenanza echó la rienda sobre el pescuezo del corcel y luego presentó el estribo para que su gefe montara : un momento despues salieron marchando, el Comandante á la cabeza, y todo volvió al silencio.

Amelia quedó meditando y diciendo allá en sus adentros, dónde se dirigen esos miserables asesinos ¡ qué golpe irán á dar ! ¡ quién será el desgraciado ó la familia infortunada que caerá bajó su barbarie ! y . . . pero sus meditaciones fueron interrumpidas por la entrada de la niña María que era su

compañera y su consuelo; y aun cuando trató de darle sus cotidianas lecciones, no atinaba con cosa alguna, tal era su distraccion y la preocupacion en que había quedado su espíritu.

—¿Usted está enferma, señorita? le dijo María con muestras de interés.

—¿Enferma? no María ¿por qué lo supones?

—Me parecía que no estaba Vd. bien como otras veces ¿ó acaso ya no me quiere Vd. como antes?

—No, mi hijita, al contrario, te quiero cada vez más, pues tú me has hecho gustar en mi encierro, momentos muy agradables, y sin tí habría pasado aquí una vida desesperada. Ven, María, ven á mis brazos, y Amelia la estrechó con afecto y ternura dándole por la primera vez un beso en la frente, y ¡a niña no pudo reprimir su impulso de gratitud y le dió repetidos besos, quedando ambas abrazadas por un rato, confundiendo sus lágrimas de ternura. Despues de la hora de costumbre María dejó el cuarto de Amelia, despidiéndose ambas como si uesen madre é hija.

La pobre prisionera esperaba á cada momento la llegada de Marta que le tragera noticias sobre Eduardo, así es que cualesquiera ruido ó pasos que oía llamaban su atencion, pero nada ocurría.

Al fin, entró Marta y le dijo:

—Señorita, la carta aun no la he entregado, pero

el Capitan debe llegar hoy mismo, segun me ha manifestado su ordenanza, así pues, de un momento á otro debe encontrarse aquí y en el acto que llegue, estará en sus manos.

—Gracias, Marta, ya le recompensaré á Vd. y bien ampliamente tantos y tan buenos servicios, por ahora tome Vd. este anillo, y retiró de su mano uno, que no era de los mejores, por cierto, pero que tenía bastante valor, y mucho más para una muger ordinaria como aquella.

Marta abrió tamaños ojos, lo tomó en sus manos, lo miró y remiró varias veces y exclamó:

—¿ Es realmente para mí, señorita?

—Sí, para Vd. y más adelante premiaré sus buenos servicios.

—Tengo que ocultarlo muy cuidadosamente, dijo Marta, pues aquí señorita, si me lo ven,—é hizo un ademán con la mano diestra, girando sus dedos de izquierda á derecha y de arriba abajo, como diciendo en el acto me lo roban; además, continuó aquella, llamaría mucho la atención, y todos me preguntarían de donde lo había sacado.

— En ese caso diría Vd. que yo se lo había regalado.

—Sí, pero eso sería sospechoso, porque Vd. no podría haberme regalado por mi linda cara tan valiosa joya, sinó en remuneración de algun impor-

tante servicio, y como es natural querrían saber cuál era el servicio.

—Pretestaría Vd. uno cualquiera.

—Es que esta gente no comulga fácilmente con ruedas de carreta, y desde entonces sería yo doblemente espiada y vigilada lo mismo que Vd., para saber en qué manejos ando yo con Vd., que me regala alhajas regias; de modo que, ó me lo guarda Vd. misma ó yo lo escondo bajo siete estados.

—Bien, haga Vd. como mejor le parezca, pues las razones que Vd. me dá son atendibles, y demuestran que es Vd. más precabida y cauta que yo.

—Los golpes enseñan á vivir, Da. Amelia, y yo he recibido muchos en este mundo, así pues, me lo guardo y pierda Vd. cuidado que lo ocultaré donde ni el mismo Satanás podrá echarle el guante.

—Esa es cuenta de Vd.; pero vuelvo á recordarle no vaya á estraviar la carta.

—¡Qué esperanzas! mire Vd. aquí está, y abriendo un poco el crucero del pañuelo acuadros introdujo su mano derecha por el medio de su pechera, la cual fué bien al fondo girando un poco á la izquierda y de allí sacó el papel mostrándoselo á Amelia, quien observó que estaba algo mojado, pero por no desagradar á aquella muger y como veía que no tenía otro bolsillo ó sitio seguro donde guardarla, se limitó á decirle :

—Bien Marta, guárdela otra vez; y ésta volvió á introducirla en su carnuda y sudada gaveta, y salió en seguida del cuarto, metiéndose como de costumbre debajo de su colgante pechera las puntas de su pañuelo de cuadros.

Dos horas habían trascurrido ó poco más, cuando sintió nuevamente pasos que se acercaban, tambien de bota fuerte; Amelia empezó á temblar de miedo, y se dijo: ¿habrá vuelto el Comandante y vendrá á continuar su insultante visita y á poner por obra sus criminales pretensiones? Bien, Comandante de bandidos, yo te mostraré lo que es una muger heroica, lo que vale una Floriani y lo que puede una mártir.

Amelia corrió hacia su humilde lecho, levantó un poco sus colchones y sacó un cuchillo con punta aguda que tenía envuelto en unos trapos, lo asió con fuerza, levantó su cabeza y dijo, ya puedes venir miserable y verás como se defiende y muere esta niña.

Concluía aquella frase, en momentos en que se abrió la puerta de su cuarto, y apareció en el dintel Eduardo Ferri.

—¡Eduardo!! gritó aquella en el colmo de su alegría, arrojando al suelo su puñal.

—¡Amelia!! exclamó al mismo tiempo el gallardo amante abriendo sus brazos en actitud de recibirla

en ellos ; y aun cuando ella hesitó un breve momento, no se animó á negarle aquella satisfaccion á su heroico salvador y tambien abrió los suyos, estrechándose ambos como dos verdaderos amantes que se veían despues de larga ausencia, viniendo á confundirse sus corazones en un mismo impulso de recíproco amor.

Eduardo sintió sobre su agitado pecho las palpaciones presurosas del corazon de Amelia que por segunda vez y despues de tanto tiempo, se encontraba en sus brazos y aquel tierno amplexo duró algunos segundos bajo un silencio absoluto y solemne !!

Ambos cuerpos quedaron unidos por sus frentes, la cabeza de Amelia fué á posarse con delicioso abandono sobre el hombro izquierdo de Eduardo, y la cara de este cayó con fuerza sobre el blanco y contorneado pescuezo de Amelia.

Los ardientes lábios del enamorado galan y su anhelante respiracion abrasaban aquella garganta, y Amelia se sentía electrizada y transportada á un éxtasis divino con aquel grato contacto.

Eduardo dejó correr algunos momentos aquella feliz situacion, que la habría prolongado por una eternidad si hubiera estado en su mano ; pero la cauta Amelia temerosa sin duda de que aquel supremo, dulce y abrasador estrechamiento, fuera más adelante de los límites del decoro y compostura en

que puede actuar una señorita, hizo un leve movimiento en actitud de recuperar su autonomía, y Eduardo que comprendió perfectamente la importancia y significado de aquella indicación se incorporó y exclamó :

—¡ Oh dulce Amelia! cuánto mal me hace hoy este pobre corazón que cual monstruo infernal se agita y se conmueve aquí dentro del pecho, y me estremece y me acomete y me anarquiza y me arrebatata—¿ qué quieres corazón sin ventura? ¿ por qué te agitas como turba voraz? Dejad, mi Amelia, que al calor de esta chispa ardiente, de este enjendro del deleite que me abrasa y me consume, trace con rasgos de fuego las páginas de nuestros amores y de este impulso mágico del querer, embriagador, infame y celestial. Dejad Amelia que el relámpago de esos ojos me sublimise é ilumine, que vuestro aliento perfumado me alimente y acaricie, que vuestras sonrisas hechiceras me fascinen, me enloquezcan y á vos me acerquen más y más, para alcanzar dichas y placeres sin materializar mi amor.

Eduardo se detuvo, miró en rededor y vió en el suelo el puñal que aquella arrojara cuando él entró, y exclamó con sobresalto:

—Permitidme, Amelia os pregunte ante todo ¿ qué significa ese puñal en vuestras manos?

—Nada, Eduardo, no tiene significado alguno.



—¿Cómo que nó? Vos aquí sola oprimiais en vuestras débiles manos esa arma ¿y contra quién iba dirigida?

—No os ocupeis de eso, Eduardo.

—Decid la verdad, Amelia, no manchen vuestros labios con la mentira.

—Pues bien, os lo diré todo: yo creí que la persona que se aproximaba á mi cuarto era el odiado Comandante; presumí que venía á repetir sus insultantes y ofensivas visitas; pensé que esta vez querría acaso poner en práctica sus criminales designios, atropellar mi virtud y ultrajar mi honor; pero yo resuelta de antemano á morir para salvar mi dignidad, había reservado y ocultado cuidadosamente ese puñal para hundirlo en mi corazon antes que soportar una profanacion.

—¡Es posible! ¡Oh Amelia mía! ¡mujer sublime! y Eduardo cojió la mano de aquella y en su entusiasmo la cubrió de besos.

—Sí, Eduardo, la hija del general Floriani tiene bastante valor y energía para arrancarse la vida antes de transigir con el deshonor y el vilipendio.

Amelia refirió menudamente á Eduardo todo cuanto había ocurrido anteriormente con el comandante, sin ocultar el más leve detalle.

Eduardo sorprendido hasta el extremo, exclamó:

—Amelia de mi alma, ¡cuánto habeis sufrido!

—En nombre del cielo, replicó la condesa, os ruego que me salveis de los peligros á que me hallo sometida, que inmediatamente trateis de sacarme de esta cueva, y sobre todo arrancadme de las garras del comandante.

—Amelia mia, os declaro que se agolpan á mi mente y en tropel una multitud de ideas y cuestiones que debo proponeros y que vos debeis resolver, por que ellas determinarán de mi porvenir y de mi vida tambien.

—Cuestiones, decís?

—Si, Amelia.

—¿Y qué cuestiones quereis someter á mi deliberacion? ¿Creis Eduardo que yo me hallo en actitud de meditar y resolver asuntos serios? ¿No calculais que mi existencia, mi mente y mi razon están completamente estraviadas por los sufrimientos que he experimentado? ¡Oh! yo no quiero saber nada, pensad vos por mi, y lo que resolvais y hagais lo acepto desde ya.

—Gracias, Amelia, por esa prueba de ilimitada confianza que me dispensais, pero no obstante es mi deber y quiero que vos conozcais las cosas y que juntos adoptemos una resolucion.

—Bien, hablad pronto, el tiempo vuela amigo, y ya que la divina Providencia nos ha reunido, no debe-

mos desperdiciar tan preciosos instantes, dando lugar á que se cruce algun incidente fatal, pues ya sabéis que sobre mí pesa un sino de desgracia.

—Obedezco, Amelia, y cumplo con vuestros deseos.

—El Comandante, continuó Eduardo, sabe perfectamente que mi padre siempre permaneció empleado al servicio de vuestra ilustre familia, no ignora que yo he estado en el Castillo ó palacio cerca de Arona, sabe así mismo que yo he pasado allí algun tiempo, á causa de la enfermedad de la pierna; pues el suceso del desbocamiento del caballo de vuestro hermano Alberto fué ruidoso y se narró hasta en los periódicos, sonando en esa aventura mi nombre, como el salvador de los hijos del conde de Floriani; de modo que como Cárlos conoce perfectamente todos esos incidentes presume que yo os amo y que vos acaso correspondéis á mi cariño, así es que se opondrá á nuestra comun felicidad, estorbará vuestra salida, lo cual traerá entre ambos un terrible desacuerdo que no podrá ser resuelto sino con la espada en la mano, matando ó muriendo.

—¡Oh! Dios mio. Eduardo! Vais á jugar nuevamente vuestra vida por mí.

—No hay otro remedio. Estamos vigilados, las salidas tomadas, y el comandante en acecho sobre nosotros, al menos hasta que se apodere de vos! y aun

cuando yo no quisiera comprometer mi vida en estos momentos, pues si yo muriese ¡qué sería de vos, sola y desamparada! Pero no; es preciso no esquivar el lance porque de otro modo quedaríais en su poder.

Escuchad, Amelia, la primera cuestion que debo proponeros, y de la cual, como os he dicho, depende mi felicidad, es la siguiente:

Vos comprendéis, Amelia, que no puedo vivir sin vuestro cariño y que ha llegado el momento de fijar nuestra situacion y porvenir, así os pregunto ¿puedo esperar que me concedais vuestro amor?

Esta cuestion propuesta en aquellos momentos supremos, era impertinente y hasta indigna, puesto que venía á imponer una coaccion sobre la voluntad de Amelia, quitándole su libertad para deliberar con toda independenciam.

Aquella extemporánea pregunta, surgía como un terrible dilema de fuego que sometiéndolo al juicio de la lógica, quería decir:

—Yo voy á jugar mi vida en la partida, yo voy á salvaros; pero antes quiero saber si vos sereis mia ó nó, para en el primer caso entrar con fé en la lucha, y en el segundo abandonaros á vuestro propio destino.

Amelia era pues una bella plaza que se trataba de tomar por asalto y Eduardo comprendía perfecta-

mente que procedía con poca generosidad y sin altura; pero tambien por un sentimiento natural de egoismo deseaba adelantar algo en la consecucion de sus miras y no podía menos que tratar de sacar partido de las circunstancias.

La infeliz Amelia que miraba á Eduardo como al hombre más digno, heróico y caballero, no tomó el asunto por el lado malo, sino por el del amor, y hasta cierto punto le encontraba razon para buscar y explorar su propia felicidad, así es que le contestó:

—Eduardo, ¿porqué quereis obligarme á que os diga lo que vos ya comprendeis?

—Es que reconozco, dulce Amelia, que yo no soy digno de poseer vuestro corazon y además que vos sois noble, en tanto que yo soy un hombre del pueblo con quien se ha mostrado ingrata la suerte.

—Sí, respondió aquella, pero teneis en cambio un corazon magnánimo, y hay atesorada en vuestra alma tanta nobleza, que bien puede igualar á los blazones de mi stirpe.

Eduardo contrajo el ceño, bajó la cabeza, y quedó meditabundo como si nada hubiese oido ó como si lo dominase alguna idea dolorosa. Ese silencio se prolongó un instante, y de repente aquel hermoso joven, como si terminase una lucha intelectual, levantó la cabeza, se acercó á su amada, se postró de hinojos y exclamó con decision:

—Amelia mía, angel redentor de mis faltas, yo no puedo ni debo ocultar por un momento mi situación ni menos engañar á la muger más digna del mundo.

Amelia se sobresaltó y dió un paso hacia atrás.

—Voy á haceros una revelacion y os pido me escuchéis:

—Levantad, Eduardo y hablad, pues estoy en la tortura.

—Amelia, mi padre, á quien conoceis, me envió, siendo aun muy joven á estudiar á Paris, recomendado á su hermano Antonio que estaba establecido allí, y en aquella peligrosa capital, teatro y centro de los placeres, las licencias y los vicios, me encontré joven, acaso no mal parecido, con un corazón ardiente, libertad absoluta y sin un mentor ó autoridad paterna que encaminara mis pasos; así pues seguí la ruta de los jóvenes libertinos que pueblan aquella diabólica ciudad. Yo gastaba mucho y no había plata que me bastara; pero cansado, sin duda, mi padre de tan repetidos desembolsos, empezó á disminuirme sus giros y á no cubrir mis frecuentes libranzas así pues me encontré allí sin dinero; empecé á vender lo que tenía de valor, contraje deudas por todas partes, y quiso mi cruel destino que formara amistad con un joven que siempre me franqueaba plata y me llevaba por todos los caminos; ese joven era Cárlos.

—¡El Comandante! exclamó Amelia sorprendida.

—El mismo, pero escuchad: yo, muchacho atolondrado é indiscreto, sin tener allí padre ni director alguno, seguí inconsciente y ciego la tortuosa senda de mi amigo y formé parte de sus camaradas; pero cuando yo me apercibí de la gente á que me había unido, cuando me dí cuenta de mi situacion, era ya tarde; no obstante resolví adoptar una medida suprema y acogerme á la autoridad paterna para que me salvara. Tomé el pretexto de ser llamado por mi padre y me fuí al Castillo de vuestra familia y fué entonces ¡oh Amelia! cuando os amé con el afecto más puro y leal que un hombre puede consagrar á una muger. Todo lo demás vos lo sabeis, puesto que recordareis que mi padre me envió á Turin para arreglar una deuda que á su favor tenía una casa de comercio de aquella ciudad; y estando en esos arreglos fué que en los periódicos leí el terrible suceso ocurrido á la noble familia de Floriani al regresar á Milan.—Como yo os amaba apasionadamente, abandoné en el acto el encargo ó comision de mi padre, y juré salvaros á cualquier costa.

En la mayor parte de estas referencias, Eduardo faltaba á la verdad y alteraba los hechos para presentarlos en la forma que mejor convenía á sus planes, y sólo había de exacto el amor que profesaba á Amelia.

Continuó Eduardo diciendo:

—Me puse en campaña para averiguar vuestra suerte, pero nada podía descubrir; andaba de país en país, de cabaña en cabaña, visitaba cuanto tugurio y escondite me era conocido, hasta que supe que los bandoleros de Calabria habían sido los que asaltaron al Conde: me dirigí á este punto y en efecto fuí informado que vos estabais en la caverna de la Loma Negra.—Mis relaciones con el Comandante y sus gentes estaban rotas para no reanudarse jamás, así pues, me fué preciso, con cierta maña y de manera que Cárlos no pudiera apercibirse de mi objeto volver á estrecharlas, para salvaros por la astucia, la fuerza ó de cualquier otra manera. El astuto comandante cayó en el garlito, pues no se apercibió al principio de nada; pero, muy luego sospechó que mi inesperada vuelta debía tener un objeto particular y fué entonces que averiguando los incidentes ocurridos en el Castillo sobre mi enfermedad del pié y demás que se relacionaba conmigo comprendió que yo venía por vos, y de aquí nació entre nosotros una especie de alejamiento que es preciso terminar con la espada en la mano para salvaros. Ahora, Amelia, ya conocéis mi historia referida en cuatro palabras y vos debéis decidir de mi suerte, arrojandome de vuestra vista ó haciendo mi felicidad.

Amelia había quedado muda, estática ó suspensa y no se daba cuenta claramente de la importancia



de la esposicion embolismada que acababa de hacerle Eduardo; se hallaba perpleja y sin saber lo que le convenia hacer, pero ella lo amaba tiernamente y solo veía y sentía la influencia de su amor.

Como Eduardo la vió indecisa, le dijo :

—Amelia, yo no quiero que en estos momentos solemnes dispongais de vuestro corazon, bajo una impresion equivocada, tratándose de un asunto tan grave; no Amelia, cuando esteis en libertad, lo hareis con conciencia. Yo os juro que os salvo ó muero en la demanda, pues ya tengo todo preparado.

—Eduardo, yo no puedo tener dos voluntades, dos ideas, ni menos dos corazones, ya sabeis que os amo y que mi destino queda desde este momento bajo vuestra salvaguardia; en cuanto á nuestra mutua felicidad, yo no puedo resolver tan grave asunto sin el consentimiento de mis padres.

—¿De vuestro padre decís? oh Amelia! vuestro padre!!

—Y bien Eduardo ¿qué quereis decir de mi padre?

—Que ya no podeis pedirle su consentimiento.

—¡Oh Dios mío, ha muerto!! y hubiera caído al suelo aquella infeliz niña, si Eduardo no la hubiera tomado y puesto en una silla. Despues de un rato, Amelia prorrumpió en un mar de lagrimas,

que no hicieron otra cosa que embellecer su precioso rostro, y Eduardo la contempló estaxiado y enamorado, exclamando :

—Angel de mi alma, cuánto daría por evitaros esas lágrimas que yo recojo aquí dentro de mi corazón, y que dan á vuestro semblante el aspecto de la mensagera del cielo y de la mártir en la tierra!— ¡Oh, mi Amelia! yo miserable criatura osé llevar mis miradas hasta vos y pretendo haceros mi esposa, no obstante la diferencia de linage que nos separa? Pero ¿puedo yo dejar de amaros, imponerme el sacrificio de olvidaros y de abandonaros en brazos de otro mortal?—Amelia, os aseguro por última vez que al hablaros de nuestra union no pretendo violentar vuestra libre voluntad proponiéndoos el pacto de salvaros siempre que seais mía; no, Amelia, y antes bien; juro en este momento por la salvacion de mi alma que con riesgo de mi vida, voy á restituiros la libertad ó á morir, y cuando esteis libre podreis ser mía si quereis ó bien abandonarame.

—¡Eduardo, amigo, no hableis de esa manera, respetad mi afliccion y no aumenteis los quilates de amargura que hay en mi corazón, mi cabeza se debilita y coordino mal mis ideas; pero en nombre del cielo os pido me reveleis cuanto sepais de mi padre, de mi madre y de toda mi familia; hablad la ver-

dad, nada me ocultéis, ya he aprendido á sufrir y á ser desgraciada, pues ya no soy más la jóven condesa de Floriani, ya no soy sinó una mísera, sobre la cual ha derramado el destino todo el veneno y todos los martirios que una criatura humana puede experimentar.

—Puesto que me lo ordenais, Amelia, que lo queis, os lo diré todo : Vuestro noble y valiente padre el general Floriani, murió el dia que fueron asaltados, pues recibió un balazo que apagó aquella preciosa existencia.

—¡ Oh Dios de bondad ! exclamó Amelia, aquella alma grande, generosa y magnánima, que había sido respetada en los campos de batalla en cien combates gloriosos, vino á ser herida de muerte por la mano impía de esos miserables asesinos ; y las lágrimas corrian á torrentes por sus tersas mejillas.

—Sí, Amelia, vuestro padre fué muerto, vos robada y vuestra madre estuvo al borde del sepulcro á causa de tan rudo golpe ; no obstante que el tiempo ha ido curando tan profundas heridas y la condesa se halla en su palacio de Milan, en tanto que vuestro hermano Alberto juró vengar á su padre y buscaros aunque fuese en las entrañas de la tierra, pero sus pesquisas han sido infructuosas y probablemente jamás habría llegado hasta esta ignorada cueva ; pero os aconsejo Amelia que abandonemos

por ahora estos tristes recuerdos y nos ocupemos de vos.

—Bien, Eduardo, yo no me pertenezco al presente, vos sois el árbitro de mi vida, disponed, ordenad, haré cuanto creais necesario, yo ya no tengo energía ni voluntad propia para nada: todo me asusta, todo me intimida, en nadie tengo confianza sinó en vos.

—Amelia, vuestra virtud y honor serán respetados por mí, como un depósito sagrado, vos me le confiais, yo le guardaré con mi espada y con mi vida—lo juro ante el Dios que me escucha, y por la memoria de mi madre.

—Gracias, mi generoso amigo, gracias, protecto<sup>r</sup> providencial, aquí en mi corazón guardo vuestras promesas y os lo declaro que ya no abrigo temor ni zozobra alguna, desde que estais á mi lado.

—Ahora, Amelia, voy á coordinar mi plan, necesito hombres decididos que me acompañen y que quieran sacrificarse conmigo para salvaros; yo no me alejaré, velaré por vos y os avisaré oportunamente lo que vamos á hacer. Nada direis de lo que hemos hablado á Marta ni á persona alguna; y os prevengo que tanto vos como yo estamos vigilados, y el Comandante que acaba de salir, no tardará en regresar, pues está á la mira de todo y no se aleja por nada.

—No olvidaré vuestras indicaciones, Eduardo, dijo Amelia, sacando su pañuelo para enjugar sus lágrimas; ahora deseo saber cuándo volveré á veros.

—No lo sé á punto fijo, pues todo dependerá de la manera cómo se presenten los sucesos, y las medidas que tenga que adoptar para desenvolver y ejecutar mis planes.

—¿Y si vuelve el Comandante y quiere llevarme á otra parte, como ya me lo anunció en la última visita ¿qué deberé hacer?

—Tratad, Amelia, de emplear medios dilatorios, viendo de postergar cualesquiera exigencia por breve tiempo, pues yo estoy á la mira de todo, y os garanto que no dará un paso Cárlos sin que yo lo sepa en el acto; de modo que nada podrá llevar á cabo sin estrellarse conmigo; despues de todo, esta situacion vá á tener una solucion definitiva dentro de breves horas, pues ya no debemos detenernos ni un momento.

—Dios lo quiera, Eduardo, y el cielo proteja vuestros pasos.

Ambos cambiaron un adios afectuoso y terminó aquella entrevista.



Eduardo se dirigió en busca de Cárlos Raffo (a) el Gato que recien llegaba de su expedicion á Milan

y Arona, y entraron en una serie de esplicaciones que Eduardo ansiaba recibir para poder obrar de una manera conveniente.

El Gato refirió á su Capitan de la manera más minuciosa todo cuanto ocurría en el palacio Floriani de la Capital de Milan, con relacion á la condesa, y muy especialmente respecto de las operaciones de pesquiza y persecucion que había entablado Alberto en busca de su hermana Amelia; del regreso de aquel á consecuencia del grave estado en que se encontró la salud de Da. Blanca; de la muerte de su padre D. Luis Ferri, ocurrida súbitamente; de las riquezas por éste dejadas, y que se decía eran cuantiosas, puesto que habían asombrado á todos; de los llamamientos que la autoridad hacía á los herederos para que fuesen á tomar la herencia; de los nombres y señas que tenían las personas ó sirvientes que acompañaron á Alberto en su expedicion y que al presente debían andar por Nápoles, y en fin, de todo cuanto podía interesar á Eduardo, sin olvidar su visita y conferencia con la buena moza de Juarita, de la Taberna del Zorro.

Eduardo escuchó con oído atento cuanto el Gato refería; pero lo que más le causó sorpresa, fué la inesperada muerte de su padre á quien consideraba fuerte, robusto y en la plenitud de su salud, y sobre todo las riquezas dejadas por éste, pues

jamás había sabido, ni presumió tampoco que el autor de sus días tuviera tal fortuna, y más bien juzgó que sus recursos fuesen limitados, puesto que tanto se los economizaba cuando estaba estudiando en París : ¿ De dónde, cuándo y cómo pudo adquirir tan gran fortuna ? No era por cierto de su familia por que conocía perfectamente los antecedentes de ella, que su abuelo Gaetano Ferri, del comercio de Génova, se había arruinado y quebrado á consecuencia de las provedurías que hacía al ejército y escuadra austriaca en tiempo de María Teresa y durante las guerras sostenidas, ya con Federico II, con el Elector de Baviera y otros, cuya quiebra desquició de tal modo la casa y la familia, que su padre se vió obligado á abandonar Génova é ir á buscarse la vida ; además, con su trabajo personal no podía haber realizado esos caudales, ni menos en la última ocupacion que por muchos años tuvo de Gerente en el palacio ó Castillo del Diablo ; de modo que Eduardo no podía suponer sinó que su padre habría encontrado algun entierro de dinero en ese misterioso Castillo que siempre estuvo rodeado de duendes y fantasmas ; mucho más, cuando recordaba de que á su entrada en dicho empleo, se había producido un hecho misterioso y raro, pues se encontró con que su antecesor, el judío Samuel, tenía encerrada viva á su muger en uno de los subterráneos de aquel

Castillo, y que cuando fueron á salvarla, murió sin poder hablar palabra, y quién sabe si entonces su padre tropezó con algun escondite ó entierro de sumas fabulosas ; en fin, sea de ello lo que fuere, tuvo ocasion de imponerse de los edictos judiciales consignados en los periódicos de Milan, que le había traído el Gato, de exprofeso, y en los que se le llamaba por el Juez de la Pedanía, para tomar intervencion en el arreglo de la testamentaria.

Sobre este asunto de la herencia, el Gato había tomado todos los datos y conocimientos más exactos posibles de diversas personas, incluso los que le trasmitió Juanita, y todo ello se lo refirió á Eduardo sin omitir cosa alguna, no obstante, no cambió ni una palabra con su Capitan sobre una antigua historia referente al judío Samuel ; pues aun cuando juzgaba que las riquezas de D. Luis Ferri vendrían de aquel negocio, tambien podía estar equivocado y no quería dar participacion á otro, de un asunto que podía realizar para sí, el día en que llegase una oportunidad conveniente ó se la buscase él mismo.

—Y que tal? ¿qué dice Juanita, la buena rubia? preguntó Eduardo muy tranquilo como si no le hubiesen participado la muerte de su padre.

—¡Oh! mi Capitan, lo que es la posadera está como para comerla cruda, pues no hay en la taberna plato más esquisito que ese, y si Vd. la viese con una



batita punzó con faldas, bien ceñida al cuerpo, es decir, á su gracioso y contorneado cuerpo, ya mandaba Vd. poner la mesa y empezaba el banquete, ¡eh!

—Muy entusiasmado has venido con la rubia, Gatito.

— Señor Capitan, yo no faltó al respeto á mis superiores, y sobre todo, aun cuando algo hubiese pretendido, esa muchacha está enamorada de su Conrado, á quien espera siempre con su corazon palpitante y enamorado.

—¿Es posible? dijo Eduardo, con alguna satisfaccion.

—Ya lo crco, figúrese el señor Capitan, que cuando entré á la taberna con este traje de caballero, mi gran corbata amarilla y punzó, mis botas bien lustradas, y etc., etc., ni el padre ni ella me reconocieron, pero luego, entrando en materia con Juanita, le pregunté si no me conocía, y contestó que nó. Entonces empecé á recordarle algunas circunstancias de nuestras idas á la taberna, y le hablé de un jóven gallardo, generoso, enamorado y con el grado de Capitan; en cuanto Juanita comprendió que se trataba de Vd., se puso colorada hasta la raiz del pelo; y por fin, el diplomático Gato siguió refiriendo todo á su Capitan, menos los requiebros que por su cuenta le había dirigido á la hermosa posadera.

Eduardo quedó muy contento al saber que Alberto había tenido que regresar á Milan á consecuencia del malísimo estado de la salud de su madre, en razon de que esto alejaba por el momento todo temor de que pudiera dar con el paradero de su hermana Amelia; pero como la familia de Floriani era influyente é inmensamente rica, temía, y con razon, que á fuerza de oro pudiese comprar algun bandido que le revelase todo, y fueren atacados en su guarida, perdiendo para siempre á su amada; así pues, trataba de acelerar su proyecto y ponerlo en ejecucion para apoderarse de Amelia reduciéndola á ser su esposa, puesto que al presente él tambien contaba con una gran fortuna y podía tomar con Amelia una posicion digna, y esperar el desenvolvimiento de los asuntos de la familia de Floriani.

Reunió á sus camaradas el Gato y Blandengue, que eran las mejores espadas entre la cuadrilla y gozaban de la reputacion de ser valientes hasta la temeridad, y como ambos sabían ya que Eduardo era poseedor de una gran fortuna que podía recibir como único heredero en el momento que quisiese y conocían lo liberal y galante que era, se pusieron en un todo á sus órdenes; además, ambos sabían muy bien, que la familia de Floriani era de las más acaudaladas y poderosas de Italia, y que casándose Eduardo con Amelia, más tarde ó más temprano,

entraría en posesion de sus cuantiosos bienes; pues habiendo muerto el General y estando la condesa al borde del sepulcro, no quedaban más herederos de esa opulenta casa que Alberto y Amelia.

Eduardo les reveló que el Comandante estaba enamorado de Amelia, pero que ésta era la muger de sus simpatías y se hallaba correspondido por ella, estando conforme en casarse con él; pero que para conseguirlo era preciso salvarla á despecho de todo peligro, para lo cual necesitaba dos hombres que quisiesen compartir con él todo género de peligros á fin de arrebatarla de aquel sitio, aprovechando al efecto aquellos momentos en que casi toda la cuadrilla había salido para ciertos caminos de Roma á esperar el paso de unos viajeros para darles un golpe que tenían preparado.

El Blandengue y el Gato que siempre estuvieron al servicio de Eduardo, le juraron ambos que podía contar con ellos, que les señalara su puesto, pues ya sabía que se harían agujerear el pellejo aunque fuera en contra del Comandante y del mismo Satanás.

Eduardo, Blandengue y Gato salieron juntos para arreglar el plan por aquél ideado, elejir el punto, la ahora más oportuna, la forma, los elementos de defensa y cuanto era necesario.

Asi quedó todo arreglado y Eduardo se separó de

ellos para ocuparse del asunto, quedando los otros dos, á fin de ejecutar las órdenes del capitan.

\*  
\* \*

— ¿Qué te parece Blandegue la propuesta del capitan? interrogó el Gato.

— Hombre ya está resuelto el asunto y pienso que no hay más que hablar.

— Bien, amigo, eso es precisamente lo que yo te preguntaba, si estás decidido á jugar la vida en favor del capitan y en contra del comandante.

— Es claro, ya lo hemos resuelto afirmativamente y el nieto de mi abuela no tiene sino una **palabra**.

— Como el hijo de mi madre, agregó el Gato, relampagueando sus ojos verdes atornasolados.

— Y entónces, ¿á qué vienen esas preguntas y esas reticencias? replicó el leal Blandengue.

— Te diré la verdad: creo que yo soy tan valiente como tú, y que una espada en mis manos, vale, como en las tuyas, por tres hombres; pero reconozco que tu tienes mejor caletre que el mío, pues discurre, piensas y alcanzas mucho más lejos que yo, y tratándose de jugar uno la vida, quería tomar tu parecer.

— Te diré pues mi opinion, ya que deseas conocer-

la, dijo Blandengne. Nosotros estamos fatigados del despotismo del comandante que ni siquiera nos trata como gente, en tanto que el capitán es generoso, justo, bondadoso, afable, liberal, prudente, y sobre todo fraterniza con nosotros como un verdadero amigo, así pues, yo sacrificaré gustoso mi vida por él, sin pestañar.

—Bravo, Blandengue, hablas como un libro.

—Además, continuó el orador, si fuéramos á tratar el asunto bajo el punto de vista del egoismo, deberíamos tambien resolver asi la cuestion.

—A ver como es eso del egoismo, espílicate más claro.

—Lo haré: ¿qué debemos de esperar del orgulloso comandante? ¿cuál es su posicion? ¿con qué elementos reales y positivos cuenta? ¿qué hemos sacado de él en tanto tiempo que le servimos haciendo una vida desastrosa y llena de peligros, espuestos de un momento á otro á que nos eleven á una altura que ni para tí ni para mí es simpática?

Ahora examinemos la otra faz del asunto y veamos la situacion, los hechos y las circunstancias que se relacionan con nuestro capitán.

Es fuera de duda que este es digno de ser querido por nosotros por sus condiciones personales; pero sobre todo, el capitán es poseedor de una gran fortuna que acaba de heredar de su padre el Genovés

Ferri, y que favoreciendo nosotros su causa, se llevará á la condesita y esta no tendrá otro camino ni salida que darle su mano y corazon, puesto que uno y otro se aman, y una vez que se casen, ya será, bien ó mal, el esposo legítimo de la heredera del conde de Floriani, y entonces yo pregunto ¿pueden ponerse en parangon las condiciones del uno con las del otro?

—¡Oh! de ninguna manera, exclamó el Gato, como si hubiesen desaparecido sus dudas y quedando convencido de los razonamientos de aquel.

—Pues bien, continuó Blandengue, por todas estas consideraciones no hay que trepidar ni andar dando vueltas, y lo que debemos de hacer es salvar á Amelia á toda costa ó morir en la demanda.

—Bien, decía yo, chico, agregó el Gato, tú sólo vales más que un tribunal y para probártelo juro sobre mi espada ayudar al capitan en la empresa hasta llevarla á cabo ó morir.

—Ese es tu deber y el mio, agregó Blandengue con aire de triunfo.

—Queda cerrado el debate, dijo el Gato, y manos á la obra.

Cada uno tenía que obrar segun las instrucciones que les había dado el capitan, á fin de que el esfuerzo comun concurriese á la ejecucion del plan por aquel combinado.

Dejemos ahora á los conspiradores de nuevo cuño y volvamos al cuarto de la pobre Amelia.

Cuando Eduardo salió de aquella desvencijada habitacion, se quedó la infortunada Amelia vagando entre una multitud de ideas y afectos encontrados, y dejándose caer en su silla, colocó sus codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ambas manos, como si tuviera el cráneo volcanizado, pues había quedado aturdida, confusa, enamorada, alegre y doliente, á la vez; es decir: aturdida y confusa por la multitud de ideas y de accidentes que se le habían presentado en tan pocas horas y los que iban á tener lugar acaso dentro de poco: enamorada, porque no podía menos de amar á Eduardo que era su angel tutelar; alegre, con la dulce idea de recuperar su libertad y de haber visto á Eduardo, cuya conferencia no olvidaría jamás; y doliente, por los desastrosos acontecimientos que se habían producido en su familia, sobre todo, la muerte de su padre, la desolacion de su amorosa madre, y demás que le había referido Eduardo, aunque de una manera incompleta.

Amelia estaba bajo la influencia de este juego alternativo de sentimientos; pero en medio de ese dédalo de ideas; se preocupaba acaso de su vuelta al seno de la familia, de asumir otra vez la espléndida posicion de su ilustre casa y de brillar nuevamente en la alta sociedad Milanesa? Parece por el

contrario que estas ideas estuviesen como amortiguadas y sin vigor ni accion, y que sólo giraba su espíritu y su corazon al rededor de Eduardo, de su amor y de una futura felicidad que entreveía, pero de una manera confusa, y sin poder fijar cual era, cómo se realizaría, cuándo y por qué senderos; es decir, Amelia estaba como asfixiada con el grato perfume de tan halagadoras esperanzas, puesto que iba á recuperar nada menos que tranquilidad, libertad y amor. Hasta cierto punto todo esto era natural, pues aquella pobre niña luchaba sola en medio del furioso oleage de su negra estrella, sin brújula, sin consejo ni direccion, cual náufrago infortunado que en medio del terrible vendabal brega desesperado por conservarse sobre el salobre elemento, esperando que una vela amiga enviada por la Divina Providencia salve su vida; así Amelia en su rudo batallar no divisaba la Farola del Puerto, no oía á su cara madre ni á ningun miembro de su familia, y sólo tenía delante de sus ojos á Eduardo, como un sér providencial que con su heroismo, su hidalguía y sus sacrificios, venía á salvarla del deshonor y acaso de la muerte. Además, en medio del dolor y de la soledad, la muger, cuando está enamorada no tiene otra idea, ni puede dar á su alma más alimento ni ocupacion que la de pensar en el objeto amado, acariciar su imagen y mezclar su



amor en sus ensueños y fantasías; por último, no tenía otro remedio que ponerse bajo la salvaguardia de su Eduardo que era quien iba á librarla del Comandante y de aquella horrenda caverna.

Un golpecito dado á la puerta de su cuarto vino á truncar sus meditaciones, sorprendiéndola de tal modo que saltó de su silla poniéndose en pié, pues en aquel momento cruzó por su mente el aspecto del Comandante, y llena de terror se acercó á la puerta, pero su espíritu se tranquilizó al ver á María con su cara placentera y alegre, que se echó en sus brazos y la besó con un extremo casi inusitado.

Después de cambiar un saludo entreambos, María le dijo :

—Sabe Vd. señorita, que anoche soñé que iba caminando por un parage muy solitario y agreste, acompañada de unos hombres desconocidos y de aspecto terrible, que me conducían á otro país: que yo pregunté por Vd. y me dijeron que ya no la volvería á ver y empecé á llorar amargamente, pues no quería de ningun modo separarme de Vd. ¡ Oh señorita Amelia! mi llanto fué muy largo y me desperté con la almohada mojada por mis lágrimas, el corazón oprimido y con un deseo vehemente de verla, así es que le suplico me perdone que haya venido antes de la hora de costumbre, pues quería á

todo trance abrazarla y cerciorarme de que todo ha sido un sueño y no una realidad.

Mientras María refería su cuento, Amelia estaba conmovida al oír el sueño profético de la inocencia, que había presentido un hecho que probablemente iba á tener lugar en parte, puesto que acaso no volvería á ver á aquella niña si el cielo permitía que recobrarla la libertad que le ofrecía Eduardo: Amelia no pudo contener un movimiento impulsivo de su corazon y atrajo á María hacia sí, la estrechó contra su seno con efusion, pues profesaba un verdadero cariño á aquella criatura: dos registros igualmente sensibles jugaban en aquel ampléxo, el uno respondía al sentimiento natural de separarse de María, cuyo corazon é ideas, puede decirse, había formado ella á fuerza de ejemplos, de cariño y de doctrina; y el otro, porque presentía que una niña como aquella, que había llegado á entrever las regeneradoras nociones del bien, de la relijion y de la virtud, iba á quedar otra vez abandonada en aquel antro infame, al mal ejemplo, á la depravacion de las costumbres, al vicio y en fin á todos los males de la inmoralidad engendro turbio de la prostitucion. Amelia miraba á María embellecida por el cuidado, las buenas maneras y la educacion, y le daba deseos de comunicarle el proyecto á ejecutar que tenía con Eduardo, de evadirse de aquel sitio

para burlar las pretenciones del Comandante, y proponerle que fuese con ella, pues á su lado sería completamente feliz, puesto que ella por su familia y riquezas tenía los elementos abundantes y necesarios para proporcionarle comodidades y labrarle su felicidad; pero reflexionó que no era prudente confiarle tal secreto y mucho menos con las prevenções que al respecto le había hecho Eduardo, pues podría muy bien comprometer el éxito del asunto: tampoco le era dado incitar á María á que la siguiese porque esto sería robarla á su padre, enseñándole un acto subversivo y atentatorio contra la paterna autoridad, y ella que tanto le había inculcado las doctrinas de la virtud de las buenas acciones y del respeto á los mandamientos de la ley de Dios, no podía ahora darle consejos contrarios; sobre todo, pensó que si al fin conseguía obtener su libertad, trabajaría con Eduardo por sacarla de allí y hacerla feliz, llevándosela á su lado.

—¿Es decir, María, interrogó Amelia, que tendrías mucho pesar de separarte de mí?

—¡ Oh ! sí, señorita, desde que Vd. ha venido he aprendido tantas cosas buenas, que hoy comprendo lo que es la virtud, la grandeza de Dios y la realidad de sus doctrinas; pero si Vd. señorita Amelia llegara á faltarme, si Vd. se fuese ó me llevaran de aquí á otra parte, como decía mi sueño, ¿ qué sería

de mí sin su ejemplo y sin su cariño? porque yo debo declararle con franqueza que la quiero como si fuese mi madre, mi hermana mayor ó alguna otra cosa que yo no sé explicar, pero que acaso Vd. sabrá interpretar.

—Sí, sí, hija querida, la interrumpió Amelia, con las lágrimas en los ojos, yo te quiero tambien como si fueras mi hija ó mi hermana menor y te agradezco esos sentimientos de afecto y de ternura que me manifiestas, pero no te inquietes con la idea de una separacion, puesto que tu sueño no es más que un fantasma de tu imaginacion.

—Así será, señorita, y quiera Dios que jamás me separen de Vd. Olvidaba, replicó María, que el señor Comandante acaba de entrar y me preguntó si Vd. estaba en su cuarto.

—¿Y qué más te dijo?

—Nada más.

—¿Venía sólo?

—Sí, señorita, y creo que ahora vendrá á ver á Vd.

Amelia quedó conturbada á la idea de que el Comandante podía venir de un momento á otro, y para eludir su visita propuso á la niña ir á pasear al huerto, y así ambas salieron del cuarto y al entrar en el corredor que conduce al primer patio encontraron á Marta que venía en direccion á ellas.

—Señorita, dijo Marta, iba á ver si estaba Vd. en su cuarto y podía recibir la visita del señor Comandante; pero cuando Amelia iba á contestar apareció al fin del corredor la elevada é imponente figura de D. Cárlos que se dirijía hacia ella y esta aparicion ahogó la palabra en su boca.

Aquel avanzó y al acercarse le dijo :

—Amelia, hacen ya más de treinta horas que no tengo el placer de veros y me dirigía á vuestro cuarto para hablaros, pero regresaremos juntos si es . . .

Amelia sin dejarle terminar su frase le respondió:

—Iba con María á tomar un poco de aire al huerto.

—En ese caso, si no lo llevais á mal, me uniré á vosotras y haremos juntos el paseo, y sacando del ojal superior de su casaca un pequeño ramito de resedá y violetas se lo presentó, pidiéndole tuviera á bien colocarlo en su pecho,

Amelia lo hubiera arrojado bien lejos, pero no tuvo otro remedio que darle las gracias y conservarlo en la mano, pero en aquel momento vió que por el mismo punto por donde había entrado Cárlos, cruzó Eduardo que probablemente espiaba los pasos de su rival; pero éste no pudo notarlo puesto que daba la espalda hacia aquel lado, pero Amelia al ver cruzar á Eduardo se puso colorada como una grana.

El comandante atribuyó aquel delicioso rubor á la emocion que probablemente le causó su delicado ramito, símbolo de su amor, lo cual le agradó altamente.

Repuesta un poco Amelia de su turbacion, tomó de la mano á María y se dirigió al huerto, seguida por Cárlos, caminando un trecho regular sin cambiar palabra alguna.

—María, pasa adelante, dijo el comandante con su voz autoritaria, y la niña acostumbrada á la ciega obediencia que se tributaba á aquel hombre por todos, abandonó la mano de Amelia y siguió adelante.

El comandante se puso al costado de la señorita de Floriani y le dijo:

—Mi bella Amelia, tengo necesidad de hablar con vos tranquilamente y á solas, asi pues esta noche, es decir, despues de oraciones vendré á vuestra habitacion, si me lo permitís.

La hija del general Floriani tembló al oir tal proposicion, pero prevenida ya para el combate, le dijo:

—Señor comandante, podeis hablar lo que gusteis que os escuchó y estamos solos aquí.

—No, querida Amelia, no es esta la situacion en que yo quiero hablaros, deseo venir á vuestro cuarto, necesito abriros mi corazon, quiero conozcais cuanto os amo y por fin que sepais que estoy dispuesto á sa-

crificaros todo, todo absolutamente para satisfacer vuestros deseos.

Este lenguaje, de mi querida Amelia, de que aquella no era la situacion que buscaba, de su amor, y de querer ir á su cuarto á la noche, no pudo menos de alarmarla de una manera horrible, cruzando por su mente el recuerdo de Eduardo; pero ella no sabía que este último había tomado una posicion conveniente para observar aquel coloquio, y que ardiendo en celos acariciaba su espada para usar de ella en momento oportuno en proteccion de su amada; Amelia pues levantándose sobre sí misma é impulsada por el fuego de su orgullo y dignidad, le contestó :

—Señor comandante os suplico que me eviteis todo género de proposiciones, y que me dejéis completamente sola en la prision á que me habeis condenado, yo no puedo oiros hablar de amor por razones que debo silenciar en este momento.

—Bien, bien amiga mia, guardad y silenciad lo que gustéis, pero no me priveis del placer que tengo de hablar con vos y de espresaros mis ideas—vuestra situacion, querida Amelia, continuó Cárlos, es por demas difícil y sólo yo puedo cambiarla, pero si os negais á oirme, si reusais mis favores, si rechazais mis ofertas, no puede menos que seros todo ello desfavorable y cada día que pase alejará la posibilidad de cambiar vuestro presente—yo os prometo, más,

os juro, dijo el bandido estirando su mano derecha hasta ponerla horizontal con su hombro, que nada omitiré para vuestra felicidad y bien estar. Si, mi Amelia, cuanto una mujer pueda tener, poseer y desear, cuanto vuestro capricho y fantasía imagine, todo, todo tendreis á vuestra disposicion, pues yo no puedo ya ocultaros y vos debéis haber comprendido bien que os amo y os amo cuanto un mortal es capaz de amar: jamás Amelia sentí en mi corazon un amor más profundo, un sentimiento tan sublime, puro y vehemente como el que siento por vos.

Amelia interrumpió otra vez al que ella miraba como asesino de su padre y su raptor, pues comprendió que su silencio estaba autorizando á aquel bandido para lanzarse en alas de sus impuros y torpes deseos, puesto que como el lascivo Arabe, iba acariciando sus apetitos inmoderados y se acercaba amenazador como cuando el vendabal se aproxima imponente, aterrador y envuelto en densos nubarrones; pero si bien Amelia deseaba mostrarle su justa indignacion y desprecio, tenía no obstante que contemporizar con su acerba situacion y sobre todo, su conveniencia actual era ganar tiempo para que Eduardo pudiese salvarla; asi pues con fingida serenidad y con maña ó astucia, le dijo:

—Cárlos, vos sois demasiado injusto y cruel conmigo, puesto que hablais en un sentido al parecer



poco respetuoso para con una dama de mi clase, es decir, haceis más por vuestros propósitos, que no deseo ni quiero analizar, que por conquistar con rasgos de galantería y consideracion el aprecio y simpatías que vos mismo buskais.

El bandido era hombre vivo y astuto, pero poco diplomático para conocer las argucias del sexo bello; asi pues comprendió por lo que Amelia acababa de espresar que ésta tenía razon porque él había ido derecho á sus pretensiones sin cuidarse antes de conquistar su corazon ó al menos un poco de simpatías y aprecio, pero vió tambien que Amelia no se manifestaba resistente ni contraria á los deseos que le había dejado entrever, sino que reprochaba que le hablase en tal sentido sin tratar antes de ganar su aprecio por actos repetidos de atenciones afectuosas y de galantería.

—Sí, Amelia, repuso Cárlos un tanto moderado, creo que teneis razon, y yo sabré ganar vuestro afecto y simpatías, y para demostraros mi adoracion, voy á trasportaros á una casa donde estareis rodeada de todo género de comodidades siendo dueña y señora de vuestra voluntad.

Amelia tembló al oir tal proposicion pues comprendió que esto podía estorbar los trabajos de Eduardo para su evasion, pero guardó silencio con el fin de penetrar en los propósitos de aquel hombre.

—Hoy, continuó el bandido, somos miércoles, mañana estará todo á vuestra disposicion y partiremos á la oracion para que nadie se imponga de nuestra salida.

—Pero permitidme que os observe, señor Comandante, que yo no os he pedido mayores comodidades que las que aquí disfruto, y por lo tanto, rehuso vuestro ofrecimiento.

—No, Amelia, no podeis estar por más tiempo aquí, tan mal alojada y llena de privaciones y peligros.

—Al contrario, repuso Amelia, aquí tengo lo que puedo desear en mi encierro y sobre todo está á mi lado María á quien he cobrado un afecto tal que la amo como si fuera mi hermanita ; por lo tanto, no yendo entre los míos, es innecesario cambiar de morada.

El Comandante se hacía el desentendido á las indirectas de Amelia y aparentaba no saber ni presumir la causa por la cual no quería que la arrancaran de allí, cuando sabía perfectamente toda la historia anterior de Eduardo, pues lo había seguido y hecho observar en todos sus pasos. No ignoraba que Eduardo era hijo único de D. Luis Ferri, Conserge que fué del Castillo del Diablo cerca de Arona, que hacía poco había fallecido allí mismo, dejando una gran fortuna ; que amaba á Amelia

desde que estuvo en el castillo largo tiempo á consecuencia de la quebradura ó enfermedad de la pierna ; que Eduardo, aunque con su ayuda, direccion y cooperacion, fué el que había preparado y llevado á cabo la emboscada y asalto dado á la comitiva del general Floriani, acaso con el propósito deliberado de arrebatár á Amelia para sus miras particulares, y aun cuando el tenía hasta cierto punto más derecho que él á tomar para sí esa parte principal del botin, no podía dejársela así llanamente, ya por orgullo, ya por su posicion superior, y por último, porque la amaba apasionadamente y estaba resuelto á disputársela con la espada, con el engaño y de cualesquiera otro modo ; además presumía el Comandante, y no iba descaminado, que Eduardo se presentaba á los ojos de Amelia, no como miembro de la Compañía, sino bajo algun encubierto título, á fin de que esta no juzgase que era uno de los tantos bandidos que dieron muerte á su padre y consumaron su rapto, pero tenía en su mano los medios de desenmascararlo y perderlo en el concepto de Amelia, revelándole la verdad de las cosas, aun cuando iba espuesto á no ser creido y con ello no ganaba más en la opinion de aquella ; así, pues, le contestó :

—No, Amelia, no es posible permanezcais por más tiempo aquí, sin grave peligro para vos mis-

ma, y creedme, que al proceder así lo hago por vuestro propio bien. El Comandante se apuraba en sustraer á Amelia de la caverna y llevársela bajo cualquier pretesto, pues sospechaba que Eduardo podía muy bien, de un momento á otro, trasponerla por medio de algun ardid ó por la fuerza; de modo que no quería dejar que se la arrebataran, y así eligió uno de sus hombres de confianza y con él lo hacía espiar en todos sus movimientos para saber lo que hacía, con quiénes hablaba, si escribía á Amelia ó si la veía; en fin, aquel hombre había jurado disputársela en todos los terrenos, y si ella no cedía á sus indicaciones, la llevaría por la fuerza, emplearía algun narcótico ó se valdría de otro medio cualquiera para trasponerla al punto que había preparado, donde pensaba gozar á sus anchas y sin peligros, de su prisionera.

Amelia comprendió su posicion, interpretó las miras del Comandante y se dijo para sí: yo necesito echar mano de los trámites dilatorios, disimular mis sospechas y poner en juego mi diplomacia, así, pues, le contestó al enamorado bandido:

—Os pido, señor Procella, que me dejeis recaptar hasta el Sábado, sin falta, y en ese día recogeréis mi contestacion.

—Debo deciros, Amelia, que mañana mismo debemos dejar este asilo inseguro, porque de un mo-

mento á otro, pueden desenvolverse sucesos que comprometan á cuantos aquí se encuentren.

Amelia inclinó la cabeza maquinalmente, pues estaba pensando en otras cosas, y el Comandante tomó esa inclinacion por un signo afirmativo ó de aprobacion.

La conversacion duró todavía un buen rato, y despues se despidió Cárlos de la manera más rendida ; pero con la creencia firme de que Amelia no cedería á sus deseos y que tendría al fin que emplear la violencia ó la astucia.

Llamó Amelia á María para que la acompañase á su cuarto y al llegar á este, la despidió, pues deseaba quedarse sola para escribir á Eduardo lo ocurrido. Despues de un rato de meditacion tomó la pluma y empezó su carta ; pero como ésta tenía muchas enmendaturas y entrelíneas, pues su cabeza estaba poco menos que trastornada, la rompió y resolvió esperar á más tarde dando tiempo á que se serenase su espíritu y poder coordinar bien sus ideas á fin de redactar una carta que pudiera ser entendida por Eduardo.

Las horas pasaron y Amelia vagaba entre el llanto, la desesperacion y el recuerdo de su buena madre ; meditaba sobre su bárbara suerte y no podía conformarse con verse sumerjida en aquella situacion desesperante.

De repente entró María, con su cara descompuesta y le dijo :

—Señorita, yo quisiera decirle á Vd. una cosa muy grave, pero no me animo.

—¿ Grave ? dijo Amelia con alguna sorpresa. ...

—Sí, señorita, y demasiado grave.

—Pero á quién se refiere el peligro ¿ á mí, á tí ó otra persona.

—A Vd., señorita.

Al momento Amelia pensó en el Comandante y sin poderlo remediar, le dijo :

—Debe ser cosa del Comandante.

—Calle Vd., hable despacio, no sea que por casualidad alguien nos escuche, desde que aquí se observa y espía á todo el mundo.

—Bien, habla pronto, María, que estoy en ascuas, y no tengas miedo de confiarte á mí, pues sabes quien soy y conoces mi corazón.

—Sí, señorita, y sobre todo que yo la amo y sería capaz de comprometerme por salvarla.

—¿ Salvarme ?

—Precisamente, salvarla.

—Pues qué, ¿ acaso ese infame quiere atentar contra mi vida, despues de haber asesinado á mi padre ?

—Eso no lo sé de cierto, dijo la niña, pero Vd. juzgará mejor que yo de la importancia del asunto.

—Bien, María, habla pronto sin rodeos y dí la pura verdad.

—Yo me encontraba despues que dejé á Vd., en la ante-Botica, es decir, en el cuartito que está á espalda del que ocupa mi padre con lo que aquí se llama Botica, repasando calladita la leccion que Vd. me dió ayer de Catecismo, sin que mi padre supiera que yo estaba allí.

La puertita de madera estaba entre abierta muy poca cosa, pues más bien parecía que la habían cerrado, y sin pretenderlo, oí que entró el Comandante y empezó á hablar con mi padre muy bajito, lo cual llamó mi atencion, puesto que él siempre habla recio y en tono imperante; así, pues, puse mi oído atento y escuché el siguiente diálogo:

—¿Has preparado el consabido narcótico?

—Sí, señor, Comandante, está casi listo, pero es preciso dejarlo aun para que las sales narcotinas que se sacan del opio se combinen bien, de modo que hasta mañana no estará en condiciones de ser usado; pero yo vuelvo, señor Comandante, á pedirle que desista de darle á Da. Amelia ese brevaje, que aun cuando no puede producirle daño grave, sin embargo, alguna vez suele acarrear enfermedades difíciles de curar, y sería doloroso que la señorita fuese á sufrir algo por el estilo.

—¿Pero no me has dicho tú que no era peligroso y que podía administrarse sin temor?

—En efecto, pero yo no sabía que se trataba de la señorita de Floriani.

—¿Y qué te importa á tí que sea Amelia ú otra persona?

—¡Oh! lo que es importarme, nada, pero como yo debo tanto á esa niña por lo que ha hecho y hace con mi hija, me cuesta gran pena ser yo el que prepare el narcótico que la hará dormir para poder sustraerla de la caverna.

—Deja á un lado los escrúpulos que me están fastidiando demasiado.

—Señor Comandante, yo hago simplemente observaciones, pero de ninguna manera oposicion. Mañana despues del medio dia estará listo y á su disposicion.

—Bien pues, á esa hora estaré aquí á recoger el rasquito que lo contenga; por lo demas, tu María no sufrirá nada, por que luego que Amelia esté establecida y bajo mi poder absoluto, ya trataremos de que vuelva á su lado.

—Se hará como guste el Sr. Comandante.

Ya se iba este último, pero se volvió de la puerta é interrogó á mi padre:

—Dime ¿dijiste que el tal narcótico podía mezclarse en el vino y en la leche?

—Sí, señor.

—Y en qué cantidad, para que se produzca el efecto deseado?



—No se preocupe de eso el señor Comandante, pues en el pequeño frasquito sólo irá la dosis necesaria.

—Ahora dime ¿á qué tiempo más ó menos se obtiene el efecto ?

—¡ Oh! á los pocos minutos de apurarlo, segun las diversas naturalezas de cada persona—inmediatamente que la accion del brevaje se manifiesta, cae la paciente en un sopor ó sueño profundo, sin que baste la voluntad de la persona á impedir la eficacia de la pocion, y queda como muerta, tal que puede hacerse con ella lo que se quiera.

—¿ Lo que se quiera ? interrogó el Comandante ?

—Sí, lo que se quiera absolutamente.

—¡ Oh! Dios mio! ¡ qué horror, qué horror! exclamó Amelia, desesperada y derramando un mar de lágrimas.

—Al fin, continuó María, se despidió el Comandante, y yo de miedo que me fuese á ver mi padre y creyese que yo había oído su conversacion, salí en puntas de pié y no volví á la ante-Botica.— He estado luchando con mi conciencia y con mi deber, pues yo salí de allí en direccion á este cuarto, con la idea de comunicar á Vd. todo; pero, despues me dije, ¿ cómo voy á revelar esto, comprometiendo á mi padre ? y entónces me volví; pero luego, pensé que yo no podía dejar á Vd. que tanto quiero

y debo, espuesta á correr tales peligros, porque eso sería, á sabiendas, hacerme cómplice de esas combinaciones, que ocasionarán su infortunio y acaso su muerte, así, pues, resolví correr á su encuentro y comunicarle á Vd. cuanto acabo de esponerle.

Amelia abrazó á María con extremo y le dijo:

—Si hija de mi vida, gracias, y mil veces gracias, has cumplido con tu deber sin comprometer á tu padre, puesto que él ha hecho cuanto le era posible por salvarme, y al fin ha cedido á la voluntad despótica del Comandante. Ahora bien; vamos á cuentas—el narcótico debe mezclarse mañana en el vino ó en la leche, de modo que estando, como estoy, prevenida por tí, no tomaré ni una ni otra cosa, y en caso preciso me finjiré enferma, para no tomar sinó aquello que tú misma me proporcionarás, sin que intervenga otra mano alguna.

—Perfectamente, dijo María, ya cuidaré de ver lo que va Vd. á comer y beber, pero ahora conviene que me retire, para que no llame la atención mi venida acá.

—Bien, María, abrázame, corazón de oro, y vete; pero hazme el servicio de llamarme á Marta, cuidando que no te vea el Comandante, pues en tal caso, seguirás tu camino como si no llevaras tal encargo, y cuando se aleje, recién entonces dirás á Marta que venga un momento que la preciso: ¿has

comprendido bien, mi buena María, lo que tienes qué hacer ?

—Sí, señorita, quedo enterada y descuide Vd. que haré cuanto me indica.

La chica salio, y en el acto Amelia tomó un papel y escribió rápidamente á Eduardo, diciéndole, que el Comandante trataba de arrancarla de aquel sitio, y llevarla, quién sabe dónde; para lo cual había hecho preparar pérfidamente un narcótico con el Boticario, para mezclárselo en la leche ó en el vino, á fin de que cayendo en un sopor profundo haga libremente cuanto sus brutales y torpes deseos le pidan, lo cual había llegado á saber de una manera providencial por la niña María, y le narraba sucintamente lo ocurrido, pidiéndole que viniera á salvarla, que no la abandonase, pues en él sólo podía confiar, agregando algunos detalles sobre la entrevista que tuvo con aquel.

No bien había cerrado su carta, cuando Marta penetró en su cuarto, y al verla le dijo en voz baja :

—Va Vd. á hacerme el servicio de entregar esta carta al Capitan, pero á él sólo, sin que persona alguna se aperciba de ello.

—No hay dificultad, señorita, pues allá en mis buenos tiempos, cuando me sonreian los amores, este negocio de las cartitas, me era muy familiar,

y por otra parte el señor Capitan está en el Boqueron con otros dos hombres, y dentro de breves instantes estará en sus manos.

Amelia, sin ocuparse de los recuerdos de los buenos tiempos de aquella muger, le dijo :

—Gracias, Da. Marta, pero esconda bien ese papel.

Marta, abrió su pañuelo de cuadros é introdujo la carta en su pechera.

Amelia, al presente había llegado á tener repugnancia, horror y miedo al Comandante, y sólo pensaba en el ansiado momento de salir de su prision, pues antes de ceder á las visibles y conocidas pretensiones de aquel hombre, estaba resuelta á poner fin á su vida. En aquella situacion, sólo Eduardo podía salvarla y en él únicamente tenía fundadas esperanzas ; habiendo formado la resolucion de entregar á su libertador, corazon, mano y porvenir, á despecho de toda consideracion ; pues, creía que obrar de otra manera sería una deslealtad imperdonable y hasta una injusticia punible.

Antes que el lector se entere de los sucesos que se van á desarrollar aquí, es preciso que tome conocimiento de lo que pasaba en Milan dias anteriores, pues, los hechos que allí tenían lugar, vendrán á entrelazarse con estos y quizá al mismo tiempo ; así pues, marchemos á Milan.

---

## CAPITULO XIX

---

### Las nuevas pesquisas de Alberto

---

El armonioso bronce de la soberbia torre del Duomo de Milan, acababa de hacer oír el toque de la oracion, empezando á iluminarse la ciudad ; en aquella hora un hombre de mediana estatura, pero de formas enérgicas ó atléticas, con un traje modesto que revelaba ser una persona del bajo pueblo, llegaba á la puerta de la conserjería del palacio de Floriani y llamaba tenuemente con la campanilla, como si no quisiese causar mucho ruido.

En el acto abrió el portero, y al ver á aquel hombre desconocido á esa hora y con un aspecto poco satisfactorio, le dijo :

—¿ Qué se le ofrece á Vd. ?

—Está en casa el señor Conde de Floriani ?

—Sí, respondió secamente el portero.

—¿ Podría verlo un momento ?

—¿ Usted ?

—Sí, yo.

El portero se quedó un rato callado y perplejo, como si se dijera para sí ¿este hombre, con esa traza, pretende ver al señor Conde? Pero al fin, abrió la boca y le dijo:

—Debo observar á Vd. que el señor Conde no recibe á esta hora sino á las personas de su amistad; y al mismo tiempo le echaba una mirada escudriñadora de arriba abajo.

—¡ Ah! exclamó el hombre que solicitaba la entrevista, pues lo que es amistad yo no tengo con su señoría, ni esto, é hizo sonar la uña del dedo pulgar de la mano derecha sobre sus blancos dientes, puesto que ni lo conozco.

—¿ Y entónces? agregó el portero.

—¡ Entonces! es que tenía que hablar con él un asunto, que supongo sea para el señor Conde de la mayor importancia.

—¿ Es posible? dijo Bautista con alguna estrañeza.

—Y mucho que sí.

—Pero ¿es asunto de negocio del que viene Vd. á hablar al señor Conde?

—Puede que sí y puede que no.

—Sabe Vd., amigo, que no entiendo nada, y disculpe que entre en estas esplicaciones, por que como yo soy un hombre tan precabido y prudente, tengo por costumbre esclarecer las cosas.

—Bien, hombre, si no se puede hablar con el señor Conde, no seré yo el que pierda, puesto que no voy nada en la parada.

—¿Parada dice Vd.?

—Sí, en el asunto de que me ocupo y que sólo puede interesar al conde; pero si no se puede ver á su señoría, punto en boca y me retiro.

—En ese caso pasaré aviso á su señoría y él resolverá: tome Vd. asiento aquí, en este banco, señalándole el que estaba á su lado.

No bien había caminado el portero unos ocho pasos, cuando de súbito se volvió y le dijo:

—Tenga Vd. á bien decirme á quien debo anunciar.

—A mí, repuso el esperante.

—Sí, pero á qué persona.

—A un hombre que tiene algo que hablarle.

—Está bueno, pero es costumbre que cada uno dé su nombre.

—Tanto conoce el conde mi nombre como mi persona, pero allá vá lo que Vd. pide—me llamo Julio Taconi, el Lancharo.

El portero meneó la cabeza imperceptiblemente de derecha á izquierda y se quedó parado como dudando si iría ó no á avisar al Conde, tratándose de un Taconi, Lancharo, pero al fin se decidió y se fué á cumplir su comision.

Alberto estaba escribiendo en su escritorio, á la izquierda tenía algunas cartas, al frente una lámpara con pantalla verde, y parecía algo preocupado de su trabajo; el portero tocó la puerta suavemente y dijo:

—Se puede entrar, señor conde.

—Entra.

Con esta autorizacion, abrió la puerta y penetró, cerrando aquella como estaba.

—¿Qué quieres? dijo Alberto levantando la vista, pero sin abandonar su postura.

—Señor conde, ahí está un hombre que dice quiere hablar con su señoría.

—¿Qué clase de individuo es?

—Señor, es un hombre de una traza así, así, como la mía no más, pero retacón y fuerte.

—¿Qué nombre ha dado?

—Dice ser Julio Taconi el Lanhero.

—¡Julio Taconi! repitió Alberto, haciendo una mueca con la boca, y continuó; diablos! no conozco, ni en mi vida he oído tal nombre, ni recuerdo haber tenido que ver con un Lanhero.

—No, señor conde, su señoría no debe conocerlo, puesto que él mismo dijo cuando le pedí su nombre—se lo daré á Vd. aun cuando el señor conde no conoce ni mi persona ni mi nombre, puesto que yo tampoco conozco á su señoría.



—¡Hola! y no obstante quiere hablar conmigo!

—Sí, señor, y agregó que era sobre un asunto de interés para el señor conde.

A esta enunciación, cruzó por la mente de Alberto la idea de su hermana Amelia y sin vacilar un instante, repuso:

—Dile que entre.

El portero hizo una especie de genuflexión y salió.

Un rato después, Bautista, introdujo en el escritorio de Alberto, al tal Lanhero.

Este era, según hemos dicho, un individuo bajo, ancho de hombros, cara mofletuda y colorada, pero al mismo tiempo franca y noble, sus manos gruesas, callosas y anchas, éco bronco y poderoso, que demostraba la gran extensión de sus pulmones; en fin, tenía realmente todo el aspecto del hombre de mar. Alberto envolvió al Lanhero en una rápida mirada, de pies á cabeza y fijó sus penetrantes ojos, que tenían mucho de aquella perspicacia analizadora de su padre el general Floriani, como si quisiera leer en el corazón de aquel hombre y penetrar en su espíritu para conocer sus pensamientos ó sus propósitos. Aquel hombre del pueblo bajo, no estaba acostumbrado á presentarse ante un noble; por el contrario, era la primer vez que tenía esta ocasión, así es que no sostuvo la mirada de Alberto y bajó

sus ojos como si fuese un sér pusilánime, tímido y flojo, él, que en todo momento y en cada uno de sus días desafiaba el poder aterrador del már; él, que tenía el hábito de luchar sereno con las tempestades; él, que más valiente y denodado que un intrépido general, embestía la espumosa y gigantesca ola, que despiadada venía á tragarlo junto con su débil barquilla; él, que con su voz de trueno imponía al vendaval, jugando resuelto su vida, se presentaba delante de aquel jóven con cierta timidez, cual si fuese un cobarde.

—Tome Vd. asiento, dijo al fin Alberto, señalándole una silla que estaba al lado de su escritorio.

—Gracias, señor conde, estoy bien de pié, dijo el Lancharo.

—No, no, de ningun modo, sírvase ocupar esa silla con la misma franqueza que si estuviera en su casa.

Esto, dijo Alberto, conociendo el embarazo del Lancharo.

—¡ Hombre! se dijo para sí Taconi, que bueno parece ser este noble y que amable se muestra conmigo; si yo siempre he dicho, no debe ser el leon tan fiero como lo pintan. Ya que el señor conde lo permite, me siento, y agarró la silla, que aun cuando era pesada, él la tomó como un juguete y se instaló en ella.

El conde restregándose las manos, le dijo:

—Entiendo que Vd. deseaba hablarme particularmente.

—Si, señor, esa es la verdad.

—¿En qué puedo ser á Vd. útil?

—Lo que es á mí señor conde, en nada, y le doy las gracias por su oferta.

—Entonces, de qué se trata?

—El señor conde, va á dispensarme, pues yo no soy sino un pobre lanchero y nada más, poca educacion pero bastante honradez, no tengo costumbre de tratar con los señores, sino con mis iguales, así pues, tendrá á bien disimular mi modo de ser y mis torpezas.

—Bien Don . . . ¿como se llamaba Vd.?

—Julio Taconi, Lanchero, para servir á Dios y á Vd., señor conde.

—¡Ah! continúe Vd. D. Julio, y manifiésteme el objeto de su visita, con la misma franqueza que si tratase con un camarada suyo.

—Allá voy, señor — Vd. tenía una hermanita ¿no?

Alberto se inmutó un tanto con tal cuestion ó pregunta, aun cuando casi estaba preparado para ella, y contestó:

—En efecto, tengo una sola hermana llamada Amelia de Floriani.

—Y entiendo, continuó el lanchero, que no está en palacio.

—No, dijo secamente el conde.

—¿Y sabe su señoría, dónde se encuentra al presente?

—Debo espresar á Vd., señor *Lanchero*, que no acuerdo á nadie el derecho de inmiscuirse en asuntos de mi familia, y como no sé con qué título ó propósito me dirige Vd. tales preguntas, me abstengo de contestarlas.

El lanchero creyó que una ráfaga de viento le había destrozado el trapo, rompiéndole el mástil y que iba á zozobrar hundiéndose con su lancha, pues aquella severa contestacion lo dejó sin saber que responder; pero Taconi se dijo:

¡Qué diablos! miéntras tenga el timon en la mano no me rindo; y así se arrellanó en su silla, tomó aliento, y repuso:

—Ya tuve el honor de decir al señor conde que soy un hombre torpe y poco entendido en asuntos serios, pero si yo he venido á palacio es por que podía dar al señor conde algunos datos acerca de la señorita, datos que no me pertenecen sino que vienen de otra persona, y yo supuse que esto podía ó debía interesar á su señoría, mas si he cometido una impertinencia disculpe el señor conde, pues recojo el ancla, suelto el trapo, y me hago á la

vela con viento en popa, lo cual dijo levantándose como para irse.

—Alto, señor Taconi, no levante todavía el án-  
cora, tome asiento y espliquémonos, dijo Alberto,  
abriendo tamaños ojos al oír las palabras de aquel :  
Vd. ha interpretado mal lo que he dicho, pues,  
como ignoraba con qué objeto venía Vd. á tomar  
informes sobre mi hermana, creí no deber autori-  
zarle para imponerse de los asuntos de mi familia ;  
pero ahora que Vd. se esplica y veo que viene  
á traerme noticias ó datos sobre su paradero, le  
pido se sirva comunicarme lo que haya al res-  
pecto.

El Lancharo se tranquilizó, volvió á recuperar su  
confianza y repuso :

—Si eso es así, aferro la trinquetilla y fondeo,  
esto dijo, tomó de nuevo asiento, y empezó su  
relato.

—Señor conde, todos conocemos el desgraciado  
suceso, donde fué atacado su señor padre, familia  
y comitiva por una partida de bandoleros, en cuyo  
lance murió el señor general y fué robada la seño-  
rita, sin que hasta ahora (segun se dice) se haya  
sabido de su paradero.

—Esa es la verdad, D. Julio.

Se ha dicho tambien, que su señoría había abier-  
to una campaña para perseguir á los bandidos y

hacer con ellos un ejemplar castigo recuperando á la señorita.

—Tambien es cierto.

—Y el señor conde ha conseguido algo al respecto ?

—No, hasta el presente, pues cuando seguía la pista á esos bandidos, tuve forzosamente que abandonar mi plan, para venir al llamado de mi madre que se puso grave y ha estado, puede decirse, al borde del sepulcro.

—Pero ahora está bien la señora condesa ? interrumpió Taconi.

—Se encuentra algo mejor, aun cuando no fuera de peligro ; pero vamos al asunto que nos ocupa, y esplíqueme claramente y sin rodeos el objeto que lo trae á palacio ó suminístreme los datos que tenga.

—Si, señor conde : hace algunos meses que estando yo trabajando en el golfo de Salerno, cerca de Nápoles, en mi oficio de lanchero, la casualidad me hizo tropezar con una muger que antes había tratado y tenido mis relaciones con ella ; despues tuve necesidad de venirme á Milan á consecuencia del fallecimiento de mi madre, pues teníamos que repartirnos algunos cortos bienes de fortuna quedados á la muerte de mi padre, situados entre Novara y Arona, y no volví á saber más de ella, porque

acercó á ella y le recordó que aquel vals se lo había concedido. Así pues la conversacion se truncó, y disculpándose con Cárlos, tomó el brazo de su nuevo compañero y se alejó.

Viscontí, salió del salon desagradado por lo que había ocurrido y se dirigió á la galería que daba á la fuente de Neptuno para tomar un poco de fresco y respirar las auras nocturnas y perfumadas de los jardines.

El jóven Lauriani, secretario del ministerio del interior, se hallaba fatigado con el excesivo calor del salon y salió de él con Desteffani á refrescarse. Tomaron asiento en uno de los bancos que había al rededor de la fuente para fumar un cigarro, y empezaron á charlar sobre esta y aquella muchacha, de la hermosura de una, de la gracia de la otra, del talento de esta y de la coquetería de aquella. Uno y otro se hacían esas confianzas tan naturales en la juventud sobre sus amores, conquistas y triunfos.

La conversacion fué rodando de un punto á otro y vino á recaer sobre el « Castillo del Diablo. »

—Lo que es ahora, mi querido Lauriani, no podrán designarlo con el nombre del Diablo y más bien le dirán del Placer ó del Cielo.

—No creais, repuso el secretario, el vulgo jamás abandona los nombres tradicionales, y mucho me-

cha con un inmenso raton, que se defendía con heroísmo, y que el ruido había sido producido por una jarra con leche que había caído junto con una pequeña mesita, estando el cuarto anegado en leche, así pues . . . .

—Suplico á Vd. señor Taconi que se ocupe del asunto, dejando esas referencias á un lado, pues no las creo pertinentes.

—Muy bien, señor conde así lo haré—volví á mi cuarto y uno de mis amigos me dijo, ¿qué andan duendes en tu casa ó se ha vuelto esta mansion el «Castillo del Diablo?».

—Nada de eso, respondí, y le conté lo que había ocurrido; pero con motivo de haberse hablado del «Castillo del Diablo» entramos en una larga conversacion sobre los sucesos que han enlutado la familia del señor conde; y Agustina, la muger aquella, la que conocí en Nápoles y con la que había reanudado mis relaciones . . . .

—Sí, sí, adelante, dijo el conde con impaciencia, deje Vd. los ruidos y las relaciones con Agustina á un lado, y ocupémonos del asunto.

—Allá voy, señor conde: Aquella muger dijo, que á la noble señorita de Floriani la habían llevado á la Calabria, pues un compadre de ella le había referido que pasaron por Capua, Benevento y otros pueblos para llegar al punto donde la conducían.



Cuando yo oí lo que Agustina relataba me quedé callado, sin entrar en la conversacion; y antes bien traté de desviar el asunto ocupándome de otra cosa, y así siguió nuestra comida que terminó muy felizmente entre el vino, el cigarro y la alegría.

Luego que mis amigos se fueron empecé á interrogar á la consabida muger, á la Agustina, sobre el asunto y me hizo varias referencias. Entonces le dije: Mira, Agustinita nosotros debíamos ir al Palacio de los señores de Floriani y darle al señor conde esos datos que probablemente le serán útiles, á lo cual asintió; así pues, ella conoce, como es natural al compadre, que por otra parte parece saber muchas cosas sobre ese desgraciado suceso y si el señor conde gusta, yo se la puedo traer para que la interrogue, pues yo soy un ganzo, é incapaz para estos asuntos; pero lo que es ella, la Agustina, es lista como una ballenera de pescadores, en todo terreno y en todas aguas, señor conde.

—Bien D. Julio, acepto la propuesta, traiga Vd. á la muger que conoció en Nápoles, á la Agustina, á esa con quien ha vuelto Vd. á reanudar sus gratas relaciones,—dijo Alberto con cierta malicia.

—¿Y cuándo gusta el señor conde que la traiga?

—¡Oh! señor Taconi, lo más pronto posible, luego, mañana, pues Vd. debe comprender que es un asunto de vital importancia para mi familia.

—En ese caso, me retiro señor conde para cumplir sus órdenes; pues teniendo que hacer algunas diligencias aquí en la ciudad, no podré salir para mi casa, que como he dicho, queda entre Novara y Arona, sino mañana temprano; y se dispuso á marchar.

—Espere Vd. D. Julio un momento, agregó Alberto y abrió su escritorio, de donde tomó dinero y dirigiéndose al lanchero le dijo :

—Tome Vd., amigo, ese dinero para los gastos de viage.

—No, señor conde, no necesito ese dinero, deseo prestar un servicio, pero no vengo buscando recompensas.

—Don Julio, dijo el conde, esta no es una recompensa, sino que tiene por objeto atender á los gastos que se originen en nuestro servicio, pues yo no puedo consentir en que Vd. use su dinero en un asunto que solo atañe á mi familia; por otra parte no podría servir de recompensa tal friolera.

—Repito, señor conde que yo no tomo dinero, y espero me dejará el placer de hacer un pequeño servicio sin que intervenga la paga.

—Bien amigo, tiene Vd. un corazon noble; así pues yo me arreglaré con la señora Agustina, vaya pronto y ocúpese del asunto.

El lanchero se despidió con respeto y salió del escritorio.

Alberto se quedó meditando sobre la conferencia que acababa de tener y empezó á saborear futuras esperanzas, é inmediatamente se fué á las habitaciones de su madre con la idea de comunicarle lo ocurrido, caso que la encontrase serena y tranquila, pues los médicos habían prescripto que se le evitasen en lo posible las impresiones fuertes, ya fuesen desagradables ó halagüeñas; pero le pareció que estaba tan bien que se animó á referirle todo lo que había hablado con el lancharo, y la entrevista que iba á tener con la tal Agustina.

\*  
\* \*

Dos días habían transcurrido sin resultado alguno, pues ni el hombre ni la muger se habían presentado, y empezaban á desvanecerse sus esperanzas; pero Alberto se hizo esta sencilla reflexión: Este hombre no puede ser un esplotador puesto que no quiso aceptar dinero, y sobre todo aquella cara representa la lealtad y la honradez; quizá algo le ha sucedido, que le ha impedido venir; esperaremos.

La noche del segundo día empezaba á estender su oscuro manto y las rutilantes estrellas iban dibujándose en la azulada bóveda; Alberto acababa de comer y despues de tomar su café entraba á su bufete para ocuparse de algunos asuntos de administra-

cion, cuando golpeó el portero y anunció al lan-  
chero que venía con una muger.

—Hazlos entrar, contestó el conde, y el sirviente  
salió rápidamente para dar cumplimiento á la órden;  
y dos segundos despues entraban al escritorio, el Ju-  
lio Taconi con la consabida muger.

—Adelante dijo Alberto al verlos, tomen Vdes.  
asiento, y cerró la puerta volviendo á tomar su  
silla.

El lector conoce ya al Lancharo, y en cuanto á  
la fémima, era esta una persona como de treinta y  
ocho años, más ó menos, de aspecto agradable, con  
un bozo sobre sus labios muy pronunciado, regular-  
mente vestida, las formas de aquella muger eran casi  
correctas sin carecer de elegancia, todo lo cual, hasta  
cierto punto, justificaba al Lancharo que con tan  
buena voluntad hubiese anudado y reanudado con  
ella sus antiguas y dulces relaciones: su pelo era ne-  
gro, su mirar apacible y sus rasgos en general fran-  
cos y simpáticos.

—Señor Conde, dijo Julio el Lancharo, esta es la  
persona de que hablé á su señoría, que viene á  
ponerse á sus ordenes.

Despues de un saludo cortés, el Conde dirijiéndose  
á ella, le dijo:

—Creo que se llama Vd. Doña Agustina, ¿no es  
verdad?

—En efecto, Agustina Parodi, señor Conde, ese es mi nombre para servir á Vd.

—Don Julio me ha dicho que Vd. podía darme algunos datos relativos á mi pobre y desgraciada hermana Amelia; asi pues espero se sirva vd. manifestarme cuanto sepa y conozca á este respecto sin omitir circunstancia alguna por insignificante que sea.

—Con mucho gusto señor conde; sólo debo advertir que mis datos no son propios tampoco sino que vienen de otra persona.

—No importa, Vd. me referirá cuanto sepa, que yo sabré recoger lo útil.

—Está bien, señor Conde, pero tendrá la bondad de disculpar la incorreccion de mi esposicion, pues nosotras las mugeres somos, por lo general, incapaces para estos negocios.

—Puede Vd. hablar como si se tratase de un asunto á ventilarse entre personas de su íntima amistad y confianza.

El Conde se espresaba así para demostrarle mayor franqueza á aquella mujer que la veía algo embarazada, pues su voz estaba temblorosa, como acontece cuando una persona de condicion humilde se presenta ante un magistrado ó un personage emcumbrado.

Doña Agustina sacó del bolsillo un pañuelo aun no usado, blanco como la nieve, para secarse el bozo

que es lo que generalmente se le humedece más á la muger, y empezó su relacion. Yo he pasado, Señor Conde, largos años en Napoles, aun cuando soy natural de Chiavari en Genova, y por razones de conveniencia de un hombre de mi amistad fuí á la Calabria donde viví mucho tiempo.....

—Ah, si, relaciones con el señor Taconi, agregó aquel.

—No, señor Conde, con otra persona.

—Bien, dijo Alberto, celebrando interiormente el candor ó sencillez de aquella golosa muger, que hacía tal confesion en presencia de su actual amante, quien ni siquiera hizo el más leve movimiento, como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

Agustina continuó:

—Nuestra pequeña casa estaba situada en la falda de una montaña, y se hallaba rodeada de un panorama hermosísimo por la exuberancia de la vejetacion, por sus variados árboles y especialmente por algunos arroyuelos que tortuosamente cruzaban aquí y allí. El hombre de que acabo de hablar al Señor Conde, llamado Genaro, que era tambien mi compadre, se ausentaba con frecuencia y solía tardar bastantes dias en volver, manteniendo relacion y amistad estrecha con otro hombre de la Calabria, de mala traza y aspecto sospechoso; además, de cuando en cuando se había presentado ó venía con dicho sujeto, una

muger no mal parecida y más jóven que yo. No sé si en mí se despertó la pasion de la curiosidad muge- ril ú otra, el resultado fué que me propuse averiguar y saber qué relaciones tenía Genaro con aquella mu- ger y con dicho hombre. En efecto, un dia despues del toque de oracion y estando yo en cama un poco resfriada sentí el galope de un caballo que parecía dirigirse á nuestra casa, no hice gran caso de esto, pero viendo que el caballo paró á nuestra puerta, puse oido atento á fin de saber quien era el recién llegado y un minuto despues reconocí la voz del amigo de Genaro que entraba al cuarto contiguo á mi dormi- torio: movida sin duda por la curiosidad me dejé caer de la cama, no obstante mi indisposicion, pues estaba decidida á salir de dudas y saber á qué ate- nerme; asi pues, me asomé por el ojo de la cerradura y en efecto era el mismo individuo de mala traza, desgrefiado, sucio y con una cara de malvado; puse el oido para imponerme de lo que esos hombres iban á tratar.

Aun cuando todo esto nada tenía que ver con el asunto, sin embargo Alberto no la interrumpió pues le agradaba la manera correcta, franca y clara de la esposicion, tanto que se dijo para si Alberto.

Parece esta una muger educada, tal es la gra- cia y language culto que usa.

Doña Agustina continuó su asunto en esta forma

—¿Cuando han regresado? preguntó Genaro.

—Recien el sábado, querido amigo.

—Cuéntame si han sido felices en la expedición de Milan.

—¡Oh! muy felices; pero te prevengo, que no puedo ni debemos tratar de estos tan delicados asuntos aquí, y es mejor que vamos al tajamar.

—No me parece necesario, repuso mi compadre Genaro, pues todos están en la cocina y en cuanto á Agustina la tengo algo enferma en cama, y ahora debe estar durmiendo; pero aguarda, voy á ver si duerme ó no.

Antes que Genaro llegase á mi cuarto, yo estaba ya en mi cama durmiendo tranquilamente dada vuelta para la pared; Genaro entró despacito, se acercó á mi cama, aproximó su cara á la mia, permaneció así un momento y juzgó que yo dormía profundamente, luego se retiró cerrando cuidadosamente la puerta; todo esto no hizo más que aumentar mi mugeril curiosidad y resolví no abandonar mi propósito.

Genaro volvió donde estaba su compañero y le dijo:

—Agustina duerme tranquilamente, así pues podemos hablar con entera confianza.

—Bueno, contestó el amigo, pero como dicen que las paredes tienen oídos hablaremos lo más bajo po-



sible. La expedición confiada al capitán bajo la dirección del comandante se llevó á cabo perfectamente, aun cuando algunos de nuestros camaradas murieron en el combate como el pobre Antolin, el sarjento y otros varios, pues el general Floriani y los suyos pelearon de una manera terrible al extremo de que casi fracasó todo, pero ya sabeis que el ojo del comandante es el más certero de nuestros tiradores, así pues todo su afán se concretó á poner los puntos al general á quien le metió una bala en el costado izquierdo que lo derribó causándole la muerte, y esto decidió el combate.

Alberto lanzó un profundo suspiro y llevó su pañuelo á los ojos que se arrasaron en lágrimas de dolor.

Aquella muger continuó su relato.

—¿De modo que murió el general? dijo sorprendido Genaro.

—Ya lo creo y otros más de su comitiva, pues ya te figurarás que no les tirabamos con confites.

—Claro, replicó Genaro, pero es dolorosa la muerte del bravo general, y te aseguro que esto me causa pena.

—Bien pues, continuó el otro, habiendo muerto el general ya se desorganizaron desde que no tenían jefe ó cabeza que los mandase, entonces nuestras gentes se apoderaron de las armas de los muertos,

de todas las alhajas, dinero y efectos que llevaba la gran comitiva . . .

—De modo que ha sido un botin completo y magnífico, dijo mi compadre.

—Sí, pero no sabes todavía lo mejor.

—¿Lo mejor decís?, veamos.

—Y aquel hombre continuó su relacion—En medio de la confusion y desórden que allí reinó, bajo los gritos, ayes, y quejidos nos apoderamos de la preciosa hija del general que había quedado desmayada en el carruage, poniendo en salvo esa joya, pues temíamos que de un momento á otro acudieran los vigilantes de las montañas ó las gentes de las poblaciones vecinas atraidas por los disparos de las armas de fuego, como en efecto sucedió; pero cuando estos llegaron, ya nuestros activos hombres habían marchado á vanguardia y por desconocidos caminos, para que no pudiesen ser alcanzados, en tanto que una buena parte de nosotros nos quedamos para escopetear y hacer escaramuzas á los gendarmes y gentes que llegaron, á fin de entretenerlos y ganar tiempo, y cuando lo creímos oportuno nos pusimos con nuestros magníficos caballos en precipitada fuga por camino opuesto al que habían tomado los que conducían el botin, para que la persecucion la siguieran sobre nuestro rastro.

Genaro se había quedado pensativo, pues en me-

dio de todo era un buen hombre que más tenía tendencia al bien que al mal, y levantando la cabeza, interrogó al otro:

—¿De modo que se han apoderado realmente de la hija del general?

—Sí, hombre, de la hija del general, que es más linda que el sol.

—¿Y con qué objeto han tomado á esa niña?

—Yo no lo sé á punto fijo, pero supongo que será con la idea de negociar el rescate, y sobre todo, Genaro, ya te he dicho que es un bocado de chuparse tres veces los dedos.

—Calla, goloso, que hubiera bastado tomar sus joyas, dineros y cuanto llevaban sin necesidad de apoderarse de una jóven distinguida y de ilustre familia.

—Siempre con tus ideas; veo que es preciso decir al Comandante que solicite para tí el hábito de Cartujo á fin de que en vez de amarrar á la cintura la tizona del noble Cid, te cuelgues el largo rosario de cuentas negras para que salgas á vender indulgencias de la Corte Romana.

—Déjate de bufonadas, dijo Genaro con ceño adusto, demasiado se había hecho con apoderarse de tanta cosa valiosa, y sobre todo habiendo muerto al valiente general Floriani, una de las glorias de Italia, á cuyas órdenes he servido, para tambien apoderarse de su hija.

—¡Oh! dijo Alberto, ¿con qué ese hombre habia servido bajo las órdenes de mi padre?

—Así lo dijo él, señor conde.

—¿Y está Vd. cierta de ello?

—Sí, señor conde, como si ahora mismo salieran esas palabras de la boca de Genaro; pues ya he tenido el honor de decirle que era un hombre de buen corazon, leal y servidor—Doña Agustina no prodigó más elogios á su antiguo compinche ó amante, disfrazado con el uniforme de compadre, porque estando presente el lanchero, actual propietario y poseedor de aquella lancha humana de dos piernas en vez de dos remos, podía despertar en él algunos celos, y era preciso alejar de aquella situacion todo motivo de desagrado con Julio, á cuyo lado lo pasaba al presente perfectamente.

—Ahora si que renacen mis esperanzas, dijo el conde, pues ese hombre puede serme muy útil, y luego agregó: Continúe Vd. doña Agustina su interesante esposicion, sin omitir la más insignificante circunstancia ó detalle, pues muchas veces resulta de una trivialidad un brillante esclarecimiento.

—Allá voy, señor conde, dijo la doña Agustina altamente complacida al ver que sus referencias habían despertado gran interés en el conde; pues en cuanto á Taconi estaba oyendo á su Agustina poco menos que con la boca abierta y se preparaba para darle

más tarde, cuando estuvieran solos en su casa un buen lote de abrazos con apretones y otros cariños, por el gran triunfo que en su opinion había alcanzado ante el conde, demostrando lucidez en su viaducto intelectual.

Agustina continuó—Pues como iba diciendo, señor conde: el individuo aquel de diabólica traza, siguió en esta conformidad—Aquella señorita llevaba encima un caudal en alhajas, y puedo asegurarte que es una criatura bellísima.

—¿Y dónde han llevado ese tesoro? preguntó Genaro.

—Creo que á la caberna.

—¿Y allí se encuentra?

—¿Sí, allí.

—Y dime Follettò (duende) así se llamaba ó le decían á aquel hombre ¿y de cuenta de quién corre esa hermosura?

—Hombre, eso anda por allí medio enredado, pues parece que el Comandante está interesado y aun enamorado de ella, á la vez que el Capitan lo está mucho más.

—¡Ah! ¿es decir que andan al tira y afloja con ella? pues sabes que temo mucho no se arme una de San Quintin entre el Comandante y el Capitan, que vendría á desquiciar todo, y acaso se vayan á las manos; pues en estos negocios de mugeres no cabe ni

puede haber transaccion, mucho más cuando se trata de una jóven linda, noble y por añadidura inmensamente rica; pues al fin y al cabo el que se quede con ella, tarde ó temprano será dueño de tanta fortuna.

—Yo, dijo Agustina, estaba ya cansada de estar doblada observando y escuchando á aquellos hombres y como me dió frio, tuve que abandonar el puesto para tomar con qué taparme, así es que perdí parte de la conversacion, y cuando volví á mi observatorio, escuché lo siguiente :

—En fin, querido Genaro, ellos se arreglarán, pues si el Comandante es malo y despótico, el Capitan es valiente y duro; pero dime, ¿durante mi ausencia no ha venido Anita á pedirte algo?

—Ha estado dos veces á pedirme noticias tuyas y nada más ¿por qué preguntas, Folletto?

—Porque cuando me fuí, sólo le dejé unas pocas liras que tenía y es probable que pronto se le acabarían, por lo que podía haber venido á pedirte que la auxiliaras con algo hasta mi vuelta.

—Pues no me ha pedido nada y vale más así, pues yo he andado sumamente cortado y ahora mismo no me encuentro mejor.

—Por esta conversacion comprendí que la tal Anita era la muger ó cosa por el estilo de aquel hombre; pero como me había interesado tanto el asunto de la espedicion de Arona, traté de imponerme qué más había ocurrido en el lance.

—Entonces la pobre Anita habrá recurrido á mi compadre, dijo Folletto; aunque ella es tan económica que es capaz de hacer prodigios con un puñado de cobres.

—Díme, querido amigo, lo interrumpió Genaro; ¿qué tratas de hacer ahora en estos negocios? es decir, nosotros hemos sido y somos buenos, leales y fieles amigos, siempre nos hemos entendido y ayudado como hermanos, así pues, deseo hablar contigo sin rodeos y con franqueza.

—Habla, amigo, pues ya sabes que puedes fiar en mi lealtad.

—Yo temo, continuó Genaro, que entre el Comandante y el Capitan va á surgir alguna grave dificultad, segun lo que acabas de referirme, dificultad que no se arreglará sinó con la espada en la mano, pues el Comandante es imperioso, es nuestro gefe y está acostumbrado á ser obedecido; en tanto que el Capitan es diablo, vivo, tiene muchos á su favor y ya se le ha parado algunas veces al Comandante, así pues con motivo de la linda hija del general Floriani se van á romper los cuernos á sablazos, por lo que bueno sería saber de qué parte están ó se colocarán nuestras simpatías, y por ello quería oír tu opinion.

—Hombre, nuestro deber es obedecer las órdenes del Comandante que es nuestro gefe.

—Si, Folletto, eso ya lo sé, repuso Genaro, pero

tu contestacion no responde á mi duda ó pregunta, y....

—Pero, de qué parte están tus simpatías? lo interrumpió Folletto, que no quería desembozarse el primero.

—Yo te diré la verdad, contestó Genaro, reconozco que nuestro deber es la obediencia ciega al gefe, pero ¿qué quieres? yo tengo cariño y simpatías por el Capitan.

—Pues, ya que hablas con tanta franqueza, te declaro que profeso los mismos sentimientos hacia el Capitan, pero en el caso probable de un conflicto es preciso obrar con prudencia, ó más bien dicho con maña, así pues, debemos explorar la opinion de nuestros amigos y recostarnos del lado de la mayoría, no obstante que en caso de duda nos decidamos por el Capitan, pues el despotismo del Comandante nos tiene peor que á esclavos y abusa demasiado de nosotros ¿no es verdad?

—Bravo, Folletto, exclamó Genaro, lleno de gusto, hablas como un oráculo y estoy completamente de acuerdo con tus ideas y procederemos así.

—Debo decirte, continuó Folletto, que vengo á buscarte, pues hemos recibido orden de reunirnos en la curva del desfiladero a más tardar el lunes por la mañana.

— Pero, allí está la hija del general? preguntó Genaro.



- No, ya te dije que se encuentra en la caverna del monte Negro ¿sabes? entrando por el boqueron que está oculto entre las zarzas y cuya abertura cubre la piedra grande, pues allí hay mucha comodidad y buen servicio; la tía Marta es la que atiende á la prisionera, y te aseguro que aun cuando al principio fué tratada con la dureza que acostumbra Marta, que la había hecho sufrir mucho, despues todo eso se cambió en atenciones, consideraciones y obsequios, puesto que los dos hombres que allí mandan quieren ganar su corazon y apoderarse de ella, trabajando cada cual por su cuenta y á su objeto ¿estás?

—¡Oh! hermana de mi alma! y no poder socorrerte y salvarte! exclamó Alberto con la más grande espresion de dolor. Pero vamos á cuentas; segun la esposicion que viene Vd. haciéndome, resulta que mucho se puede adelantar con su auxilio y con el del señor Taconi, no obstante que tengo en campaña, es decir, en Nápoles y en sus alrededores personas de mi confianza que trabajan por descubrir el paradero de mi hermana y comunicarme lo que ocurra, sin embargo, hasta el presente no hemos adelantado gran cosa.

—En cuanto á nosotros, repuso el Lanchero, estamos á la disposicion del señor conde y puede disponer lo que guste, pues, nos haremos un ho-

nor en ejecutar sus órdenes, aun cuando se trate de empresas peligrosas.

—Gracias amigos, y mil veces gracias: ahora voy á fijar mis ideas, para sacar las consecuencias precisas. Resulta, que Amelia se encuentra en la caverna del Monte Negro: Que el Comandante de los bandidos está enamorado de ella. Que el Capitan tambien la ama. Que al presente debe encontrarse allí mismo, si entre Comandante y Capitan no ha sobrevenido algun incidente que haya resuelto la situacion de mi pobre Amelia.

Alberto quedó un rato pensativo, y derrepente preguntó á Da. Agustina:

—¿Cómo se llama el Comandante?

—Cárlos Procella, respondió aquella.

—¿Procella? dijo Alberto, algo sorprendido, pues ese nombre significa tempestad ó tormenta—y agregó:

—¿Será ese su verdadero nombre?

—No sé nada á este respecto, pues sólo se le llama Comandante; pero recuerdo haber oído decir que se nombraba Cárlos Procella.

Alberto iba apuntando todo en el papel que había sobre la mesa del escritorio donde estaba sentado, y volvió á interrogarla:

—¿Y el Capitan, cómo se llama?

—Tambien lo designan solamente por su grado;

no obstante que algunos dicen llamarse Conrado, pero nada puedo asegurar porque no conozco ni á uno ni á otro.

—¿Y el apellido del Capitan ?

—Lo ignoro, señor conde.

Alberto continuó escribiendo, y despues, dirigiéndose á ambos les preguntó :

—¿ Alguno de Vdes. sabe con precision, dónde queda el tal Monte Negro ?

—Sí, señor, dijo Taconi, pero recapacitó en el acto, y siguió—aun cuando yo no lo conozco y nunca andube por esos lados, pero sé por repetidas referencias, que en el confin de la Calabria y hacia la parte que linda con la Isla de Sicilia, pasando Cosenza y antes de llegar á Monteleone, donde hay un recodo formado por las empinadas y corpulentas montañas de los Apeninos, que dicen es un parage inhabitado, sombrío, lleno de aterrantes precipicios, cavernas, revueltas, valles profundos y solitarios que pueden servir de tumba ignorada al incauto que se anime á penetrar allí, pues parece que jamás la planta humana hubiese hollado tan agrestes sitios. Mas, señor conde, dicen que allí hay inmensas cuevas naturales, en cuyo interior se albergan los bandidos calabreses, y que sus puertas ó agujeros de entrada no son conocidos sino por ellos. Es en esa parte, de la Calabria don-

de hay un parage que le llaman Monte Negro, sin duda, por lo oscuro y negrusco de la piedra de que está formado.

Alberto, escribía los datos que le daba el Lanchero sin omitir cosa alguna, y dirigiéndose á Doña Agustina, le dijo:

—¿No podría Vd. ponerme en contacto con el hombre que sirvió bajo las órdenes de mi padre, es decir, con ese Genaro?

—Señor conde, repuso aquella, aun cuando hace mucho tiempo que no veo á mi compadre Genaro, pero sé que anda siempre por la Calabria y como es un hombre con ambiciones y con necesidades, estoy cierta que alumbrándole oro hará cuanto el señor conde le pida.

—¿Hasta en contra de su gefe y de sus camaradas? preguntó Alberto clavando sus ojos inquisidores en aquella muger.

—Sí, señor, al menos es la opinion que tengo del individuo.

—Pues mañana se ponen Vdes. en viage para Nápoles, contestó Alberto, es decir, si no tienen dificultad, y van Vdes. de embajadores, pues yo saldré dentro de pocos dias, porque necesito arreglar algunos asuntos y preparar á mi señora madre, cuya salud es aun delicada, para reunirme con los individuos que dejé por allí y con Vdes.; además, debo

hablar con el Gefe de la policía secreta de Milan para llevar órdenes y comunicaciones convenientes á fin de organizar todo y caerles en sus guaridas por sorpresa á los bandidos en un momento dado. Esta noche, continuó Alberto, recibirá el señor Taconi dinero sobrado para el viaje y lo que pueda ocurrir, con las instrucciones necesarias, para que sepan Vdes. donde nos hemos de ver en Nápoles, á fin de que una vez allí, nos pongamos en comunicacion con Genaro á quien haré rico á fuerza de oro, para que nos ayude; y con mi gente, los elementos de que puedo disponer y la accion poderosa de la policía que estará á mi disposicion ya tendremos lo necesario para obtener la victoria.

—Bien, señor conde, respondieron ambos, esperraremos esta noche sus órdenes y mañana nos pondremos en camino, si nos es posible arreglar nuestras cosas, y caso contrario saldremos pasado mañana sin falta alguna.

—Convenido, no hay nada más que hablar, dijo Alberto, levantándose de la silla, y doña Agustina, junto con el Lanhero le imitaron, despidiéndose éstos amigablemente.

Al día siguiente, Taconi y la Parodi tenían lista su maleta para emprender su largo viaje, llevando oro é instrucciones para llenar convenientemente su mision.

El conde de Floriani, empleó todo el día siguiente en hacer sus preparativos, teniendo una larga conferencia con el Intendente de Policía, quien lo munió de los documentos privados que debía presentar en Nápoles y en la Calabria, á efecto de que la policía lo sirviera y pusiera á su disposición las fuerzas y elementos necesarios, para con toda seguridad poder llenar sus propósitos.

Nos será preciso abandonar por ahora al conde Alberto de Floriani, dejándolo seguir su viaje á Nápoles con sus pertrechos de guerra.

---

## CAPÍTULO XX

---

### La evasión

---

Recordará el lector que Cárlos Procella, Comandante de los bandidos, trataba de llevarse á la bella prisionera, para lo cual había tomado una retirada y escondida casita de campo situada en las cercanías de Francavilla, inmediata al Canale d'Otranto sobre la costa del Adriático, lo cual llevaría acabo mediante el narcótico que había hecho preparar ; y que á su vez Eduardo Ferri tenía todo listo para salvar á su amada.

Se tendrá presente tambien, que despues de la última entrevista del Comandante con Amelia aquel resolvió que al dia siguiente debían abandonar la caverna, y que Amelia, en su tribulacion quedó en contestarle el Sábado, con el objeto de ganar tiempo ; y por último que Amelia escribió á Eduardo dándole cuenta de cuanto ocurría y del asunto del narcótico rogándole que tratara de salvarla inmediatamente, etc.

La referida carta de Amelia, la recibió Eduardo de manos de Marta, y luego de leerla comprendió perfectamente, que estaban perdidos si no daba un golpe atrevido que salvara todo y á todos; así, pues, tomó Eduardo en el acto la pluma y le contestó, que arreglase sus cosas, porque al día siguiente, de seis á siete de la mañana, iría á buscarla, para sacarla de la caverna de cualquier modo, pues todo tenía listo al efecto: que sólo le recomendaba la serenidad y el secreto, y que se mostrase hija de un Floriani, manteniendo su espíritu fuerte para cualquier trance que pudiera sobrevenir, pues aquel momento iba á ser el decisivo para ella, para él y para el Comandante. Que esperaba de la Divina Providencia favoreciese su causa que era justa y santa, pues si salía victorioso estaba ella salva, y si la suerte le era adversa, el Comandante quedaría dueño de todo, aun cuando esto no lo conseguiría sino pasando por sobre su cadáver.

Al leer aquella carta Amelia, su corazón se agitó de tal manera que parecía querer salir del pecho.

—¡Oh Dios mío, exclamó la atribulada jóven, qué resultado obtendremos de este terrible lance! Si el Comandante llega á apercibirse de mi evasión, si cruza sus armas con Eduardo, si éste fuese herido ó muerto ¡quién velaría por mí! Dios de



misericordia, apiadaos de esta pobre criatura abandonada de todo el mundo.

Amelia se postró de rodillas y empezó á orar fervientemente, pues la oracion es el consuelo del desgraciado, el faro de esperanza que alimenta y mantiene, y Amelia prolongó sus súplicas á la Virgen para que la ayudase á salir de tal aprieto, ofreciendo mandar erijir en la Iglesia de Santa María de la Gracia de Milan un gran altar para colocar allí la más bella imágen de la Virgen.

Aquella noche fué terrible para ella, pues no pudo conciliar el sueño: unas veces pensaba en su madre, en su hermano, en la muerte de su amado padre, en Eduardo á quien tanto amaba y en quien tenía fundadas todas sus esperanzas; otras meditaba sobre la pobre niña María á quien había llegado á cobrar un verdadero afecto, y ahora tenía que abandonarla. Su cabeza era realmente un volcan, en la cual hervían sin cesar sus pensamientos; le parecía que veía á Eduardo batiéndose como un tigre con el Comandante, oía su eco varonil y simpático, sentía el ruido de los aceros, se estremecía á cada rato, y llegó á creer que iba á perder la razon á fuerza de tanto sufrir y padecer. De repente se incorporó en su cama, se arrodilló en ella, cruzó sus brazos, todo esto en medio de la oscuridad completa que reinaba en su cuarto, y empezó á rezar,

pidiéndole á Dios que le conservara la razon, que no fuese á privarle en aquellos solemnes momentos de su raciocinio—Señor y Dios de bondad y misericordia ¿qué pecado ó delito he podido cometer para sufrir tantos martirios é infortunios? ¿qué males he podido causar en mis cortos años, puesto que recien empiezo el camino de la vida? ¿por qué, señor, tantos sufrimientos, vejámenes y penas? Madre de mi alma, si pudieras contemplar por un momento á tu pobre Amelia en esta prision, á oscuras, sola, abandonada, llorando, desesperada y llena de tribulaciones ¡oh! cómo te compadecerías de mi suerte aciaga, como me estrecharías entre tus maternales brazos y confundirías tus lágrimas con las mías, tu dolor con el mío.

En aquel cuarto á oscuras todo le infundía pavor y hasta creía ver fantasmas, pues el más leve ruido, el cruzar de una mosca, ó el zumbir de un mosquito, la sobrecogía, y en esta terrible lucha pasó la noche, hasta que por las rendijas de la ventana que mira al huerto, empezó á ver el resplandor ténue de la rosada aurora que con sus gasas trasparentes y dismicadas empezaba á difundir la claridad del nuevo dia que iba á presidir acontecimientos notables.

Un rato despues empezó á sentirse ya algun ruido ó movimiento producido por los moradores de la caverna; y Amelia, en ejecucion de las pre-

venciones que Eduardo le hacía en su carta, empezó á arreglar sus limitados efectos, pues casi nada tenía consigo: se lavó y refrescó un poco, arregló su *toilette* lo mejor que pudo, y trató de formar una resolucion firme y heróica, recordando la frase de la carta de su amado, que le pedía se mostrase hija de un Floriani y como tal mantuviera su serenidad y valor. Todo esto retempló un tanto ó casi del todo el espíritu de Amelia y formó su decision para esperar á Eduardo y seguirlo en el terreno de la felicidad ó de la adversidad.

Dentro de pocos momentos debía venir Eduardo, segun la hora por este fijada, que era de 6 á 7 de la mañana, y ya poco debía faltar, aun cuando no marchaba su reloj, para saber la hora que corría.

El Comandante, segun lo hemos dicho, sabía por medio de su espía, los movimientos de Eduardo, y aun cuando no le era dado conocer la hora en que podría intentar un golpe de mano, estaba, no obstante sobre aviso y preparado para que en el momento que se le diese aviso de que el Capitan trataba de sacar á Amelia, salirle al encuentro y estorbar por todos los medios, que consiguiese su intento, para lo cual tenía preparados tres hombres de su mayor confianza, el Giallo (el amarillo), Juan sin Alma y Barba Fosca que estaban reputados como buenas espadas. El Comandante se hallaba

en lo que entre ellos se llamaba « la Colmena », conversando con un emisario que acababa de llegar con un mensaje del sargento de la partida que ántes había salido para ir á una expedicion ; dió ciertas órdenes al respecto y despachó al hombre inmediatamente. Un momento despues entró precipitadamente el espía y dirijiéndose á su gefe le dijo :

—Señor Comandante, el Capitan con Blandengue y el Gato, han preparado sus caballos, y además he visto que estaban arreglando otro caballo con arneses para señora, y se dirigen á la galería ó habitaciones que están á espalda del huerto, probablemente á donde se halla la señorita Amelia.

Cuando Cárlos Procella oyó esto, abrió tamaños ojos, se pegó con la mano derecha fuertemente una palmada en la frente, y con voz de trueno gritó : corre á la cuadra y llama á Giallo, á Juan Sin Alma y á Barba Fosca, díles que tomen sus armas y vengán corriendo. Tú prepara mi caballo y espera mis órdenes.

Aquel bandido ó espía al recibir la orden dió media vuelta y salió corriendo á ejecutar lo que se le mandaba. En el interin el Comandante se arregló un poco su traje, en seguida se ciñó su famosa espada, puso su puñal al cinto y salió á esperar á sus camaradas para dirigirse á la salida del

huerto, por donde irremediabilmente debía pasar Eduardo con Amelia, pues era la única salida que había por aquella parte de la caverna.

\*  
\* \*

Mientras esto tenía lugar allí, otra escena pasaba en el cuarto de Amelia. Esta se hallaba perfectamente arreglada y lista, pero temblorosa, agitada y pálida como la muerte; cuya palidez daba á su semblante y persona un interés sublime é imponente, realzando más y más su belleza; sus ojos habían tomado una espresion inefable, pues bajo la blancura de su inteligente frente y de los arcos de sus cejas, brillaban como astros apacibles, dulces y luminosos. Aquella jóven era en aquel momento la digna hija del ilustre general Floriani, había tomado una actitud heroica y estaba resuelta y resignada á correr todos los albuces del destino.

De repente sintió Amelia que se aproximaba gente, y aun cuando su espíritu estaba preparado de antemano, se sobrecogió sin poderlo remediar, pero muy luego se le presentó en la puerta Eduardo acompañado de dos hombres, todos armados.

—¡ Eduardo!! exclamó Amelia, avanzando hacia la puerta.

—¡ Amelia mía! repitió Eduardo, veo que estais lista para marchar. Ambos se estrecharon afectuosamente, y Eduardo dijo:

—Este abrazo, señorita de Floriani, es el misterioso talisman que comunica á mi alma todo el vigor y energía que necesita en estos momentos; mis elementos son mi valor y mi espada—mi bandera Amelia de Floriani—mi lema, salvaros ó morir.

Y bien ¿os encontráis serena y preparada para la marcha?

—¡Ay! Eduardo! ¡qué quereis que os diga! resuelta estoy, porque sois vos quien dirige este acto; pero no puedo ocultaros que me asaltan mil y mil temores por los riesgos que vais á correr y sobre todo por la incertidumbre del resultado, pues como puede darme libertad, puede tambien lanzarme en manos del odiado Comandante, cayendo entonces en la desesperacion; y cuando Cárlos viese que yo quedaba completamente sola y abandonada ¿quién lo detendría en sus brutales pretensiones, y quién me defendería de sus violencias?

—¡Oh Amelia! callad por piedad, no me presentéis ese cuadro tan horrible! . . .

—Sí, Eduardo, horrible, pero posible.

—Y qué? no confiais en la Providencia de Dios? ¿No creéis que él está de nuestra parte y que nos ayudará para conseguir el triunfo de la inocencia y de la virtud?

—Sí, Eduardo, confío en la misericordia de Dios

y que dará vigor á vuestro brazo, aliento á vuestro espíritu y serenidad á vuestra alma; pero esperad Eduardo un momento, y Amelia se dirigió á su cama y sacó de entre sus colchones aquel mismo puñal que Eduardo vió cuando entró por primera vez al cuarto de Amelia.

Al ver aquella arma en manos de su amada, exclamó Eduardo sobresaltado:

—¿Qué pretendéis, Amelia? ¿para qué tomáis ese puñal?

—Tranquilizaos, amigo, este acero será la salvacion de la hija del general Floriani, si su Eduardo cae en la demanda, porque él me servirá para alcanzar la corona del martirio, salvándome del deshonor y de ser mancillada por el bandido Procella.

—Hija digna del ilustre general, veo que hay en vuestro corazon el heroismo de la virtud, la resolucion de la magnanimidad y la firmeza del honor. El tiempo vuela Amelia y es preciso no perder ni un minuto.

—En hora buena, estoy á vuestra disposicion.

—Vosotros, Gato y Blandengue, id á vanguardia, yo al lado de Amelia, y le presentó su brazo con toda galantería, tomándolo ella sin titubear, y todos cuatro se pusieron en marcha en direccion al corral para tomar allí sus caballos.

Todos estos actos iban teniendo lugar casi a

mismo tiempo que los narrados anteriormente respecto de Cárlos, así es que cuando la comitiva de Eduardo llegó á la salida del pasadizo, entrando á la plazoleta que precede al huerto, vieron acercarse á su encuentro la del Comandante.

Ambos grupos se detuvieron uno frente al otro, como dos ejércitos que iban á librar batalla, zafundos, iracundos y resueltos.

El Comandante con eco imponente y ademán amenazador gritó á Blandengue y al Gato.

—Apartaos vosotros, y vos, Capitan, atrás, no podeis llevar á esa señorita sin mi voluntad, volvedla en el acto á su alojamiento.

Amelia tembló como una hoja agitada por el vendabal, palideció hasta el extremo, sus piernas vacilaron y tuvo que recostarse á la pared para no caer.

Eduardo comprendió su situación y que nada había que esperar sinó matar ó morir, y así gritó á su vez :

—Plaza, Comandante ó yo me la franqueo con la espada—; oís?

—¡ Insolente! dijo el Comandante y desenvainó el acero con furia.

—Vosotros, Gato y Blandengue, agregó Eduardo, encargaos de esos hombres refiriéndole á Juan sin Alma, al Giallo y á Barba Fosca.

Trataremos de imprimir algun orden y claridad



al referir esta terrible escena de desolacion y muerte que va á decidir de la suerte de Amelia.

El Gato y Blandengue sin esperar más y más, desenvainaron sus tizonas y las cruzaron con sus adversarios de hoy, sus amigos de ayer; pero el ágil y valiente Gato en las primeras de cambio, como suele decirse, haciendo de su cuerpo una culebra que saltaba, retrocedía y avanzaba como el verdadero gato montés, muy luego cruzó una cuchillada sobre Barba Fosca que fué á rodar por el suelo fuera de combate; viniendo á tomar entonces mejores proporciones la lucha, puesto que cada uno tenía á su frente un sólo adversario.

Dejemos á estos nénes seguir su discusion acerada, y vamos á ocuparnos del combate principal.

Cárlos Procella, no quería dejarse arrebatar á la bella Amelia, en primer lugar, por el orgullo de no verse pospuesto á su inferior, y en segundo lugar por no dejar escapar de sus manos aquella interesante criatura que se había propuesto saborear y gozar; en tanto que Eduardo Ferri, que no estaba animado como aquel de apetitos groseros, y de torpes ideas, sinó que amaba á Amelia con ternura y con esa pasion hija del verdadero y primer amor, se encontraba decidido á salvarla ó á rendir gustoso su vida en aras de la muger querida.

Los aceros de aquellos dos rivales se cruzaron

con rapidez y en su chocar veloz y firme saltaban chispas de fuego.

Eduardo animado de su caracter y edad, imprimió por su parte á la lucha demasiada actividad; en tanto que el Comandante más ducho, viejo y experimentado lo llevaba con calma, pero con firmeza, esperando una buena oportunidad para hundirle en el pecho su acero.

Eduardo vió que iba á fatigarse y que su adversario pronto obtendría ventajas sobre él, y así moderó su actividad y duplicó su atencion, pues sabía que Cárlos era hombre hábil y diestro en las argucias del combate. En aquel momento reparó con satisfaccion que el famoso Gato ya había puesto fuera de combate á uno de sus adversarios, lo cual era ya de buen augurio, puesto que ahora quedaba equilibrado el número de los combatientes.

La afligida Amelia estaba á muchos pasos del campo de batalla y en la mayor ansiedad, como entre la vida y la muerte, esperando por instantes algun acontecimiento desastroso; rogaba á Dios y á la Virgen que protegiera su causa, salvando á su abnegado Eduardo.

El Comandante creyó que cuando Eduardo moderaba tan palpablemente la actividad de su ataque era porque empezaba á fatigarse y así trató de aprovechar esta circunstancia, preparando sobre una ter-

cia finta un hábil golpe con el cual pensó despachar á su adversario, pero éste que no estaba realmente fatigado, sino que se había puesto en oportuna precaucion, pudo escasamente parar aquel tremendo golpe, pero no del todo, puesto que el acero de Cárlos que iba á atravesarle el pecho sólo alcanzó á herirlo en el costado derecho rozándolo levemente: Eduardo dió un salto atrás, lanzó un leve quejido, por el cual todos incluso Amelia comprendieron que Eduardo acababa de ser herido, y sobre la marcha vieron salir la sangre de su cuerpo, á juzgar por las manchas rojas que aparecieron en su traje.

Eduardo comprendió que estando ya herido y bajo la influencia del dolor era hombre perdido, pues su brazo y su cuerpo empezaban á perder su energía y actividad, y que dentro de un momento más, todo quedaba perdido sucumbiendo bajo el acero de su rival y Amelia abandonada en manos de su matador.

El Comandante al ver correr la sangre de Eduardo comprendió que aquel era negocio concluido porque ante el dolor debia quebrarse su espíritu y decaer la firmeza de su brazo, así pues Cárlos volvió con mayor impetuosidad al ataque para rematarlo como dicen los prácticos. Los aceros chocaron de nuevo y el tenaz comandante le dirigió una terrible estocada yéndose á fondo, más Eduardo hizo un último y su-

premo esfuerzo dando un salto á retaguardia, consiguiendo desviar el acero de Cárlos; pero como este se había lanzado á fondo para matarlo de un sólo golpe, Eduardo al desviar con grave dificultad aquel tremendo ataque, dirigió con la desesperacion de la impotencia su espada que fué á hundirse profundamente en el costado derecho de Cárlos quien lanzó un rugido como el del leon herido; se detuvo, dió unos pasos inciertos hacia atrás, la espada cayó de su mano, sus piernas bacilaron, quiso volver á tomar su acero, pero al pretender agacharse, cayó de bruces revolcándose en un mar de sangre que salía á borbotones por su ancha y profunda herida.

En aquel mismo momento caia el adversario de Blandengue que era Juan Sin Alma, y el otro combatiente al ver rodar á su camarada y caer muerto el comandante huyó aterrado antes de ser tambien acuchillado.

Solo la providencia pudo salvar á Eduardo de una situacion tan desventajosa y en el momento en que sus fuerzas decaian y estaba perdido irremediablemente.

El Gato, Blandengue y Amelia que aun no salía de su pánico se acercaron á Eduardo para informarse de sus heridas, pues estaba lleno de sangre. Eduardo se agarró del Gato diciéndole :

—Sostenedme amigo que me encuentro mal.

—Si capitan, vive Dios, estais herido y es preciso que volvamos adentro para curaros.

—Amelia se acercó y le dijo:

—Aquí mi valiente Eduardo, mi heroico salvador aqui sobre mi corazón y lo tomó con decision en sus brazos.

—Id vosotros, dijo la señorita de Floriani con voz imperiosa á llamar un médico, pero antes acercadme pronto una silla y un poco de agua fresca.

Mientras Amelia lo tenía en sus brazos, vino la silla y el agua, en el acto lo sentó en aquella, le dió á beber un poco y con la mano derecha le humedeció la cara para refrescarlo un tanto; y en efecto Eduardo que estaba palido como la muerte empezó á reanimarse y á recuperar su vigor.

El Boticario, que era el padre de María y hacia allí de médico cirujano, vino inmediatamente trayendo consigo todo lo necesario para curar la herida de Eduardo, y despues de verificarla declaró que no era de peligro, pues sólo había interesado superficialmente la carne y nada más.

En el acto el Boticario con la ayuda de Amelia lavó la herida, la curó con el mayor esmero y quedó bastante bien.

En aquel momento Cárlos pidió que se acercasen Eduardo y Amelia que deseaba dirigirles sus últimas palabras y pedirles perdon.

Aun cuando Eduardo pensó no deber acceder al pedido de su rival, desde que sentía hacia este una repulsion invencible, fueron tantas las suplicas del moribundo que al fin cedió, y ayudado por Blandengue y Amelia seaproximó al vencido, y todavía con ciertas precauciones pues sabía Eduardo que aquel hombre de caracter tremendo era capaz si llegaba á aproximarse bastante uno ú otra, de hundirles el puñal aunque estuviese moribundo; pero tal sospecha por parte de Eduardo resultó infundada, pues Cárlos arrepentido verdaderamente de su conducta sólo deseó en sus últimos momentos obtener el perdón de aquellos.

El Comandante reuniendo todas sus fuerzas, le dijo con voz desfallecida y muriente :

—Eduardo, yo he amado á Amelia cual nunca amé á muger alguna. . . . yo traté de arrebatártela, es verdad, pero el cielo no lo ha consentido y armó tu brazo para disputarla. . . . Te perdono, Eduardo, y muero sin rencor contra tí, amigo de ayer, rival venturoso de hoy. . . . ámala como yo la amé. . . . hazla feliz como ella lo merece. . . . abandona, amigo, la vida errante y abraza la virtud. . . .

No pudo continuar más el bandido, y se detuvo casi desfallecido. Luego hizo un nuevo esfuerzo y prosiguió con algun enternecimiento :

—Señorita de Floriani, yo enluté vuestra fami-

lia, mi mano dirigió la bala que atravesó el pecho del general bajo cuyas órdenes serví y contra quien tenía una ofensa que vengar, puesto que á él debí mi separacion injusta del ejército, la pérdida de mi carrera y la vida vandálica que adopté: yo me vengué al fin, pero él lo queda hoy por la mano de Eduardo.

Cárlos, en los últimos momentos se mostraba generoso y hasta magnánimo, tomando él solo sobre sí toda la odiosidad y responsabilidad del acto vandálico del tres de Diciembre y con su declaracion libertaba á Eduardo de su culpabilidad ante Amelia y el mundo. Aquel hombre se elevó sobre sí mismo en sus últimos momentos, con un rasgo digno tan sólo de una gran alma.

Eduardo comprendió todo, y no tuvo otro remedio que ceder é inclinarse agradecido ante la hidalguía de aquel moribundo, y así, se acercó á él y apretándole la mano, le dijo :

—Gracias, Cárlos, por tu generosidad, he comprendido tu idea, la admiro, la agradezco.

—Amelia, replicó Cárlos, perdonadme el mal que os hice á vos personalmente en medio de mi ofuscacion y movido por la pasion que me inspirasteis. Sed feliz, señorita, con vuestro Eduardo y ved, que arrepentido os pide perdon y . . . .

La voz del Comandante se apagó por completo,

cerró los ojos y ya no pudo hablar más: aquella escena había terminado.

En seguida, Eduardo dijo á Blandengue y al Gato, que acercaran los caballos, pues no había tiempo que perder para ponerse en marcha; pero ellos le observaron que no era prudente acometer esa empresa estando como estaba herido, porque podía, con el movimiento del caballo desvendarse y echarse á perder la herida, máxime, cuando no había ya premura ni peligro alguno, y sobre todo la prudencia aconsejaba esperar algunos dias para salir.

Eduardo, llamó á un lado á los dos y les dijo :

—Es indispensable no perder un momento, pues anoche tarde llegó el Tartamudo á darme cuenta de que Alberto de Floriani, con Genaro y varios otros hombres, ayudado, además, de la Policía, había salido de Nápoles para la Calabria y que de un momento á otro estarían á inmediaciones de Monteleone; por consiguiente, es preciso ponerse en salvo sin pérdida de tiempo, aunque en ello haya el mayor peligro para mi vida, pues si me quedo por razon de mi herida, no podré de todos modos pelear ni defenderme, y morir aquí ó en otra parte es lo mismo para mí; además, siempre abrigo la esperanza al salir positivamente de la caverna, de resistir al viaje con más ó menos sufrimientos, y sobre todo podré salvar á Amelia.



Todos convinieron en que el caso era urgente, y el Gato con su habitual viveza, exclamó:

—Cáspita, el asunto es grave y así, mi Capitan corro á traer los caballos.

Un momento despues estaban allí y Eduardo ordenó al cuidadoso Blandengue que subiese á su caballo á la señorita de Floriani, lo que aquel ejecutó en el acto.

El lector recordará, que Amelia era una jóven verdaderamente de á caballo, que lucía en los paseos y partidas de caza; de modo que trepó á su corcel con destreza y notable agilidad como en aquellos tiempos venturosos en que tanto llamaba la atencion sobre su brioso alazan.

—Venid ahora, agregó Eduardo, ayudadme á montar á mí, ponedme el estribo y entre vos y el Gato suspendedme para no hacer esfuerzos; y así subió perfectamente. Gato y Blandengue saltaron á sus respectivos corceles, y Eduardo gritó bien alto—*« Tomad el camino de Nápoles »*—lo cual dijo para que fuese oído por las gentes de la caverna que se habían reunido allí con motivo del combate.

Eduardo se colocó en el medio, haciendo ocupar su derecha á Amelia, a su izquierda Blandengue, y el Gato tomó la vanguardia, para ir explorando el campo.

Eduardo, como hombre precavido, había hecho

que lo rodeasen para evitar algun lance, pues se sentía sumamente débil y dolorido de su herida. Luego de seguir un buen trecho del camino que conduce á Nápoles y de haberse alejado considerablemente de la caverna, Eduardo dió orden para cambiar de rumbo y dirigirse á Manfredonia, para tomar en el golfo del mismo nombre pasage para ir á Trieste, en Austria. Este cambio de direccion causó suma admiracion á Blandengue y al Gato que no encontraban la esplicacion de semejante variacion; pero Eduardo les esplicó, que al salir de la caverna había dado orden de dirigirse á Nápoles, pero que lo había hecho con el objeto de estraviar á sus perseguidores en caso de ser seguidos, lo cual dió á aquellos la medida de las precauciones y habilidad empleadas por el diestro Capitan.

En efecto, siguieron su largo y penoso viaje, pero les fué preciso llegar á Potenza para tomar allí reposo, curar la herida del Capitan y seguir viage; pero siempre con la mayor precipitacion, pues tenía miedo Eduardo de ser alcanzado, apesar de sus precauciones, pues no se consideraba seguro sinó cuando estuviese en jurisdiccion estrangera, por lo cual se dirijía al Austria.

Dejaremos á los cuatro cabalgantes seguir su larguísimo viaje, y volvamos con el lector á la cueva de los bandoleros, para ver lo que allí pasó.

La estocada del Comandante era mortal, su cuerpo fué recogido y llevado á su alojamiento para ser allí debidamente atendido; no obstante que el Boticario en el acto de examinar la herida declaró que no tenía remedio y que dentro de breves momentos moriría; como sucedió en efecto.

Todos aquellos sucesos de la evasión de Amelia, Eduardo y sus acompañantes, habían pasado en las primeras horas de la mañana, quedando todo en el mayor desorden sin Gefe ni dirección; y como á las doce del día tenía lugar allí mismo una escena de distinto orden.

Alberto de Floriani, Antonio, Michelino, Bautista y Andres, precedidos de 25 gendarmes bien armados, y de Genaro el antiguo amante de Agustina, que como se ha dicho había servido bajo las órdenes del general Floriani, y á quien Alberto había ganado con puñados de oro, se dirigieron á la caverna del Monte Negro donde iban á dar su gran golpe estratégico.

Sabido es que la institucion de los gendarmes ó del soldado civil, nació en Francia y tenía por objeto primordial perseguir á los bandidos y desertores, vigilar los pueblos y los campos, para mantener el orden, la seguridad y defender á los que eran atacados por los bandoleros.

La Italia había adoptado la institucion de las

gendarmerías desde mucho ántes del Reinado de José Napoleon y de Joaquin Murat, pues los terribles bandoleros de la Calabria y de todo el mediodía de la Italia asolaban los pueblos y aldeas, invadiendo hasta la Toscana, el Piamonte y el Milanesado; así pues las autoridades policiales estaban siempre dispuestas á franquear sus auxilios y cooperacion para combatir á los brigantes.

Una vez llegada la comitiva á la caverna, el gefe de los policianos, de acuerdo con Alberto y con Genaro, distribuyeron la fuerza en este orden: en la entrada del boqueron, es decir, por donde había penetrado Amelia, pusieron cuatro soldados con Michelino; y todo el resto de la fuerza fueron por la entrada oculta que había en el declive del valle y en una rinconada de la montaña que sólo era conocida de Genaro como que había pertenecido á aquellos bandidos.

Tomadas estas precauciones, entró toda la tropa á la terrible guarida, dejando cinco soldados y á Andrés, guardando aquella salida, para que nadie pudiera escapar. El resto de la fuerza avanzó y á cuanto individuo iban encontrando, les abocaban las armas intimándoles rendicion, lo que hacían sin resistencia, y en el acto los amarraban bien; mas cuando los bandidos se apercibieron que eran atacados por la fuerza de línea, tocaron la campana de

alarma, pero ya era tarde, y sobre todo, eran pocos los que existían dentro, pues los otros habían salido á una breve expedicion.

Todos cayeron en poder de Alberto sin resistencia alguna, puesto que aquellos hombres no tenían gefe que los mandara desde que el comandante acababa de morir, cerrando así una vida llena de infamias, violaciones, robos y asesinatos, de lo cual podían felicitarse los pueblos y habitantes de Italia.

Cuanto individuo, de todo sexo y edad, había en la caverna, fueron prisioneros y asegurados convenientemente por el comandante de los gendarmes para llevarlos á la cárcel; y Alberto empezó á inspeccionar toda aquella diabólica caverna, sus entradas, salidas, subterráneos, escondites y cuanto la constituía, para cuya operacion Genaro le sirvió de guía ó baqueano: todo examinaron y recorrieron prolijamente, sin dejar, como vulgarmente se dice, vericuelo alguno, pero no encontraron lo que con tanta ánsia buscaban. Grande fué el dolor y desaliento de Alberto al cerciorarse que allí no se encontraba su desventurada hermana, y que todas sus esperanzas quedaban otra vez fallidas; pero aquel amoroso hermano no declinó en sus propósitos y con la venia del gefe de los gendarmes, trató de levantar una indagatoria ó sumario que serviría de cabeza de proceso para el juicio de los criminales; pero

antes de abrir su interrogatorio hizo reunir en una sala á todos los habitantes de la caverna ; luego empezó por averiguar el grado, cargo ú ocupacion que cada uno tenía, á fin de formar juicio sobre la importancia relativa de cada uno. Alberto estaba espantado de ver aquellas caras patibularias, cabezas desgreñadas, miradas siniestras, una sucies suma en sus trages, cada uno de aquellos hombres infundía pavor, y repugnancia, pues tenían marcados sobre sus fachas los signos del robo, del asesinato y de todos los crímenes de los bandoleros de la Calabria. Le parecía increíble que su tímida é inocente hermana hubiese estado entre aquellos facinerosos, y se estremecía al considerar la suerte que había corrido la pobre Amelia.

Entre toda aquella gente el único que le pareció en mejores condiciones para interrogarlo, fué el Boticario ó Médico que tenían allí, y que era el padre de una niña simpática, dulce y de buen aspecto, que contrastaba con todos los moradores de aquel averno.

Alberto, empezó pues, su interrogatorio, asumiendo el aire de Juez sumariante, pues tenía extensos conocimientos de derecho y dirigiéndose al boticario le preguntó :

—¿ Cómo se llama Vd. ?

—Señor, aquí soy conocido por el boticario ó

por el Zoppo (cojo) porque en realidad cojeaba un poco de la pierna derecha, pero mi nombre verdadero es Luis Rolandi y soy natural de Nápoles.

—¿Desde cuando está Vd. aquí, ó pertenece á esta gavilla ?

—Hace once años más ó menos.

—¿ Es Vd. casado ?

—Soy viudo, señor, y sólo tengo esta niña.

Alberto, miró á la chica con agrado, pues su fisonomía, aseo y arreglo de trage prevenía á su favor. Siguió en ese orden el interrogatorio, averiguando todo lo que se relacionaba con los bandidos, su número, nombres de gefes, donde se contraban los papeles, archivos y demás cosas que pudieran interesar al descubrimiento de las relaciones de aquellos hombres, etc.

—¿Sabe Vd. si ha existido aquí, una señorita llamada Amelia, le preguntó Alberto, fijando sus miradas en él.

—Sí, señor, contestó la chica, abriendo sus lindos ojos y mirando con interés al interrogador.

—Calla, niña, dijo el boticario, que el señor no se dirige á tí.

—¿ Y dónde está esa señorita, continuó el Juez sumariante, dirigiéndose siempre á Rolandi.

—Lo ignoro, señor, pues hace pocas horas que ha partido, en compañía del capitan y de otras personas.

Al oír esto la niña María empezó á llorar amargamente y exclamó :

—¡ Oh! papá ¿ cómo no me había Vd. dicho que la señorita Amelia se ha ido dejándome á mí ?

Alberto, maravillado, preguntó á la chica :

—¿ Por qué lloras así, niña ?

—No ha oído Vd., señor, que mi papá dice, que la señorita Amelia se ha ido, y probablemente ya no la voy á ver más, pues así lo soñé noches pasadas ?

—¿ Y qué tienes tú que ver con la señorita Amelia ?

—¡ Oh señor! ella me quería como si yo fuese su hija ó su hermana menor, segun así me lo decía, y yo la amo tanto como á la que fué mi madre.

—¿ Es posible, hijita, dijo Alberto enternecido.

—Señor, cruzó el boticario, la señorita Amelia ha sido el ángel tutelar de esta niña, ella fué la que con su cariño y paciencia maternal enseñó á mi hija María cuanto sabe, con ella aprendió á rezar, á conocer á Dios, á leer y escribir, adquirió nociones de geografía, de historia, moral, maneras, hijiene y por fin, caballero, la señorita tuvo el poder de cambiar el ser de mi hija, y con su ejemplo, virtud y abnegacion hizo de la muchacha sucia, torpe y abandonada, una niña digna, aseada y culta como Vd. la vé.



Alberto, estaba realmente impresionado con este incidente y sin poderlo remediar, las lágrimas saltaron á sus ojos, y María al ver llorar á aquel señor, clavó de nuevo sus bellos y tiernos ojos en Alberto é impulsada por un movimiento espontáneo é irresistible, se dirigió hacia aquel hombre diciéndole:

—¡ Oh señor! Vd. se parece á mi querida señorita Amelia, sí, esas lágrimas que Vd. vierte en este momento, son iguales á las que con tanta frecuencia ella derramaba cuando hablaba de su madre que se llamaba doña Blanca, de su padre que era un general valiente y de su hermano Alberto; ¡ Oh! dígame qué es Vd. de Amelia, si es su pariente ó su hermano!

Alberto más conmovido aun y llorando como un niño abrió sus brazos diciendo:

—Sí, niña, yo soy su hermano, yo soy ese Alberto; y la chica sin aguardar más corrió á los brazos de aquel abrazándolo. Todos estaban sensibilizados al presenciar aquella escena conmovedora.

Alberto la volvió á tomar en sus brazos, la miró con afecto y exclamó:

—Señores yo me constituyo protector de esta interesante criatura, quiero ser para ella lo que fué mi infortunada hermana, y trataré de continuar su bella obra de regeneracion.

—Bravo, conde de Floriani, exclamó el oficial de Policia, que tambien estaba impresionado; salvar la inocencia de la cloaca inmunda de la corrupcion y del vicio, es obra digna de un corazon elevado como el vuestro.

Despues que esto pasó, Alberto continuó tomando datos sobre Amelia, y así supo, que el capitan que estaba enamorado de ella y al parecer correspondido por la misma, trató de salvarla ó sacarla de allí; pero el comandante que á su vez la amaba perdidamente se opuso á su evasion, porque ella le daba el triunfo á su rival y la posesion de aquella: que se trabó un sangriento combate entre el comandante y sus adictos, contra el capitan y los de este: agregó el Zoppo, que el capitan iba herido aunque no de gravedad, y que el comandante acababa de espirar de una feroz estocada que le dió el capitan; y por último que éste, Amelia y dos hombres más de la gavilla salieron inmediatamente despues de haber el declarante curado la herida de aquel, dirigiéndose á Napoles, segun las órdenes dadas por el capitan, y que todo esto tuvo lugar en las primeras horas de la mañana; de modo que siendo á la sazón más de las dos de la tarde, habian pasado como siete á ocho horas, las mismas que aquellós llevaban de ventaja.

Alberto preguntó como era el nombre de Capitan,

y el Boticario le contestó que allí sólo era conocido por los subalternos con ese nombre de capitán, pero que alguna vez había oído decir que en otras partes le llamaban Conrado, sin poder garantizar si este era ó no su verdadero nombre.

Esto era exacto, pues Eduardo jamás dió su apellido de familia y en todo acto ó asunto con los bandoleros sólo se llamó Conrado á secas, como en la Taverna del Zorro para con la simpática Juanita.

Un momento despues pasó Alberto á conferenciar con el gefe de los gendarmes, y resolvieron destruir aquella mazmorra completamente, y que él con sus cuatro hombres y el sargento se ponían en marcha acto continuo en persecucion del tal capitán que se dirigía á Napoles, segun los informes recogidos; pidiéndole que la niña María fuera cuidada y bien tratada por su cuenta, pues más tarde se ocuparía de su suerte, encontrase ó no á Amelia.

Así quedó todo convenido, y Alberto despues de arreglar bien sus armas y caballos emprendió su campaña camino de Napoles.

El gefe de los gendarmes de acuerdo con lo estipulado, hizo prender fuego á aquella cueva, demoler y destruir cuanto alli existía, á fin de que no pudiese servir de guarida á otros bandoleros; y regresó á su destino llevando los prisioneros y á la niña María.

El pobre conde, no se conformaba con su mala suerte, pues unas pocas horas de retardo, acaso gastadas inutilmente, habian impedido que en aquellos momentos hubiere estado Amelia en su poder.

Esto lo consideraba Alberto de mal augurio, pues ahora no sabía cuantas otras dificultades tendría que vencer para caer sobre los fugitivos.

¡Oh! yo no puedo conformarme con que teniendo, puede decirse Amelia en mis manos, la haya perdido por diferencia de pocas horas; pero no importa, voy en tu auxilio hermana mía y si Dios me ayuda, pronto estarás en mi poder, desde que el tal capitán va herido no podrá hacer marchas forzadas como nosotros.

Dejemos á Alberto camino de Napoles.

\*  
\* \*

Sigamos ahora los pasos de Eduardo y Amelia, para conocer las peripecias de los dos amantes, y particularmente los que se relacionan con esta última.

La hija y heredera de los opulentos condes de Floriani marchaba al presente por apartados caminos entregada á bandidos desconocidos, bien que respecto de Eduardo no podemos decir realmente que fuese un salteador de caminos, sinó un joven sin experiencia que fatalmente hizo conocimiento con un

comandante de bandoleros, sin haber tenido jamás vocacion para abrazar el terrible oficio de brigante, pues era hijo de padres honestos; además, Eduardo ya era otro hombre al presente, desde que las lágrimas habians saltado de sus ojos; la idea de Dios nacida en su alma y el arrepentimiento surgido en su corazon; en fin era el hombre redimido por el amor de Amelia, que había jurado salvarla consagrándole su vida y su amor. Aquel joven al conquistar el corazon de aquella, adquiriría tambien derecho á su mano más que otro hombre en el mundo, desde que había derramado su sangre por ella y y estaba dispuesto á inmolar su vida en aras de su amor.

Con graves padecimientos por parte de Eduardo arribaron al fin á Manfredonia, y allí se embarcaron para Trieste, donde llegaron con toda felicidad y tomaron un alojamiento provisorio, para atender á su herida que lo hacía sufrir mucho, pues sobre la primera curacion se puso en marcha galopando largas jornadas, y aun cuando despues le hicieron otra más formal, no había tenido el reposo necesario para completar su cura; de modo que inmediatamente llamó un médico, pues su herida se había echado á perder un poco, sobreviniendo alguna supuracion y fiebre, pero mediante los desvelos y cuidados de Amelia que ni se desvistió las prime-

ras noches, velando á su salvador en union con su sirvienta, consiguió Eduardo una mejoría notable, que progresivamente se acentuó hasta quedar casi bueno.

La primera preocupacion de Ferri fué arrendar una casa-quinta en las afueras de la ciudad cerca de Muggia, sobre la ribera del famoso Adriático y en un parage bastante solitario. Tenía la casa al frente un pequeño jardin con buenas flores, y aun cuando no estaba bien cuidado, era susceptible de mejorarlo, pero su encanto ó importancia principal era aquel Mar espléndido con sus azuladas aguas, donde la apacible Luna refleja con frecuencia sus tibios rayos, rielando incesantemente sobre el inquieto elemento; así, pues, aquella modesta mansion, el silencio y tranquilidad que en ella reinaba y el amor de Eduardo llenaban todos los deseos de la ilustre señorita.

En el acto procuró Eduardo el servicio conveniente, y felizmente encontró una muger buena y decente, llena de recomendaciones, que atendiese á Amelia y se ocupara de los quehaceres de la casa, para que ésta pudiese restablecer su salud, hartamente quebrantada por tantos padecimientos cordojos y fatigas experimentadas.

Las piezas de la izquierda fueron ocupadas por Eduardo, y el departamento de la derecha, que era

lo mejor de la casa se destinó para Amelia; en cuanto á Blandegue y el Gato se alojaron en unas buenas piezas del segundo patio, quedando así todos bastante bien acomodados segun su categoría y clase.

Quince dias despues, Eduardo estaba perfectamente sano y bueno.

Su primer paso fué dirigirse á la casa de comercio « Ottagno y Serra » que conocía de nombre, para saber si tenían corresponsales en Milan y mandar un poder á fin de recoger los bienes que acababa de heredar de su padre.

Todo se arregló satisfactoriamente, puesto que en Milan tambien tenían casa de comercio, que giraba bajo la razon de « Ottagno, Serra y compañía ». Pidióles la direccion del notario que la casa ocupaba, allí en Trieste, la que le fué dada con una carta de introduccion muy satisfactoria, y con esta se dirigió á la escribanía y mandó estender un poder general á favor de los señores « Ottagno Serra y Compañía » de Milan, para recoger y recibir los bienes, valores y demás que constituía el caudal quedado por muerte de su legítimo padre. Hecho esto, remitió Eduardo el poder con un pliego de instrucciones á dicha casa para que á medida que fuese recibiendo sus intereses los girase á Trieste y á su orden.

Ya hemos impuesto al lector que la fortuna dejada por don Luis Ferri era cuantiosa y que ella sola bastaba para proporcionar á Eduardo los medios de vivir en cualquier país como un gran señor.

Una vez instalados en esa forma, recién Amelia, se dió cuenta de su verdadera situación, y no pudo menos que alarmarse un tanto al considerar, que al girar la rueda de su negra suerte, había venido á quedar viviendo en una misma casa y bajo el propio techo con un hombre que no era ni su padre, ni su hermano; que ella, la noble heredera de una ilustre casa, estaba fuera del seno de su familia, y que había recuperado su libertad para seguir á un jóven á quien amaba con toda la fuerza de su alma.

Amelia cerró un momento los ojos, como para evocar sus recuerdos y recorrer las cortas, pero penosas páginas de su historia, de sus peregrinaciones y martirios, entrando luego en este orden de reflexiones:—Nadie ignora el terrible suceso que arrebató la existencia de mi padre, ni menos que yo fuí robada por los salteadores: sabe todo el mundo que desde entonces he pasado mi vida en poder de esos bárbaros, aun cuando nadie conoce los detalles y circunstancias que me han rodeado; pero mi familia, mis amigos, la sociedad, el mundo



entero, ¿creerán que fuí respetada por los bandidos? ¿juzgarán que soy siempre la púdica y virtuosa señorita de Floriani? ¿que mi nombre y mi existencia se hallan sin mancha? ¡Oh! no es posible, la maledicencia desempeña con harta frecuencia las funciones de verdugo que decapita bellas reputaciones y la implacable sociedad, mirará á la cautiva de la Loma Negra, á la que vivió por tanto tiempo entre las hordas de salteadores, como una muger caída, juguete del erotismo y degradada; sobre todo, mi nombre y persona serán el ludibrio de las gentes. ¿Qué amiga encumbrada besará con agrado mi rostro? ¿quién estrechará con gusto mi mano?—nadie, y ántes al contrario, tendré que sufrir cien y mil vejámenes, desprecios ó por lo menos indiferencias ultrajantes: ¿qué joven digno, que se estime en algo fijará en mí sus miradas? ¿quién solicitará la mano de la muger que vivió entre los bandoleros de la Calabria? y por último ¿quién se animará á garantizar que mi honor está immaculado? Nadie absolutamente, y preveo que ningun caballero tendría la temeridad de conducirme al altar ni unir su suerte á la mía, pronunciando en presencia de nuestros contemporáneos ese *Si* que une dos séres por toda la vida ante Dios y la Iglesia; ninguno vería sobre mi frente, sino como un sarcasmo, el velo transparente de la novia y la corona de azahares, símbolo de

la pureza y de la virginidad; y yo misma ¿podría ir con mi cabeza erguida en medio de mis amigos y de la sociedad? ¿bastaría mi propia conciencia para que todos me respetaran y me rindieran las consideraciones que se merecen las verdaderas señoritas puras y virtuosas? ¡Oh! no, yo no debo esperar tal cosa, yo no debo desafiar esa terrible situación; por otra parte ¿puedo abandonar á Eduardo, retirarle mi mano y negarle mi amor? de ningun modo, y sea cual fuese su condicion, su origen, sus extravíos y los antecedentes de su juventud, ningun hombre en el mundo ha ganado el afecto de una muger como él. Sí, Eduardo, tú has hecho esa conquista con tu inteligencia, con tu amor, con tus sacrificios, y por último has timbrado la partida de nuestra union con tu propia sangre heroicamente derramada.

Ya no puedo ni debo vacilar un instante en mi resolucion, al contrario, mi más sagrado deber es renunciar á las vanidades de la posicion social y consagrar mi vida y mi todo á Eduardo. Sí, lo juro, ésta es mi decision irrevocable, esperaré tan solo á que Eduardo reclame el cumplimiento de mi palabra y fé empeñada para darle á conocer mi voluntad.

Amelia se detuvo en estas reflexiones como para dar entrada á la meditacion y á otras ideas, pues tenía el espíritu fatigado y el corazon oprimido sin

saber la causa cierta ; pero continuó sus pensamientos entrando en este otro órden de ideas:—Es estraño para mí, que Eduardo no se haya apresurado á hablarme de nuestra union ¿qué puede ocurrir para que hoy que estamos libres y seguros de toda persecucion no se ocupe del proyectado matrimonio ? ¿ Habrá enfriado su pasion ? ¿ Será por un exceso de delicadeza que no toca el asunto ? En fin, esperaremos á que se presente alguna oportunidad para ocuparnos de esto.

Eduardo se mostraba cada día más atencioso y galante con Amelia, sin traspasar jamás los límites del decoro, y ántes bien observando un respeto digno de un cumplido caballero : le hablaba de su amor con ardor creciente, pero, sin duda por un sentimiento de delicadeza no le reclamaba el cumplimiento de su palabra, mientras que Amelia cediendo al mugeril pudor tampoco tocaba la cuestion.

Una tarde del mes de Noviembre, frezca pero agradable, cuando el sol empezaba á declinar de su carrera, paseaban ambos amantes sobre la ribera de Muggia que es un sitio delicioso y ameno. Como verdaderos jóvenes corrian de un lado á otro gozosos y risueños cual otros Pablo y Virginia, rebosando en ambos la dicha y el contento ; en una de esas corridas Amelia enredó su vestido, en una

rama, y Eduardo como siempre corrió solícito á desprender la ropa de su amada; la tomó de la mano y ambos se sentaron á reposar un poco en un peñasco bajo un árbol coposo y corpulento.

Amelia, con una sonrisa angelical, le dijo :

—Gracias, Eduardo, yo siempre encuentro espinas en mi senda, pero tambien siempre estais vos cerca de mí para libertarme de ellas, sólo que ahora no huyo de vos como cuando el nido de pajarillos.

—¡ Ay Amelia! dijo Eduardo, lanzando un profundo suspiro, y tomando su fisonomía un tinte leve de pena, exclamó, es verdad, ahora no huis de mí, pero tampoco os acercais lo bastante, lo que prueba que no me considerais digno de tenerme á vuestro lado. Estas últimas palabras las dijo Eduardo, con voz tierna y doliente, tomando sus ojos un brillo lacrimoso, lo cual unido á la palidez que aun conservaba su rostro á consecuencia de la mucha sangre perdida de su herida, le dió un aspecto tan interesante que el corazon de Amelia se sintió conmovido, y exclamó decidida :

—¿Qué decís, querido Eduardo, que yo no os considero digno de que esteis cerca y bien cerca de mí? ¿y quién ha podido imbuiros tan rara idea? ¿no sabeis por ventura que yo os debo más que la vida, mi tranquilidad y mi honor? No, Eduardo,

no seais injusto conmigo, y os ruego que si algo hay en vuestro corazon oculto, seais franco y habléis con lealtad y sin embozo. Amelia, provocaba á Eduardo, á que abandonara la reserva y entrase en materia á fin de definir su situacion embarazosa.

—Bien, Amelia, vos lo deseais y yo os obedezco. La divina providencia, continuó el ex-capitan, me permitió que pudiera salvaros de la caverna ó más bien dicho, de las garras del comandante, y que yo conservara la vida en aquel tremendo lance; hoy estamos libres y tranquilos como esas avecillas que se agitan sobre nuestras cabezas aleteando á impulso de sus amores, y no obstante tengo miedo de hablaros de nuestra felicidad, porque un desengaño sería para mí la muerte, sí, la muerte, Amelia.

—¿Un desengaño? ¿en qué sentido lo decís, Eduardo? ¿creis que no soy para vos la misma Amelia, que no os ame hoy como ayer? No, Eduardo, mi suerte está fijada para siempre, ya lo oís. . . . y bajó los ojos al suelo, en tanto que subían á su rostro las llamaradas encantadoras del pudor.

Eduardo, abrazado por esas llamas vesubianas, no dejó seguir á Amelia y apoderándose de su mano, le dijo :

—Y entonces, cielo santo ¿por qué no pronunciáis una palabra y me dais la dicha y la felicidad? ¿por qué no os acercais lo bastante á mí y unís vuestro destino al mío?

—Querido amigo, repuso la condesa, vuestros deseos son los míos y desde ahora teneis empeñada mi palabra para que seais dueño de mi mano; sólo exijo é impongo una sola condicion?

—¿Cuál? interrumpió Eduardo con cierta sorpresa.

—Que me permitais solicitar el consentimiento de mi madre la condesa de Floriani.

Eduardo se quedó frio y estupefacto al oír aquella exigencia, y exclamó:

—¡Adios ilusiones de mi vida! Adios sueños de mi loca fantasía! Murieron al nacer, pero murieron!

—¿Por qué os espresais así Eduardo?

—Suponeis, Amelia, que la condesa de Floriani, préste su consentimiento para que su hija dé su mano al hijo de su Conserge? ¿Creis que la nobilísima señora en su alta posicion y encumbrada alcurnia y vuestro opulento hermano, puedan prestar su adquiescencia á tal enlace? No, Amelia, y permitidme que os diga que eso sería decir *sí* con la boca y *no* con la condicion impuesta; pero yo os juré en momentos solemnes respetaros, y ahora como hombre de honor lo cumplo, declarándoos, que estais en completa libertad para separaros de mí, pues no deseo, ni debo violentaros en lo más minimo: supe respetaros, no osé tocar uno de vuestros cabellos, y

recordad Amelia que soy jóven, que os amo más que al vivir, y que vos sois bella y niña, pero no obstante ni con el pensamiento profané vuestra virtud.

—Pero, no os alarmeis sin razon, querido amigo, y tan es así, que si mi señora madre no se mostrase propicia á mis súplicas y rehusase otorgarme su permiso, no volveré más á Milan y á despecho de los míos y del mundo entero os daré mi mano.

¿ Quereis más Eduardo ? decidlo.

—Sí, Amelia, quiero más, os amo demasiado para esponer en lo más mínimo el éxito de mi ventura, disculpad mi egoismo; mi opinion es que si llevais al conocimiento de vuestra familia, donde residís, todo estará perdido, al menos para mí, porque una vez conocido por ella, os rodeará y el amor materno, sus tiernas súplicas, sus lágrimas y por fin la autoridad de la que os dió el sér y la de vuestro hermano, cruzarán nuestra senda, pues el orgullo natural de tan ilustre familia, pondrá en juego todos los medios para desunirnos y al fin, creedmelo, Amelia, os separarán de mí. Si me amais, dulce amiga, sed mi esposa primero, y despues tendremos medios de explicar á vuestra familia cuanto ocurrió, qué circunstancias os obligaron á seguirme y por qué al confiaros en mí, preferisteis ser mi esposa en vez de marchar abandonada sin proteccion y en po-

der de un hombre jóven y amado ; y por último ya encontraremos los medios de obtener de vuestra madre su perdon, por que al fin y al cabo ya se tratará de un hecho consumado.

Como Amelia estaba resuelta, por las consideraciones que se había hecho ella misma, á no volver á presentarse en la sociedad de Milan y á ser esposa de Eduardo, aceptó el pensamiento de éste por creerlo el más seguro, y le dijo :

—Eduardo, yo debo premiar los sacrificios, los peligros y aun la sangre que derramasteis por mí, sí, esa es la verdad, yo os debo mi honra y mi vida de modo que no puedo negaros ningun sacrificio, y mucho menos mi amor ; así, pues, estoy á vuestra disposicion y podeis disponer de mí en el sentido que me proponeis.

—Bien, Amelia, gracias, dejadme ahora que bese vuestra mano, pero postrado de rodillas.

—¡ Oh ! levantad, Eduardo mío, ¿ qué es lo que haceis ?

—No, Amelia, dejad que con reverencia, amor y gratitud, reciba la felicidad que me ofreceis : yo fuí el ángel caído, arrojado del paraiso, vos el ángel puro de los cielos, que habeis tenido el poder supremo de propiciarme la redencion.

Apenas puedo creer, que tú, Amelia de Floriani, bella, pura, y tierna, consientas voluntariamente en unir tu destino al de este infeliz mortal.



Eduardo, por la primera vez se permitió tratar á su fidanzata de tú, aun cuando despues se arrepintió de haberlo hecho, pues le pareció un poco prematura esta confianza, y quería á todo trance guardarle los respetos y consideraciones que se merecía por su clase, y tambien para justificar la confianza ciega que en él depositaba.

—Levantaos, Eduardo, os lo suplico, vos habeis sido mi protector, mi salvador y mi primero y único amor, así, pues, ningun mortal ha obtenido con mayores ni mejores títulos que vos la posesion de una muger.

—Y, no obstante, Amelia, yo leo en el fondo de vuestro noble corazon un sentimiento de dolor ó de pena, sin duda, porque este matrimonio vá á efectuarse sin la concurrencia de vuestra familia y sin el consentimiento de vuestra madre.

—Eduardo, os lo suplico, no volvais sobre ese delicado asunto, no pongais el dedo sobre esa llaga, pues la verdad es que siento aquí en lo hondo de mi corazon un eco fatídico que me acusa de un acto indebido, de un desconocimiento de la materna autoridad, pues estoy libre y voy á aceptar, un esposo ante Dios y la Iglesia, sin recabar el consentimiento de mi madre, ni aun siquiera intentarlo ; y no hay duda que se me puede argüir, que estando en perfecta libertad de accion, sin grillos ni cadenas,

sin puñales al pecho, ¿por qué no volví al hogar paterno, por qué no lo participé á mi familia é impetré el materno consentimiento? Sí, sí Eduardo, todo esto y algo más se me puede reprochar, pero yo tambien tengo un arsenal de razones para mi defensa, y cuando llegue ese caso. . . .

Eduardo interrumpió á su amada, diciéndole:

—Todo 'eso es evidente, y yo no puedo aceptar tales sacrificios ó violencias de vuestra parte, yo no quiero, Amelia, que vos procedais en tan solemne y serio asunto movida por un sentimiento equivocado de gratitud, sin consejo de nadie, y que dispongais para siempre de vuestra libertad; sobre todo, uniéndoos á un hombre del pueblo, sin antecedentes, ni posicion social, siendo vos como sois hija de noble estirpe y poseedora de gran fortuna, no, Amelia, yo no puedo usar de artificios para induciros á inclinar vuestra voluntad á mi favor. Volved al seno de vuestra familia; regresad al suntuoso alcazar de los Florianis; id, Amelia, á brillar de nuevo en sociedad Milanesa entre el festin, la música y el sarao; allí donde volverán á agitarse para vos, jóvenes elegantes, nuevas simpatías y otros amores. Sí, sí, abandonad al humilde Eduardo, al infeliz peregrino que tanto os ama, pues yo sabré resignarme al martirio de mi aciaga suerte, y con mano firme destruiré hoja por hoja la perfumada corona

de mi dicha, sofocaré los latidos de este espurio corazon, que llegó á acariciar el grato pensamiento y pudo creer un día, que llegaría á ser feliz y amado por aquella Amelia que tomé en mis brazos al caer de una rama ; por aquella Amelia que espontáneamente recostó mi abrazada cabeza en su seno puro y virginal, cuando yo caía sin sentidos al suelo por salvar su vida ; por aquella Amelia que busqué y supe encontrar, y por la cual jugué mi vida con cierto placer para salvar la suya—¡ oh ! Amelia ! ( en aquel momento, Eduardo, llegó á enternecerse y derramar abundantes lágrimas ) Id en buena hora á vuestro palacio, yo volveré al infierno de mi destino, al purgatorio de mi vida, hasta que los hados compadecidos de mi sufrir me arranquen el corazon. Id, Amelia, estais libre—juro por mi honor y por la memoria cara de mi madre que no os detendré. En aquel momento Eduardo introdujo la mano derecha á un bolsillo de su traje y sacó una cartera de cuero de Rusia, la abrió, buscó algo en ella y sacó unos pequeños objetos, agregando—aquí teneis, Amelia, un fragmento de vuestro vestido, que yo recogí del suelo cuando vos corristeis á vuestras habitaciones, despues que os recibí en mis brazos, de la rama donde estaba el nido de pajarillos ; aquí teneis unas flores, que vos pusisteis en mi mano en un momento tan solemne como dichoso para mí

diciéndome, despues de haberlas aproximado á vuestros labios: «guardad, Eduardo, este ramo de flores, y procurad que sus frágiles hojas no mueran agotadas por el soplo matador del olvido » ¿lo recordais?; y yo os contesté: «estas flores fragantes, Amelia, vivirán conmigo mientras lata este corazon, y os juro que el viento que tenga el poder de destruirlas, será el mismo que trunque mi existencia » —¿ lo recordais por ventura ?

Amelia en su tribulacion levantó sus llorosos ojos, miró con sorpresa aquellos conocidos objetos y exclamó :

—Sí, Eduardo!!!

—Bien, pues, si yo hubiese muerto en el lance que sostuve en la caverna de la Loma Negra, habriais encontrado estas reliquias por mí conservadas sobre mi ensangrentado corazon; pero puesto que la divina Providencia quiso concederme la vida, os devuelvo ese talisman. Sus hojas, señorita de Floriani, se han secado, sí, pero no por el soplo matador del olvido, sino por el calor de mi amor al abrigo de la fidelidad.

La presencia inesperada de aquellos objetos, era una prueba potente para Amelia, de la verdad con que era amada, de la fidelidad inquebrantable de Eduardo, y por fin una garantía positiva para su futura tranquilidad. Amelia, se había quedado aga-

¡Miserable! exclamó D. Luis, sin poderlo remediar, al ver tanta falsía.

«Mediante el permiso de mi bondadoso tío D. Antonio, y según entiendo con el beneplácito de vd. salí, de Paris con la intencion de viajar un poco y recorrer lo más importante de Europa.

«En efecto, mi querido padre, he visitado muchos países, donde se han ofrecido á mi vista grandiosos monumentos, que forman la admiracion de los antiguos y modernos tiempos, como las suntuosas Basílicas de la celebrada Roma, las de Lóndres, de Paris, de Grecia etc.

«He observado con éxtasis los museos, las obras de arte y cuantas maravillas hay dignas de llamar la atencion; pero al presente ansío llegue el momento de poderlo abrazar y tener el gusto de referirle cuanto mis ojos han visto.

«Estoy convencido mi querido padre que el viajar es muy útil para un jóven, porque se instruye y aprende fácilmente la historia del tenebroso pasado de esos caducos pueblos con sus errores, martirios, glorias y barbaries, mostrándonos á la vez el adelantado presente con sus descubrimientos y progresos. ¡Oh! si, padre mio, crea vd. el mundo es una escuela, ó más bien dicho un libro abierto encargado de enseñar la historia de todos los tiempos.

«Vd. debería viajar algo para juzgar con su buena

Eduardo recibió en sus brazos á su futura esposa lleno de alegría y entusiasmo, siendo aquella la última lucha de las dudas y la postrera hesitación de los amantes.

Juntos siguieron su paseo de recreo haciendo un largo giro por aquellos solitarios y amenos parages, hasta que llegaron á la orilla del mar algo fatigados, y ambos se sentaron nuevamente sobre un promontorio de piedra. Luego empezaron á recordar sus distintos pasados, sus peligros y sufrimientos ; entregándose por fin á recorrer con satisfacción la halagadora escala de felicidades que les esperaba.

El enamorado galan, con el título de futuro esposo aceptado, jugaba entre las suyas con una mano de Amelia, palpando sus bien modelados dedos y oprimiendo sus rosadas uñas : daba vueltas y revueltas, tocaba y retocaba aquella manecilla blanca, suave y sedosa. Con su dedo índice iba recorriendo las leves endiduras ó señales formadas en la palma de la mano por esa especie de **M** que todos tenemos y que en ella estaba perfectamente marcada.

El contacto y calor de la mano de Amelia iba comunicándole un enardecimiento latente, pues al fin y al cabo era un hombre, jóven y enamorado, que sentía circular por todo su ser el fluido magnético de la vida femenina de aquella ; y no obstan-

te los propósitos hechos por Eduardo de respetar hasta lo infinito á su amada, nó fué dueño de sí mismo y aproximó aquella mano á sus ardientes lábios, los posó con pasión sin poderlos apartar de ella ; pero sintió que Amelia hizo un brusco movimiento como si hubiese sido herida, movimiento que asustó á Eduardo y obligó á preguntarle :

—¿ Qué es eso Amelia ? ¿ Qué ha ocurrido ?

—Nada, Eduardo !

—¿ Cómo nada ?

—Es que sentí cruzar por mis nervios una chispa, eléctrica como si me hubiese quemado, pero en fin, no es nada, ya pasó.

—¡ Oh ! Amelia mía, exclamó el genovés comprendiendo todo lo hermoso de la frase, y con arrebató supremo volvió á besar una, tres y diez veces esa misma mano que aun no había abandonado. Miró extasiado aquellos ojos chispeantes, amorosos y sombreados ; contempló con febril ahinco aquellos rojizos labios que respiraban amor y deleite ; y por fin, tanto se había aproximado á ella que recogía de hito en hito, con su anhelante respirar el fugaz aliento de su amada.

—Qué hermosa, Amelia mía, es la inmensidad del mar, y qué límpida y serena se muestra su amplia superficie en estos momentos, en que las alas almizcladas del ángel de los amores se ajitan sobre

nosotros, saludando nuestra felicidad! Os confieso que la grandiosidad de los mares, de esas masas insondables que parecen acumuladas por la mano de Dios mismo para unir los dos hemisferios con un vínculo de fraternidad, siempre me arroban, y jamás miro su azulada superficie, ni escucho su cadencioso murmullo, ni abarco su circular horizonte sin sentirme extasiado. Su plácida calma, sus serenas corrientes y amplias ondulaciones me admiran tanto como la voracidad de la borrasca, y la impetuosidad del huracan, cuando ruge, brama, se encrespa, hierve y desencadena en espumosos y gigantes torbellinos, cual monstruo iracundo que avasalla, impone é intimida al más intrépido y valeroso.

—Sí, Eduardo, es grandiosa y admirable, como que ella no ha surgido de la mano del hombre sino del artífice todo-poderoso; pero yo no sé por qué ese gran estuario, aquellas caprichosas y elevadas montañas, esos amenos y risueños prados, estas fragantes flores, esas pintadasavecillas y ese eterno concierto de la naturaleza que está á mi vista, me entristece y oprime el corazon, como si un eco lejano me dijese, todo eso no es para tí! ni lo contemplarás por mucho tiempo!

—¿Qué decís, Amelia? ¿Qué ideas son las que cruzan por vuestra mente? ¿Es posible que acariicieis pensamientos tan lúgubres, cuando la felicidad



nos sonrie y cuando sólo debemos ocuparnos de nuestra dicha futura ?

—Qué quereis, Eduardo, no depende de mí, son imágenes que me rodean, ideas que me asaltan y que aun cuando desearía alejarlas de mí, no lo puedo conseguir y acaso tengo razon para ello.

—¿En qué forma, Amelia ?

—¡Oh ! Eduardo ! Vos sabeis bien cuánto he sufrido, y conoceis los accidentes que me han rodeado desde los primeros años de mi vida ; no ignorais que en mi edad temprana he perdido al más noble y digno de los padres, de una manera horrible ; que he sido objeto de un raptó, que he vivido sumida en una caverna de bandidos, que he sufrido vejámenes é improperios, soportando toda clase de humillaciones ; ¿y creis, Eduardo, que cuando la negra suerte persigue á toda mi familia y á mí, me será dado gozar en esta vida de paz y felicidad ? Oh ! Eduardo ! yo no lo espero, y es por ello que digo, que las horas de bonanza y contento no son para mí ; que los dias de ventura, de amores y placeres tampoco son para mí.

Mientras Amelia hablaba y esponía á su amante sus pensamientos, sus penas y martirios, las ráfagas suaves del viento agitaban sus cabellos y algunas de sus dispersas guedejas volaban acariciando el rostro de Eduardo, y cada roce de aquellos cabellos le

hacían el efecto de hilos eléctricos que al poner en contacto sus dos polos descargaban su fluido y hacían estremecer su sistema nervioso; pero Eduardo estaba gozando con aquellos cabellos viajeros que parecían ir á besar amorosamente su rostro.

El feliz amante se permitió levantar su mano y tomar aquellas hebras de pelo, diciéndole á Amelia: permitidme, amiga mía, os arregle un poco vuestros cabellos, y acompañando la acción á la palabra, los introdujo en sus trenzas; pero sin contestar á los infundados temores de aquella.

—Gracias, amigo, veo que sois algo entendido en materia de tocados.

—¿Es acaso un reproche que me haceis, Amelia, por la libertad que me he tomado?

—¡Oh! No Eduardo, de ninguna manera, vos estais autorizado para tener conmigo esta clase de cuidados, puesto que tantos otros me habeis dispensado con excesiva benevolencia.

—Vamos, Amelia, ahora lo que yo os pido, es que trateis de serenar vuestro espíritu y rodearos de cosas alegres. En cuanto á mí, trataré de no alejarme de vuestro lado, os hablaré de nuestra felicidad y próximo enlace, de esta nueva situación que se diseña para ambos, como si el cielo se hubiese apiadado de estos pobres y desheredados amantes; verdad es que, tras la desastrosa borrasca sobreviene la calma

y que en el perdido rastrojo al año siguiente se siembra, pues todo en el mundo tiene un ahora, un mañana y un despues.

Así se retiró aquella bella pareja para su casa, unidos y felices, sin pensar ya en los sinsabores y sufrimientos del pasado.

A partir de aquel momento todo fué alegría, amor, paz y concordia entre los futuros consortes, y empezaron á ocuparse en arreglar lo conveniente para su desposorio, preparando la casa de una manera humilde pero elegante, consultando sobre todo las mejores comodidades; puesto que la fortuna que Eduardo había heredado de su padre era cuantiosa y le permitía vivir muchísimo mejor. Recien habían empezado á llegar á la casa de comercio de Ottagno y Serra las primeras libranzas de los fondos testamentarios, lo cual ponía á Eduardo en condiciones de atender á todas sus nuevas necesidades, del modo más ámplio imaginable, en armonía con los que su esposa había gozado desde su niñez.

\*  
\* \*

Corrían los últimos dias del mes de Noviembre y era una mañana hermosa, aun que algo fresca en que la suavidad del aire, la claridad de la luz, el alborozado cantar de las aves, la tranquilidad del mar y la fragancia perfumadora de aquella exuberante vege-

tacion daba á la naturaleza un aspecto de alegría encantador.

Amelia se había levantado temprano, como tenía por costumbre, para gozar del aspecto del mar y solazarse en el ambiente grato de las variadas flores de su jardín, que ella y Eduardo cultivaban con prolija y hábil mano—Luisa, la buena muger que estaba á su servicio la acompañaba, pues ella tambien tenía pasión por las plantas y la ayudaba eficazmente en sus pequeños trabajos de floricultura, y estando ocupada de estas agradables faenas, oyó tambien el toque de la campana de algun templo no muy distante que probablemente llamaba á misa: aquel místico sonido le recordó que estaba de riguroso luto por la muerte de su padre, que aun no había oído una misa por el bien de su alma, ni dado gracias á la divina Providencia por haberla salvado de tantas asechanzas y peligros como había corrido su honor y su persona misma; sobre todo, sentía una necesidad imperiosa de entrar á un templo, de arrodillarse ante su Dios y hacer larga y contrita oracion; puesto que desde el terrible dia en que murió su padre y tuvo lugar el rapto de su persona, no había cumplido con los deberes de cristiana, puesto que vivió entre los bárbaros bandidos de la Loma Negra.

Amelia preguntó á su sirvienta:

—¿Ese toque de campana que se siente á lo lejos, ¿de dónde es, Luisa?

—Me parece que es de la Iglesia ó capilla que llamaban de los franciscanos, señorita.

—Desearía oír una misa. ¿Hay mucha distancia á esa Iglesia?

—Mucha no, señorita, se puede ir muy bien á pié, pues la mañana está algo fresca; pero si Vd. gusta, se puede mandar buscar una volanta de alquiler.

—No, nada de eso, al contrario, preferiría ir á pié para hacer un poco de ejercicio y conocer estos alrededores.

—En ese caso, yo la acompañaré y le serviré de guía.

—Bien Luisa, vaya Vd. y cambie de trage, mientras yo hago otro tanto.

—Ocho minutos despues se dirigían ambas á la Iglesia, y Amelia iba tomando datos sobre los edificios, calles y objetos que se le presentaban, pues todo era nuevo para ella, y Luisa se los suministraba más ó menos amplios y á su modo.

Entraron á la Iglesia que no pasaba de ser un templo de poco mérito, y como era dia de trabajo no había casi gente, sino unas pocas señoras de edad—Amelia al entrar sintió una satisfaccion inefable, viéndose bajo las bóvedas de un templo; su espíritu probó una dulzura deliciosa que la hizo exalar un profundo suspiro.

Detuvo su paso, y consideró aquella paz y sociego

como un refugio contra las tempestades de la vida y las agitaciones de la doliente humanidad: su alma se ensanchó en aquellas elevadas, frescas y místicas bóvedas, que formaban el más sensible contraste con la inmunda y criminal mazmorra de la caverna donde había vivido tanto tiempo.

Amelia creyó realmente que se encontraba cerca de Dios y que había reanudado sus antiguos vínculos con la religion de sus mayores. La verdad es que pocas mugeres habían sufrido en los primeros lustros de la vida tantas penas, infortunios, peligros y sinsabores como aquella criatura.

Recorrió los altares con devota atencion en compañía de Luisa, quien le suministraba algunos datos y esplicaciones; jamás le había parecido tan agradable la visita de un templo ni considerado la casa de Dios con el respeto que en aquel momento.

Se acercó al altar de nuestra Señora de Dolores y allí se hincó á fin de esperar á que saliera la misa pero muy poco tuvo que aguardar, pues en seguida vino casualmente al mismo altar y la oyó con el mayor recogimiento y devocion.

Terminada aquella, todavía se quedó haciendo oracion en medio de las lágrimas que brotaban abundantes de sus bellos ojos, pues el recuerdo de su padre, de su buena y cariñosa madre y de todos los suyos había enternecido por completo su corazon.

Allí se encontraba sola y abandonada, en un país extranjero y en una posición la más excepcional posible, sin el patrocinio de su madre ó hermano, sin amigos á su lado, y teniendo que resolver por sí sola las cuestiones más graves que pueden presentarse en la vida de una mujer joven y sin experiencia. Pidió á Dios que la iluminara y le diera acierto en sus resoluciones.

Amelia y Luisa salieron de la iglesia para volver á su casa, y aquella se echó sobre el rostro su denso crespon negro. Pocas cuerdas habían andado, cuando Amelia fué sorprendida de ver venir por la acera de enfrente á un joven de gallarda estatura y suma elegancia, que le pareció conocer aunque todavía venía algo distante; el hombre aquel también fijó sus miradas en ella con insistencia y luego que se aproximó, reconoció ser el Conde Carlos Visconti, cuyo personaje recordará el lector, que era uno de los que en la Corte de Milan arrastraba su ala amorosa á Amelia y que fué el matador del coronel Confalonieri en un desafío,—por celos ó rivalidades.

Visconti desde que se acercó á Amelia, marcó un poco su paso y la observó de arriba á abajo como queriendo reconocerla y dudando fuese la que él imaginaba, pues si bien le pareció ser Amelia de Floriani la encontraba muy alta y delgada, aunque por otra parte el luto riguroso que llevaba supuso debía ser

por su padre el General Floriani, pero lo intrigó un tanto la estatura de la persona.

En efecto, Amelia era, cuando tuvo lugar el suceso de Arona, una niña de limitada estatura, gruesa, ó por lo menos llena; pero el tiempo transcurrido, sus penas y sufrimientos habian contribuido á adelgazarla notablemente, y bien fuese que estando algo delgada pareciese más alta ó que realmente hubiese completado su desarrollo y desenvolvimiento, la verdad era que parecía mucho más alta y esto produjo las dudas de Visconti; además ¿cómo era posible que habiendo sido robada por los bandidos de la Calabria, sin haber podido jamás dar con ella su opulenta familia, se encontrara en Trieste? - todos estos argumentos lo confundieron al conde.

Amelia siguió su camino derechamente sin hacer el más leve movimiento, tal como si no lo hubiese reparado ó no lo conociera; pero como ella cruzó por dos veces de una vereda á otra con el fin de observar si Visconti se había alejado, y por el contrario, vió que venía siguiéndola á cierta distancia, calculó que el plan del conde no podía ser otro sino el de seguirla para ver donde entraba ó vivía, y por este medio averiguar cuanto le conviniese, pues Cárlos Visconti era uno de esos hombres de carácter emprendedor, de audacia y con un valor á toda prueba.

Este pequeño incidente la descompaginó á Ame-



lia y se vió atribulada sin saber qué partido tomar, pues no quería de ningun modo que Visconti supiese su domicilio, ni menos en las condiciones en que se encontraba respecto de Eduardo, porque esto podría venir á comprometer su situacion, alarmando á Eduardo y acaso provocar un conflicto. No atinaba con lo que debía hacer á fin de alejar á Visconti ó sustraerse á su pertinaz curiosidad; caminaba de una parte á otra como la aturdida mariposa dando vueltas y revueltas en derredor de una lámpara; en esto pasó un carruage de alquiler y súbitamente abarcó de un solo golpe, con el ingenio mugeril, cual era la estrategia que debía usar para salir del conflicto y salvarse.

—Luisa, llame vd. esa volanta, dijo Amelia con voz precipitada;—y Luisa obedeció sin decir palabra, pues estaba intrigada con lo que ocurría. Ambas subieron, haciendo Amelia que Luisa diera al cochero una direccion opuesta á la de su casa, encargándole que fuese con rapidez y que le daría buena propina.

En el acto, Amelia observó por el vidrio que había á su espalda y vió que Visconti apuntaba algo en su cartera, y pensó que no podía ser otra cosa que el número del carruage y el nombre de la calle en que había sido tomado.

Despues de haber andado un buen trecho y deja-

do á larguísima distancia á Visconti, iba á tomar la direccion de Muggia su residencia, pero pensó que Cárlos podia dar con el auriga y averiguar por él su residencia, mucho más cuando en su opinion había apuntado el número de la volanta, así pues, para completar su plan de defensa, bajó del carruaje, le abonó su honorario con la propina ofrecida y lo despachó; pero un momento despues tomó otro y se hizo llevar á su casa á todo escape, porque todavía temía que á Visconti se le ocurriese tomar algun carruaje y partir en su seguimiento, pero felizmente llegaron sin ninguna otra ulterioridad.

Una vez allí, hizo llamar á Eduardo y le refirió minuciosamente cuanto había ocurrido desde que salió de su casa con Luisa, hasta su regreso, sin omitir la más mínima circunstancia, pues su lealtad le aconsejaba no tener secretos para con el que iba á ser su esposo.

—Amelia mía, exclamó Eduardo lleno de sorpresa, este incidente inesperado me contraría grandemente y hasta me llena de terror.

—¿Porqué? interrogó aquella.

—Porque aun no sois mi esposa.

—Y aun cuando no lo sea, replicó Amelia ¿creis por ventura que una Floriani pueda ser perjura é indigna para con su prometido? No, Eduardo, pues aun cuando vos sabeis que el Conde Visconti aspi-

raba á mi mano y que por ese amor se batió con el malogrado coronel Confallonieri á quien mató en el duelo, no obstante, en aquella época mi corazón estaba enteramente libre y podía dar entrada á cualquiera simpatía, acariciar amores y dejar abrigar esperanzas; entonces yo era una niña que no conocía el mundo ni el infortunio; al presente Eduardo os he amado, he aprendido á sufrir, he probado la amargura del dolor gota á gota y por fin mi corazón os pertenece y me siento feliz con la idea de ser vuestra esposa.

—Gracias Amelia, esas palabras os levantan bien alto y me dan todas las seguridades apetecibles.— Eduardo tomó la mano de aquella y la llevó á sus labios con respeto y amor.

—Hoy mismo Amelia querida activaré las diligencias necesarias para realizar nuestra union, de acuerdo con lo que vos misma habeis resuelto.

—Si Eduardo, estais autorizado, proceded en seguida, pues esos son mis deseos, y sólo cuando me llame vuestra esposa me consideraré garantida y tranquila.

\*  
\* \*

Regresaba Eduardo á su casa esa tarde lleno de alegría, puesto que estaban ya para terminar las diligencias del matrimonio, despues de muchas dificul-

tades, las que sólo iban allanándose á fuerzas de emplear abundantemente el dios metal que todo lo subordina á su imperio, cuando al aproximarse á su hogar vió gente acumulada á su puerta—qué es esto Dios mio! exclamó Eduardo contrayendo el entrecejo ¿qué puede ocurrir en mi casa?

—Aceleró el paso poco menos que temblando y revolviendo allá en su mente una, dos y cien ideas distintas; ya creyó que podía haber fuego, que acaso la justicia hubiese penetrado dirigida por Alberto y que pretendieran apoderarse de Amelia; así pues entró desolado en su casa y abriendo campo, corrió á las habitaciones de Amelia que salió á su encuentro.

—¡Oh amiga del alma! ¿estais aquí?

—¡Claro!

—¿Nada os ha sucedido?

—No, nada, Eduardo.

—¿Nadie ha pretendido ofenderos ni llevaros?

—Nadie.

—Dejadme que me cerciore de que os tengo á mi lado, y luego se dejó caer en un sofá medio aturdido y palpitante.

Amelia asustada á su vez, lo interrogó diciéndole:

—Pero que teneis? ¿que os ha ocurrido?

—No es nada Amelia.

—¿Y porqué el rostro pálido y descompuesto? decid pronto Eduardo y ahorradme esta cruel ansiedad.

—Es que todo me asusta y sobresalta y hasta que no seais mía viviré en letal zozobra.

--Asi me sucede á mí, Eduardo; pero ahora esplicadme por piedad qué es lo que os ha acontecido.

Eduardo se tranquilizó y le espuso la causa de su congoja, es decir, que al regresar á su casa había visto porcion de gente reunida al rededor de su puerta, y temió que algo grave hubiese sucedido.

Luego agregó: puesto que estais aquí y que no os ha ocurrido desgracia alguna os suplico me digais qué significa esa gente que estaba á la puerta.

—Son curiosos que se habian reunido con motivo de haber traído mal herido al Gato.

--¿Al Gato? exclamó sorprendido Eduardo:

—Sí, dicen que en una pelea ha sido herido.

—Habrá sido á traicion, dijo Eduardo, ó entre muchos, pues el Gato no es hombre de dejarse acuchillar por nadie.

—¿Dónde está?

—Lo he hecho colocar en su cuarto, dijo Amelia, y Blandengue fué á buscar un médico, mientras tanto lo está cuidando Luisa.

Eduardo fué al segundo patio y se encontró con

aquel hombre valiente como la temeridad, poco menos que moribundo.

Cuando el Gato vió á su capitán, su primera palabra fué—«á traición.»

—Ya lo supongo, repuso Eduardo, pues al saber que estabas herido exclamé: ó han sido muchos ó le han pegado á traición.

Estaban en esa conversacion cuando entró Blandengue con el médico. Eduardo cedió á este su puesto para que ejerciera su ministerio.

El doctor se hizo cargo del enfermo, pidió una luz porque el cuarto era algo oscuro, reconoció prolijamente la herida, hizo la oportuna curacion con todo interés y prolijidad; recetándole una bebida y prescribiendo el tratamiento á seguirse.

Cuando el médico salió, Eduardo le preguntó su opinion respecto de la herida y declaró el Doctor que era irremediamente mortal, pues la daga había atravesado la masa esponjosa que está separada por el mediastino y el corazón, cruzando de izquierda á derecha, destruyendo las ramificaciones vasculares, arteriales y aeríferas que sirven de agentes naturales al fenómeno de la respiracion, y que por consiguiente, escasamente llegaría á la noche; sin embargo, dijo que volvería más tarde.

Blandengue no estaba con el Gato cuando ocurrió el lance, pues si aquel se hubiere encontrado allí hubiese sido otra cosa.

Parece que el Gato muy luego de llegar á Trieste entró en relaciones con una buena moza que vivía con un antiguo pirata de la isla de Córcega, que al presente trabajaba en las canteras, y era hombre de muy malas pulgas.

Ya Blandengue le había prevenido que tuviera cuidado, pues un dia ú otro iba á tropezar con dicho pirata y la cosa había de concluir mal, mucho más cuando iba á esos amorios siempre solo.

El tal Gato era un enamorado de primo carteló, y no lo arredraban dificultades ni peligros, y tal cual se lo pronosticó el amigo así le sucedió; es verdad que el goloso amante obtuvo triunfos y goces agradables en esa aventura amorosa, de la cual se jactaba ridículamente entre sus amigos.

El pirata Córcega llegó al fin á sospechar de su querida Casilda y de aquel hombre que era la sombra de su casa y con quien casi siempre tropezaba; cayó en unos celos tremebundos, pues se creía burlado, pospuesto y despreciado por aquel recién venido, y así juró vengarse de ambos, y ya se sabe lo que es una venganza corsa.

El Gato navegaba con viento en popa y con su casa á flote, libando á sendos tragos la dulce copa de los placeres que la pródiga Casilda le brindaba sin economías; en tanto que su celoso rival le preparaba una terrible celada, en la que no tardó en caer, y allí fué herido mortalmente á traicion.

Sin haber oído el Gato el pronóstico médico, comprendió que iba á morir, y pronto, pues sus fuerzas se fundían, su vista se oscurecía y todo su sér se apagaba como una lámpara falta de aceite, así pues hizo llamar á su capitán para hablar con él, y en el acto se presentó Eduardo.

—Capitán, le dijo el herido, de muchos lances he escapado con felicidad, pero no del Corso, verdad es que hasta cierto punto tenía razón, pues yo le había usurpado el amor de su Casilda; pero dejemos esto á un lado y vamos al objeto de mi entrevista antes que se apague mi vida. Deseo señor capitán comunicarle un secreto que algún día puede serle útil.

—Bien, habla amigo, dijo Eduardo, pues vió que cerraba los ojos y empezaba á hervirle la sangre en el pecho.

Un instante despues continuó el Gato :

—En años anteriores, señor capitán, yo estuve al servicio del judío Samuel Legri Conserge del Castillo del Diablo, cerca de Arona, que pertenece al conde de Floriani, hoy á su familia.

—Diablos! dijo, Eduardo, entre sí, dónde irá á parar este asunto.

—Y fuí yo, continuó el enfermo el que dió muerte al jóven Cárlos, de quien el judío tenía celos, pues con ó sin razón lo suponía amante de su muger que era jóven y muy hermosa.



El Gato suspendió su relacion por un rato, tomó un poco de aliento y continuó :

—Tengo que abreviar mi asunto por que se van debilitando mis fuerzas, y escapan mis ideas.

—Bien amigo, acorta cuanto puedas el relato para que no te fatigues, pues el médico encargó que no se te permitiera hablar ni agitarte por cosa alguna.

—¡ Ah ! ¿ y qué opinó el médico de mi estado ?

—Dijo que la herida era grave, pero que no desesperaba de salvarte, así, pues, espresa tu asunto en pocas palabras ; lo cual aconsejaba Eduardo más que por el interés del enfermo, por su curiosidad creciente.

—El judío Samuel, prosiguió el enfermo, á quien uponían muy rico, tenía encerrado sus caudales debajo del confesionario que está en la capilla del Castillo, cosa que descubrí por un evento, pero que jamás lo dije á nadie. Probablemente el judio al morir, reveló el secreto á D. Luis Ferri, vuestro padre, pues de otro modo no podría haberlo adivinado. Yo conocía todos los subterráneos, pasillos y secretos del palacio, y despues de la muerte de Samuel busqué los medios de introducirme en el Castillo y penetrar por un pasadizo que dá al altar mayor, para lo cual elejí un día en que había una féria en el puerto y que todos los em-

pleados del Castillo habían obtenido licencia para asistir, pues presumía que en aquel día estaría solo el Castillo y podía hacer bien mi tiro. Todo me salió perfectamente. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar cerca del altar me pareció oír ruido en la Capilla, y en efecto redoblé mis precauciones, llegué hasta un pequeño agujerito que hay practicado espresamente en una tabla del camarín de la Virgen, y me encontré con vuestro padre que se ocupaba en sacar el caudal, ó cerciorarse de su existencia. En aquella situación no había más que dos caminos, entrar, matar y robar, ó abandonar el asunto por el momento y esperar otra ocasión más propicia; opté por esta última. Yo, no os conocía á vos, señor Capitan, en aquella época, pero ahora me felicito de no haber tomado el primer temperamento, pues habría muerto á vuestro padre y vos no habriais recibido la fortuna que hoy heredais; pues la verdad es, que despues, ya nunca pude volver á penetrar en el Castillo; pero como os casareis con Da. Amelia, y algun día ireis á él, recordad que debajo del confesonario está el gran entierro, que puede haber sido estraído por vuestro padre ó acaso sólo lo haya hecho en parte; por último prestadme atencion á lo que voy á revelaros que es de suma importancia; sabed, señor capitan, que. . . en aquel momento se produjo en el enfer-

mo un gran vómito de sangre, y cayó fundido sobre sus almohadas, quedando aletargado y sin conocimiento. Desde aquel momento se agravó de tal modo el bandido que al entrar la noche dejó de existir, como lo había pronosticado el médico.

Recien, Eduardo, vino á darse cuenta con esta revelacion del origen de la sorprendente fortuna de padre que había admirado á todo el mundo y mucho más á él.

Consignó en su cartera los datos principales de aquella confesion en una forma que él solo pudiera comprender, en precaucion de un posible extravío que pudiera ocurrir, para que si algun día llegaba á poner sus plantas en el Castillo de la familia Floriani, tuviera los datos precisos para poder buscar el codiciado caudal.

Las revelaciones del Gato venían á dar luz y claridad á ciertos hechos ignorados ó mal interpretados, y que acaso habrían quedado sepultados en el olvido; siendo solo de lamentar que la muerte se hubiese apurado tanto en apoderarse de aquella alma perdida y criminal, sin darle tiempo á desembuchar sus secretos, y descargar su negra conciencia, puesto que él mismo le pidió prestara atencion que iba á decirle cosas de la mayor importancia.

La justicia conocía la historia de la enterrada en vida, es decir, que aquella pobre muger había pa-

sado por muerta ante el mundo, no obstante existir; que ella fué encerrada allí por su marido, sin duda por celos, y que acaso todo aquello estaba rodeado de algun crimen; no obstante que ni el Juez, ni Eduardo conocian la parte del delirio que tuvo el judío Samuel momentos antes de morir, donde nombró á Cárlos, á la adúltera esposa, al Gato, etc., etc.

Eduardo acababa de adquirir la certeza más completa de que la muger encontrada en los subterráneos del Castillo era la esposa del judío, que el Gato había asesinado al amante de ella, llamado Cárlos, por orden de Samuel, que las riquezas que éste poseía estaban escondidas debajo del confesionario de la capilla; y que probablemente el judío se vió obligado á revelar todo esto á su padre D. Luis, en sus últimos momentos, para encargarlo de la ejecucion de su postrer voluntad, que no podría ser otra sino que esos caudales fuesen entregados á determinada persona ó acaso que los distribuyese de tal ó cual manera.

Siguiendo en este orden de ideas y de suposiciones, Eduardo se dijo: como la muger de Samuel murió momentos antes de llegar los que pudieron haberla salvado y esclarecido los hechos, probablemente mi padre se declaró por sí y ante sí hereadero forzoso y único del Israelita y entró en posesion

de sus cuantiosos bienes ; siendo más que probable que mi padre los haya retirado en el todo ó por lo menos en parte, segun la suposicion del Gato apoyada en el encuentro de la capilla ; de modo que si algun día llego á penetrar con mi Amelia en el misterioso palacio del Diablo, ya trataré de verificar las cosas y apropiarme lo que aun hubiese quedado del dichoso entierro ; pues no será estraño que mi buen padre, que Dios guarde, no haya querido sacar el todo para no aparecer tan estremadamente rico, y haya dejado una buena parte en la hucha del confesionario.

\*  
\* \*

Retrocedamos un poco.

Cárlos Visconti creyó, en efecto, haber reconocido á Amelia, apesar de su denso y negro velo, y aun cuando la estrategia del carruage lo había desorientado por completo y no pudo dar con la residencia de la que suponía ser la hija del general Floriani, se propuso buscar el cochero que la llevó y cuyo número del carruage había tomado en su cartera, y al fin dió con él ; pero nada pudo sacar en limpio por las razones que ya conocemos ; pero en el acto escribió á Alberto de Floriani narrándole minuciosamente cuanto había ocurrido, y asegurándole que en su opinion era la misma Amelia, aun-

que no lo había podido constatar de una manera positiva.

Cuando esta carta llegó á poder de Alberto, este ya tenía datos amplios sobre la direccion de Amelia; de modo que siempre sirvió de mucho, pues vino á quedar convencido de que la persona que Visconti había visto saliendo de la Iglesia en Trieste, no podía ser otra que su hermana, por lo que en el acto arregló su viaje, decidido á no descansar hasta dar con ella y castigar á su raptor.

Debe advertirse, que cuando Alberto llegó á Nápoles, por informes tomados allí, se convenció que había sido víctima de un ardid ó engaño, pues los fugitivos no habían ido á Nápoles; así pues, despachó al Sargento de Policía y se quedó con sus cuatro hombres.

Envió á Michelino á Milan llevando su correspondencia para su señora madre, en la cual le daba cuenta por estenso de lo que ocurría y de los últimos datos que tenía, que concordaban con los de la carta de Carlos Visconti, espresándole que no podía tardar sino unos pocos dias para dar con su hermana. Andrés quedó en Nápoles para ejecutar all ciertos encargos que se le hacian, y Alberto marchó, segun lo hemos dicho para Trieste con su fiel Antonio y Bautista, donde llegaron sin tropiezo alguno.

Rodaba uno de esos días algo nublado y frío, es decir, de aspecto triste, que nos concita á la meditación y al recuerdo del pasado. Recien empezaban las primeras horas de la mañana y tres hombres entraban al Hotel Florencia, uno de ellos adelantándose un poco hácia el gerente del establecimiento, que salió á recibirlos, le pidió dos piezas, una con vista á la calle para él, y la otra interior para sus acompañantes, todo lo cual les fué preparado en dos minutos, y así quedaron instalados.

Segun las prácticas de los Hoteles Europeos, cuando entran huéspedes se les toma sus nombres y nacionalidad para fijarlos en el tablero indicador y dar el aviso competente á la autoridad local.

Estos tres individuos no eran otros que el conde Alberto de Floriani y sus sirvientes Antonio y Bautista, transformados en ayudantes, edecanes ó secretarios.

Los dos últimos dieron sus verdaderos nombres, lo que poco importaba, puesto que no podían ser conocidos por persona alguna y sólo Alberto desaristocratizó su apellido y aun lo alteró puesto que dijo llamarse simplemente Alberto Moriani.

Como no sabía el conde los sucesos que allí podían desarrollarse, creyó más prudente mutilar ó alterar su apellido, dando el de Moriani por Floriani, pues al fin y al cabo siempre podría alegar y

explicar su conducta, diciendo, que el gerente habría entendido mal ó confundido su apellido, tomando la *Fl* por una *M*, lo que realmente era muy fácil y no podía acusar ideas ó propósitos preconcebidos.

Luego de arreglar Alberto su persona y su traje salió con Antonio y Bautista, llevando cada uno sus respectivas armas para dirigirse á Muggia de acuerdo con los datos é instrucciones que traía.

---



## CAPÍTULO XXI

---

### El matrimonio

---

Eran recién las ocho de la mañana de aquel día sin brillo y triste, las calles estaban solitarias, pues aun no había empezado el movimiento del comercio, y sólo una que otra persona se veía cruzar con ese paso presuroso que siempre lleva el que va con alguna ocupacion.

Un limitado cortejo salía á esas horas de la Iglesia de que antes se ha hablado, acompañando á dos jóvenes esposos que en aquel momento acababan de unir sus destinos ante Dios, con la bendicion del sacerdote y el perfume del incienso de los cristianos.

El joven llevaba una cara radiante de felicidad, su fisonomía tenía algo de beatífico y sus ojos la esplendidez de la dicha. Eduardo Ferri que era el joven de quien venimos ocupándonos, no tenía su corazon acostumbrado á las fruiciones del contento, pues á excêpcion de algunos dias de torpes goces y reprehensibles licencias que probó en la

babilónica Paris, cuando recién salía de la pubertad, fué después su vida un camino de abrojos, un tejido de zozobras y una cadena no interrumpida de extravíos y locuras.

Recién el amor de Amelia había venido á fijar sus ideas, á purificar sus tendencias y despertar en él el deseo vehemente de ser bueno, prudente y virtuoso.

No es fácil trasladar al papel ni fotografiar con la pluma el semblante de un hombre que después de días agitados, negros y turbulentos, llega á un puerto bonancible de amores, de paz y de felicidad. Es preciso haber conocido la miseria para estimar las riquezas, haber tenido enfermedades para valorar la salud, y sido desgraciado para apreciar la dicha. ¡Oh! el corazón de Eduardo en aquel momento viéndose ya esposo, dueño y señor de su bien amada Amelia no cabía en su pecho, tal era su alegría y satisfacción. Le parecía que aquello era demasiado para él, que tanta felicidad superaba á sus esperanzas y á sus mismas pretensiones, reconociendo que Dios se mostraba demasiado bondadoso con él.

La joven esposa, llevaba un luto riguroso de merino y el negro crespon que completaba su *toilette* fúnebre lo había echado hacia atrás, permitiéndose esta libertad en honor á sus bodas; así es que, el

negro opaco del merino hacía resaltar con mayores quilates la blancura y belleza de la reciente esposa, que iba, no hermosa, sino espléndida, sublime y angelical; sus negros ojos bajo la pálida y blanca bóveda de su frente, fulgían como dos astros en medio de un cielo transparente; no obstante, Amelia se hallaba algo agitada por diversos afectos, pues si bien rebosaba de satisfacción al verse del brazo de Eduardo ya su legítimo esposo y su dueño, sentía empero alguna inquietud, y no pudo atribuirlo á otra causa, sino á la falta de intervencion de su familia en aquel acto tan solemne, que decidía de los destinos de su vida.

Aquella feliz pareja marchaba, hasta cierto punto, tranquila y serena, olvidando su triste pasado de agitaciones, peligros y sinsabores, pues la verdad es que la humanidad no vive del pasado sino del presente y del porvenir; así pues, el hombre que antes fué rico, amado y feliz, y al presente se ve desechado, pobre y desgraciado ¿qué le importan los goces, amores y riquezas de ayer? ¿qué las felicidades y placeres de otros días? Nada absolutamente nada; mientras que por el contrario, el que fué perseguido, y sufrió miserias, infortunios y todos los dolores que suelen herir una existencia ¿qué le importan, si al presente es feliz y dichoso en todo sentido? Nada, pues los dolores y martirios de otros días no alteran la dicha del presente.

Eduardo y Amelia sólo sentían, ahora, la grata influencia de su felicidad presente, pues se habían unido con todas las ilusiones que prestigian el matrimonio; porque á la verdad ¿qué sería de la vida si nos faltasen esas ilusiones halagadoras que exaltan nuestro espíritu y aumentan los tesoros de la mujer? Esas ilusiones palpitantes del alma que nos dan reflejos diamantinos y auras vivificadoras, cuyas rápidas corrientes envueltas en misteriosos celajes nos impulsan magnéticamente y nos hacen navegar en el mar venturoso de los placeres: esas ilusiones, repetimos, que cual chispas de pedernal vatido por acerado eslabon, saltan luminosas y candentes para incendiar nuestro corazon resecaado por el calor de juvenil pasion. ¡Oh! esas ilusiones nos son necesarias aun cuando algunas veces suelen ser engañadoras; y sino, arrancad con mano profana é impúdica el velo misterioso de una vírgen y entonces os hallareis delante de una repugnante desnudez ó realidad; pues si bien el hombre es el acero y la mujer el imán, es preciso que exista una fuerza atrayente, y por eso es útil el misterio y las ilusiones fascinadoras del pudor y del amor. Sabemos bien, que para ciertos hombres que se titulan filósofos, y que no son sino seres escépticos, la primera aurora del matrimonio no es sino el crepúsculo de la agonía del amor, y para otros no tiene más im-

portancia la posesion del tesoro conyugal que una mujer menos que desear; pero nuestro Eduardo se había unido con Amelia profesándole un culto, amándola tierna y apasionadamente, no por la satisfaccion de un capricho carnal, no por la codicia de su fortuna, no por lo encumbrado de su alcurnia, sino porque había llegado á conocer todas las virtudes que atesoraba aquella angelical criatura, donde reflejaban luminosamente como planetas de su cielo espiritual, bondad de carácter, dulzura de genio, vasta instruccion, y por último valentía y firmeza para defender su honor y dignidad. Amelia, pues, era acreedora á ser amada por un monarca ó potentado de la tierra, y si bien Eduardo no se hallaba sino muy distante de tal gerarquía, tenía no obstante juventud, suficiente, fortuna y un amor acendrado hacia su esposa.

Cuando Eduardo recibió por la interposicion del sacerdote la mano de Amelia, y pudo considerarse dueño legítimo de ella, levantó sus ojos al cielo y en silencio exclamó:

—Dios mio, uno de tus atributos es el de «Misericordioso» y veo que has tenido misericordia de mi, que has aceptado mi sincero arrepentimiento y me has perdonado los inconcientes estravios de mis primeros años, puesto que me otorgais la más grande de las felicidades, permitiéndome ser esposo de este angel.

Llegaron á su casa habitacion que había sido engalanada coqueta y elegantemente para los felices esposos, y al entrar ya no se dirigió Eduardo como antes al lance de la izquierda, sino que ambos entraron al departamento de la derecha; de modo que ahora podemos decir que aquellos dos jóvenes tomaban posesion de su estado conyugal, para entrelazar dos voluntades, confundir dos almas y asimilar dos corazones que al fin llegaban á las playas doradas y apetecidas de la felicidad.

Despues de hacer servir un ligero obsequio á los Señores Ottagno, Serra, Cunni y otros pocos amigos que los habian acompañado, apuraron algunas copas haciendo votos por la felicidad de los nuevos esposos, y se retiraron todos.

Ambos quedaron solos y unidos; eran consortes bendecidos por la Iglesia y estaban colmadas sus legítimas aspiraciones. Eduardo en aquella situacion, al pronunciar su primer palabra, la estrechó fuertemente contra su corazon, exclamando:

—Con que al fin Amelia eres por siempre mia!!

Ella se dejó abrazar con cierto abandono, como si la dicha hubiere embargado sus sentidos, pero un beso conyugal y ardiente como lava de erótico volcan la estremeció, sacándola de su extasis pasagero. Aquel beso, aquel tierno abrazo, exordio grato de aquella reciente union se prolongó en nervioso arro-

bamiento para desatar más tarde el dulce broche de inusado nudo, y Eduardo en su gozar sublime volvió á exclamar:

—¡Con que al fin, Amelia, eres mía!

—Si, mi Eduardo, por siempre tuya, agregó ella con vos muy baja y algo temblorosa.

—Acercaté más, querida, aquí contra mi pecho, déjame verte bien y que pueda abrazarte, aspirar tu aliento, embriagarme en tu mirada y que con mis labios abrasados y sedientos beba en los tuyos la dulce ambrosía de tu amor; si, déjame cerciorarme de que Amelia de Floriani es mi esposa, que ya ningún poder del mundo me la arrebatará, y que juntos, unidos y felices cruzaremos nuestros días sin temores ni agitaciones. Dime, Amelia que me amas, que eres dichosa reposando sobre mi corazón, que te placen mis caricias, porque has de saber Amelia que tengo hambre de tu amor, que quisiera ocultarte aquí dentro del arca de mi pecho, para que nadie gozara de una de tus miradas, para que ningún mortal llegue á profanar con sus deseos las límpidas hojas de tu fragante amor.

—Sigue Eduardo, sigue, que oiga yo ese poético lenguaje de esa pasión que despierta la mía mal dormida, y me lleva feliz en alas de tus armonías á la cumbre rica de soñados encantos.

Un prolongado abrazo y un ósculo dinámico resonó

en la solitaria habitacion. Aquel natural y justo transporte de amor fué el primer lazo que ató y unió aquellas dos almas, que despues de sufrir tremendas tempestades, podían al fin ver lucir la calma y despejarse el cielo de su ventura, con la clareante aurora de su nueva situacion.

—Ven, mi Amelia, aquí al sofá, ven, muger querida, por quien tanto ha palpitado mi corazon, ven tímida y candorosa paloma donde yo pueda saborear mi dicha, esta dicha que ha sellado la Iglesia y que no será turbada.

—¡Calla! ¿qué estrépito es ese? exclamó Eduardo sobresaltado, y separándose bruscamente de Amelia, corrió al patio en momentos en que la sirvienta Luisa venía muy agitada y con una cara en la cual se pintaba el pavor.

—¿Que hay? preguntó Eduardo.

—Son unos señores que pretenden entrar sin darme tiempo á que avise á vd.

—Qué nombres han dado, quiénes son los que así atropellan el domicilio privado? dijo Eduardo con voz tonante.

Ya lo vais á saber, capitan de Bandoleros, soy yo el Conde de Floriani, gritó este con eco iracundo, avanzando mas. Que veo! Dios mio! exclamó Alberto azorado al acercarse y reconocer á Eduardo:

—Es posible!



idea de encerrar la cúpula de San Pedro dentro de otra de material y superponer sobre estas dos, otra de costillas de fierro y chapas de plomo, para defender la interior que está revestida de mosaico, de la incuria de los tiempos.

La condesa y su hija estaban encantadas de las ideas de Eduardo, y este que comprendió perfectamente lo que pasaba en su auditorio, trató de aprovechar tan buena coyuntura para lucirse en los conocimientos que tenía de los países que había recorrido, no solo con la mira de agradar al conde y á su familia, sino para recomendarse ante su padre que estaba poco menos que con la boca abierta; pero para no parecer charlatan, guardó una circunspeccion y seriedad que parecía un inglés ó un hombre de mayor edad y larga esperiencia, dándole todo mayor realce á su conversacion.

Luego, continuó Eduardo, hablando sobre España, Suiza y otros países, pero haciendo siempre reflexiones preciosas y comparaciones dignas.

Muy luego se retiraron el padre y el hijo, dejando una impresion agradable en aquella familia la persona de Eduardo, quien usó al despedirse de esa cortesía francesa y aristocrática que encanta, pero al acercarse á Amelia para estrecharle la mano uno y otra se miraron con tal interés que Eduardo osó otra vez retener un leve instante la mano preciosa de

Retratemos el desenvolvimiento de este drama del mejor modo posible.

Eduardo presintió en el acto la escena que iba á tener lugar y trató de prepararse á resistirla para salvar á su esposa, pues se creía bien seguro con su titulo de tal; comprendiendo recién que si se hubiese demorado un sólo día, un momento más en la celebracion del matrimonio, todo se habria perdido para él, en tanto que ahora el mismo Alberto ya no podía proceder contra el esposo legítimo de su hermana, circunstancia que creía debía favorecerle grandemente.

Amelia, que como hemos dicho, estaba en un extremo de la sala, aparecía más hermosa que nunca pues la palidez mortal de su semblante, resaltaba sobre el fondo negro de su luto rigoroso, y temblaba aterrorizada al ver á su hermano en la actitud terrible y amenazadora que se presentaba; pero de un golpe de vista apreció la situacion embarazosa en que se encontraba en aquel momento y guardó una actitud reservada, esperando el desenvolvimiento de los sucesos; mucho más desde que Alberto había apostrofado á su esposo con el duro titulo de asesino y de capitan de Bandoleros, todo lo que la obligaba á mantenerse distanciada, para defender los derechos de su marido, pues si hubiese corrido á los brazos de su hermano despues de ese tratamiento,

ostentando su esmeraltado tapiz y las juguetonasavecillas revoleteaban aquí y allí.

Eduardo había salido á pasear á caballo como tenía por costumbre, dirigiéndose á un paraje agreste y solitario, entrando luego en un camino estrecho y escabroso; y muy luego llegó á una taberna de pobre aspecto llamada «Taberna del Zorro», descendió con notable ajilidad y en seguida penetró en ella.

Sentóse en una mesa á la derecha, pidió un periódico y un vaso de cerveza que le fué servido en el acto y empezó á recorrer la seccion de noticias, luego tomó su vaso y no bien había apurado el primer trago cuando se le presentó el hombre flaco de ojos verdes y sombrero de castor que vimos á orillas del Lago Maggiore el dia que Eduardo llegó á Arona.

El hombre saludó á Ferri con sumo respeto y sombrero en mano, metió su mano derecha en el bolsillo, sacó una carta y se la entregó.

Eduardo le hizo una seña para que se cubriera y se sentara, luego rompió el envelopp de la carta y empezó á leerla; pero á juzgar por el semblante de aquel jóven no debía ser asunto de amores ni muy agradable lo que contenía aquella misiva. En seguida golpeó las manos y en el acto apareció en el dintel de la puerta una muger como de unos treinta

—Apartate te digo, ó ensucio mi espada en tu inmunda sangre.

—Señor Conde, repuso Eduardo, pálido mortal y reprimiendo su ira:

Respetad á quien no os insulta y tened la bondad de escucharme un momento.

—Apartaos asesino de mi padre, ó vive Dios!.....

—¡Alberto! exclamó Amelia asustada al ver la actitud de su hermano, no os ofusqueis, esperad, oid lo que debe esplicaros Eduardo y lo que yo misma tengo que deciros en justificacion de mi esposo.

Pero el conde ciego de ira, sin oir las últimas palabras de su hermana ni detenerse más, le grita:

—Por la última vez, de retro asesino y avanzó á tomar á su hermana diciéndole:

—Ven desgraciada, ven, sigueme.

Eduardo que perdía por momentos su calma, no pudo reprimirse al oirse tratar nuevamente de asesino y ver que le arrebataban á su Amelia, dió un salto, se interpuso entre esta y su hermano, gritando con vos desesperada: No, conde de Floriani, no la llevareis pues me pertenece ante Dios la Iglesia y el mundo, no podeis llevarla. Sobre todo señor conde yo os pido que me oigais un breve momento antes de injuriarme.

Al interponerse Eduardo para arrancar la mano de Amelia que su hermano había tomado en actitud

de arrastrarla y llevársela consigo, Alberto con la mano izquierda pegó una puñada en el pecho á Eduardo que resonó como si hubiese sido descargada sobre un tabique.

—¡Alberto! exclamó Amelia aturdida, al ver la tropelía de su hermano:

—¡Conde!! gritó Eduardo:

Vive Dios que me habeis ultrajado y que si no fuerais el hermano de Amelia os haría pagar con la vida tamaña ofensa; pero con algun esfuerzo arrancó á Amelia de manos de su hermano, y la tomó con su brazo izquierdo que lo pasó por la cintura, quedando asi ambos unidos.

Alberto tiró de la espada y le dijo:

—Defiéndete, miserable, aun cuando no debo batiirme con un salteador de caminos, con el asesino de mi padre.

Eduardo temblando, fúlo é iracundo al fin fué víctima de la colera y arrebatado y ciego tomó su espada; pero Amelia se interpone entre la punta de ambos aceros gritando: Eduardo mio, por Dios, arroja tu acero, mira que es mi hermano y no puedes batierte con él. Yo te lo pido en nombre de mi amor.

Eduardo al oir la reflexion de su esposa, bajó su acero y exclamó:

—¡Doloroso sacrificio Amelia! estoy desarmado, y tiró su espada.

Mas Alberto en el colmo ya de su furor poseido de la ira y ciego de colera, con una rapidez asombrosa que no dió tiempo á impedirlo, sacó del cinto su pistola, hizo fuego y Eduardo lanzó un tremendo grito cayendo derribado por la bala que había atravesado su corazon.

Un mugeril chillido, agudo, destemplado, aterrador é imponente se oyó en aquel recinto y Amelia gritó:

—Bárbaro! que habeis hecho!!.....has muerto á mi esposo, y corrió desolada donde Eduardo se revolcaba con las ansias de la muerte en su propia sangre.

Amelia lo agarra lo besa con pasion, lo abraza y le dice:

—Eduardo mio, esposo querido, te han herido, háblame, dime que no es nada, abre tus ojos, mírame amigo del alma, soy tu Amelia, tu querida, tu esposa, la que daría su vida por la tuya!!

Eduardo abrió en efecto sus ojos opacos y murientes, miró á su Amelia, le estrechó la mano y exclamó con voz sumamente debil:

—Perdono á tu hermano Alberto y muero sin rencores contra él, pero con el dolor de dejarte en el mundo sin amparo y sin protector.....La bendicion del cielo te hizo mi esposa, la ira injusta de tu ciego hermano arrebató mi vida, cuando aun no se había desprendido de tu hermosa cabeza el velo de novia.

¡Oh Dios mio, morir al llegar al puerto de mi ventura, al tocar la felicidad, al realizar mis sueños—¡que quereis Amelia! Dios me deparaba desposorio y tumba para un mismo dia, Dios me dejó entreveer por un momento una aurora de ventura, para en seguida cerrar mis ojos y lanzarme en la oscuridad sin fin de la muerte.—¡Oh! yo creí vivir más para gozar de tí y palpar tu corazon, y amar tu ser, y beber tu amor, y oprimir tu pecho y aspirar el perfume de tu alma; pero todo, todo me niega el Cielo—todo, todo, me arrebató en un momento—y todo, todo desaparece ante la nada de una vida que huye y escapa—Dios y Señor de los Cielos, un dia, un dia más de vida te pido, no es mucho por cierto un solo dia y despues la muerte; pero no, ya no hay esperanza—cúmplase Señor tu voluntad, pues yo acepto tus decretos, me someto sin desesperacion á tus fallos, acato tu ley y sólo te pido paz y consuelo para mi inocente é infortunada esposa y viuda.

No llores mi Amelia, consuela mi agonía; pero mi vista se nubla, no te discierno Amelia, ya no te veo, pero aun oigo tu llanto, siento que oprimes mi mano—y la voz del moribundo se apagó un tanto—Despues de una breve pausa, abrió otra vez sus ojos, miró á su esposa y con voz desfallecida le dijo:

—Mi Amelia ya lo ves... ¡muero! pero con tu nombre en mis labios, tu recuerdo en el alma, adios mi...

Ame...y su cabeza cayó con pesantez para no volver á la vida.

Amelia se levanta con el cabello erizado, se agarra con ambas manos el pelo, lo estruja y despedaza, corre de uno á otro lado derramando un mar de lágrimas; de repente se para y mirando á Alberto le dice:

—Mátame...mátame te digo; y viéndolo inmóvil corre hacia su hermano para apoderarse de la pistola que aun conservaba en la mano.

Alberto retrocede horrorizado y oculta el arma.

Amelia fuera de sí, se dirige á Bautista y á Antonio y exclama:

—Matadme, matadme os digo—qué ¿sereis tan bárbaros que pretendais dejarme la vida habiendo asesinado á mi esposo?

—Amelia, hermana mia! exclama el conde.

—Calla, calla hombre temerario, hermano cruel y bárbaro, has muerto cobardemente á mi esposo, sí, á mi legítimo esposo que se hallaba desarmado.

Alberto se quedó frío al oír la aseveracion de que era su legítimo esposo.

—Has derramado la sangre inocente de ese jóven, continuó ella, sin querer oír su justificacion ni juzgarlo, cuando él defendió mi vida esponiendo la suya, salvó mi honor y respetó mi virtud. Huye de mi,



asesino vulgar, huye hombre maldecido, tú no eres mi hermano, no eres un Floriani, ni un noble, ni tienes alma ni corazón, no, tan sólo eres tú un cobarde que hace uso de sus armas contra un hombre indefenso; y corrió de nuevo como una loca hacia donde estaba el cuerpo de su marido, dobla una rodilla, lo llama á grandes voces, lo mira, lo abraza, le pide que no la abandone, que la escuche, que le responda y alzando sus manos, dirige sus miradas al cielo y esclama con acentos desgarradores:

—Dios y Señor de las misericordias, vos que todo lo podeis, no os lleveis á Eduardo, aguardad señor, dejádmelo un dia más, ved cuanto hemos sufrido y cuanto nos hemos amado; por piedad no me le arrebateis, y considerad que es un jóven, que recién se había unido á la muger querida, que es cruel mostrarnos la felicidad, acercárnosla á los labios, y en el momento de ir á gustarla, abrir el insondable abismo á nuestros piés y lanzarnos en él. Y volviendo la vista despues de esta plegaria hacia Eduardo, lanza una especie de carcajada ó tremendo sollozo, esclamando:

—No, no, mi Eduardo está muerto, ya no late su corazón generoso y amante, ya no miran sus ojos hermosos, ya no vibra su eco simpático y dulce— ¡Oh! mi Eduardo, haz un esfuerzo y háblame.

Pero Eduardo había dejado de existir y su alma elevádose á la eternidad.

Antonio y Bautista se acercaron al conde, y el primero le dijo al oído:

—Señor creo que Vd. se ha precipitado demasiado que ha procedido con violencia y me permito recordarle que nos hallamos en país extranjero, que al fin y al cabo, con ó sin razon ese hombre ha sido muerto por nosotros, no en duelo ni en pelea, y que en definitiva, si el señor conde me permite, que hable con franqueza.

—Sí, habla, Antonio, habla.

—Pues bien señor, Dn. Eduardo ha sido asesinado por nosotros estando él indefenso, así pues señor conde, nuestra posicion es por demás embarazosa en este momento, y en cuanto la justicia tenga conocimiento del hecho iremos todos á la cárcel sin poderlo evitar.

—Veo que tienes razon, Antonio, que cuanto espone es la verdad, puesto que le he asesinado cobardemente en vez de entregarlo á la justicia; pero yo cegado por la cólera y con mi genio arrebatado no he podido contenerme y he cometido un crimen ante la ley y la justicia; pero ante mi conciencia he castigado á un bandido infame, asesino de mi padre, raptor de mi hermana y seductor de la misma, acaso por la violencia ó por otros medios, igualmente criminales.

—Pero señor conde agregó Bautista, todo eso será

ó no cierto pero no está comprobado ni tenemos las pruebas necesarias; por otra parte, más bien parece que hubiere sido el Comandante de los bandidos el autor del crimen, puesto que Dn. Eduardo se batió con él por salvar á la señorita Amelia, y en definitiva, señor, ese hombre ha sido asesinado, y nosotros debemos huir en el acto y sin pérdida de momento, quedando para despues el buscar los medios ó argumentos que espliquen satisfactoriamente los hechos, á fin de salvarnos ante la justicia y la opinion pública.

Los tres se retiraron á un lado para que Amelia no pudiese oír lo que hablaban, y Antonio volvió á tomar la palabra diciéndole:

—Si el señor Conde me permite, le observaré, que tanto Dn. Eduardo, cuanto Doña Amelia, pretenden que su señoría no ha querido oír la justificacion del primero; y pudiera suceder que el señor Conde estuviera equivocado ó que los informes que hemos recibido no fuesen exactos, al menos en parte.

—Hombre! aun cuando creo que nuestros datos son fidedignos, sin embargo, algo pudiera haber de lo que tu dices.

—Además, señor, se vé claramente que Doña Amelia ama ardientemente á Don Eduardo, y que ella asegura que es su legítimo esposo.

—¿Qué dices Antonio? ¿pues tú crees semejante cosa?

—Señor, agregó Bautistia, la señora Amelia lo ha aseverado, repitiendo no una, sino tres ó cuatro veces que es su esposo, y no debemos suponer que la noble señora sea inverecunda y le mienta descaradamente á su hermano, mucho más cuando debe saber ella que un día ú otro se conocerá la verdad.

—Tienes razon, Bautista, y no faltaría más sino que hubiere muerto al marido de mi hermana! y que resultara que Eduardo Ferri no fué realmente el asesino de mi padre y raptor de mi hermana; pues la verdad es que, si hubiese sido el autor de tan atroces crímenes, Amelia no se habría casado con él, ni le amaría como parece amarle.

—Eso no, señor Conde, terció Bautista, pues Da. Amelia podía haber ignorado todo, puesto que fué robada del carruage el dia del salteo, y que despues ya no habrá hablado con persona de su amistad, desde que estuvo siempre entre los bandidos.

—Así es Bautista, la pobre Amelia puede muy bien haberse casado con ese Eduardo, sin saber los lamentables sucesos que ocurrieron aquel funesto dia, ni conocer los autores de tan nefando crimen.

—De todos modos señor conde, agregaron Antonio y Bautista, lo que es preciso ahora es tener presente que allí está el cadaver de un hombre, y que fué vuestro airado brazo el que dirigió la bala que ocasionó su muerte; que este hecho no ha sido en de

maltratada y dolorida pierna, y al ir á recostarse otra vez como estaban tan estrechos su espalda derecha se posó como por casualidad ó sin quererlo sobre la parte izquierda del pecho de Amelia y Eduardo sin vacilar un instante apretó lijeramente con su cuerpo aquel precioso territorio, sintiendo bien perceptiblemente esa abovedada forma que hizo conmover su corazon, exhalando un ahogado suspiro al cual respondió Amelia con otro apenas perceptible.

En fin, Eduardo como hombre práctico en estas maniobras no perdió su tiempo y en apuella noche feliz ganó para siempre el corazon y el alma de la gentil Amelia.

Llegaron al Castillo, descendieron de la volanta y Eduardo fué conducido en silla de manos á su cuarto, pues no podía dar un paso; en tanto que Alberto y Amelia subieron á sus habitaciones á imponer á sus padres del lance ocurrido y de cuanto debian á su arrojado salvador.

El conde y la condesa pasaron en seguida al cuarto de Eduardo para significarle su agradecimiento y hacer que en el acto lo viera el médico de palacio, pues el estado del enfermo era más grave de lo que pareció en el primer momento.

Al penetrar en el cuarto tan distinguidas visitas Eduardo echó una furtiva mirada á ver si estaba Amelia; pero esta no venía por estar con dolor de

—Tiene razon Antonio, señor Conde, agregó Bautista con aire sentencioso.

—Si, es preciso obrar con actividad y no perder un momento.

Alberto se dirigió á Amelia y le dijo:

—Hermana mia, en nombre de nuestra madre te pido que me sigais para devolverte al hogar de la familia, donde el cariño y el abrazo de una madre tierna y amorosa te espera con ansia.

Pero Amelia estaba muy distante de escuchar á su hermano y en medio de su dolor acerbo y derramando un torrente de lágrimas, le contestó con desesperacion.

—Tú, mónstruo no eres mi hermano, nada tienes que ver conmigo, y dirigiéndose á todos ellos les dijo:

—Vosotros no sois sino unos miserables asesinos pues habeis muerto cobardemente á mi esposo, y sólo sois dignos de ser entregados á la justicia. Salid de mi presencia, salid, dejadme con mi dolor y con mis lágrimas, dejadme morir de amargura—¿Qué no os moveis? ved que mando llamar á la autoridad si no os alejais de mi presencia.

Antonio volvió á aproximarse á Alberto, y le dijo despacito:

—Señor, el tiempo vuela; mire vd. que dentro de pocos minutos ya será tarde.

Alberto profundamente contrariado salió con Antonio y Bautista, pero sin poder conformarse con dejar abandonada á su hermana en aquellas circunstancias, inclinándose ante la fuerza de las cosas; y pocas horas despues abandonaban Trieste para no parar hasta llegar á Milan.

Alberto quiso pasar por Napoles para ver como habian terminado los sucesos del Boqueron ó sea de la Loma Negra.

En efecto, despues de un viaje sin tropiezos y feliz, llegaron á la bulliciosa ciudad de Nápoles, y luego de reposar un poco salió el Conde para tomar los informes que deseaba.—Se dirigió á la intendencia de policia y allí preguntó por el oficial que había hecho con él la expedicion al Boqueron, y supo por este que la guarida de los salteadores había sido reducida á escombros y quemados sus efectos y existencias; que todos lós prisioneros allí tomados estaban en la cárcel y se les seguirá causa como asesinos y salteadores de caminos, y que á estar á lo que se decía, aquella iba á ser una de las causas más célebres de los Tribunales Napolitanos, pues en este proceso había sido considerado el que estaba para terminar en Milan relativo al salteo del tres de Diciembre donde fué muerto el general Floriani y robada su hija; y por último se le informó por el mismo, que, á peticion del ministerio de menores y de acuer-

do con lo que él le había espresado, el Juez de la causa había hecho colocar á la niña Maria Rolandi, hija del Zoppo ó sea del Boticario, en un convento como educanda y bajo su responsabilidad.

Despues de esto y de una conferencia que tuvo con el Juez de la Causa, pasó al convento de Santa María de la Piedad donde tuvo una entrevista tiernísima con aquella simpática criatura; y de acuerdo con la madre abadesa dejó arreglado todo lo relativo á la educacion de la niña y al pago de su pension.— Alberto hizo todas estas diligencias con alguna precipitacion, pues sus deseos y los de sus compañeros eran verse cuanto antes en Milan, á fin de evitar las complicaciones y peligros que pudieran suscitarse con motivo del lance de Muggia que los tenía muy intranquilos.

---



## CAPITULO XXII

---

### El lecho y la tumba

---

Amelia recién era una niña y ya había sufrido todos los rigores de la desgracia, pues en las primeras lunas de su vida brilló como un meteoro en la alta sociedad, y al dar el primer paso sobre su florida y perfumada senda, la garra impía del martirio la tomó con zaña horrenda, tronchando los más lozanos bástagos de su brillante porvenir — ¡Oh Amelia! flor nítida y pura, cuyo pétalo fragante debía retener las corrientes deliciosas de su espléndido destino: Conjunto precioso de una existencia bella que tenía el más perfecto derecho para gozar y amar! Odalisca cristiana que debiste brillar en el Haren de las bienaventuradas y ceñir la aureola luminosa de la virtud; pero ¡oh! destino adverso, capricho rudo del Averno, que vino á cebarse en ella, trocando dichas en penas, goces en amarguras, felicidad en infortunio, amor en martirio!

Aquella gentil criatura arribó á los umbrales del Paracleto bendecido y tocó, puede decirse, con su mano juvenil el tálamo nupcial y llegó á entrever las fruiciones del matrimonio, sintiendo apenas el dulce deleite de poderosas palpitaciones; mas, de improviso el furor de Satan abortado por el Castillo del Diablo la arrebató para hundirla en el lóbrego panteon de su calvario.

Amelia vagaba desolada de uno á otro lado, lloraba, gemía y despedazaba su corazon con su agudo dolor; corría hacia Eduardo exánime, lo tomaba en sus brazos haciendo un supremo esfuerzo, lo besaba, lo miraba, volvía á estrecharlo contra su amoroso seno, y parecía que aquella muger iba á perder la razon.

Luisa y Blandengue se esforzaban por arrancarla de aquella habitacion, pero todas sus razones, todas sus palabras de cariño y de consuelo eran inútiles, ó más bien dicho, no llegaban hasta ella, pues nada oía ni entendía en medio de su tribulacion.

En uno de estos momentos Amelia con sus cabellos sueltos y en desorden, su rostro contraido y fiero, sus ojos secos y ardientes, y con sus miembros rigidos, se detuvo en medio del cuarto, unió sus manos, levantó sus hombros, inclinó su cabeza y miró largo rato á Eduardo sin pestañear.

Luisa, aquella fiel muger temía que su señora per-

diese la razon, ó más bien dicho, creyó que estaba loca, tal era la descompostura de sus facciones, tal la actitud que había tomado, y esperaba por momentos que fuese víctima de un verdadero acceso de locura.

Amelia bella y hermosa en su dolor, estaba espléndida, solemne, imponente é ideal, y si alguna otra persona la hubiere observado en aquel momento, habría creído que era un sér sobrehumano, una vision celestial y no una muger mortal.—Despues de un rato de contemplar á su esposo con una atencion y fijeza desusada, lanzó un prolongado suspiró y exclamó:

—¡Pobre jóven! pobre Eduardo mio! cuánto has luchado! cuánto has sufrido! cuánta sangre has deramado por conseguir el amor y la posesion de tu Amelia! con cuánto ardor y valentía has bregado para ganar el corazon de la muger que amaste; si, por ella espusiste tu vida, te regeneraste y fuiste bueno, virtuoso, amante, dulce y caballero cumplido; y cuando al fin veías colmadas tus aspiraciones puras y honestas, cuando llegaste al templo santo, y el sacerdote católico en nombre del Cielo te entregó la mano de tu amada, asegurándote para siempre su posesion; cuando ibas á realizar tus más caros y legítimos deseos, estrechando con tu mano el corazon codiciado de tu esposa; cuando ibas á ser feliz

y dichoso con ella—horror!! horror!! la parca insana abortada sin duda por el infierno, te anonadó para siempre!

Sí, una bala homicida rompió los estambres de tu alma, despedazó los hilos rojos que llevaban tu sangre generosa al corazón pujante que animó tu ser; y esa bala, ese plomo matador, fué mi hermano mi propio hermano quien bárbaro y ciego la dirigió para apagar tu vida.

¡Oh Eduardo! dijo, poniendo en tierra una rodilla y apoderándose de la mano izquierda de su esposo:

Abre dulce bien mio esos ojos, vuelve á la vida amigo, no me niegues tu corazón que amo con fuego activo, no me abandones, no me dejes sola en el mundo después de haberme hecho columbrar los dulces resplandores de la felicidad; levántate Eduardo, ven á los brazos de tu esposa, ella te quiere, te quiso y te querrá hasta su postrer momento, ella te espera para que juntos quemem el incienso de himeneo y fundan en un mismo crisol la integridad de su ser.

Luisa estaba en un rincón de la habitación y lloraba á sollozos al contemplar aquel ángel de la desolación y del martirio, sufría con ella y no se animaba á turbar su coloquio de ultratumba.—Más hacia la puerta se veía á Blandengue con el pañuelo en

los ojos enjugando sus lágrimas; pues aquel hombre aquel bandido de alma dura como la roca, que jamás sintió un afecto tierno, que en su vida vió subir las lágrimas á sus ojos, puesto que todo lo miró con ruda indiferencia, se hallaba en aquel momento profundamente conmovido, no sólo por la muerte de su querido Capitan, sino por el dolor y desesperacion de aquella niña á quien había empezado á querer y respetar.

—¿Qué me queda de tí? continuaba Amelia, ¿qué conservo de tu amor? nada, nada, exclamó con amargura y desesperacion.

—Nada, gran Dios, pues soy viuda sin haber tenido esposo!

En aquel momento Amelia alzó los brazos al cielo y empezó á llorar amargamente, llamó á Luisa y se dejó caer fatigada en sus brazos.

—Así, Señora, llore Vd. que yo tambien lloro, su dolor es justo y santo; pero es preciso que venga un momento adentro para que tome algo, no es posible que pase Vd. sin ningun género de alimentos durante tantísimas horas.

—Si Señora, agregó Blandengue llorando como un niño, siga Vd. los consejos de nuestra buena Luisa.

—¿Tú tambien lloras Blandengue?

---Juro á Vd. señora que jamás llegaron las lágrimas á mis ojos, pero hoy me encuentro conmovido y

sensibilizado como nunca, lo que me hace creer que mi duro corazon ha sido tocado por el bien; y esta regeneracion, se la debo á Vd. señora; pero ahora permitame una mis suplicas á las de Luisa y le pida que siga sus consejos.

—Yo no quiero nada, exclamó Amelia:

No deseo ni debo alimentar esta vida de amarguras.

Dios de misericordia! ¿qué hice en mis cortos dias para someterme á tantos sufrimientos? ¿á quién hice mal, á quién perjudiqué? ¿es posible que contra esta pobre criatura se conjure tanto infortunio? ¿ó acaso, Dios mio, soy tu elegida para la gloria y para tu trono, y por eso me quieres mártir en la tierra para darme la palma beatífica de la inmortalidad?—¡Oh! sí, eso debe ser; pues bien, voy á cumplir con mi Eduardo los últimos deberes y despues seguiré el camino que visiblemente me traza el destino.

Amelia inspirada en este sentido y como si hubiese oido los ecos del Cielo que le notificaban su glorificacion, se arrodilló, oró con fervor y luego se levantó serena y resignada, pero doliente, triste y abatida.

Segun hemos dicho, Amelia se negó por completo á tomar cosa alguna de alimento, no obstante haber cruzado todo aquel dia de tribulaciones y ser ya la noche, pues los ruegos de Luisa y de Blandengue al respecto fueron completamente inutiles.

El cadáver de Eduardo fué colocado sobre la cama nupcial, es decir, en aquel lecho que él mismo preparó bajo las halagüeñas esperanzas de su cercana felicidad.

¿Quién le hubiera dicho á aquel jóven, cuando con tanto afán y entusiasmo se ocupaba personalmente de arreglar su casita y muy especialmente su dormitorio, que aquellos cortinados, aquellos adornos, aquellas preciosas galas con tanto gusto y elegancia dispuestas, debían servirle proximamente de lecho mortuorio!—¡que en vez de ocuparlo como tálamo conyugal iba á ser estrenado con su cuerpo inerte y helado, sin haber siquiera llegado el momento de abrir sus láminas de hilo!

¿Quién pudo presajiar, que cuando iba á empezar para él la vida de la regeneracion, le fuese arrebatada aquella tan inesperada y bárbaramente?—Qué cuando comenzaba á cicatrizar sus llagas, y en el momento mismo en que llegaba á realizar sus dorados sueños, la parca insana le hundiera de improviso en la eternidad del no ser?

¡Misterios tremendos del destino!

Sino fatal de la vida!

\*  
\* \*

La noche avanzaba y la viagera nocturna de los cielos caminaba lentamente esparciendo sobre la tier-

ra su simpática y tibia luz; la calma y la quietud rodeaba la naturaleza, marchando todo en silenciosa paz.

Sólo en aquella habitacion había lucha, dolor, lágrimas, martirio, muerte.

Amelia despidió á Blandengue que abandonó el cuarto, y despues á Luisa para que fuese á descansar, pero ésta se negó á hacerlo, y le dijo con tono de suplica:

—Señorita, yo debo, es decir, deseo acompañar á Vd. toda la noche.

—Gracias, mi buena Luisa, no es preciso que se quede Vd. y pase en vela la noche; sobre todo, si algo llegase á ocurrirme la llamaré en el acto.

—Pero señora Amelia ¿cómo es posible que yo deje á Vd. sola? ¡oh! eso no puede ser, de ninguna manera, yo no me voy á dormir dejando á Vd. aquí abandonada.

—Le agradezco, Luisa, su empeño, pero no lo acepto, quiero por el contrario quedarme sola con mi Eduardo, y así le pido que no insista más y vaya á acostarse.

Luisa, en su celo y perspicacia, pretendió ver en la exigencia de su señora algun designio funesto, pues no era regular quedase sola al lado de un cadáver que aun cuando era el de su esposo bien amado, siempre era un cadáver, y el aspecto de los muertos



impone al espíritu más valeroso; y lo natural es buscar personas que nos acompañen y consuelen; por todas estas consideraciones que cruzaron velozmente por su cerebro, Luisa se permitió contestar:

—Señora ¿es posible que en premio de mi lealtad, del afecto que profeso á Vd. me despida de su lado y no me permita acompañarla?

—Yo no la rechazo á Vd. Luisa, de ninguna manera, pero deseo estar sola.

—En nombre del Señor Don Eduardo, para quien tengo tantos motivos de gratitud, déjeme Vd. que vele á aquel hombre, señalando con la mano el lecho nupcial donde estaba el cadáver de su patron, déjeme Vd. Señora Condesa que le tribute á mi señor este último homenaje de mi respeto y consideracion.

Amelia contrariada con tal insistencia y no obstante lo conmovida que estaba por la bondad de aquella muger, le dijo:

—Luisa no replique Vd. más, la hora es avanzada vaya Vd. á su cuarto, yo se lo *mando*, y Amelia recargó imperiosamente su voz sobre estas últimas palabras.

Cuando vió Luisa la actitud y el tono de su señora agachó la cabeza en señal de sometimiento, llevando su pañuelo á los ojos para enjugar sus abundantes lágrimas, y con paso lento se acercó respetuosamente á la cama que servía de ataud, se puso de rodillas y

besó la mano helada de su patron, luego se incorporó, y abandonó el cuarto sin proferir una sola palabra pero llorando amargamente.

Amelia contempló conmovida aquella escena muda solemne é imponente, y estuvo tentada de echarse en los brazos de Luisa y abrazarla tiernamente, pues veía que bajo la corteza áspera y vulgar de aquel ser, se anidaba un corazon sensible y un alma tierna; pero reprimió sus impulsos y la dejó salir.—Luego que se encontró sola envolvió en una mirada furtiva su habitacion, fijó sus ojos en su extinto esposo y por un momento le impuso aquel silencio tétrico y pavoroso, sintiendo que su cabello se erizaba por un escalofrío repentino, pero trató de serenarse y entró en un órden de meditaciones, que á pesar de sus esfuerzos no podía fijar bien para darse cuenta de su situacion actual.

Y en efecto, segun lo que ya hemos espuesto, Amelia al casarse con Eduardo había resuelto retirarse de la sociedad á que pertenecía por su cuna, renunciar al esplendor de su familia y consagrar su vida á su esposo, habitando en pais estrangero donde no fuese conocida, pues no se animaba á presentarse nuevamente en la alta sociedad de Milan, despues de los terribles sucesos acaecidos á su familia y particularmente á ella, sucesos que la lanzaron fatalmente entre los bandidos; pero ahora mucho más, puesto

que ese eslabon querido que aun la vinculaba á la vida, tambien había desaparecido.

Aquella jóven tenía sobre si el desprestigio de haber sido por mucho tiempo presa de los salteadores, y ahora se veía abandonada y sola en el mundo, pues hasta su mismo hermano había sido el matador de su marido, dejándola viuda antes de haber sido esposa.

La infeliz condesa revolvía sus ideas confusamente pues su cabeza era un mare-magnun y en tan terribles circunstancias tomó la resolucion firme de abandonar el mundo para siempre buscando la paz y el sociego en el silencio de un monasterio y esperar allí la muerte apetecida.

La verdad es que aquella criatura sostenía una lucha tremenda, pues por una parte deseaba ver y abrazar á su pobre madre á quien creía no deber abandonar en medio de sus padecimientos, so pena de no cumplir con los deberes de la naturaleza y con los que la religion le imponian para con una madre tierna y amorosa; por otra parte no se sentía capaz de penetrar de nuevo al palacio de los Condes de Floriani y soportar el contacto de la sociedad, de sus parientes y amigos, sobre todo la de su hermano Alberto que cobardemente asesinó á su esposo, llevado de una venganza, que si bien podía estar justificada hasta cierto punto, no debió derramar aquella sangre y des-

truir una vida que estaba legalmente unida á la suya por la Iglesia y por un vínculo sagrado, sin oirlo y juzgarlo.

—Si vuelvo al seno de mi familia, se decía ella, si vivo con mi hermano, condeno irrevocablemente á mi esposo y santifico su asesinato, ¡oh! no es posible, yo no puedo tener ya dias de felicidad ni debo volver al mundo; lo único que me resta es ir á encerrarme en un claustro ó concluir aquí con esta existencia tan desgraciada y perseguida por el infortunio. Si Eduardo mio, exclamó ella llevando sus dos manos á la cabeza:

—Yo que supe amarte desde que te ví siendo aun niña, sabré morir con tu recuerdo en mi alma, y Amelia corrió con sus cabellos erizados, descompuesto el semblante, estraviada la mirada, sus ojos secos y hundidos, los dientes apretados, los labios cárdenos y abiertos, y se abrazó del cuerpo yerto de su amigo y se quedó allí inmóvil con su cara sobre la del muerto, como si fuera á unirse á él para no levantarse jamás y hacer el gran viage unidos.

\*  
\* \*

Luisa no se había acostado y pasó la noche en vela acompañada del fiel Blandengue y con el oído atento por si algo ocurría ó llamaba la señora. Las

horas rodaban lentamente sin que accidente alguno perturbara el silencio de la noche, de aquella noche triste y fatídica en que sólo el viento se agitaba veloz, dejando oír de rato en rato un susurro cadencioso como el remedo de un lamento lejano y conmovedor.

Blandengue iba y venía de rato en rato al primer patio donde estaban las habitaciones de su Capitan y ponía oído atento, escuchaba por algunos minutos, volvía al cuarto de Luisa y le decía:

—Nada ocurre por ahora, sólo he oído una especie de suspiro ó de llanto, pero un sollozo señora Luisa, que no sé porqué me ha oprimido el corazón y me parece que hemos hecho muy mal en haberla dejado sola.

—Pero ¿qué quiere Vd? si no me ha permitido que la acompañe apesar de mis súplicas, de mi llanto, de mi insistencia tenaz

—No importa.

—¿Cómo no importa?

—Ya lo creo, pues yo que Vd. no salgo del cuarto por nada.

—Como se conoce que Vd. no ha estado delante de la señora condesa!

—Y aun que estuviera delante ¿qué importaría eso?

Que cuando ella dispone ó manda hay que obe-

decer sin réplica, tal es la autoridad que imprime á sus palabras.

El bandido meneó la cabeza significando así que no quedaba convencido y volvió á salir para ir á su observatorio, y despues de estar largo rato sin oír movimiento alguno regresó al cuarto de Luisa diciéndole que no se sentía en las habitaciones del Capitan el más leve ruido y que ya venía aclarando.

—Bien Blandengue repuso Luisa:

Ese silencio no me alarma, al contrario me tranquiliza, pues la señora al fin se habrá rendido y acaso le ha tomado el sueño.

—Dios lo quiera, repuso Blandengue y se dejó caer sobre una silla.

Luego que el dia avanzó y empezó á sentirse el movimiento en las calles, Luisa se arregló un poco y fué á ver á su señora—Aun estaba todo cerrado, no obstante la puerta de la sala que daba al patio lo estaba tan sólo con el pestillo, tal cual la dejó ella al salir la noche anterior; de modo que Luisa podía abrirla y entrar; pero guardando el respeto que debía, se limitó á golpear en la puerta del aposento para prevenir á su señora que estaba allí y que si gustaba entraría; pero á pesar de sus repetidos golpes no contestó y como esto no le pareció regular, llamó á Blandengue y le impuso de lo que ocurría. Este sobresaltado con tal silencio le dijo:

—Déjeme Vd. señora Luisa yo voy á golpear bien fuerte y si está dormida despertará.

En efecto Blandengue redobló con fuerzas sus golpes que le dieron el mismo resultado que á Luisa y exclamó:

—Es preciso entrar á toda costa, algo ha ocurrido á la señora, debe haberse enfermado y acompañó el dicho al hecho sin esperar ni oír lo que Luisa le decía y uno y otra entraron.

La sala estaba desierta y se sentía un olor á pavesa y á sebo nauseabundo, corrieron al aposento que se hallaba todo decorado con lujo y elegancia como que había sido preparado para recibir novios, los postigos estaban cerrados y no penetraba en la estancia matrimonial la luz del día; sobre una mesita de ébano con incrustaciones de nácar que había al lado de la cama, divisó Blandengue un candelero cuya vela espiraba, pues sólo exhalaba de rato en rato una roja é imperfecta llamarada que en seguida moría, porque el combustible que debía alimentar el pávilo se había consumido con el calor comunicado á la palmatoria que era de rica platina, de modo que aquella oscuridad, el olor á pavesas, como el que suelen dar los achones funerarios en un mortuorio, el silencio sepulcral que allí reinaba, todo impresionó el ánimo de aquellos dos fieles servidores.

Blandengue se dirigió casi á tientas hacia la puerta.

que daba al patio, guiado por la pequeña claridad que pasaba por las rendijas, y abrió los postigos.

¡Oh dolor!

¡Oh escena terrible!

¡Que espectáculo se ofreció á su vista!

En aquel inusado lecho tan ricamente ataviado estaba, como hemos dicho el cadáver de Eduardo Ferri, y á la orilla de la cama el cuerpo exánime de Amelia medio atravesado y caido sobre el de aquel.

Blandengue y Luisa se lanzaron sobre ella, gritando:

—¡Señora, Señora! Le tocan las manos, la cara y el cuerpo, pero aquella hermosa muger no vivía, su alma al parecer había volado á encontrar la de su marido; no obstante notó Luisa que su cuerpo aun estaba caliente y que acaso aquello sería algun fuerte accidente y que bien podría volversele á la vida si se le atendía inmediatamente.

—Corra Vd. Blandengue á llamar médicos, uno, tres, cuantos encuentre, no se detenga, vuele y déjeme á mi con la señora.

—Sí, sí, voy corriendo, acaso tengamos tiempo y salió poco menos que á la carrera.

Luisa tomó del lavatorio de los *novios, esposos, viudos y muertos* un frasco de agua de colonia inglesa y empezó á frotarle las sienas y los pulsos, aplicándole un pañuelo empapado en aquella agua á las narices.







En aquel momento creyó Luisa que el cuerpo de su señora se había movido y sintió en el corazón un vuelco de alegría, pero en seguida se apercibió de que el movimiento se había producido al descender ella de la cama, pues el colchón se levantó al quedar exonerado del peso de su cuerpo.

Un momento después entró el primer médico, en seguida el segundo y así se juntaron hasta tres. Cuando estos entraron al cuarto y vieron un cadáver en aquel lecho de novios, y aquella bellísima mujer también muerta, al parecer, se quedaron estupefactos y se miraron los unos á los otros.

Todos como movidos por un mismo resorte ó cediendo á un impulso idéntico, dirigieron sus miradas en torno de aquella habitación para darse cuenta de la situación que se les presentaba, y como era natural les llamó la atención ver aquella estancia ricamente arreglada en que todo estaba en orden, tal como si allí no hubiese ocurrido ninguna escena estrepitosa ó de lucha; mucho más cuando se veía un tálamo tan bien ataviado que parecía haber sido preparado para novios, pero que evidentemente aun no estaba usado; por último, que en vez de novios aparecían sobre él dos cadáveres.

El más anciano de los médicos se acercó á la cama dió una rápida ojeada, para explicarse las condiciones actuales de aquellos cuerpos, y luego que

se hizo cargo de la situación, aunque superficialmente, tomó la palabra y dirigiéndose á sus compañeros les dijo :

—Señores, aquí debe haber algo grave y muy grave, puesto que ese hombre parece haber sido muerto por un balazo en el corazón ; pienso, pues, que debe darse intervención á un representante de la autoridad.

Al oír esto, Luisa, les dijo :

—Señores, darán Vdes. todas las intervenciones y pasos que gusten, pero ahora lo que urge es ver si se puede volver á la vida á mi señora, no pierdan Vdes. ni un instante, vean qué es lo que puede hacerse, que después se tomarán las medidas que gusten, salven Vdes. por Dios á la señora condesa.

—¿ A la señora condesa dice Vd. ? — interrogó el más joven ellos.

—Sí, señor, á la condesa de Floriani.

—La hija del general Floriani? dijo el médico más viejo, recordando el lamentable y sangriento suceso de Arona, en Milan.

—Sí, señor doctor, la misma.

—Tiene Vd. razón, terció otro de los doctores, vamos al asunto principal, que es la vida de la condesa ; pero ántes díganos Vd. buena mujer ¿ qué ha ocurrido con esta señora, pues su cuerpo aun conserva calor y no tiene lesión ni herida alguna

visible?, espere Vd. en breves palabras lo que tuvo lugar.

—Señor doctor, la señora se encerró anoche con el cadáver de su esposo. . . .

—¿Era su esposo? preguntó sorprendido.

—Sí, señor, ayer se casaron.

—¿Ayer? exclamó el más anciano con admiracion, ¿y ya ha muerto él y acaso ella?

Continúe Vd. su relato.

—Pues como iba diciendo, la condesa no consintió por nada que yo quedase con ella para acompañarla, y hoy al volver á estas habitaciones encontramos la misma situacion que Vdes. tienen á la vista; y por fin, Luisa en breves palabras refirió otros detalles que sirvieron de base al diagnóstico de los facultativos.

En el acto colocaron á Amelia en la misma cama, quedando un cuerpo al lado del otro é hicieron un prolijo reconocimiento en presencia de Luisa y de Blandengue; despues de lo cual cambiaron entre ellos algunas palabras en voz baja, y el doctor que había entrado primero fué el que declaró que nada había que hacer pues todo sería inútil porque aquel era un cadáver, sólo que haría pocas horas que se había apagado el soplo de la vida, en lo cual estuvieron conformes todos los otros señores.

El doctor más anciano, dijo: Que la dilatacion

de las pupilas y tales ó cuales síntomas demostraban evidentemente que la muerte de aquella señora había sido ocasionada por una apoplejía, pues se conocía que la pérdida del movimiento y del sentido había sido anterior á la cesacion de la respiracion y de la circulacion de la sangre, y que el derrame de líquidos acumulados en la masa encefálica había sido fulminante: otro dijo que á su juicio estaba más acentuada la causa de una congestion cerebral aduciendo diversas argumentaciones, pero despues de un breve debate en el terreno y términos de la ciencia, prevaleció la opinion del primer médico.

Este último se acercó á la mesa que estuvo al lado de la cama y que Luisa había apartado á un rincón, con el fin de estender el respectivo certificado médico que es de práctica, pero al tomar papel, vió un escrito aun que sin firma, y exclamó:

—Señores, aquí hay una carta que parece estaba escribiéndose y no ha sido concluida. Todos dieron vuelta y dijeron:

—Tenga Vd. la bondad, doctor, de leerla, á ver de qué trata y si ella arroja alguna luz sobre el hecho que ha tenido lugar.

El doctor tomó el papel, se colocó los anteojos y leyó lo siguiente:

« Madre querida, madre del alma —

«La vida huye de mi ser, me siento morir y en mi postrer momento sólo tengo entre las mías la mano helada de mi Eduardo y su nombre querido en mi mente.

«¡Oh! qué desgraciada he sido. Mi existencia fué un tejido de infortunios.

«Sin duda Dios en sus inescrutables designios quiso darme el martirio en la tierra para acordarme la bienaventuranza en el cielo.

«Madre dulcísima ¡qué hija tan desdichada diste al mundo! ¡Si me hubieras visto! errante, abandonada, sin familia, sin hogar, rodeada de bandidos y miserables, ultrajada, atropellada en mi dignidad y pudor ¡oh! Dios mio! qué situaciones las que han cruzado por mi senda! ¿cómo es que no he sucumbido, que no he muerto una y cien veces? ¿cómo he resistido á tan bárbaro destino?

«Mas, ¿qué es esto que pasa por mí en este momento, Dios de misericordia! No puedo seguir— mis fuerzas se acaban, mi vista se anubla, mi cerebro árde como un volcan, mi corazon no palpita; conozco que no puedo sustentar la vida, siento que voy á morir, y me apresuro á darte un adios postrero madre mía.

«Oh! si tú estuvieras mamá á mi lado, acaso viviría, pero Dios lo dispone de otro modo.

«—Mamá, mi Blanca querida, yo te hablaré desde

el Cielo, y esta carta por mi mano escrita será lo único que de mí esté cerca de tí. Mis fuerzas se acaban—me siento morir.

«Perdon, madre mía, te quiero mucho muchísimo, y muero con el deseo de verte por última vez; pero á vos mamá te abrazaré y besaré como á mi Eduardo en el día de la resurreccion.

«Quiera el cie . . . . »

El doctor calló, sacó su pañuelo y por debajo de los anteojos enjugó sus lágrimas, pues aquella inconclusa carta de la hermosa moribunda, lo había enternecido profundamente: los otros médicos se habían quedado con los ojos arrasados en lágrimas, cabizbajos y conmovidos, ninguno pronunció una palabra, pues siguió á la lectura de la carta ese silencio imponente que se produce cuando un asunto afecta; mucho más aquel que pasaba en presencia de dos cadáveres, ó sea de dos infortunados esposos que un conjunto de circunstancias fatales había convertido su tálamo nupcial en tumba común.

Luisa y Blandengue lloraban en un rincon como si fuesen unos chiquillos, pues aquella tierna carta había desgarrado el corazon de Luisa.

Al fin uno de los médicos exclamó:

—¿Nada más dice la carta, mi apreciable Doctor?

—No señores, y se ve claramente que iba á continuar, pero sin duda el ataque le privó de hacerlo,



pues la última palabra, «cielo», no está concluida como pueden Vds. verlo, y les mostró el papel escrito que despues entregó á Luisa para que ella lo guardase.

El médico que leyó la carta á quien los otros nombraron Doctor Peroni, interrogó á Luisa y Blandengue que aun lloraban sin consuelo sobre las circunstancias que habian traido aquel tremendo desenlace.

Luisa esplicó lo mejor que pudo cuanto había ocurrido y conocía, al menos desde que entró al servicio de Don Eduardo Ferri y de la condesa de Floriani, espresó como ambos vivian felices; que aquel desgraciado jóven había preparado la casa para realizar su matrimonio, el cual se verificó el dia anterior; refirió que de vuelta de la Iglesia ya casados, contentos y felices, se había presentado inesperadamente el hermano de la condesa con otros hombres, que Don Eduardo no había querido desnudar su espada contra el hermano de su esposa, ni defenderse de sus ataques, que el Conde estaba furioso é insultaba á Don Eduardo de una manera cruel, hasta que en un arrebato de cólera Don Alberto de Floriani descargó su arma sobre Ferri, y que este murió momentos despues; y por fin refirió otros detalles sobre los cuales era interrogada.

—¡Qué desgraciado acontecimiento dijo uno de ellos:

—En efecto, repuso el Doctor Peroni, y os aseguro que al ver estos dos cadáveres unidos en la muerte, ya que no lo fueron en la vida, me recuerda una visita que hace poco hice en Paris al cementerio Père Lachaise.

¿Sí? dijo uno de aquellos señores:

¿Y porqué motivo mi querido Doctor?

—Porque recorriendo aquel vasto campo de muertos, aquella República de Paz, sin códigos ni policia, donde no impera el poder, la riqueza, el valor, el orgullo, el saber ni la belleza, tropecé con la tumba de Eloisa y Abelardo y me llamó mucho la atención aquel histórico monumento que es todo de piedra: su techo está sostenido por cuatro columnas salomónicas, y en el centro se encuentra el sarcófago doble que encierra sus despojos mortales, en cuyas tapas se ven de tamaño natural y de gran relieve los cuerpos de aquellos dos infortunados amantes, tal como veis á esos dos esposos dignos de mejor suerte. A los pies de ambas tumbas están dos perros echados ó dormidos, símbolo elocuente de la fidelidad que aquellos se guardaron; de modo que bien merecerian estos otros amantes que se les tributara un recuerdo igual al depositar sus cuerpos en la fosa del olvido.

—Teneis razon señor Doctor, vuestra indicacion es oportuna.

Los tres médicos volvieron á aproximarse al lecho nupcial y mortuorio á la vez, y contemplaron largo rato aquella malograda pareja, sin poder apartar sus ojos de tan bella muger, pues Amelia estaba más linda aun bajo el blanco marmóleo de la muerte, que con los rosados tintes que ostentó en vida.—Su cara tenía una dulzura inefable y esa solemne serenidad de la castidad, por donde nunca cruzan nubes que empañen la brillantez de la virtud.

Amelia recién amanecía á la aurora de la vida, y aun no había llevado á sus puros labios la copa del placer en el banquete de nuestra fugitiva existencia: apenas penetraba en su gallarda primavera sin haber podido saborear la cosecha; y por último recién cruzaba los purpureos albores de su primer mañana, sin llegar á divisar siquiera el crepúsculo cercano de su tarde.

Sí, la vida de Amelia fué un meteoro que apareció, brilló y se eclipsó; fué una fresca y fragante azucena que el huracan inclemente del destino tronchó y aniquiló para siempre con mano airada.

Un rato despues todos aquellos señores abandonaron tan triste morada, dejando escritos sus domicilios para lo que pudiera ocurrir.

\*  
\* \*

En el acto Luisa envió á Blandengue á llamar á

alguno de los señores Ottagno y Serra que eran los apoderados de Eduardo y manejaban todos sus asuntos, con calidad de urgencia grave, recomendándole á Blandengue que si era posible viniera con alguno de ellos, y que para estimular su prontitud podía anunciarles las desgracias ocurridas, pero de una manera reservada.

Un rato despues estuvo el Señor Serra en la casa, siendo, como era natural, víctima de la mayor sorpresa y desolacion.

Al ver aquellos dos jovenes que los consideraba gozando de las primicias de su envidiable luna, á quienes había visto el dia anterior radiantes de felicidad, y ahora se encontraba con sus dos cadaveres en el lecho no abierto de esos infortunados esposos.

Luisa y Blandengue refirieron al Señor Serra todo lo ocurrido, punto por punto sin omitir paso, acto ó circunstancia alguna de las que tuvieron lugar; y le mostraron el certificado dado por los médicos, donde estaban sus nombres y domicilios.

El Señor Serra declaró que aquel era un crimen y un cobarde asesinato cometido en la persona de Eduardo Ferri, reagrado con la muerte de Amelia como consecuencia del homicidio.—Les dijo á Luisa y á Blandengue que era preciso sostener que había tenido lugar un desafio entre Eduardo y Alberto del cual resultó la muerte del primero, para salvar así á

la familia de Floriani de esta mancha horrenda: en fin les repitió bien la lección para que en cualquier caso supiesen lo que tenían que decir y sostener.

Luisa que era una mujer despejada, observó al Señor Serra que ella y Blandengue ya habían declarado la verdad á los médicos, y que por consiguiente podían ser desmentidos por estos.

Serra los tranquilizó, alegando que los médicos eran amigos suyos y en el acto pasaría á verlos, á fin de arreglar con ellos lo conveniente al respecto; y que en cuanto á la autoridad local no había temor alguno, pues era una persona de su íntima amistad y creía que con abundancia de oro todo se iba á arreglar, á fin de que este suceso quedase envuelto en la oscuridad; mucho más cuando el conde de Floriani era persona de alta distinción y poseía cuantiosos bienes, con los cuales y las riquezas de Eduardo todo iba á arreglarse perfectamente.

En seguida salió el Señor Serra y mandó á sus dependientes para hacer las diligencias de costumbre á fin de dar sepultura á ambos esposos; lo cual se efectuó al día siguiente sin dificultad alguna.

Todo pudo arreglarse con los médicos y con la autoridad local, merced á la viveza de Serra, que, comprendiendo la gravedad del caso hizo correr el oro en una abundancia casi exagerada.

Puede asegurarse que mediante la simpática un-

tura aurifera la justicia ó autoridad de Muggia nada vió, nada supo, asi es que pasaron las ceremonias fúnebres ó entierro de los que fueron Amelia de Floriani y Eduardo Ferri en el mayor silencio y como un fallecimiento comun.

Terminados estos asuntos de la manera dicha, la casa de Ottagno y Serra comunicó en seguida á la condesa de Floriani en Milan cuanto había ocurrido, y los desembolsos fuertes que había hecho á fin de suprimir un proceso inevitable en el que era su hijo el conde Alberto de Floriani el principal actor, pidiéndole nombrara ó mandara un apoderado para que examinase y recibiese las cuentas que deseaba rendirle en cumplimiento de su deber.

Luisa la fiel amiga de Amelia, la depositaria de todos sus secretos y concedora de sus penas, guardó la carta de aquella con un gran cadejo de pelo que había cortado de la cabellera de Amelia y reservó algunos objetos preciosos de la misma con autorizacion del Señor Serra á fin de llevarlos en persona á la condesa de Floriani en Milan.

Arreglados todos los asuntos de la casa, Luisa acompañada de Blandengue se puso en viage para Milan, llevando tambien cartas del Señor Serra, pues su objeto principal era poner en manos de la ilustre madre las tristes reliquias de su infortunada hija.

La correspondencia dirigida por la casa de Ottagno

—Señores, yo que andó á caballo saldré solo, y despues vosotros hareis lo mismo; pero antes de marcharnos deseo mostraros una de nuestras buenas mozas, que aunque no es bella como Valeria la Romana, sin embargo no es mala carne. El Capitan se levantó, abrió la puerta y dijo á un sirviente que estaba en el patio, que llamase á Juanita.

Un momento despues apareció la simpática rubia siempre con sus lindos brazos descubiertos, su pelo de oro levantado y ostentando su abultado escote, donde se veia una profunda cavidad divisoria, semejante á la línea ecuatorial que separa ambos emisferios.

Blandengue al verla, abrió tamaños ojos, hizo un movimiento con el cuadril izquierdo, se chupó los labios y se retorció el bigote, luego miró al capitan, despues á Gato y en seguida exclamó:

—¡Truenos del cielo!, esto si que es espléndido y soberbio ¡oh! capitan, le dijo despacio, que plato tan suculento, esta es vianda y no sonsera.

—Calla le dijo el capitan.

—Corriente.

—Juanita, exclamó Eduardo ¿como es que no venis á ver á vuestros amigos? ¿estais acaso reñida con ellos?

—Reñida yo, señor Conrado ¿tengo acaso derecho para hacerlo? náda de eso, y sobre todo, *es preciso*

tal Castillo del Diablo, pues el lector recordará los esfuerzos que hizo aquella dama para impedir que su esposo fuese á ese abandonado y fatal palacio.

La pobre madre estaba con una debilidad suma, por lo que el médico había prohibido absolutamente que se le hablase cosa alguna que pudiese afectarla, y comprometer más y más la existencia de la inconsolable viuda.

Alberto más jóven y vigoroso pudo recuperar su salud y consagrarse á cuidar con asiduidad la de su señora madre, merced á lo cual se consiguió salvar aquella importante existencia.

\*  
\* \*

Luisa y Blandengue llegaron á palacio despues de muchos dias de penosos viages y largas peripecias, pues en aquella época esas jornadas al traves de la Italia eran tremendas por falta de medios de movilidad y los peligros constantes que había en los caminos, es verdad que esas acechanzas eran para las gentes que tenian algo, no para Blandengue que era conocedor de esos tramites, y actor en tales escenas y latrocinios, no obstante que al presente había abandonado esa vida desastroza.

Alberto no permitió que aquella muger hablase con su madre para que ésta no tuviese ocasion de renovar dolorosos recuerdos, al menos hasta que no estuviese buena y capaz de conocer los detalles de los últimos momentos de su hija.



nadoras tan dulcemente pronunciadas, con aquel eco grave, sonoro y tierno que Eduardo solía imprimir á sus palabras cuando las circunstancias lo requerían, se sintió tan conmovida y enamorada, que en el acto abandonó sus reconvenciones y se contentó con dirigirle esta pregunta:

—¿Puedo, mi señor Conrado, fiar en la lealtad de tales sentimientos y seguridades?

—¿Si podeis fiar, me preguntais Juanita?

—Justamente.

—¿Luego no creéis en mi sinceridad y buena fé?

—No lo sé á punto fijo.

—Yo garanto la palabra de mi capitan, terció el Gato, pues cuando él dice: por aquí, por ahí va y no tuerce; cuando él dice: amo, es porque ama, y cuando tiende su mano á un amigo, es porque lo estima como tal.

—Idem, idem, repitió Blandengue, con aire majistral levantando la cabeza.

—Escuchad, Juanita, repuso Eduardo con voz solemne, la perfidia no es de almas nobles, el engaño es indigno de un caballero, asi os declaro que amo á mis amigos y amigas y odio la traicion.

Don Luis que observaba y oía á su hijo desde su escondite, estaba abismado de la perversidad que había en cada una de sus palabras, ó más bien dicho, asustado de su falsía, pues veía claramente que su

La hermosa austriaca *d'autres fois* vagaba por las tardes al rededor de solitarios canteros de su jardin, y cualquiera que la hubiese observado, habría creido ver la imagen del dolor cruzando la soledad; su rostro cubierto casi siempre con denso crespon, su cabello encanecido, no por los años, sino por los sufrimientos, su faz palida y macilenta, sus ojos hundidos y sombreados por arqueadas ojeras, su paso lento y difícil, apoyandose en el brazo de una niña tambien enlutada, bella y de formas esbeltas, fisonomía dulce y melancolica, ojos inteligentes, rasgados y de un mirar bondadoso y afable. De trecho en trecho se paraba la Condesa como para reposar y la niña la miraba con dulzura como si quisiere darle una parte de su fuerza juvenil, de su salud ó de su vida. Una de esas tardes llegaron á un banco y ambas se sentaron; pero la niña con la inquietud característica de la edad, muy luego abandonó su asiento, giró de una á otra parte, recorrió algunos canteros y volvió con un matico de flores escogidas, se acercó á la condesa y se lo presentó; pero Da. Blanca contestó con desaliento y como si estuviese preocupada con alguna idea importante, aparta hija esas flores no quiero ni tocarlas, porque en mis manos se cecarán, pues cuanto toco, miro y amo todo muere y desaparece como el humo.

—Bueno, pero permitame la señora Condesa que yo se las acerque para que pueda aspirar la suave fragancia de estas violetas.

—¿Condesa! ¿y porque no mamá? replicó la dama:

—¡Oh señora! como es Vd. buena conmigo, ¿es posible que Vd., la noble condesa de Floriani permita á esta pobre muchacha recogida de la escoria del mundo que le dé nada menos que el dulce nombre de madre? oh señora esa es demasiada bondad y yo no debo aceptarla.

—Tú, bella criatura endulzaste las amargas horas de mi vida, y asi te permito que me llames madre.

—Mamá, mamá gritó la niña en el colmo de su satisfaccion y se lanzó al cuello de Da. Blanca besándola con el mayor cariño á lo cual ella correspondió con el mismo afecto, exclamando:

—¿No adviertes hija mia con cuanto placer pronuncian mis labios esa santa y hermosa frase de «hija mia»? ¿no has reparado como se dibuja en mi quebrantado rostro y en mis palidos labios una melancólica satisfaccion al pronunciar el nombre de hija?

—Sí señora, comprendo y veo claramente que Vd. se refiere á aquel angel que está en el cielo.

—Callate hijita, no pongas el dedo sobre esa llaga no cicatrizada aun, que acibara mi vida y me consume.

—Callo señora, repuso la niña:

—Ven, dijo la condesa:

—Llévame á mis habitaciones, me siento fatigada

y con el corazón oprimido, se incorporó, pasó su brazo por la espalda de su acompañante y lo apoyó en el hombro derecho de la misma, dirigiéndose á palacio con paso lento y difícil.

Los días de la condesa fueron serenándose, su salud mejoró notablemente, sus fuerzas se rehicieron y la resignación empezó á curar lentamente su profunda pena, tal que hizo llamar á su hijo Alberto y le ordenó que al día siguiente á las diez de la mañana le hiciese entrar á su cuarto á la buena mujer que había acompañado á su hija hasta su postrer momento.

—Mamá, replicó Alberto: creo que no debe Vd. afrontar otra vez escenas que traen recuerdos dolorosos, que conviene evitar por ahora.

—No Alberto, ya me siento fuerte y he aprendido demasiado á sufrir, sé que he perdido para siempre á mi hija, á mi bella Amelia, que no puedo abrigar la esperanza de volverla á ver, que ha muerto sin mi bendición, sin mi cariñoso abrazo, sin mi beso maternal, ¿qué más puedo saber? ¿qué más puedo sufrir? no, Alberto, estoy ya resignada y preparada, deseo hablar con esa mujer.

—Pero hablará Vd. mamá más adelante ¿que prisa tiene Vd.?—Alberto quería ganar tiempo y dar lugar á que la salud de su madre se afianzase lo bastante para no infundir temor.

—No Alberto, no es cuestion de prisa, sino que tengo, como es natural, el deseo vehemente de conocer ciertos detalles, haz lo que te digo, y no observes más.

—Bien mamá, asi se hará.

Alberto quedó un tanto ajitado con la pretension de su madre y temia mucho sobre el resultado de tal conferencia, pero al fin y al cabo era preciso obedecer: Se fué á ver Luisa y le comunicó la voluntad de su madre, rogandole que mañana cuando se presentase á ella tratase de ser concisa en sus referencias y que no abanzase más de lo que se le preguntase, pues el estado de su mamá aun era delicado y temía no fuese á afectarse y sobreviniese algun accidente fatal con el recuerdo de un pasado tan doloroso para ella. Alberto no se animaba, por dignidad propia á proponer á Luisa un plan dado de conducta, indicándole lo que había de referir y lo que convenía ocultar, porque esto era rebajarse y asociar aquella muger á sus conveniencias, haciendola su complice, así es que tomó por pretesto el estado de la salud de su madre.

—Fíe Vd. señor conde, repuso Luisa, en mi discrecion, comprendo perfectamente todas las situaciones que se relacionan con la señora Amelia, con mi pobre patron Don Eduardo, con Vd. y con la señora Condesa, asi pues mis labios no abanzaran mas de lo que sea pertinente.

—Bien Luisa veo que es Vd. una muger entendida y prudente así es que ahora quedo mas tranquilo.

A la mañana siguiente nuestra Luisa estaba desde temprano arreglada convenientemente para cuando se le avisase que era llegada la hora de ir ante la condesa; pero sin saber porqué, estaba un tanto inmutada con la idea de que tenía que presentarse ante la viuda del ilustre general y conde de Floriani, pues la verdad es que jamás tuvo oportunidad de comparecer ante tales personajes.

En efecto, la entrevista tuvo lugar á la hora convenida, siendo introducida Luisa por el mismo Alberto al aposento de su madre á quien se la presentó, y á una seña de aquella salió Alberto del cuarto.

Solo tres personas habian en aquella regia estancia; la condesa reclinada con cierto abandono en un rico sillón, la niña de que antes hemos hablado, sentada á una respetuosa distancia, y la recién venida de pié.

Luisa al entrar y ver la interesante cara de la condesa de Floriani, sintió que su corazón se oprimía pues creyó ver á su señora Amelia y no pudo reprimir su natural emoción, prorrumpiendo en copioso llanto.

Doña Blanca llevó el pañuelo á sus ojos, haciendo otro tanto la niña indicada.

Las tres personas lloraban en silencio, cada cual

movidas por diversos afectos ó sentimientos, pero teniendo una misma causa.

Luego que la ilustre generalase repuso un poco trató de serenarse, haciendo un esfuerzo sobre si misma, y despues de un breve rato, le dijo á aquella:

—¿Y por que llora Vd?

—Señora Condesa, al entrar en esta habitacion y contemplar su fisonomía he creido ver á mi querida señora Amelia, me pareció que era ella, con algunos años más, pero bella y dulce como fué aquel angel de la tierra, aquella martir del destino.

Siguió otro silencio imponente, interrumpido sólo por los sollozos de las tres.

Al fin la condesa dijo á la niña:

—Alcánzale una silla.

—Gracias, señora, yo estoy bien de pié.

—No Luisa, creo que así se llama Vd. ¿no es verdad?

—Sí señora.

—Bien pues, tome Vd. asiento.

—Señora yo me encuentro perfectamente de pié. Luisa no se animaba á sentarse en aquella regia sala y en presencia de tan respetable dama.

Pero la condesa insistió tanto, que al fin ocupó la silla.

—¿Ha venido Vd. sola desde Trieste?

—No señora condesa, he venido con Blan....., ya

iba á decir Blandengue, pero á tiempo se apercibió, y continuó, con Bautista Corti el fiel servidor del Sr. Dn. Eduardo.

—¿Que Eduardo es ese?

—El esposo de la Señora Amelia.

—¿Esposo?

—Si señora.

—¿Luego es cierto que se casaron?

—Evidentísimo señora, en la Iglesia en mi presencia y por el Señor Cura de la Parroquia, donde estará la partida.

—Asi lo aseguran los señores Ottagno y Serra.

Conozco á esos señores y afirman una verdad; ellos eran los apoderados de mi patron, y los que le ayudaron á practicar todas las diligencias para casarse.

—Bien Luisa, reuna Vd. sus ideas y refierame todo lo ocurrido y cuanto conoce y sabe de mi hija, sin omitir un detalle, sin ocultarme circunstancia alguna, por dolorosa que sea, es decir, desde que Vd. conoció á mi Amelia hasta que se separó de ella.

—Señora condesa, voy á cumplir con sus deseos del mejor modo posible, y espero disculpará mi lenguaje, porque soy una muger de limitada educacion y poco apropósito para referir bien tan delicado asunto, pero prometo á la señora condesa ser fiel y esacta en cuanto tendré el honor de esponer.

—Perfectamente Luisa.



—¡Oh! yo siempre he dicho, repuso Blandengue, que valeis tanto con la espada como con la lengua y la cabeza.

—Gracias por el elogio.

—Y el padre del capitán qué dice de tales amores? preguntó Blandengue.

—Qué va á decir ese pobre diablo, repuso el Gato, lo que él quiere y de lo que trata es de llenar la bolsa en el castillo y de agarrar cuanto pucde, pues habeis de saber que ese mogigato cara de estúpido tiene mosca y bastante; por supuesto toda bien adquirida y el Gato hizo con la mano derecha un signo de robo girando los dedos desde el meñique hasta el índice progresivamente hacia abajo.

—¡Bandido miserable! exclamó Don Luis desde el ojo de la llave, yo te ajustaré las cuentas, canalla infame.

—El Gato dió vuelta precipitadamente pues le pareció oír un ruido.

—¿Qué mirais? dijo Blandengue.

—¿No habeis oído un ruido?

—Serán los ratones que no faltan en estas casas.

—Pues si son ratas no deben ser pequeñas.

En efecto, hubo un ruido, pues crugió la silla en que estaba sentado Don Luis que se habia estremecido de piés á cabeza al oír las revelaciones del bandolero.

comprometido ó sea el matador de aquél era nada menos que el propio hijo de la Condesa. Terminó Luisa relatando con todos sus detalles y circunstancias lo ocurrido hasta el dia siguiente en que encontraron muerta á Amelia en la misma cama de novios donde se presentaron á su vista los dos cadáveres, y por último agregó que se había encontrado una carta escrita de mano propia por Amelia momentos antes de morir, carta que tanto había conmovido y hecho llorar á los médicos y á cuantos se encontraron allí.

—¿Y dónde está esa carta? exclamó subitamente la niña que lloraba en un rincon.

—Sí, sí ¿dónde está la carta de mi hija, dónde está? agregó como saliendo de un letargo ó estupor, movida por el eco penetrante y juvenil de aquella niña.

Luisa dió vuelta y miró con asombro á la que primeramente hizo la pregunta y que se había permitido mezclarse en un asunto tan íntimo y delicado, pero al fin contestó á la condesa,—señora yo conservo esa carta y algo más.

—¿Algo más? repuso la inconsolable madre en medio de su llanto.

—Si señora.

—¿Y que es ello?

Un gran cadejo de su hermoso cabello.

—¡Oh Dios mio! exclamó la condesa:

—¿Y como no ha empezado Vd. por entregarme esos caros objetos?

—Era preciso preparar á Vd. con calma, pues una sorpresa súbita podría hacer mal á su delicada salud.

—Tiene Vd. razon, es mi impaciencia la que habla y no mi criterio.

¿Esos objetos los tiene Vd. consigo? terció la niña.

—Si señorita.

—Pues ponga Vd. todo en manos de la señora condesa.

—Con el mayor gusto, puesto que con ese sólo objeto he atravesado la Italia, pero pasaré á otra pieza para sacarme la ropa, pues por el temor de perder esas reliquias las cosí á una bata interior, y ya ve Vd. que sería irrespetuoso que me desvistiera en presencia de la señora condesa.

—Bien, bien mi brava Luisa, exclamó Da. Blanca: Ha obrado Vd. con juicio y prudencia, mi corazon se lo agradece; pero si gusta puede Vd. sacarse la bata sin reparo alguno.

—Yo le ayudaré á Vd. dijo la niña:

Y á la palabra agregó la accion, empezando á desabrochar el vestido de Luisa sin mas ni mas, y hecho esto, corrió á traer una tigura del costurero para descoser el lio que estaba adherido á la pe-

chera de la bata. La misma Luisa lo descosió y en seguida entregó todo á Da. Blanca.

Esta recibió con veneracion aquellas reliquias tristes, aquella amarga herencia de una hija infortunada, pero al llevar á sus labios los cabellos inertes de Amelia su emocion fué tan fuerte que no pudo resistirla y su cabeza se desvaneció. La niña tomó un poco de agua de colonia aplicando un pañuelo, ensopado en ese espíritu, á las sienes de la señora y á las narices, lo cual le hizo mucho bien.

—Mi buena Luisa agregó con cariño, Da. Blanca, no me encuentro en este instante con fuerzas bastantes para leer esta carta, buscaré el momento propicio para hacerlo: vuelva Vd. á su cuarto y cuando la precise la haré llamar.

Luisa acabó de arreglar su ropa, se acercó con respeto á la condesa, besó su mano y se retiró. En el acto fué al cuarto de Blandengue para hablar con él y referirle cuanto acababa de pasar con la señora generala; pues Luisa que no conocía la historia y vida anterior de Blandengue ni la del mismo Dn. Eduardo su buen patron, sólo trataba á aquel hombre como un servidor fiel de su señor y de su santa é inolvidable patrona, lo creía una persona buena de juicio y un tipo de fidelidad, y esto bastaba.

Como se le había hecho entender que el nombre de Blandengue era un apodo y que este no gustaba

que se le diese ese calificativo sino su verdadero nombre, que era Bautista Corti, tenía que poner mucho cuidado, pues á veces se olvidaba y lo nombraba por el apodo y no por su apellido de familia.

No lo encontró en su habitacion, pues aquel individuo no teniendo allí cosa alguna que hacer, salía desde muy temprano con el objeto de recorrer la ciudad, sus alrededores, monumentos, tabernas y cuanto tugurio existía en Milan, para tener asi un conocimiento esacto de la localidad, no bajo el punto de vista histórico, sino para los fines que mas adelante pudieran convenirle. No habiéndolo hallado, se reservó procurarlo mas tarde para obtener sus consejos.

Blandengue regresaba aquel mismo día de sus paseos y al entrar en palacio, tropezó de manos á boca, como vulgarmente se dice, con una señorita que hasta aquel día no había visto, no obstante hacer ya más de un mes que se encontraba allí. Al verla el antiguo bandido, se dijo para sí—¡ diablos ! ¿ qué carita es esta ? me parece que yo te conozco muchachita, pero no, no puedo recordar cuándo ni dónde te he visto y tratado, y como se paró á mirarla con marcada curiosidad, la niña levantó la vista, la fijó en aquel hombre y exclamó :

—¡ Calla ! pues no es Blandengue ! ¿ Y qué hace Vd. en este palacio ? preguntó ella con asombro y hasta con miedo.

Blandengue sin preocuparse de la pregunta, fijó bien sus miradas en ella, y á su vez exclamó :

—Pues no eres tú, es decir ¿ no es Vd. la chica María, la hija del Boticario del Boqueron ?

—Sí, yo soy, contestó María con cierta firmeza y dignidad.

El antiguo salteador como la veía en palacio, tan embellecida, educada y vestida como una novilísima señora, abrió tamaños ojos y en mayores dimensiones la boca, tal fué su sorpresa al ver la sucia y estropeada muchacha de la caverna convertida en una señorita aristocrática, así es que no se animó á tratarla de tú ni con la grosería ó franca-chela que acostumbraba en la ratonera de los bandidos, sino que por el contrario le prodigó todo género de consideraciones, y en vez de contestar á la interpelacion que aquella le hacía, se desentendió de ello, y le preguntó con admiracion y curiosidad :

—Pero señorita ¿ cómo es que se encuentra Vd. al lado de la condesa de Floriani ?

—Esa es una larga historia que alguna vez podrá saber Vd., pero ahora reclamo me diga sin ambages ni vasilaciones ¿ á qué ha venido aquí, cómo ha penetrado en palacio y qué es lo que busca ?—

Aquella niña que conocía perfectamente al tal Blandengue como uno de los principales bandidos

de la Calabria, tenía miedo de verlo allí, y estaba dispuesta á revelarlo todo á Alberto, pues María no estaba al cabo de lo que ocurría.

Blandengue con su sagacidad característica comprendió lo que pasaba por la mente de María, y trató de tranquilizarla, saliendo al encuentro de sus fundados temores, y le dijo:

--Ante todo, señorita María, debo decirle que yo ya no me llamo Blandengue como en otra época.

—¿No ?

—No, señorita.

—¿Y cómo se llama Vd ?

—Bautista Cortti, para servir á Vd., pues este es el nombre verdadero que tengo, y el otro era solo un apodo ó nombre de pelea, como vulgarmente se dice, y que usé en otro tiempo.

—¿Qué nueva trama ó perfidia está Vd. urdiendo ? pues María no recordó que Luisa había dicho que venía acompañada de un tal Bautista.

—No, señorita María, no se agite Vd., no forme malos juicios de mí; yo no soy ahora el hombre que Vd. conoció antes, como no es Vd. la muchacha sucia, estropeada, miserable del Boqueron, y en cuanto á cómo estoy aquí y con qué motivo, debo decir á Vd. señorita, que yo he venido con la señora Luisa y he sido el que espuse mi vida por salvar á la señorita Amelia de Floriani y á D. Eduardo, de las gar-

ras del comandante de los bandoleros en el Boqueron ; nosotros, es decir, la señora Luisa y yo, acompañamos á la infortunada esposa hasta su último momento. La respetamos, la quisimos y hubiera dado yo por la condesa diez veces mi vida, porque fué ella quien con sus bondades y virtudes pudo redimir mi alma, quien germinó en mi corazón los buenos deseos, quien me enseñó el camino del bien, y os juro señorita, que en mí no han quedado ni vestigios del hombre antiguo, del Blandengue de que Vd. habló y así le pido su protección para que pueda seguir el camino del bien y no se dé por conocida del antiguo bandido sino del hoy Bautista Cortti.

Deje Vd. mi senda abierta para caminar hacia el bien y recuerde Vd. que así como las virtudes de aquel ángel que se llamó Amelia de Floriani supo hacer de la muchacha rústica, torpe, sucia, mal hablada y próxima á undirse en el vicio, una señorita digna como lo es Vd. al presente ; así ella con su bondad, dulzura y cariño supo mostrarme la senda del bien, arrancando las tinieblas de mi corazón ; y por último, señorita, yo derramé abundantes lágrimas el día de su muerte, yo me puse de rodillas para orar junto con doña Luisa por nuestra querida señora ; sí, créalo Vd. niña, ella fué mi ángel tutelar.



—Lo que acaba Vd. de decirme ha vuelto la calma á mi espíritu, así pues, hablaré con la señora Luisa, tomaré los convenientes informes y cuento Vd. con mi discrecion.

—Gracias, señorita María, gracias.

—¿Pero no podría saber, cómo es que ha venido á dar á palacio y al lado de la señora condesa ?

Blandengue hacía esta pregunta, pues estaba intrigado y deseaba saber algo al respecto.

—Algun día, señor Cortti. podremos hablar con más estansion, pero sepa Vd. por el momento, que como la señorita Amelia me quería mucho y yo la amaba con toda mi alma, habiendo llegado esto á conocimiento del conde, al apoderarse del Boqueron y de los bandidos, me tomó bajo su proteccion y por último con el beneplácito de la señora condesa me trajeron á Palacio y con mi cariño he conseguido propiciarme la buena voluntad de la señora Da. Blanca que me trata como si fuese su hija y yo la venero como á una madre cariñosa.

—Señorita, felicito á Vd. de todo corazon por su nueva posicion, pues veo que tiene Vd. ya asegurada su felicidad.

—Dios lo quiera.

Ahora nos despediremos, pues no puedo dejar sola sino por un momento á la señora condesa.

—Vaya Vd. con Dios, señorita, dijo el antiguo bandido y se quedó mirándola por detrás, cada vez más asombrado al considerar que aquella niña bella, educada, fina y aristocrática, pudiese ser la sucia, ruin y estropeada muchacha de la caverna, y esclamaba entre sí ¡bendito sea Dios! ¡qué cambio, qué misterios hay en todas estas cosas!

Cuando María pisó en el dintel de la puerta del aposento de su madre adoptiva, ésta se encontraba sentada en su gran sillón, tenía su pañuelo de hilo guarda negra, aplicado á los ojos, sostenido con la mano izquierda; en la derecha el cadejo de pelo de su hija y en las faldas la carta de la misma.

—Puedo entrar? dijo Maria en voz baja, pero que pudiese ser oída por la señora, pues no se atrevió á turbar el dolor de la inconsolable madre.

La condesa quitó el pañuelo de los ojos mostrando su rostro lloroso y hermoso en su barbaro sufrir.

—Sí hija mia, repuso, entra.

María penetró con paso lento, y al ver el rostro de la condesa le dijo:

—Señora ¿es posible que así os agiteis sin respetar vuestra delicada salud?

—Calla niña ¿creis acaso que yo tome en cuenta esta vida tan llena de amarguras?

—Pero señora!

—¡Oh! Maria, mis sufrimientos ya no tienen lími-

tes, mis dolores aniquilan, haciéndomela insoportable.

—Sin embargo hay que esperar que el tiempo cicatrizará vuestras heridas y Dios os dará esa resignación que honra al cristiano.

—Tú eres jóven Maria y tienes largos dias que cruzar, es decir, tu empiezas la carrera de la vida y yo me aproximo al ocaso.

—No señora, vos sois aun jóven y no veo porque no debemos esperar que el buen Dios no os prepare dias más serenos y felices que los que cruzamos al presente.

—¡Dias más felices! —hermosa frase; pero ya pasaron para mí y no volverán jamás.

Toma esta carta, puedes leerla.

Maria la tomó con mano trémula, se sentó á un lado y empezó su lectura, que fué interrumpida dos veces por las lágrimas que anublaban sus ojos.

Un rato despues Maria se levantó con paso incierto, entregó la carta á la condesa sin proferir una palabra, se echó al cuello de la generala y ambas derramaron copiosas lágrimas unidas en un amoroso abrazo.

\*  
\* \*

La sencible niña quedó tan impresionada con la lectura de la carta que á la noche se puso mala,

pues le sobrevino mucha fiebre y delirio, y no obstante la asistencia que tenía, la condesa pasó gran parte de la noche al lado de la enferma, pues día por día aumentaba su cariño para con dicha criatura. Por primera vez despues de tanto tiempo que aquella niña estaba en palacio había tenido oportunidad de estar á su lado y observarla de cerca. En uno de los movimientos violentos que Maria hacía bajo la acción de la fiebre sacando los brazos y destapándose, se acercó Da. Blanca á taptarla y al hacerlo notó que llevaba al cuello una medalla de oro en forma de corazon, cuya hechura le llamó la atención pues le pareció un objeto muy conocido,—y aun cuando aquel incidente pudo pasar sin ulterioridad alguna, despues de separarse de la cama volvió otra vez á su mente la idea de la medalla y movida por la curiosidad, tomó la vela, se acercó de nuevo á la cama, separó con sumo cuidado las ropas que cubrían á la enferma, tiró suavemente el cordon tejido de seda de que pendía la medalla para examinarla, y cual no fué su sorpresa al ver la imagen de la Vírgen en el anverso y en el reverso la fecha de «5 de Octubre de 1786»—pero ¿qué significa esto? exclamó Da. Blanca llena de admiración:

—¿Cómo se encuentra en poder de esta niña, hija de un bandido, esa medalla vendita, objeto caro de nuestra familia? ¿que misterio encierra esto? ¡oh! es

preciso ahora más que nunca atender á esta criatura para poder averiguar como es que posee esta joya.

Inmediatamente hizo llamar á Alberto y le comunicó detalladamente lo ocurrido, quedando aquel tan absorto como su madre—En ese momento empezaron á recordar ciertos sucesos anteriores ocurridos en la familia, confrontaron la edad aparente de la niña con los sucesos, el afecto de Amelia hacia aquella, las simpátias de Alberto, el cariño de la condesa y otros muchos datos que traían luz para la aclaracion del misterio.

Nos será preciso retroceder á una época anterior á fin de que conozca el lector los fundamentos de la sorpresa de Da. Blanca y su hijo.

Amelia como ya se dijo al principio de esta historia nació en Viena capital de Austria el dia cinco de Octubre de 1786, y por una coincidencia rara ó casual Julia Montoloni hija de Arturo Montoloni capitán de navio de la marina Austriaca y de Adela Lauchani prima esta de Da. Blanca, vino tambien á la vida ese mismo dia.

Ambas familias ó madres se hallaban unidas no sólo por los vinculos de parentesco sino por una estrecha amistad, pues Adela y Blanca se trataban y amaban como hermanas, siendo contemporaneas y casadas casi en una misma época; tenían esas afeciones, esas confianzas y consultas de las madres

noveles, que siempre habian de la maternidad, de la crianza de sus hijos, de las enfermedades y de ese código de procedimientos domésticos intimo y expansivo á la vez; además Blanca y Adela hacían como las madres de Pablo y Virginia que les cambiaban de pecho á sus hijos, dando sus lacteos jugos Adela á Amelia, y Blanca á Julia.

El Cardenal Leoconti pariente comun, fué el que bautizó á esas dos criaturas, obteniendo del Papa vendijera dos medallas de oro furísimo que contenían un gravado de alto mérito de la Vírgen de Dolores, y la fecha del nacimiento de las bautizadas, y su Santidad las vendijo en la Capilla Sistina acordándoles indulgencias y acompañándolas de una breve oracion redactada por el sumo Pontífice. A consecuencia de la muerte de Julia Montoloni pasó más tarde aquella medalla al segundo fruto femenino de dicho matrimonio que era Erminia María Sofia á quien nombraban María; cuya niña en un incendio y salteo que sufrió la familia de Montoloni en su casa quinta en Maserata, Toscana, donde se había retirado por atrazos de fortuna, desapareció aquella niña sin volverse á saber de ella no obstante los sacrificios y pasos que se dieron al efecto, suponiéndose que fué robada por los salteadores é incendiarios de la Calabria y que habría muerto más tarde.

Dados estos breves antecedentes, seguiremos con el esclarecimiento del asunto de la medalla.

La indisposicion de María fué transitoria y merced á los cuidados que se le prodigaron, recuperó por completo su salud. La reunió Da. Blanca en su cuarto junto cõn Alberto y entró con ella en una serie de esplicaciones.

—Dime Maria, tu llevas al cuello una medalla de oro con una efijie y una inscripcion que marca una fecha ¿no es verdad?

—Si señora condesa y ¿cómo sabe Vd. eso?

—Noches pasadas cuando tu estabas en cama con fiebre, al tratar de taparte ví esa medalla que me pareció conocer.

—Conocer dice Vd. señora?

—Sí

—Pero como y de donde?

—No te agites María, terció Alberto, escucha con calma lo que te pregunta mamá y trata tan sólo de recapacitar y organizar tus recuerdos.

—Bien señor.

—¿Quién te dió esa medalla hija mía? interrogó la condesa con afabilidad.

—¿Quién me la dió?

—Sí, quién?

—No lo sé señora.

—¿No lo sabes?

—Absolutamente no, señora.

—Pero que no haces memoria si te la has encontrado ó te la han dado?

—Lo que es encontrado no señora, pues desde que me conosco, desde que la existencia fué para mí sensible siento sobre mi cuerpo esta medalla que he mirado y miro como un talisman precioso que me favoreció en mis juveniles penas.

--De modo que acaso la llevas contigo desde el nacer.

—Así será señora pero no lo puedo asegurar.

La condesa y Alberto estaban cada vez más admirados al ver el giro que tomaba la investigacion.

—Cómo se llamaba tu madre? preguntole Alberto.

—Yo no he conocido madre, señor Don Alberto, contestó María con sus ojos lacrimosos, circunstancia que daba á su rostro mayor interes —ignoro, continuó ella, su nombre y todo cuanto se relaciona con mi nacimiento, yo no he conocido más familia que á mi padre Luis Rolandi á quien el señor conde conoció en un sitio tremendo que me espanta recordarlo.

¡Ah! sí, sí, dijo Alberto pegándose con la palma de la mano derecha en la frente, ya recuerdo, el Boticario de la cueva de los bandidos de la Loma Negra donde estuvo encerrada mi pobre hermana.

—Sí señor, el mismo.

—¿Y crees tú que ese hombre sea tu padre?

—Si señor, puesto que no he conocido otro que él.

—¡Oh! imposible, aquél hombre....



Alberto se detuvo y no concluyó su frase. . . . pero dejemos todo esto á un lado, ya tenemos madre mía el camino abierto, ese Rolandi ó el Boticario de los bandidos está en la cárcel, pues ha sido remitido junto con otros por las autoridades de Nápoles á requisicion del tribunal de Milan para la procecusion de la causa principal radicada aquí en esta jurisdiccion, de modo que voy á ver al Juez de la causa para que me permita interrogarlo en su presencia y aclarar este misterio.

—Señor conde ¿no podrá Vd. concederme una gracia ? dijo la niña.

—¿Cuál hijita ?

—Que me lleve Vd. consigo para ver á mi padre y consolarlo; él gime en una cárcel y yo estoy vestida como una gran señorita, y diciendo esto sacó un pañuelo y empezó á llorar amargamente.

Todos se enternecieron con las lágrimas de aquella candorosa y dulce criatura.

—Con el mayor placer, María, te llevaría á fin de que vieras al que apellidas tu padre, pero no es decoroso ni permitido que una señorita éntre en una cárcel, no obstante yo me haré el intérprete de tus pensamientos y le diré mil cariños de tu parte.

La condesa para cortar aquella conversacion que la tenía afectada á María, atravesó el diálogo diciéndole á su hijo : me parece acertado lo que propones,

ve hijo mío, no pierdas tiempo y te recomiendo que no omitas investigación alguna que pueda conducirnos al esclarecimiento de este asunto incomprensible.

—Descuide Vd. mamá, déje todo á mi cargo, pues Vd. sabe que yo no me duermo en negocios de este género.

María había quedado cabizbaja y meditabunda, pues no podía alcanzar cosa alguna sobre este misterioso asunto, y luego que salió Alberto se dirigió á la condesa y le dijo:

—Señora condesa, no podría explicarme algo de lo que ocurre, pues yo me devano la cabeza con esos recuerdos, y mis ideas vagan por un mar confuso de sueños ó fantasías de mi pasado, sin poder explicarme las cosas ni aclarar mis dudas.

—Sí, hija mía, voy á tratar de complacerte, aun cuando yo tambien vago entre las sospechas y las dudas.— Esa medalla que llevas al cuello es perfectamente igual á otra que llevaba mi hija Amelia. . . .

María abrió tamaños ojos al oír semejante nueva, y exclamó :

—Es posible.

—Sí, esa es la verdad y te explicaré el caso.

—Ambas medallas, continuó la generala, fueron regaladas en el acto del bautismo á mi Amelia, y á

la hija de una parienta mía, por el cardenal Lecontti, despues de haberlas bendecido el Sumo Pontifice que les acordó indulgencias, dotándolas con una oracion que si mal no recuerdo, decía así :

« Reyna y madre de misericordia, consuelo, paz y dulzura del mortal, te pido señora intercedais con tu divino hijo, para que esta tierna criatura se inspire en tu exelsa virtud, y salga de este valle de lágrimas exenta del vicio y del pecado ».

La condesa notó que aquella niña se puso pálida, que meneaba afirmativamente la cabeza, con una inquietud rara y que estaba como arrastrada por una influencia magnética al oír aquella oracion, pero la condesa siguió—« para que despues de este destierro—y María continuó—pueda besar los piés purísimos del que fué Rey, Hombre y Dios—Amen.

La condesa se quedó atónita al oír de la boca de aquella niña el final de la consabida oracion, y en su admiracion exclamó :

—¿ Cómo es eso María? ¿ Cómo sabes tú esa oracion, quién te la enseñó, dónde la aprendiste? dílo, dílo pronto.

—Espere Vd. señora, yo quisiera acordarme pero no puedo fijar mis ideas, me parece que siendo yo muy chica, una señora bella, buena y amorosa me hacía dormir y me enseñaba esa misma oracion, que me repetía noche á noche, pero no puedo acla-

rar mis ideas, todo lo tengo aquí en la mente como un sueño ó una sombra en confusas imágenes.

—Y despues que más recuerdas?

—Despues, señora, solo recuerdo á mi padre Luis Rolandi, y tengo delante de mis ojos el Boqueron, los bandidos, el hambre, el rigor, la sucies y el llanto, hasta que conocí á la señorita Amelia; pero yo no volví á ver á aquella hermosa muger, que acaso sería mi madre, ni volvió á resonar en mis oídos aquella oracion que Vd. ha empezado y que yo he concluido como un recuerdo dichoso para mi corazon.

La condesa gritó: ven á mis brazos, tú debes ser la hija de mi prima Adela y ambas se estrecharon con el mayor cariño.

—¡ Oh! señora condesa! dijo María, por piedad no haga Vd. acariciar á mi pobre corazon tan halagüeñas esperanzas, si despues han de desaparecer.

—No hija mía, tiene que ser eso así, al menos todas las circunstancias lo corroboran; ese recuerdo vago que tú tienes de tu primera infancia, esa oracion á la vírgen que no pudiste aprender de los bandidos sino de tu madre, de esa muger hermosa buena y cariñosa que tú recuerdas aunque confusamente, y sobre todo esa medalla que nadie te dió ni encontraste, sino que conservas á tu cuello desde

que hay recuerdos para tí, vienen á comprobar perfectamente la verdad de mis opiniones, es decir que tú eres la niña robada por los incendiarios, y que todos creimos muerta, pues tus padres fallecieron creyendo que tú no existías.

—¿Será posible, señora, que yo niña abandonada y perdida entre los salteadores pueda ser de vuestra ilustre familia? vamos, yo me voy á volver loca, no es posible tanta felicidad; pero entonces Luis Rolandi mi padre ¿qué será respecto de mí?

—Nada.

—¿Nada decís?

—Absolutamente nada; sin duda fué él uno de los bandidos que saquearon la casa de tus padres y se apoderó de tí con alguna idea siniestra.

—Pero él me quería mucho, no obstante el maltrato que me daba casi siempre.

—Eso nada tiene de extraño, que habiendo sido él tu raptor, al fin haya concluido por amarte, pues esos miserables suelen querer á los niños; pero en fin, esperemos para comprobar estas opiniones á que vuelva Alberto, él nos va á traer datos positivos recojidos del mismo Boticario Rolandi á quien tú has mirado como padre.

Recien la noche empezaba á estender su oscuro manto y la azulada bóveda á ostentar sus relucientes estrellas. El templado bronce de la torre del

Duomo de Milan daba las siete, y Alberto entró al cuarto de su madre, y al penetrar en él, estrechó en sus brazos á María diciéndole :

—Corre y abraza á tu tía y segunda madre.

—¡ Ay! gritó María, esto es un sueño, estoy delirando, por piedad no me engañe Vd. Don Alberto.

—Aquí no hay engaño alguno, vé y abraza á mi madre.

María corrió á estrechar á la condesa, que la esperaba con sus brazos abiertos.

—Desde este momento, hija mía, dijo doña Blanca, ya no hay aquí señora condesa ni señor conde, debes darme el nombre de madre para lo cual yo te autorizo puesto que quedas bajo mi protección y en cuanto á Alberto lo tratarás como á tu primo.

María, movida por un impulso secreto se arrodilló delante de la condesa, y le dijo :

—Madre mía, dadme en nombre de la que me dió el ser y de mi verdadero padre, vuestra bendicion, puesto que ahora empieza para mí una vida nueva, merced á la bendita oracion que se hallaba vinculada á esta santísima medalla de la vírgen.

Doña Blanca, con la solemnidad de una reina y la uncion de un sacerdote, levantó su mano derecha, se puso de pié, y pronunció las siguientes sacramentales palabras :

—María, en nombre de tus padres, que Dios tenga en su santa gracia, y que acaso observan este acto desde su invisible morada, yo te bendigo, te acepto como hija adoptiva, y tu porvenir queda á mi cargo.

María se levantó, agradeció á su nueva madre y á su primo tantas bondades.

La condesa refirió á su hijo minuciosamente la escena que había tenido lugar entre María y ella con motivo de su investigacion y el inesperado cuanto feliz desenlace de la oracion anexa á la medalla regalada por el Cardenal Leoconti, y luego pidió á Alberto que le impusiera del resultado de sus diligencias.

Alberto hizo sentar á María, y él tambien tomó su silla, quedando los tres casi juntos, y empezó su relato sobre lo que había ocurrido con el bandido á quien María creía su padre, el cual mediante un buen puñado de oro y la oferta de hacer lo posible para atenuar su pena y obtener su libertad confesó todo lo ocurrido con relacion á María, manifestando aquel salteador que hacía en ello un verdadero sacrificio por ver si recuperaba la libertad, y que de otro modo, por ningun oro del mundo lo habría hecho, porque amaba entrañablemente á esa niña que era necesaria para su vida y de esta vez iba á perderla para siempre, cuya idea era la muer-

te para él; pero que abrigaba la esperanza de que si obtenía algún día la libertad podría aunque fuese á la distancia verla y contemplarla.

—Pobre Luis! exclamó María, llenándosele los ojos de lágrimas.

—María, dijo Alberto, guarda tu sensibilidad y tus lágrimas para otros vínculos más dignos y nobles, no llores por ese bandido miserable que ocasionó la muerte de tus padres, siendo tu raptor, y que solo por un evento ó por una circunstancia providencial y feliz para tí, pero fatal para nosotros, hemos podido arrancarte del lodo inmundo donde la perversidad te había sepultado, y donde habrías corrido la suerte del ludibrio, del vicio y del fango pútrido del deshonor y de la prostitucion—no María mía, no llores tu pasado, y bendice á Dios y á esa Providencia invisible de los acontecimientos, que te han traído á la proteccion y cariño de mi madre.

—Sí, Alberto, teneis razon, y si algunas lágrimas veis todavía en mis ojos, son los últimos relámpagos de la tempestad pasada, y daré gracias á mi Dios por tan visibles favores y á mi segunda madre la condesa de Floriani que me abre sus brazos y me acuerda su proteccion.

—Bien, pues, continuó Alberto, aquel bandido declaró y confirmó ante el Juez de la causa y del



Secretario, que en el asalto é incendio de Maseratta, fué robada una niña entonces muy pequeña que era María, y como él había perdido su hija hacía poco tiempo, pidió y obtuvo del Comandante que se la adjudicasen, y la crió á su lado desde entonces sirviéndole de padre; agregó, que aun cuando hubiese podido negociar el rescate como era de costumbre, renunció á tal beneficio, pues le había cobrado gran cariño á la chica que era bella y dulce como un angel, mucho más cuando supo que sus padres habían muerto poco tiempo despues.

Quedó, pues, así esclarecido y probado ante autoridad competente, que aquella niña María era la hija de Arturo Montoloni y de Adela Lanchani, que se había creído muerta.

De este modo vino á tener esplicacion que desde un primer momento se prodigaran Amelia y María en la cueva de los bandidos, el afecto que el mismo Alberto le cobró y á su vez la condesa, viéndose claramente la misteriosa atraccion de espontáneo cariño que suele ejercer la sangre con un ser desconocido al parecer.

La condesa y Alberto hicieron levantar el oportuno proceso de publicidad ante el mismo juez que había intervenido en la declaracion tomada á Rolandi, recogiendo las esposiciones de otros bandidos que asistieron y fueron actores en el suceso del sal-

teo é incendio de Maseratta : se consignó tambien á mayor abundamiento la aparicion de la medalla del Cardenal Leoconti con la imagen y la fecha del 5 de Octubre de 1786, y por fin todo cuanto se creyó necesario á fin de acreditar judicialmente la identidad de la persona, y luego de terminado el proceso público, y promulgado todo en forma legal, entró María en posesion de su estado civil.

Las ramas de Floriani y Bosconiche, la aceptaron en la parentela de familia y presentaron á sus relaciones á la señorita Erminia María Josefina Montoloni.

\*  
\* \*

Era el último día de Abril, el rigor de la estacion declinaba y la naturaleza cubríase lentamente de su verde y perfumado ropaje ; las viajeras avecillas volvian á entonar sus himnos amorosos y todo empezaba á sonreir, presentándole al hombre los variados panoramas que solo el artífice de los mundos puede combinar y realizar ; pero esa belleza de natura, esa alegría de las aves, esa amenidad de los prados, contrastaba duramente con la tristeza y dolor que campeaba en la regia morada de los Floriani.

Doña Blanca reunió en el escritorio de su esposo, el general Floriani, á su hijo Alberto y á María, y dirigiéndose á aquel le dijo :

—Mira, hijo mío, me reconozco vencida en la tremenda lucha, mi vida se derrumba y . . .

—¿Qué dice Vd. mamá? la interrumpió Alberto.

—Sí, Alberto, siento aquí en el fondo del corazón un algo fatídico que me abrumba, que me quema y hace sentir mi cercano fin.

—Pero mamá, no se preocupe Vd. con tales ideas, pues concluirá por enfermar su espíritu; antes bien, trate Vd. de distraerse y procure salir á hacer moderado ejercicio conmigo ó con María, haga esfuerzos por vencer sus penas, puesto que lo ocurrido ya no tiene remedio, al menos no está en la mano del mortal cambiar los sucesos ni los decretos del destino.

—Precisamente, Alberto, esa es mi opinion, conozco por dura experiencia la tenacidad de los hados, la inclemencia de mi estrella, y por fin, comprendo que no podemos impedir se cumplan los decretos del altísimo.

La condesa tomó un poco de respiracion, como si estuviese fatigada ó sintiera una fuerte opresion al pecho, sus narices se dilataron respirando con anhelo, luego se serenó un poco y continuó:

—Creed, hijos míos, dirijiéndose á Alberto y á María, hay que doblregar la cabeza ante la fatalidad, la carta de mi infortunada Amelia ha venido á colmar la copa de mis amarguras; sus lágrimas,

sus dolores, sus penas, sus infortunios han caído sobre mi corazón como candente lava.

Sí, Alberto, observa mi tez amarillenta y quebrantada, mira hundidos mis ojos, demacrado mi rostro y verás que sobre él vienen dibujándose las sombras de la muerte.

—Pero es posible mamá que así se martirice Vd. y se empeñe en traer á su espíritu, ideas lúgubres? Escucha mamá querida (Alberto la tuteó demostrándole así mayor cariño y confianza) deja á mi cuidado y al de María dirigir tus actos, y verás que en días no muy lejanos volverán á serenarse las tempestades que han cruzado sobre nuestra familia, lucirá otra vez un sol más claro y despejado y tu quebrantada belleza y lozanía recuperará el brillo de otros días.

—¿Qué blasfemias estás pronunciando niño? ¿Piensas arrancar de mi cuerpo este sayal negro? ¿Y tú Alberto, vienes á hablar á tu pobre madre de días felices, de recuperar la perdida belleza y de obtener paz y alegría para mi alma? ¡Oh! qué horror!

—Pero mamá. . . .

—No insistas niño, el genio de la muerte bate sus negras alas sobre mi atormentado cráneo, y sus impuras auras envenenan mi ser; dejad, hijos míos, que se cumpla cuanto antes la voluntad de mi hija, espresada al final de su postrera carta.

—¿De qué carta habla Vd. mamá? preguntó Alberto con estrañeza, pues ignoraba que carta alguna hubiese llegado á Palacio.

La condesa de Floriani introdujo su mano derecha al bolsillo y sacó un papel que se lo presentó á Alberto, diciéndole :

—Toma, lee el testamento de tu moribunda hermana; Da Blanca pudo agregar, á quien tú lanzaste á la desesperacion y á la muerte con tu temerario é irreflexivo proceder; pero en el acto comprendió que aquella reconvencion no haría otra cosa que desgarrar el corazon de Alberto, y puesto que los hechos no podían modificarse y que todo había concluido ya, guardó silencio.

Alberto algo conmovido comprendió perfectamente que su madre se había detenido por no lastimar su corazon y su conciencia, estiró la mano para tomar el papel que se le presentaba, y empezó á leerlo con visible emocion. Sacó su pañuelo para enjugar sus lágrimas y tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla que estaba al lado, y sin querer, exclamó :

—¡ Oh ! mi pobre Amelia ! !

—Sí, Alberto, nuestra malograda Amelia ! ¿ Y tú me hablas de días serenos y felices ? ¿ á mí, que ví morir á mi pobre esposo, al hombre más digno, magnánimo y valiente ? ¿ á mí, que ví exhalar su

postrer suspiro en mis brazos, que ví aquella mirada opaca, último adios que me dirigió, y que sentí en mi mano aquella lágrima final de tan viril existencia? ¿á mí, que he perdido para siempre á la más dulce y tierna de las hijas? ¡Oh! no y mil veces no. Dejad, hijos míos, que vaya cuanto antes á recoger el beso y el abrazo que ella al morir me ofrece; así se unirán en la patria de la paz eterna un general modelo, una esposa infortunada y una hija mártir. Me parece que escucho el lamento de mi hija, que siento aquí en mi oído su llanto desgarrador y que me pide la materna bendición. Sí, ángel mío, hija querida, mi Amelia, yo te bendigo, te abrazo y te beso, y la condesa deshecha en llanto se incorporó, levantó su mano, hizo la señal de bendecirla y cayó en su sillón.

Alberto y María, no podían contener sus lágrimas ni se animaban á proferir una palabra, como si no osasen interrumpir el dolor de aquella madre sin ventura.

La condesa tanteó su bolsillo y volvió á introducir su mano en el mismo, sacando de él un pequeño envoltorio, y le dijo á Alberto:

—Toma, besa ese cadejo del pelo de mi hija.

—¡Qué decís mamá!!

—Lo que oyes, de mi Amelia.

—Es posible!

—Tóma.

Alberto lo recibió con veneracion, desenvolvió el papel y estampó en aquellos cabellos inertes sus lábios por repetidas veces, llorando como un niño.

Siguió otro momento de silencio, pero al fin Alberto exclamó:

—Dígame Vd. mamá ¿ cómo ha venido á sus manos esa carta y ese pelo de mi hermana, que yo nada he sabido ni Vd. misma me había comunicado tal cosa ?

La condesa esplicó á Alberto cómo aquellas gratas reliquias se las había traído Luisa, la muger que acompañó á Amelia hasta su último momento.

Alberto estaba absorto con la lectura de aquella triste y tocante carta y no respondió ni una palabra á su madre como si no se hubiese hecho cargo de lo que acababa de oír.

María se acercó á la condesa con paso lento é inseguro, ahogada por las lágrimas y con voz temblorosa le dijo:

—Mamá, como vos llorais ahora, así lloraba aquel angel del bien que abandonó la tierra y se fué al cielo; y ahora que mi buena estrella por caminos raros y providenciales me ha dado una madre, una protectora, y por fin me ha acercado á vos, tambien quereis iros y dejarme otra vez sola, sin madre, abandonada en este mundo falaz ?

—¡Oh! mi María! mi pobre niña, ven hijita á mis brazos, ven corazoncito de oro, y una y otra abrieron á un tiempo los brazos y se estrecharon con la mayor efusion de cariño.

Un rato despues, Doña Blanca enjugó sus lágrimas, serenó su espíritu por tantos afectos é impresiones conturbado, y tomando un aspecto ó actitud que ella solía asumir en determinadas situaciones, le dijo á su hijo con palabras solemnes y mesuradas :

—Alberto, hoy conde de Floriani y representante del lustre, timbres, títulos y nombre de esta antigua y nobilísima familia, escucha mis últimas disposiciones, para que en oportunidad les des el debido cumplimiento.

—Tóma, hijo mío, papel y escribe.

María á una seña de la condesa corrió hacia un escritorio particular de ésta, tomó un tintero y todo lo necesario para escribir, colocándolo sobre la mesa.

Alberto sin pronunciar una palabra, pero profundamente conmovido, se dirigió con paso lento hacia dicha mesa, aproximó una silla, se sentó y se dispuso á escribir lo que su madre iba á dictarle.

—¿Estás, niño? preguntó Doña Blanca.

—Sí, mamá.

« Es mi voluntad, dijo la testadora, con voz algo



fatigada y trémula, que á mi hija adoptiva María Montoloni, compañera de infortunio de mi amada é inolvidable Amelia, tú conde de Floriani le sirvas de tutor y padre despues de mis dias. »

« Que de mis bienes le formes abundante patrimonio y dote á fin de que sea feliz, ya que su amiga y compañera de cautiverio no pudo serlo. »

« Mando que esta preciosa carta, últimos ecos de mi moribunda hija, que encontrarás sobre mi corazon donde ahora la guardo, sea conservada por tí, y estos cabellos de su hermosa trensa los dividais entre ambos, encerrándolos en un relicario. »

« Dispongo que mi cuerpo vaya á reunirse con el del general Floriani, colocándolo bien cerca, pues los buenos esposos deben estar unidos en el mundo y en la tumba. »

« Inmediatamente que tenga lugar mi fallecimiento, dispondrás Alberto, lo conveniente para reunir en el mismo mausoleo ó sepulcro de familia los restos mortales de tu hermana, para que allí duerman el sueño de la eternidad las víctimas del Castillo del Diablo. »

« Te ordeno, de la manera más formal, que jamás pongas tus plantas en esa malhadada mancion, ni consientas que lo hagan los tuyos—no lo olvides Alberto mío. »

Así siguió la generala, manifestando sus últimas

disposiciones como si tuviera la certeza de su cercano fin.

Terminado todo, hizo acercar la mesa para firmar, pues no tenía voluntad de moverse de su sillón.

Alberto y María estaban en aquel momento inconsolables con la cabeza agachada; mientras que Doña Blanca con resignación cristiana firmó su testamento con pulso firme.

—Esta escena, hijos míos, continuó Doña Blanca, ha sido demasiado larga y penosa para mis fuerzas y estado, me siento, pues, fatigada, acompañadme á mi cuarto.

Alberto y María, sin proferir palabra, se colocaron á derecha é izquierda de su madre, y así la condujeron á su habitación.

Amargos días corrieron para Doña Blanca que ya no abandonó su cama: con harta frecuencia leía y releía la carta de su hija siempre deshecha en lágrimas, aplicaba á sus labios y besaba una y cien veces aquel cadejo de pelo que lo miraba y lo estrechaba sin poder conformarse que fuese de su Amelia, á quien ya no volvería á ver.

Todo esto la tenía profundamente afectada y enternecida.

Una fiebre tenaz se apoderó de ella y todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles para retem-

plar aquella vida preciosa que se undía en el abismo de la nada.

Dofia Blanca presentía su fin, apetecía la muerte y así cumplió espontáneamente con los deberes de cristiana, y dispuso cuanto se relacionaba con la ejecucion de su voluntad ; sin olvidar á la buena Luisa y á Bautista, á quienes dejó asegurado tambien un cómodo pasar.

Desde aquellos momentos, la enferma no pensó ya sino en la idea de otra vida más feliz y serena, donde encontraría á su esposo y á su hija.

Todos los desvelos y cuidados de Alberto y Maria fueron impotentes, y vieron ir extinguiéndose momento á momento aquella existencia querida. Su alma se elevó pura y cristiana para entrar en el Santuario de la eternidad.

Alberto quedaba dueño del preclaro título de conde de Floriani, y de una inmensa fortuna, pero desolado y abatido por tantas y tan irreparables pérdidas.

María aumentó en belleza, perfeccionó su educacion y virtudes, su primo Alberto de acuerdo con la voluntad y deseos de su señora madre, le aseguró un valioso patrimonio y le consagró sus cuidados y sus afectos.

En estas tristes circunstancias probó Alberto gran consuelo en el cariño de María y en la amistad del

conde Cárlos Visconti, que despues de su largo exilio á consecuencia de la muerte en desaffo del coronel Confallonieri, había conseguido al fin volver á su Patria.

Visconti que tanto amó á Amelia, fué el que se encargó de gestionar en Trieste de acuerdo con los Sres. Ottagno y Serra lo necesario á fin de restituir á la Patria los restos de la malograda Amelia.

\*  
\* \*

Algunos meses habían trascurrido despues de la muerte de la Condesa, y caminaba el diez y siete de Agosto. La mañana era nublada y triste; un pequeño convoy fúnebre conducía los restos de la que fué Amelia de Floriani y en cumplimiento de los deseos de Doña Blanca fueron depositados en el panteon de familia, quedando asi cubiertos con la fria losa del sepulcro las tres víctimas del *Castillo del Diablo*.

FIN

# INDICE DEL TOMO SEGUNDO

---

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
XIV. Las pesquisas de Alberto . . . . .	3
XV. La cueva . . . . .	49
XVI. La muerte del conserge . . . . .	111
XVII. El Gato y Juanita . . . . .	118
XVIII. El Comandante de los bandidos . . . . .	129
XIX. Las nuevas pesquisas de Alberto. . . . .	197
XX. La evasión . . . . .	231
XXI. El matrimonio . . . . .	305
XXII. El lecho y la tumba . . . . .	329

---

